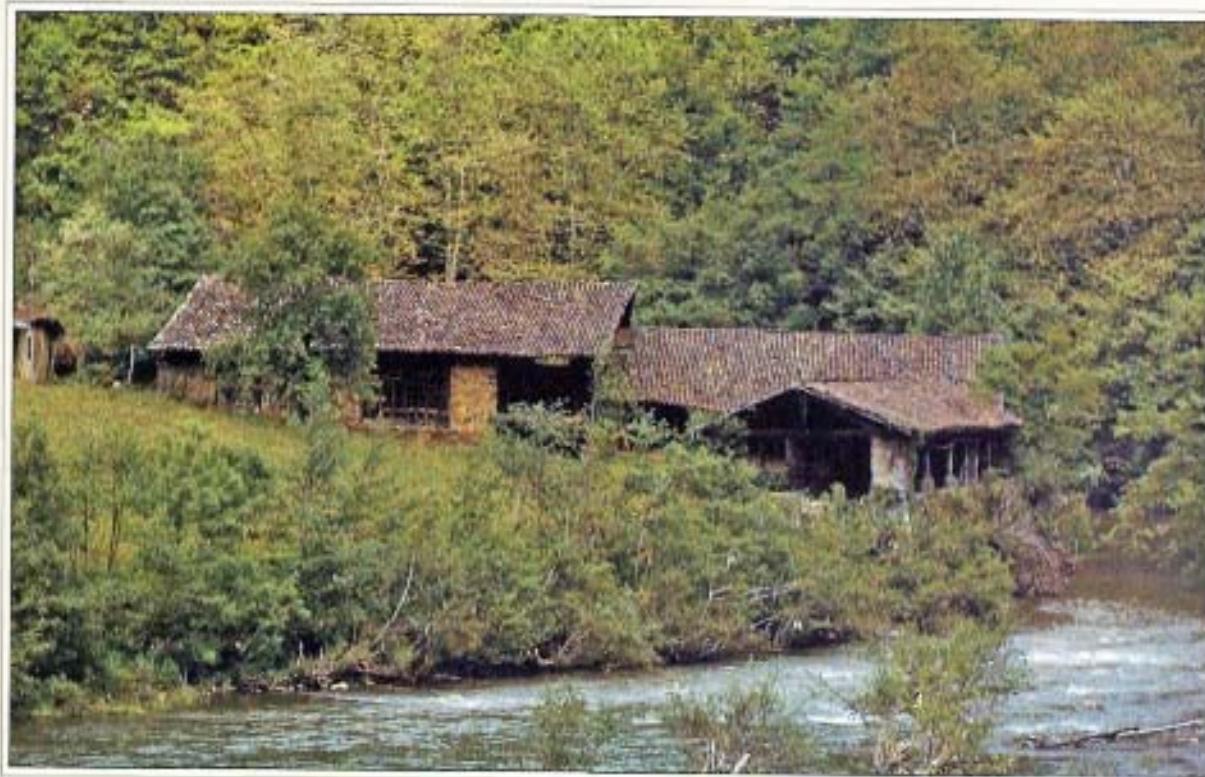


## PARTE SEGUNDA

### *Tierras y Gentes*

1. *La Montaña*
2. *La Zona Media*
3. *La Ribera*



*Regata del Bidasea.*

# *La Montaña*

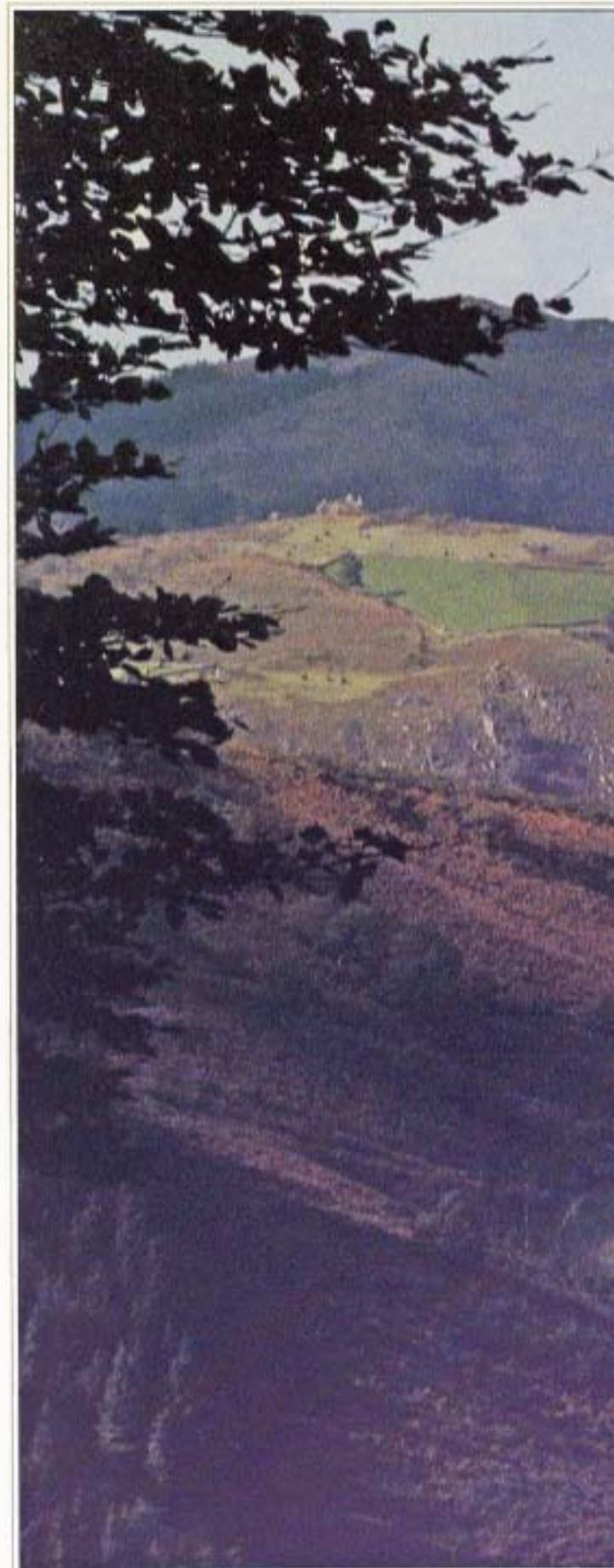
**D**esde el puerto de Otsondo se pueden contemplar paisajes como el de esta fotografía, muy representativos de la Navarra Húmeda del Noroeste. Localicemos, en primer lugar, los elementos morfológicos que más resaltan (montañas, valles) y luego comentaremos los rasgos sobresalientes que ofrecen desde el doble punto de vista de la geografía física y humana. El primer plano corresponde a las laderas montañosas que hay bajando el puerto en dirección a Urdax; allí se alza, en medio de un prado, la borda Icatxartea. En un segundo plano aparece, separado del anterior por el río Olabidea, el monte Azcar (429 m.), que hace de muga entre Urdax y Baztan; a su izquierda hay un caserío también rodeado por sus prados y campos. En tercer plano se levanta, a la izquierda, el monte Aizpara (525 m.) y a la derecha el comienzo del monte Argandoita. Viene a continuación, en un cuarto plano, la depresión alargada de Vera-Zugarramurdi y, por último, al fondo, el macizo de Larún o Larruna (nunca La Rhune), en la frontera internacional hispano-francesa.

Tres son las unidades geomorfológicas a distinguir en este conjunto de montañas y valles: el macizo de las Cinco Villas, el corredor de Vera de Bidasoa y la cubeta de Sara-Zugarramurdi y el macizo de Larún-Aya. El primero es un viejo macizo paleozoico formado fundamentalmente, en la parte que abarca la fotografía (laderas montañosas al N. y NO. de Otsondo y del Argandoita), por esquistos o pizarras no muy metamorfizadas. Sobre este zócalo paleozoico reposa la cubierta detritica triásica o permo-triásica (formada aquí por areniscas y arcillas rojo-vinosas alternantes), cuyo colorido contrasta vivamente con el negruzco o gris-oscuro de los esquistos y que se halla puesta en resalte por fracturas y erosión selectiva, formando una serie de crestas más o menos energéticas, como las de Azcar y Aizpara. El puerto de Lizuriaga separa el corredor de Vera o Alzate, avenido por el río Cia, de la cubeta de Sara-Zugarramurdi, drenada por la Nivelle. Corredor y cubeta fueron excavados por la erosión en el flysch margó-calcáreo del cretácico superior que aflora en el surco sedimentario comprendido entre los macizos de Larún-Aya y Cinco Villas y que fue plegado con el movimiento tectónico alpino en forma de sinclinal. Por último, el macizo de Larún propiamente dicho, extendido entre el Bidasoa y Sara, es un domo anticlinal complejo de

núcleo carbonífero y muy fracturado; la vertiente española, profundamente abarrancada por las regatas afluentes del Cia, sólo conserva pequeñas manchas de la cubierta detritica permotriásica sobre los esquistos negruzcos del Carbonífero inferior y Devónico superior; culmina a 898 m. de altitud.

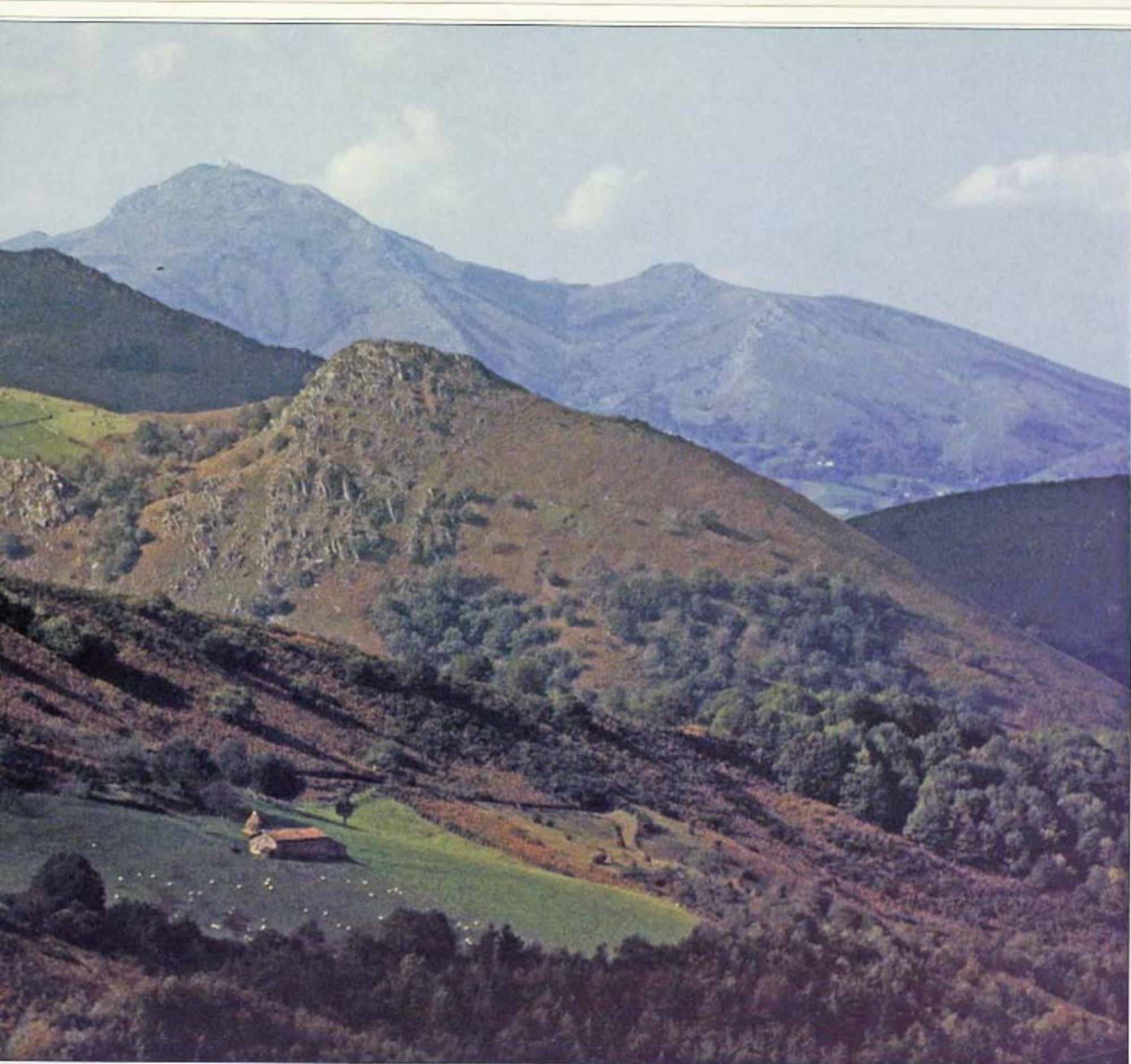
Pocos son los bosques naturales conservados en el NO. de Navarra fronterizo con Francia. Como cabe esperar, están formados por robles atlánticos (*Quercus robur*) en las partes bajas y hayas (*Fagus sylvatica*) en las altas, dos árboles amantes de la humedad (higrófilos) y de anchas hojas caducas (caducífolios); también, por fresnos, abedules, mostajos y castaños. La deforestación fue obra de las ferrerías, los leñadores y carboneros, la construcción de barcos y traviesas de ferrocarril, y, sobre todo, de los agricultores y ganaderos, interesados en extender cada vez más los prados de siega y diente y los helechales, aquéllos para alimento del ganado y éstos como materia prima en la elaboración de estiércol, que durante siglos calentó y fertilizó, juntamente con la cal fabricada en las caleras, las tierras ácidas y frias de los viejos macizos paleozoicos europeos. Los helechales son en Vascongadas y Navarra un elemento fundamental del paisaje agrario y una importante pieza del sistema tradicional de cultivo, lo mismo que el tojo, p. ej., en Galicia.

En cualquier pendiente suave del terreno, en cualquier umbral más o menos llano, en los fondos de los regachos, aparece un caserío o una borda de acubilar ganado. Muchas veces el caserío disperso por el monte fue antes borda ganadera. Sin negar que hubiera un poblamiento disperso original, Caro Baroja opina que el proceso de conversión de las bordas ganaderas que tenían las casas de los pueblos en caseríos o viviendas permanentes se intensificó sobre todo a partir del s. XVI. Las bordas ganaderas son aquí construcciones alargadas, de una sola planta y techumbre a dos aguas y tienen a su alrededor o en sus cercanías algún prado; y los caseríos (v. el de Arrázoz que aparece en la pág. 194), campos de cultivo y prados convenientemente cercados, además de una dotación de fresnos, robles, castaños, cerezos y ciruelos y, en el monte comunal, un helechal asignado a los dueños y que puede transmitirse por herencia y venderse junto con la casa.



Larún desde Otsondo

LA MONTAÑA  
*Cierras y Gentes*

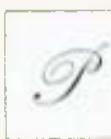




Ricardo Baroja. Retrato de Pío Baroja.



Biblioteca de Itzea. Vera de Bidasoa.

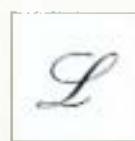


io Baroja paseando por las afueras de Madrid, a comienzos de siglo. Aguafuerte de su hermano Ricardo Baroja.

En 1912 Pío Baroja se asienta en «Itzea», barrio de Alzate, Vera de Bidasoa. Hoy la biblioteca suya, acrecentada, tiene unos treinta mil volúmenes.



Vera de Bidasoa. (Grabado inglés de 1824).



as acciones de Wellington en tierras del Bidasoa hicieron que varios viajeros ingleses las visitaran después. Esta vista de Vera de Bidasoa desde encima de la parroquia, corresponde a ese periodo.

La población de Vera está dividida en una serie de distritos rurales, constituidos por casas diseminadas, un núcleo que queda dominado por la iglesia (la villa propiamente dicha) y otro que es el del barrio de Alzate, antiguo señorío con una calle que los une, la de Leguia. Después han ido aumentando las zonas urbanas; primero, convirtiéndose en calles algunos caminos y, muy modernamente, construyéndose zonas de bloques a una escala distinta que amenaza con romper las líneas del conjunto urbano antiguo y tapar el paisaje natural.

La iglesia conserva muros que dan a entender que antes fue casa-torre, la cual miraba a la vega del río, desde la falda de lo que hoy es un monte Calvario; pero todavía en tiempo en el que los canteros del país seguían la tradición gótica tardía se hizo la gran nave, aprovechando, en parte, los muros de la torre. Al pie de la iglesia, en la plaza, quedaba hasta hace poco una casa («Erretenerzar») de las reconstruidas tras el incendio de 1638, que abundaban en el barrio de Alzate.

Ha desaparecido de Vera la casa-torre señorial de Alzate, linaje dominante y conocido, por lo menos, desde el siglo XIV y rival del de Zabala. Desde esta época hasta el siglo XVII los Alzate, ligados por vía femenina con los Gamboa primero y con los Urtubie después, controlan mucho los recursos económicos de Vera tanto en su señorío, como en la villa, patronato de la iglesia y elección

de sacerdotes, diezmos, molinos, ferrerías. Su historia es movida y novelesca y, en suma, bastante trágica. El blasón con el árbol y los dos lobos con dos manos sangrientas en la boca parece simbolizar algo su carácter montaraz y violento; uno de los miembros de la familia fue responsable, en gran parte, del incendio de Vera en 1638.

Resulta, así, que como puro vestigio podemos poner el de la casa «Elzaurpea» en la calle de Leguia. Se trata de una pequeña fachada con puerta gótica, con labras, y una ventana lateral, que parece demostrar que antes del incendio había casas del tipo de las extendidísimas por todo el centro de Navarra.



Vista parcial de Lesaca.



Señal de herrero en una fachada de Lesaca.

**L**a villa de Lesaca, una de las cinco de la Montaña, tiene un casco urbano con casas de fines de la Edad Media y otras, hermosas, de los siglos XVI, XVII y XVIII. La casa-torre del linaje de Zabaleta es del siglo XV y está sobre el río.

La posición central de Lesaca dentro de las «Cinco Villas» ha sido causa de que durante mucho tiempo fuera también el centro comarcal. Esto se expresa bien por la concesión de un privilegio de mercado quincenal antiguo: de 1499. Por otro lado su archivo, exoliado en tiempos recientes

de modo inexplicable, reflejaba mejor que ningún otro la Historia social y económica de la comarca. Por de pronto, en el privilegio de 1499 se ve que a Lesaca llegaba gente de Francia, del reino de Castilla y «aun del mar» y que era necesaria la vigilancia de los delincuentes (de suerte que el alcalde podía conocer en muchos delitos) y ponerlos en el «piliric» y azotarlos allí.

Para entonces el casco urbano de Lesaca debió haber sufrido ya varias modificaciones con respecto a la época inmediatamente anterior y sobre todo al comienzo del siglo XV.

Desde el punto de vista urbanístico tenemos que considerar dos hechos fundamentales. En 1411 Lesaca padeció un incendio en que se destruyeron ochenta y ocho casas. En 1444 sufrió otra destrucción, total al parecer. Entonces quedó quemada la fortaleza de Ochoa Lopiz de Zabaleta y después se reconstruyó, dándose a los vecinos la facultad de cortar árboles en los bosques del Bidasoa, para rehacer sus casas. Pero es curioso advertir que aparte de facultades se prohíbe a los señores de los palacios de Zabaleta y Alzate el levantar los solares de aquéllos dentro de los muros, sino fuera de la villa, porque el tenerlos dentro había causado grandes daños «faziendo

guerra de sus casas los unos contra los otros...». Parece que esta disposición no se acató ni cumplió, porque la torre de Zabaleta debió reedificarse al lado de otra que quedaba, más antigua, al parecer.

Hoy día, un elemento principal del casco es la plaza que, sin duda, fue objeto de nueva interpretación cuando se hizo el ayuntamiento mucho después. También el cauce del río Onin, sobre el que a los dos lados hay muros de piedra, donde se baila con motivo de la fiesta patronal de San Fermín, debió convertirse en un elemento más importante en los siglos XVII y XVIII, porque se ve que ciertas casas que dan a él daban antiguamente por la puerta trasera y estaban alineando fachadas en calle casi desaparecida; hoy, por el contrario, las antiguas traseras son fachadas.

Varias casas de Lesaca, que eran de artesanos y menestrales, ostentan tallas en madera o piedra que indican el oficio de quienes la construyeron.

La fiesta de «Olentzero» es característica de algunos pueblos de la cuenca del Bidasoa y otros limítrofes que hasta 1566 pertenecieron a la diócesis de Bayonne. Se relaciona con el nacimiento del Mesías.



*Olentzero de Lesaca.*



Lanzamiento de paleta en las palomeras de Echalar.

**E**n la fría mañana de otoño, desde el collado de Usateguieta, sobre la misma muga entre Echalar y Sara, una cuadrilla de hombres –poco más de una docena– escudriñan al horizonte. De pronto, en el silencio de la mañana, un grito de uno de los vigías señala la aparición de un bando de palomas. Enseguida se inicia la operación de dirigir a estas palomas a las redes, tendidas oblicuamente entre varias hileras de hayas. Esto ocurre desde primeros de octubre a mediados de noviembre, todos los años, desde hace cien, trescientos, quinientos... Documentos históricos certifican el funcionamiento de las Palomeras de Echalar, ya en el siglo XIV. El origen de este tipo de caza se pierde en la historia y queda en la leyenda. Según dicen, un pastor que cuidaba sus ovejas lanzó una piedra para encarrilar su rebaño.

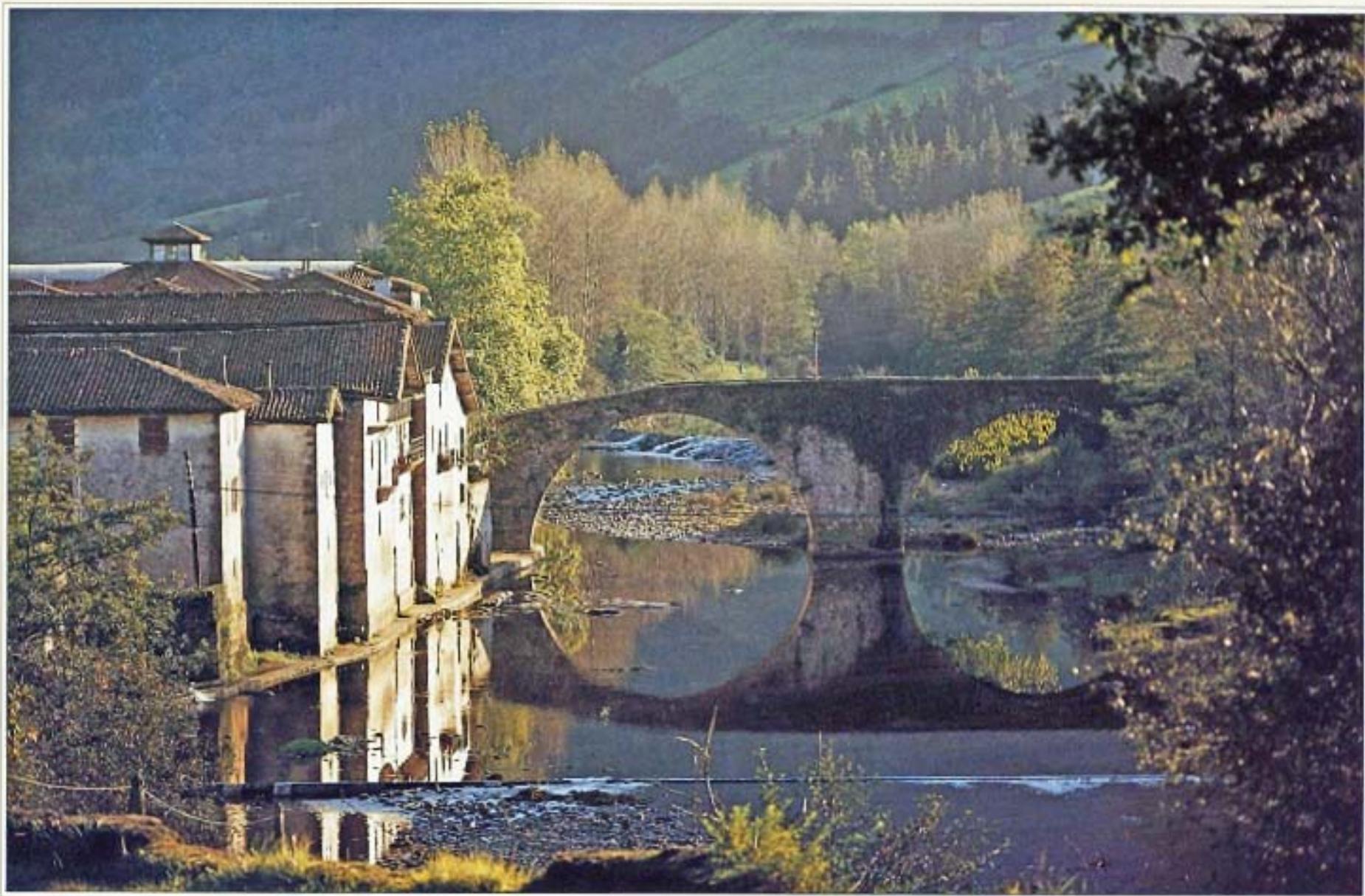
en el momento en que pasaba uno de tantos bandos de palomas que cruzan el cielo en la «pasa otoñal». Las palomas «azoradas» se apelotonaron en picado hacia el suelo. El pastor pensó que podría aprovecharse esta característica de las palomas para dirigirlas a una red... Pero esto es la leyenda.

Una de las vías más importantes de la migración de aves europeas y del norte de Siberia pasa por el Pirineo occidental; aquí concretamente se encajona entre Ibanteli y Atxuri o Peña Plata.

Los palomeros se sitúan en púlpitos sobre los árboles, en torres o incluso en el suelo, parapetados, siguiendo un amplio arco en cuyo centro están las redes, y los extremos se adentran en territorio de Sara. Cuando aparece un bando de palomas, señalado por alguno de los vigías, un toque de corneta impone el silencio e indica el

comienzo de la caza. Los gritos indican la situación del bando y su dirección, que es alterada de forma espectacular por las banderolas agitadas o las paletas lanzadas –momento que recoge la fotografía– por los cazadores. Si toda la operación transcurre con normalidad, las palomas tras varios quiebros en su vuelo acabarán chocando contra las redes, que en ese momento caen violentamente, accionadas por los rederos. En el suelo se agitan sorprendidas bajo las redes hasta que un mordisco en el cuello acaba con sus vidas.

En contra de la creencia popular, las palomeras de Echalar apenas influyen en las poblaciones de palomas, pues en los últimos veinte años sus cifras de capturas no llegan en promedio a las 2.400 anuales.



*Puente sobre el río Bidassoa, en Sumbilla.*

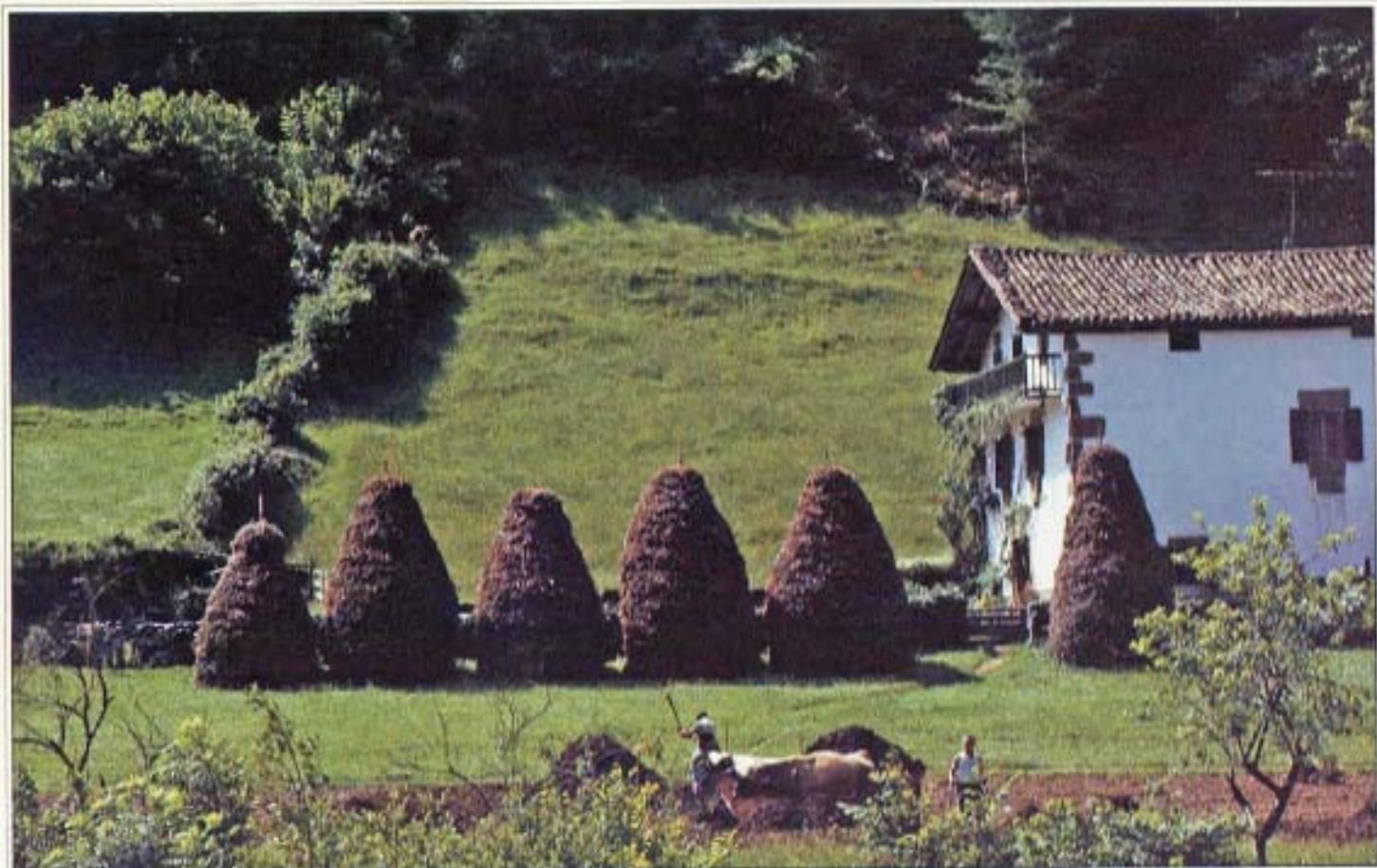
**S**El puente de Sumbilla, sobre el Bidassoa es uno de los puntos de referencia más señalados de la antigua red de comunicaciones de Navarra con el Atlántico y Francia, que hoy ha perdido su significado.

Sumbilla, en el Registro de Comptos de Navarra de 1280 aparece como «Husumbill», Luego como «Sombill», o «Sumbill». Más tarde, también «Sumbil». Villa exenta en 1802, constituida por dos barrios situados a los dos lados del Bidassoa, unidos por un puente. Es un pueblo condicionado por tres vías. Una combinación muy típica de pueblo-calle y pueblo-puente, con un eje Norte-Sur y otro Este-Oeste, que hay que estudiar mejor para aclarar las comunicaciones antiguas de la zona septentrional de Navarra. Hoy la carretera Irun-Pamplona pasa por el barrio que queda a la

orilla oriental del río, que está constituido por una calle y alguna casa más fuera de ella. En la calle está el ayuntamiento a un lado (el del río), al otro hay una casa del XVIII, con linterna, y otras más modestas, en piedra, con fachada en hastial. Al otro lado del puente, a la parte baja, está la iglesia parroquial moderna y un gran frontón que antes era mucho más bonito, porque estaba abierto. Las casas, en cuesta con un eje principal hacia al Este. También son, en su mayoría, del siglo XVIII.

Fuera de este conjunto, aislada, queda la casa de San Tiburcio, con dependencias para carrozales y las ruinas de un templo. La casa de tejado a cuatro aguas y gran alero tallado es de planta cuadrada y tiene algunas ventanas ajimezadas. Es tradición que fue hospital o albergue, y tenía unas rejas que se deshicieron y que en lo alto, como copete, tenía una cruz con un águila bicé-

fala. Estas águilas aparecen en bastantes casas navarras después de la anexión y parecen indicar que los que vivían en ellas fueron partidarios de ella y del emperador Carlos V. También se encuentran en hierros de chimenea y con fecha posterior a aquél: 1596, en «Itzea» de Vera de Bidassoa y en bastantes que se conservan en el Museo de San Telmo de San Sebastián.



Caserío de Arráoz.

**L**a unidad de poblamiento típica de los valles cantábricos navarros es el caserío vasco. El de la fotografía que comentamos pertenece a Arráoz (valle de Baztán). En general a las viviendas de los pueblos vascos se les llama casas (*etxe*) y se reserva la palabra caserío para designar a las que se levantan por las vertientes o el fondo de los valles intramontanos, en medio de sus tierras de cultivo y prados; en Baztán éstas últimas se conocen con el nombre de borda, porque eso fueron, albergues de ganado lanar, antes de convertirse, además, en vivienda permanente, según el típico proceso de enjambración propio de la fachada occidental atlántica de Europa que ha sido estudiado en España principalmente por los etnólogos.

Caseríos dispersos y casas de los pueblos

(aquejlos son muchas veces filiales de éstas) tienen una serie de rasgos comunes. Constan de un edificio principal y de diversos anexos. Aquél es, siguiendo la terminología propuesta de Demangeon y empleada por los geógrafos, una casa-bloque en altura, que tiene establos en la planta baja, cocina, sala y dormitorios en el primer piso y henil o desván en el último; es de planta rectangular, con cubierta a dos aguas (aunque no faltan las casas que tienen cuatro vertientes y que suelen ser las más importantes) e inclinación pequeña, de 20°-30°, caballete perpendicular a la fachada, paredes de piedra, o de piedra abajo y entramado de madera con relleno de mampostería arriba, balcón secadero de madera a la altura del desván y corredor en la fachada y protegido por un alero saliente. Entre los anexos, unos adosados a la casa y otros dispersos, pueden encon-

trarse el cobertizo para carretas y aperos, la pocilga, el horno, la ardiborda o borda de ovejas, la txabola, la calera, etc.

Es frecuente en Baztán que los caseríos y casas tengan delante de la fachada un espacio vallado (larraña), con suelo de tierra apisonada o enlosado donde se deja el helecho y el estiércol o simplemente se adorna con macetas de flores, y detrás una huerta destinada a la producción de hortalizas de consumo familiar y a frutales. Las metas de helecho, los prados cercados, los rodales de bosques de frondosas, los helechales y las piezas de cultivo (maíz, alubias, nabos) son otros tantos elementos integrantes de las explotaciones rurales cuyos centros rectores son los caseríos.



usto a la salida del Valle de Baztán, al lado de las casas de largos balcones de Mugaire, tras cruzar el Bidassoa se encuentra Bértiz, antiguo señorío, con varios caseríos y un señorial palacio dentro de su recinto.

Propiedad de la Diputación Foral de Navarra, por legación testamentaria de su anterior propietario, el indiano baztanés D. Pedro Ciga, sus algo más de 2.000 Ha. encierran los mejores bosques de frondosas de la Navarra cantábrica.

En los robledales de la parte baja de la finca se entremezclan castaños, arces, cerezos y los festones de alisos que acompañan a las regatas, y en los hayedos de los altos destacan los robles tozos.

A todo este arbolado natural se añaden numerosas manchas de repoblaciones artificiales de diversas coníferas y robles americanos y muchos árboles, sueltos o alineados, plantados con motivos ornamentales.

En la misma entrada de la finca un parque ajardinado, verdadero muestrario de especies arbustivas y arbóreas, constituye un auténtico jardín botánico.

Todo este conjunto configura un magnífico parque forestal, que la Diputación Foral proyectó convertir en Parque Natural, abierto al público.



a arquitectura popular utiliza los materiales que encuentra en su entorno. En regiones boscosas y llanas las casas son de madera, de adobe si faltan los bosques, y las piedras areniscas, calizas o graníticas serán la base para la construcción de edificios en las zonas donde predominen estos materiales. Puede decirse que la arquitectura popular refleja la geología y la vegetación de la región en la que se asienta.

No podía ser menos en gran parte de Baztán, donde la construcción de sus casas, palacios y bordas tiene su sello característico en sus piedras y sillares de bello color rojizo. También esta vieja borda de sus montes próximos a Bértiz construida con piedra e incluso cubierta con lajas de areniscas rojizas, al pie de un grupo de añosos robles.

La solidez del tejado, abigarrado por el musgo que en él crece, queda de manifiesto al paso de los años, en ésta como en otras muchas bordas, apenas utilizadas, ni por consiguiente, reparadas. Fueron construidas en tiempos en que la ganadería extensiva en estos montes era mucho más abundante; vacas, yeguas u ovejas permanecían gran parte del año lejos de sus establos y era en las bordas donde se guarecían. Hoy es próspera la ganadería estabulada, pero decrece la extensiva.



Mugaire y el señorío de Bértiz.



Borda en Legate.



Recogida de heno en Egozcue (Bastón).

**E**n la Montaña de Navarra los pastos cultivados constituyen base fundamental de la Economía ganadera. Gran parte de ellos se almacenan en los caseríos y casas, para el invierno, como refleja la foto tomada en Egozcue.



*Irurita en el Valle del Bartzán.*

I

obre el término de Irurita se alza el llamado «Mirador del Bartzán» desde el que se domina casi la totalidad de aquel famoso valle de la zona atlántica.

De toda la zona atlántica de Navarra, la parte más famosa y conocida es este valle de Bartzán, que tiene su mitología propia, creada unas veces por los naturales y otras por los extraños. El lector quedará sorprendido al saber –por ejemplo– que un famoso viajero romántico inglés no tenía empacho en afirmar lo que sigue: «The delicious valley of Bartzán is (as the word implies, in arabic) a garden». («El delicioso valle de Bartzán es (en el significado árabe de la palabra) un jardín»). Etimología por etimología, no vale más o menos ésta que otras debidas a hombres del país.

Desde el punto de vista histórico resulta que el

valle de Bartzán es una circunscripción que aparece primeramente como un arcedianazgo del obispado de Bayonne y también como dominio de un señor o un vizcondado, al estilo de otros valles navarros y de Ultrapuertos. El vizcondado arranca de muy antiguo; aparece, en efecto, un «vicecomitis de Bastan» en un documento de la catedral de Bayonne en 1168. El tablero escaqueado se ganó –según la tradición– en la batalla de las Navas de Tolosa, siendo rey Sancho el Fuerte, 1212.

El Bartzán se divide según los naturales, en las partes que siguen: 1.º) «Bartzangoiza», que es la alta, con Errazu, Arizcun y Azpilcueta. 2.º) «Elezondo», es decir lo cercano a la iglesia, con Elezondo, Elvetea y Lecaroz. 3.º) «Erberea», con Irurita, Garzain, Arrayoz y Oronoz. 4.º) «Basaburua», con Ciga, Aniz, Berroeta y Almandoz.

*M*aya del Baxtán.



*M*aya es uno de los lugares más característicos del Valle de Baxtán, como lo prueba el hecho de que, con mucha frecuencia, sea elegido para mostrar alguna fotografía cuando se escribe sobre el Valle.

Su sencillez resulta enormemente atractiva. Consta de una sola calle –apenas una calleja– en pendiente, de no más de medio kilómetro de longitud. Su trazado ligeramente ondulado, con perspectivas cambiantes, y la falta de alineación de las fachadas evitan la monotonía. Esto, junto con los aspectos comunes que dan semejanza a los edificios, ayuda a caracterizar un espacio ur-

bano de acusada personalidad. Existe una clara diferencia entre estar dentro y fuera del pueblo, a pesar de que las aperturas visuales al entorno son continuas, por estar las casas separadas entre sí.

Al mismo tiempo que se observa este carácter del espacio urbano, puede percibirse la acusada individualidad de cada vivienda. No importa que todas sean semejantes de forma y tamaño. Lo que importa es que, de algún modo, la familia que la habita se vea reflejada en ella. Es fácil comprobar que, siguiendo todas ellas una tipología muy clara, presentan en sus detalles una singularidad que hace a cada una diferente.

Esta voluntad de individualizar, de personali-

zar cada vivienda es lo que mejor explica que casi nunca lleguen a tocarse. Esto se da, aunque la separación, con frecuencia, no alcance el medio metro.

Es esta misma intención la que hace que los esquiniales se acentúen, marcando el contraste de su piedra rojiza con el revoco encalado del resto de la fachada. Al destacar las aristas, aumenta la definición de la masa, de suyo rotunda, del edificio, que se distingue así mejor de los demás.

Y es en estas causas intencionales –aunque quizá inconscientes– y no en las meramente funcionales, donde hay que buscar la explicación



*Calle principal: alzado Este.*



*Calle principal: alzado Este, continuación.*

más plausible. No basta con referirse, respectivamente a la necesidad de evacuar el agua de lluvia o a la exclusiva utilización de piedra trabajada en los lugares donde se hace imprescindible, como son las esquinas y los cercos de puertas y ventanas, por citar sendas explicaciones constructivo-funcionales.

Todo ello resulta, además, coherente con el carácter reservado y celoso de la intimidad de sus moradores.

Junto con estos factores que singularizan están otros que engloban y dan carácter al conjunto. Existe, como ya se ha dicho, una tipología clara, pero que permite alguna subclasificación. Todos

los ejemplares participan de esa rotunda simplicidad de masa que les da la apariencia sólida y estable de lo que está firmemente arraigado en la tierra. Sus tamaños son muy semejantes, como similar ha sido tradicionalmente la condición social de los baztanenses. Además, la satisfacción de unas adecuadas condiciones de vida y trabajo ha importado más que posibles aspectos suntuarios o representativos. Por ello los palacios responden, en lo esencial, a la tipología de las viviendas normales. Este hecho contrasta con lo que es frecuente en otras regiones.



*Maya del Bustan.*

**E**ste es el aspecto que presenta Maya desde la carretera que va a Dancharinea. Sobre el verde predominante del valle contrasta el blanco de las edificaciones, cuya claridad destaca sobre el paisaje. De todos modos, debe señalarse que se trata de un blanco que ha sido matizado por la intemperie y tiene un carácter diferente del blanco luminoso de las arquitecturas mediterráneas.

Puede verse en primer término el conjunto formado por la Iglesia, la casa del Párroco y un viejo molino, que se encuentran fuera del pueblo propiamente dicho. Este comienza una vez traspuerto el arco que puede apreciarse en la fotografía, sobre cuya clave se encuentra el escudo de Maya. Es el escudo un elemento típico que

está presente en la fachada de todas las casas; al menos en todas las que originalmente eran viviendas, ya que algunas edificaciones tenían en su origen un uso distinto: cuadra, borda, etc.

La existencia de un elemento tan singular como dicho arco, que cumple las funciones de portal de entrada, contribuye a definir los límites del espacio urbano. Este, como se decía anteriormente, tiene una acusada personalidad. Hay que señalar que en estos pueblos el espacio urbano, a diferencia de lo que sucede en otros más meridionales, es más apto para ser transitado o realizar actividades concretas –trabajos, juegos, etc.– que como lugar de estancia o descanso. Esto se debe, en parte, a razones climatológicas, pero, sobre todo, a la importancia de la familia como unidad de relaciones y de la vivienda como

núcleo de la vida familiar. Esto hace que sea la propia vivienda, y no la calle, el lugar preferido para el descanso y la conversación.



*Arizcun.*

**E**n esta vista de Arizcun se comprueba que a la sensación de serenidad, equilibrio y arraigo, contribuyen también la simetría de las fachadas principales y la suave inclinación de las cubiertas, cuya importancia formal es, en consecuencia, menor que la de las propias fachadas, a diferencia de lo que ocurre en zonas relativamente cercanas, como los valles de Salazar, Roncal y los del Pirineo de Huesca.

El carácter funcional vuelve a aparecer en elementos como el balcón secadero, muy característico en las viviendas, que no se utiliza por las

personas, sino que sirve –como su nombre indica– para poner a secar las cosechas, y ocasionalmente, la ropa.

En el caso de los acusados aleros, la razón funcional –proteger la fachada de la lluvia– tiene también una clara consecuencia formal, ya que se produce una fuerte sombra que subraya el cornisamiento. En un lugar donde la luz solar no es muy intensa, este factor ayuda a definir con mayor claridad el volumen.

Es, así, este continuo juego de condicionamientos funcionales y la voluntad creadora de formas atractivas, el que va caracterizando esta

arquitectura. Y la experiencia general es que tenemos a identificarnos con ella de modo inmediato, porque percibimos que ese atractivo formal está cimentado sobre un sentido común que, con frecuencia, echamos en falta en la arquitectura al uso.



*Xavier Ciga: El Mercado de Elizondo. (Ayuntamiento de Pamplona).*

**J**avier Ciga Echandi, nacido y muerto en Pamplona (1878-1960), es un pintor que se formó con independencia de los círculos artísticos oficiales de Madrid —no obstante haber obtenido la Medalla de Oro de la Academia de Bellas Artes de San Fernando—, acudiendo a París en 1911 para, asombrosamente, no imbuirse de ideas «modernistas», sino afirmarse en un realismo velazqueño, aplicado a la representación de tipos y escenas vascas. Así lo demuestra *El Mercado de Elizondo*, pintado en 1914, que supuso su doctorado de artista al ser admitido por el Jurado del Gran Salón de París para la primera exposición del mundo y más tarde como miembro de número del mismo. Ciga guarda de los últimos

románticos un exaltado amor a su tierra, y del realismo la búsqueda del hombre. Su obra se empapa de la vida popular de Pamplona, tomada a lo vivo (*Serie de Nueve Carteles para San Fermín*) y se convierte en el retratista oficial de la ciudad, incorporando a sus telas personajes ilustres y tipos corrientes como *El Panadero de Elizondo*, el *Tipo Bozatarra* o la *Serie de Bebedores de Chacoli*. Como pintor de historia ha dejado versiones pacíficas del pasado —una de ellas titulada *Reunión de los doce ancianos bajo la sombra del roble de Jaureguizar*— y se ha asomado con gran acierto técnico al paisaje y al bodegón. Pero es en la pintura costumbrista donde Ciga ha dado prueba de su más acendrado navarrismo y vasquismo, en la línea etnográfica usual

en su época, representando los valores puros de la vida tradicional. En esa corriente se sitúan sus obras cumbre: *El Viático en Navarra (El Baztán)*, propiedad de la Diputación Foral y *El Mercado de Elizondo*, del Ayuntamiento pamplonés. Este cuadro muestra a unas «etxeandres» vendiendo sus productos bajo el atrio de la iglesia, en una composición difícil que el pintor resuelve con variedad y en profundidad, con un efecto de luz lejano muy propio de Velázquez, como asimismo lo es la colocación en primer término de bodegones. En él se aúnan, con justeza, una técnica depurada, realismo extremo y sensibilidad psicológica ante el tipo racial.

E

El baile más característico del Valle de Baztán es la Mutil Dantza o danza de los muchachos, como su nombre lo indica. Alegra actualmente las fiestas locales de los pueblos del Valle y hasta no hace muchos años también se bailaba en el Valle de Ulzama, en Lanz, Maya, Baráibar, Ulzama, Vera y Lecumberri.

Esta danza colectiva es exclusivamente para hombres, y en ella pueden participar sin distinción de edad o condición todos los que quieran hacerlo: niños, jóvenes, hombres maduros y ancianos y autoridades. La inician unos pocos danzarines y su número va creciendo paulatinamente a medida que prosigue el txistulari la música. En algunas ocasiones se llega al centenar de participantes, lo que da idea de su carácter eminentemente popular.

Existen alrededor de quince melodías de distintos nombres y movimientos, y llevan títulos curiosos como los siguientes: Zazpi iautzi (siete saltos), Ardoaina (del vino), Biligarrua (la malviviente), Ainara (la golondrina), Xorainoa (del pájaro), Ahunsa dantza (baile de la cabra), etc., y no parece descabellado pensar que su inspiración tenga algo que ver con el movimiento de estos animales. Mauricio Elizalde es el genial intérprete de estas melodías.

El inicio de este baile es muy original, y consiste en una invitación a tomar parte en la danza. Los cuatro danbolinausiaik o mayordomos, colocados en círculo alrededor del txistulari, agitan sus boinas con la mano derecha y saludan a la concurrencia con las palabras Aunitz urtez, por muchos años. Inmediatamente van entrando en la fila los demás danzarines con el mismo ceremonial antedicho, dan una vuelta a la plaza, se saludan entre sí con las palabras expresadas, y cerrando la hilera comienza el baile con sus movimientos de rotación sobre sí mismo y de traslación avanzando o retrocediendo alrededor del txistulari.

S

a Soka Dantza o danza de la cuerda procede de Arizcun, en el Valle de Baztán. Antiguamente era un baile en el que sólo intervenían los hombres, pero hacia la segunda mitad del siglo XIX comenzaron a intervenir las mujeres. Esta danza social y mixta se interpretaba generalmente en los días de boda después del banquete.

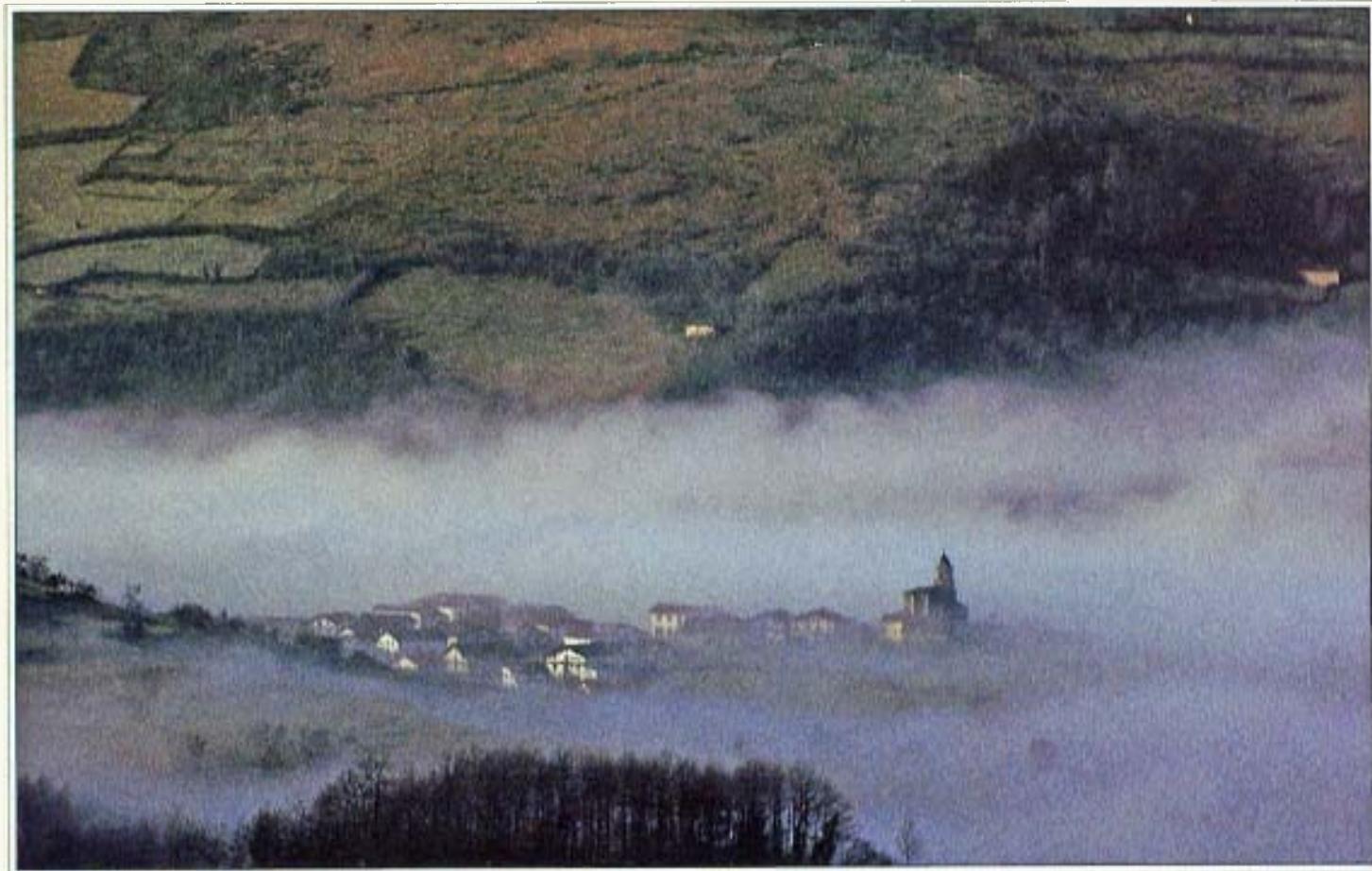
Alternan en la fila hombres y mujeres, pero pueden ir unidas personas del mismo sexo e incluso pueden ser todos sus participantes o mujeres u hombres. Cuando el baile es mixto marchan en una sola fila enlazados por pañuelos de alegre colorido, pero los extremos son ocupados necesariamente por hombres. Estos bailes son una pequeña muestra de la gran riqueza folklórica que se mantiene viva en el Valle de Baztán.



Mutildantza, en Elizondo.



Sokadantza, en Elizondo.



Berroeta.

*U*

efecto de niebla nos da esta imagen de Berroeta, típico pueblo baztanés, con desarrollo al calor de la «hidalguía colectiva» y las empresas en que los hijos del Baztán se distinguieron del siglo XVI al XVIII.

Berroeta es un núcleo situado en alto y en su término queda un punto que es único para estudiar la constitución del valle: el «mirador del Baztán».



*Ciga.*

iga es otro pueblo típico del Baztán y de la Navarra Húmeda o Atlántica, con mágicas nieblas matinales.

Donde más caseríos de otros tiempos se conservan es en Garzain, Aniz, Ciga y Berroeta, pueblos de silueta clásica sobre los que destaca la iglesia. El último, más en alto. En Ciga hay dos palacios, el de Mayora y el de Egozcue, con dos jabalies al natural como blasón, el segundo. En Garzain estaba el de Iturbide, que ya consta en 1568 y que en 1723 era de un Montreal. En Lecároz había otro de Aróstegui. Alguno de ellos queda hoy en pie y refleja la prosperidad del linaje en un momento determinado; el mismo en que se construyó el palacio de Oronoz y algún otro con soportal, gran escalera lateral, etc.



*Elgorriaga.*

*E*

n el antiguo valle y arciprestazgo de Santesteban de Lerin hay una serie de pueblos que también reflejan una prosperidad dieciochesca y se diferencian algo de los del Bazaín.

El primer pueblo saliendo de Santesteban es Elgorriaga, luego vienen Ituren y sus barrios (Aurtitz y Lasaga) y después, Zubietza. Luego hay una estrechura antes de llegar a los pueblos de otra circunscripción: los del valle de Basaburúa Menor. Todos son pueblos de labradores, según reflejan los documentos del siglo XV que redimen pechas entonces y después. La población es corta.

*I*

na de las fiestas carnavalescas más interesantes que se conservan en España es la de Ituren, en este área. La imagen recoge un aspecto del rito itinerante, expresión de buena vecindad con el pueblo de Zubietza. «Zampantzar» o «Yoaldun» es el nombre del disfrazado.



Zampantzarr de Ituren a Zubielta.

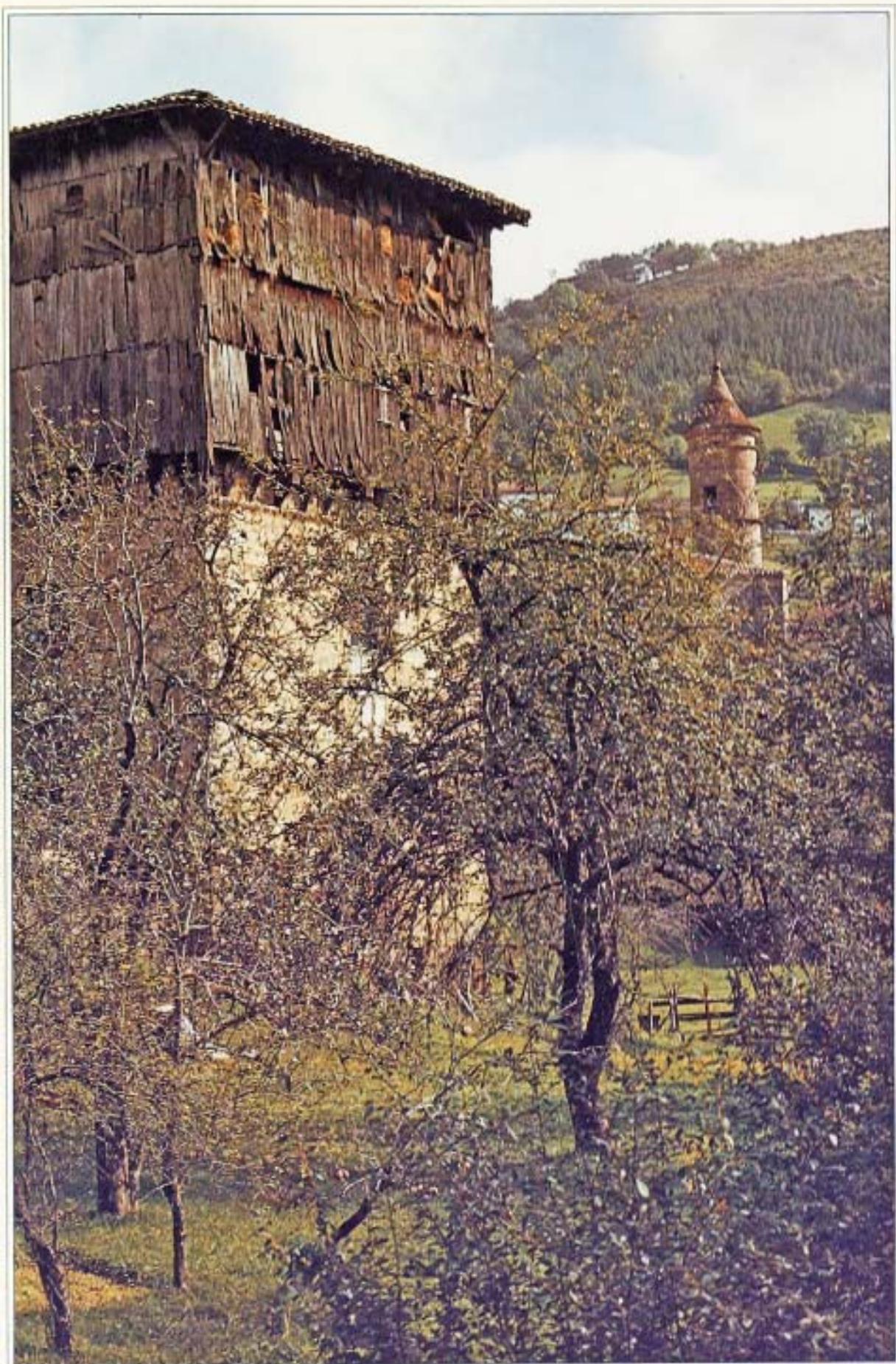
E

El «palacio viejo» de Donamaria («Jaureguizarra») es uno de los pocos que conservan la estructura de madera, que hasta los siglos XIV y XV fue general en el país.

Si Santesteban parece haber sido un pueblo-mercado y Sumbilla un pueblo-puente, Donamaria parece, ante todo, un pueblo señorrial. El palacio de «Donamaria» aparece en 1488 con otros de Santesteban y Bértiz. La casa debe ser la que, desde la Edad Media, se ha conservado hasta nuestros días y ha llamado la atención de los que se han ocupado de la arquitectura civil navarra a partir de comienzos del siglo XX por lo menos. Esta casa-torre es de planta rectangular, como la vieja de Lesaca. Ha sufrido modificaciones visibles en los cuatro muros de piedra en los que se abrieron ventanas cuadrangulares. Antiguamente los muros sólo estaban abiertos por saeteras muy estrechas y alargadas en la parte baja, y alguna pequeña ventana en la alta. En la parte baja hay una puerta que da acceso a lo que hoy son cuadras y al piso principal se sube por una escalera exterior, como ocurre en otras casas-torre de la zona y de otras partes del país. Es probable que esta escalera sea un añadido del siglo XVII, de cuando la torre comenzó a usarse como casa llana.

Encima de esta estructura de piedra, hay otra de madera que propiamente es un «cadalso» o «cadahalso». La palabra viene de una latina «catafalicum» que, sin embargo, no aparece en la buena latinidad de «káta» (griego) y «fala». La documentación histórica sobre ella, en castellano, dejando ahora aparte la significación de armazón alto, destinado a las ejecuciones o a grandes y espectaculares ceremonias, podemos hallarla en textos medievales como «La gran conquista de Ultramar», donde se lee: «é bastecieron luego muy bien las torres, é los muros, é las puertas, é los cadahalsos que había, é las barbacanas...». Por rara circunstancia, la superestructura de Donamaria se conserva mejor que ninguna otra, por los cuatro costados.

El conjunto, unido al de la torre de Arráoz, le recordará bastante a las torres medievales de Baviera y del Würteberg a Baeschlin. Por su parte, Huarte recogía la tradición de que de «Jaureguizar», «Jaureguizarra» o «Jaureguizarrea», el palacio viejo, había comunicación con la iglesia. En todo caso, el palacio tenía derecho sobre el molino y prerrogativas en la iglesia, etc.



Donamaria.

L

os llamados deportes rurales vascos transforman en competición el trabajo diario –cortar troncos o hierba, arrastrar cargas, cargar piedras– o actividades naturales, como andar y correr. La afición a competir y a apostar con ocasión del desafío lleva a aprovechar cualquier faena o habilidad. Aquí escogemos dos de tales deportes en los que los navarros destacan, a veces de modo hegémónico.

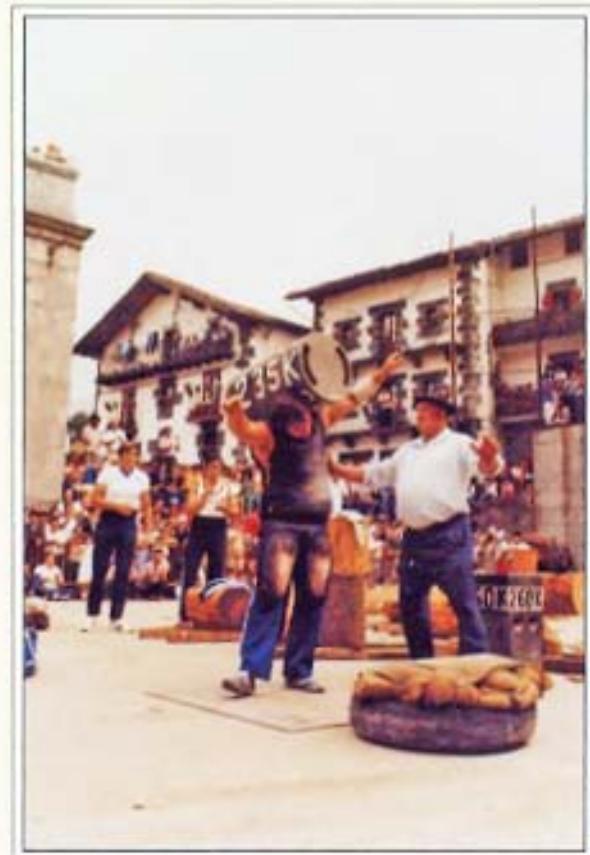
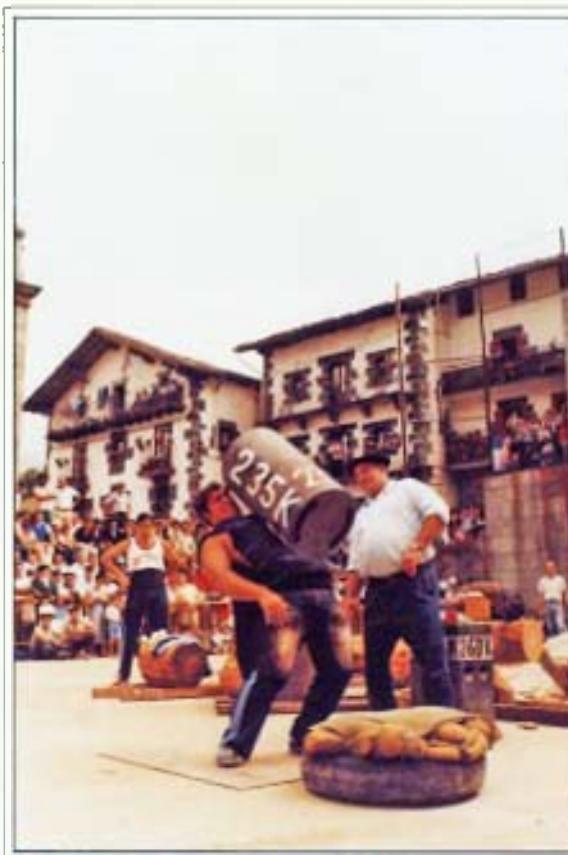
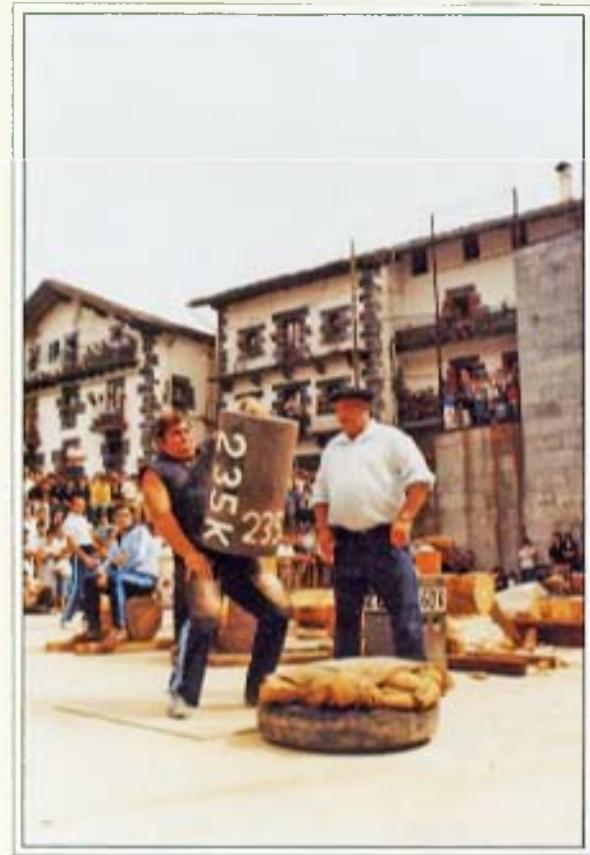
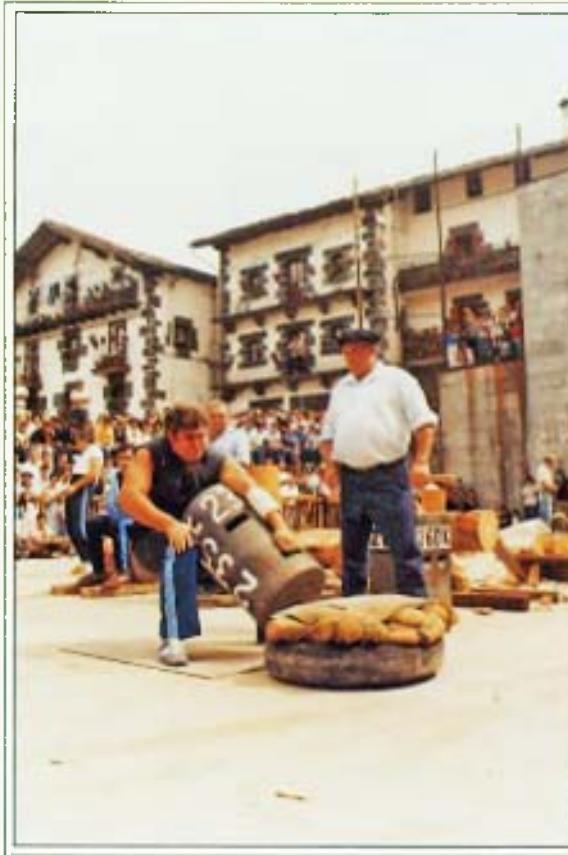
Sea el primero el levantamiento de piedras. El levantador o harrijasotzaile se enfrenta a un objeto que debe levantar hasta equilibrarlo sobre el hombro y luego dejar caer al suelo por delante. Si el peso va al suelo por la espalda, la alzada no cuenta.

La piedra puede ser de cuatro formas: cubo, cilindro, esfera y paralelepípedo. El cilindro solía pesar 8, 9 ó 10 arrobas; el cubo, de 10 a 17; la esfera, 9 ó 10; el último, de 10 a 17. Ahora han cambiado algo esas normas. La arroba equivale a 12.5 Kg. En las piedras, de granito, se busca la mejor relación entre peso y volumen, y ahora también se investiga el diseño, en especial cuando se trata de piedras cilíndricas, que faciliten el manejo de la pieza. La prueba consiste en levantar la piedra el mayor número de veces dentro de un tiempo, que suele ser media hora dividida en tres tandas de diez minutos. Los competidores no trabajan a la vez, sino uno después de otro, previo sorteo a cara y cruz. Eso explica que por lo común deseen salir en segundo lugar, para contar con la marca lograda por el adversario. Si las piedras son diferentes, el resultado serán los kilos levantados, es decir la piedra multiplicada por las alzadas.

Los aficionados ponderan este deporte como el más duro de los rurales, porque en los demás cabe disimular el desfallecimiento y aun mantener la inercia mecánica de los golpes o del paso, pero el harrijasotzaile no puede permitirse descuidos o movimientos fallidos en ninguna de las fases del levantamiento, porque la piedra se vendrá al suelo.

El harrijasotzaile, fajado y protegidos pecho y hombros, coge la piedra, la apoya en las rodillas y contra el vientre y por el pecho la sube hasta el hombro, el izquierdo si él es diestro. Durante la alzada las posturas del cuerpo compensan la fuerza y el equilibrio necesarios para que el peso no venza al cuerpo.

Los levantadores jóvenes escogen piedras menores para registrar el mayor número posible de alzadas; los talludos, ya menos ágiles, prefieren trabajar con piezas más pesadas.



*Harrijasotzaile en la plaza de Leiza.*



izkolaris son los profesionales de la aizkora. Aizkora es el hacha. Las pruebas de aizkolaris no son exclusivas de nuestra tierra, pero aquí revisten características propias.

La prueba enfrenta a dos o más cortadores que deben partir sendos lotes de troncos. Gana el más rápido. Los troncos son de haya, parejos, alineados y horizontales sobre bastidores en el suelo –en otras latitudes los cortan verticales. El aizkolarri se coloca sobre el tronco y lo hiende de cada lado hasta la mitad, de manera que la pieza queda partida en dos. Los contendientes cortan a la vez, no uno después de otro.

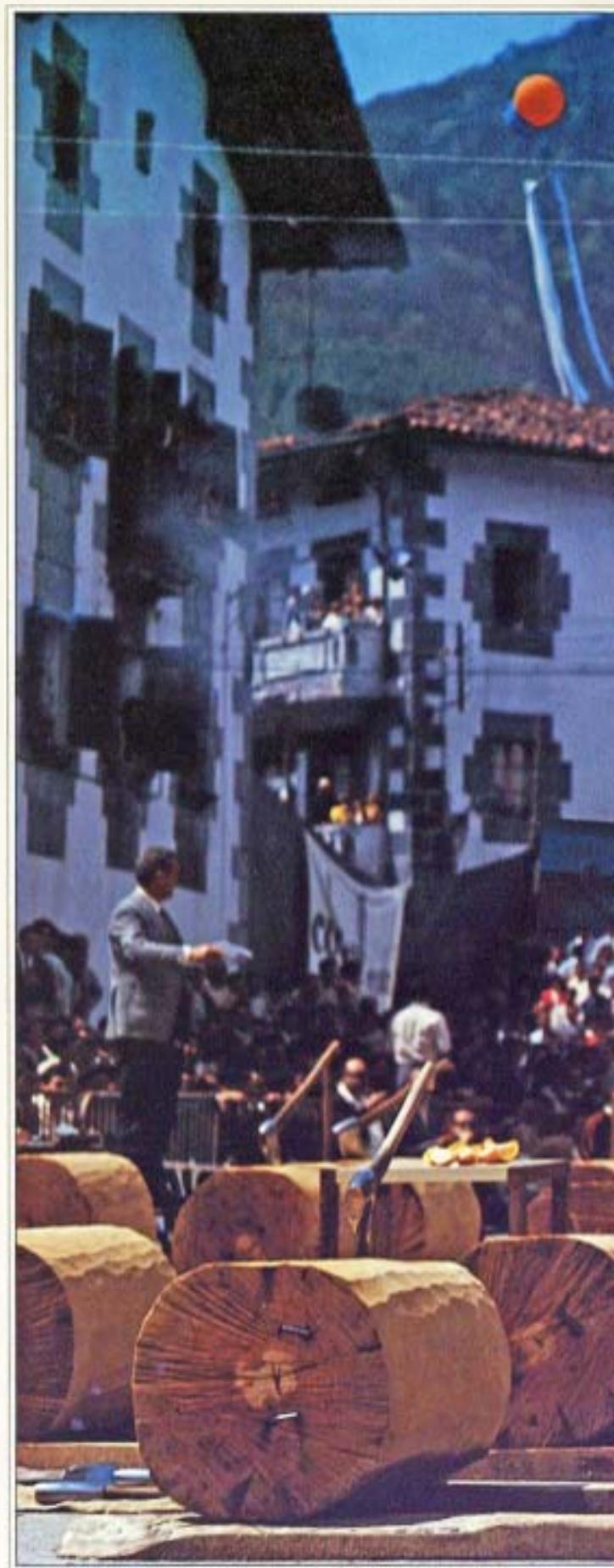
Una apuesta de aizkolaris depende de tres factores: calidad de la madera, número y grosor de los troncos. Estos se anuncian en pulgadas. Las dos medidas más comunes son la «kana», 108 pulgadas de circunferencia, y la mitad o «kana erdi». A veces, para igualar el material, se hace que los contendientes corten los mismos troncos, aunque no en el mismo orden, pero tal rigor extremo es innecesario: los cuidadores de uno y otro aizkolarri estudian el material y compensan los lotes. Se escogen troncos de haya, porque esta especie presenta nudos menos difíciles y madera más suelta que, verbigracia, el pino. Cada aizkolarri cuenta con dos personas de confianza, el botillero y el enseñador. El botillero le provee de

bebida, toallas y demás atenciones; el enseñador le va señalando dónde conviene asestar el hachazo. Hay que decir que la preparación tradicional de los aizkolaris, basada en una dieta recargada, quedó arrumbada hace cosa de seis lustros, sustituida por otras a cargo de entrenadores, médicos y bromatólogos.

La perfección de las hachas compendia siglos de experiencia. Tienen el filo o boca cóncava, para facilitar la salida; pesan de 2.400 a 2.800 Kg. y el cuerpo desde la parte posterior o «peto» a la boca es abombado, para que las astillas salten rápidas. El mango es de haya. Dentro de estas características, las hachas navarras son más robustas, cargan peso en el lomo y la altura de éste suele ser igual a la de la hoja.

El aizkolarri no es un aficionado dominguero, sino un leñador profesional. La extinción del haya en amplias zonas ha limitado la aparición de nuevos aizkolaris. Como se sabe, Navarra es la primera provincia española en bosques de esa especie y desde hace años impone la supremacía de sus aizkolaris, originarios de las tierras del Bidasoa y Leizaran.

Los tiempos en que los bosques originarios eran más extensos y tupidos no nos han dejado testimonios de este deporte, cuyas primeras documentaciones arrancan de la segunda mitad del XIX.



*Aizkolaris en la plaza de Leiza.*





*Casas de Goizueta.*



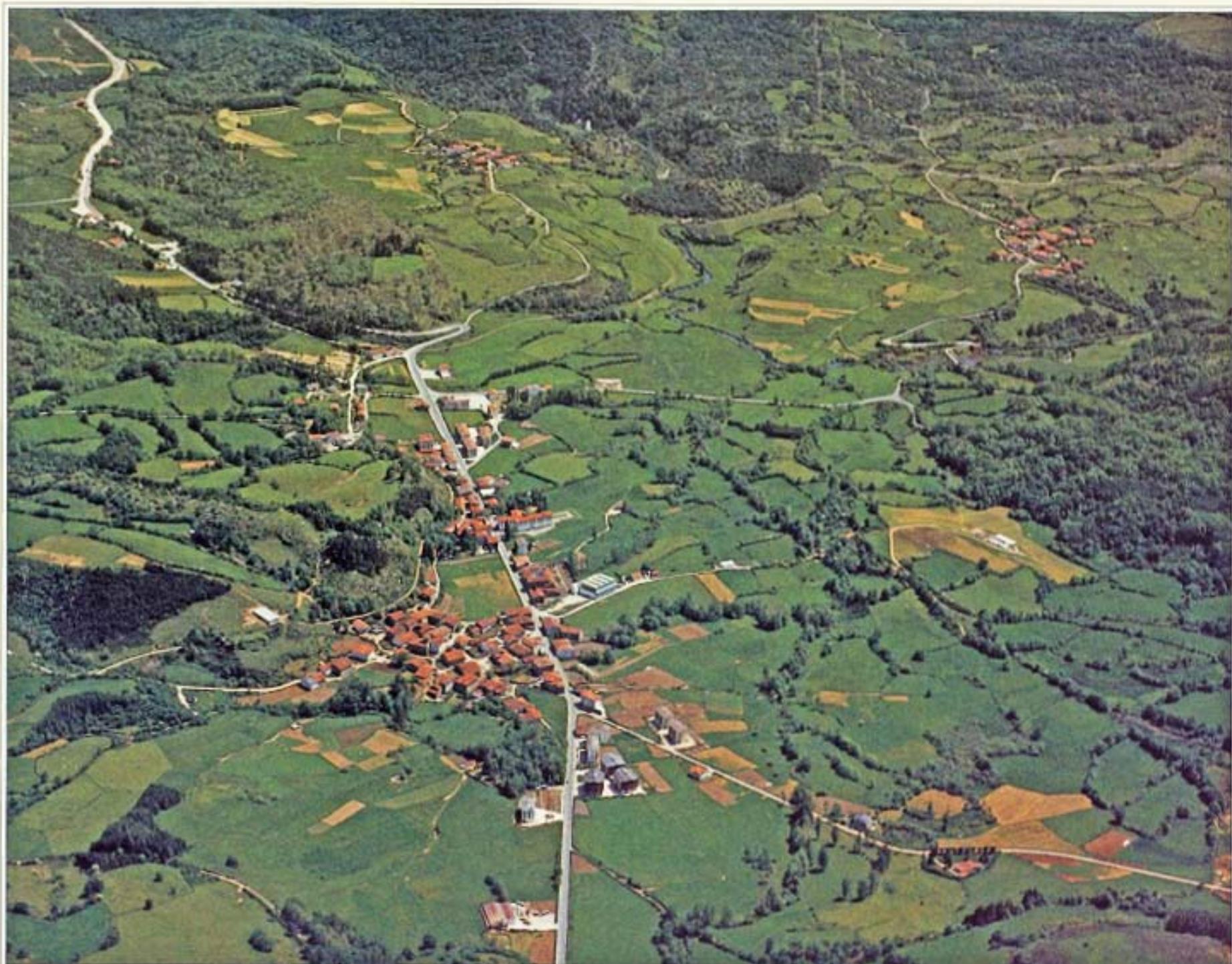
oizuela, en la cuenca del Urumea es un pueblo que conserva una buena serie de casas con entramado de madera del siglo XVII, parecidas a las de la zona del Bidasoa.

Algunas de estas casas, sin embargo, son anteriores y ostentan en sus tallas elementos de clara raíz gótica.

Goizueta desde el punto de vista arquitectónico, tiene singular interés. A fines del siglo XVIII contaba con 1.210 habitantes en 118 casas útiles. El núcleo principal está constituido por un conjunto de casas que quedan al Este del río, con la iglesia cercana a un puente y las viviendas formando grupos con plaza, anchurones y calles apenas esbozadas.

Al Oeste hay otro grupo menor. Goizueta ha estado más relacionada siempre con Guipúzcoa que con Navarra y ha sido población de ferreneros, como Vera, Lesaca y Echalar. Aparecen sus ferrietas en nóminas antiguas, y algunos edificios se relacionan con la industria.

En la Edad Media Goizueta fue, sin duda, un pueblo todo él de madera y es probable que nada quede en él de antes de 1429, en que fue incendiado en la guerra de Navarra con Castilla. Diez años después se hacia una torre y fortificación. El incendio y la tarea reconstructiva lo eximen de ciertas contribuciones y por ello sabemos que tuvieron lugar en las fechas indicadas.



Vista aérea de Lecumberri.

**L**este paisaje recuerda a muchos otros de la España humeda y aun de toda la franja occidental, atlántica, de Europa: pequeñas aldeas de casas separadas, predominio de los prados sobre los cultivos, campos cercados, bosques de frondosas caducifolias, etc. En primer término se ve Lecumberri y más lejos, Iribas, a la derecha, y Alli, a la izquierda. Los tres y varios lugares más pertenecen al valle de Larraún, avenado fundamentalmente por el río homónimo e incluido, geográficamente, en la Navarra Húmeda del Noroeste.

De las tres unidades de relieve que cabe distinguir en él, montañas de Huici, depresión de Lecumberri y sierra de Aralar, sólo estas dos últimas se hallan representadas en la fotografía, tomada de N. a S.: la sierra de Aralar, intensamente karstificada, en la franja superior, estrecha y cubierta de arbolado, y la depresión de Lecumberri (560-620 m. de altitud), en primer plano. Robles y, sobre todo, hayas cubrieron todo el valle. A expensas de los primeros se crearon campos de cultivo —hoy en decadencia— y prados de siega, en auge, de suerte que sólo subsisten pequeños rodales bastante deteriorados. Por el contrario los

hayedos ocupan considerables extensiones de la periferia montañosa. Hay también abundancia de fresnos por los caminos y cerca de las bordas y aquí y allí, avellanos y castaños.

Pequeños paisajes de *openfield* rodeando a los pueblos y de *bocage* en la periferia componen un cuadro rural muy euro-atlántico. Lecumberri, lugar nuevo, es la capital administrativa y el núcleo más importante, por su población (736 h. en 1981) y su economía (comercio, turismo).



Lacerde del río Larriun

*L*

a unidad hidrogeológica de Aralar se drena por un conjunto de importantes manantiales entre los que destaca, por la vertiente Norte, el de Aitzarreta que da origen al río Ercilla. Emerge exactamente en el contacto entre una formación de calizas arrecifales del Cretácico inferior, que constituye los relieves principales de la sierra de Aralar, y las margas subyacentes que dan las zonas más deprimidas topográficamente, cubiertas por una mayor vegetación.

El rasgo más característico de la sierra es el gran desarrollo de formas kársticas. Ello provoca que, a pesar de la gran pluviometría existente (superior a los 1.700 mm. anuales), apenas existe circulación superficial del agua, ya que es absorbida y circula preferentemente a lo largo de con-

ductos subterráneos excavados en las calizas, para reaparecer en surgencias como la descrita. Las formas de absorción consisten en valles ciegos, profundas y amplias depresiones en forma de embudo, extensos campos de lapiaz, dolinas y simas. En el desarrollo de estas formas tienen gran influencia las condiciones climáticas (sobre todo la actuación de la nieve) y la estructura geológica (en especial la disposición de las fracturas).

El caudal medio del manantial sobrepasa el metro cúbico por segundo; sin embargo, las oscilaciones que presenta son muy grandes, de manera que, en épocas de estiaje, se puede reducir a unos pocos litros por segundo, mientras que, en períodos de lluvias, se producen caudales punta que superan los 15 m<sup>3</sup>/seg. Este régimen tan irregular de la descarga hace reflexionar sobre la

acuciante necesidad de regular los recursos hídricos subterráneos, aprovechando la capacidad de almacenamiento de los acuíferos.

El río Ercilla, después de recorrer un pequeño trecho de materiales impermeables (margas), se sume totalmente al llegar a un nivel fuertemente karstificado formado por calizas de la base del Cretácico inferior (facies Pürbeck) y del Jurásico, y deja el cauce aguas abajo completamente seco. Sólo en contadas ocasiones hay avenidas de tal magnitud que el sumidero no puede evacuar toda la aportación, pasando el sobrante a circular por el fondo del valle hasta llegar a un nuevo sumidero (sima de Lezegalde), donde el río se pierde totalmente.

El agua que se infiltra en el terreno calcáreo, alimenta uno de los principales acuíferos kársti-

cos de Navarra, cuya descarga se produce por varias salidas en el fondo del valle, debajo de Iribas, que constituyen el «nacedero del Larráun» propiamente dicho, con un caudal medio del orden de los 2.5 m<sup>3</sup>/seg.

El grado de vulnerabilidad a la contaminación en este tipo de manantiales es muy alto, ya que la penetración del agente contaminante en el acuífero es directa y rápida, sin ningún tipo de filtración o retención del terreno. Como consecuencia de la gran velocidad de circulación del agua subterránea en este tipo de acuíferos, la contaminación puede extenderse con facilidad y rápidamente a distancias, incluso, de varios kilómetros del foco contaminante. Por consiguiente, en estas zonas es necesario extremar las medidas preventivas.

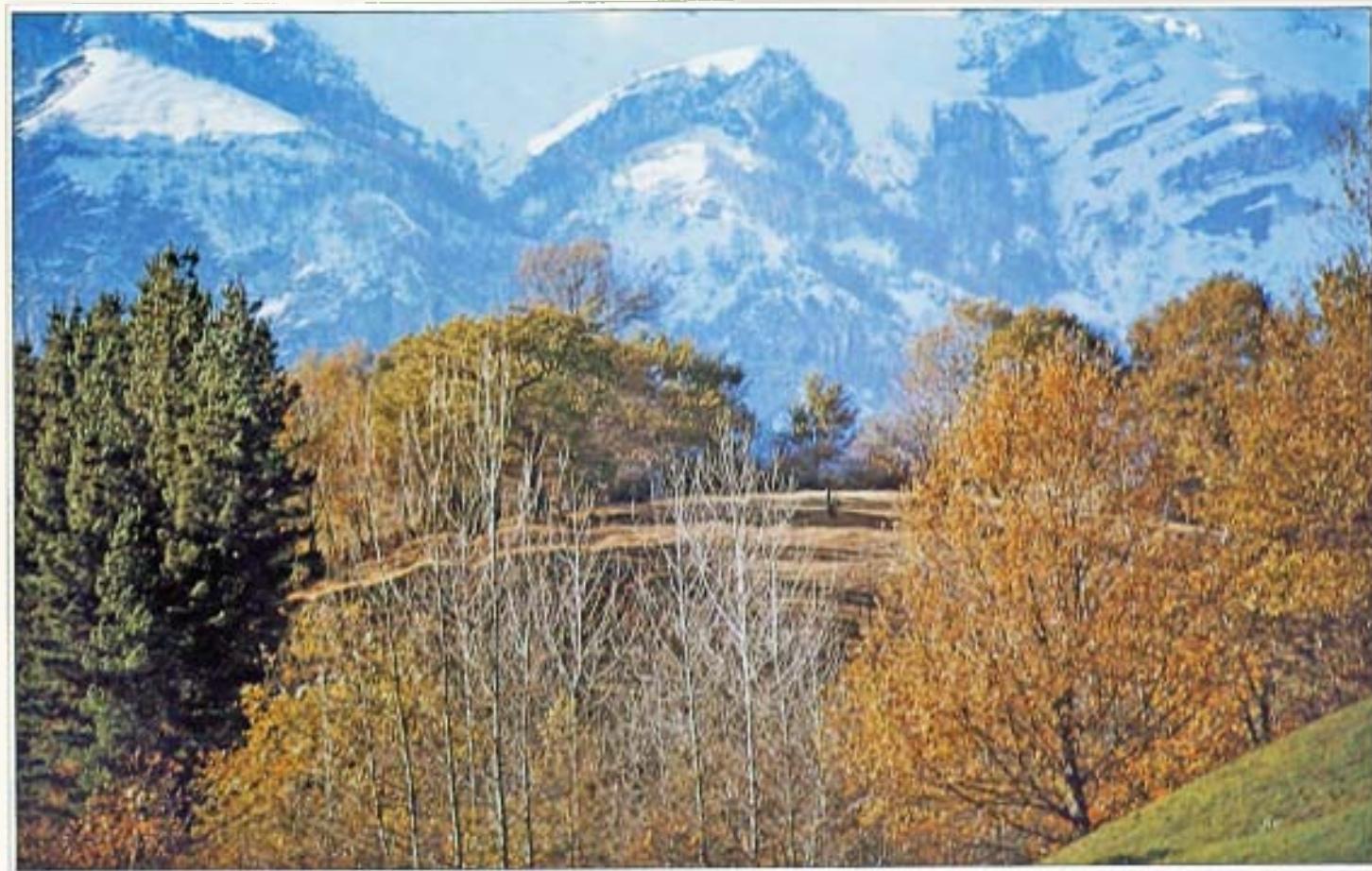


Río Larráun. Al fondo las Mallorcas.

**E**stos podían ser un pastor y un rebaño de cualquiera de las montañas de la Navarra Húmeda y no de otra parte de nuestro antiguo Reino, porque sólo en esa comarca hay ovejas lachas. Esta raza ovina reúne condiciones idóneas para vivir en zonas montañosas y muy húmedas. Es de cabeza pequeña, larga y estrecha, patas y pezuñas fuertes, mamas muy desarrolladas, piel gruesa, lana basta, lacia y colgante y, en general, tiene morro y patas de color café con leche. Las ovejas lachas dan corderos de gran calidad, pero sobre todo son estimadas por su producción de leche, que se destina mayoritariamente a la elaboración de quesos. Suelen pastar por los montes comunales, Urbasa, Andia, Aralar, Quinto Real, etc., casi todo el año, ya que la índole de su lana les permite soportar muy bien las nieblas y el sirimiri. Allí están días y días sin vigilancia alguna; otras veces el pastor las recoge en una borda o en el redil de sus inmediaciones. No son ovejas trasmontanas, sino estantes o, a lo más, trasterminantes. En Navarra el censo de lachas de más de un año asciende a 140.000 cabezas, casi la mitad de las existentes en toda España.



Pastor de Oderix.



*Las Malloas, desde Gainza.*



alloa es un nombre común vasco cuya traducción al castellano podría ser pastizal en cuesta. Pero cuando nos referimos a las Malloas (o Malloak en euskara) todos entendemos las malloas de Aralar, convertido en nombre propio o las Malloas por antonomasia.

Y efectivamente la vertiente nororiental de la sierra de Aralar, a modo de gran anfiteatro cuyas gradas están constituidas por acantilados rocosos, tiene grandes pastizales empinados, además de retazos de los bosques que originariamente debieron cubrir toda la zona.

Terrenos comunales del Valle de Larráun (del concejo de Errazquin), de Betelu y del Valle de Araiz, sus hierbas son aprovechadas por sus vecinos correspondientes. Hasta hace pocos años

la hierba era segada a guadaña, y donde la fuerte pendiente lo requería con el segador asegurado con una cuerda. Una vez secada al sol, la hierba se hacia descender al fondo del valle, a veces hasta el mismo desván del caserío, en grandes sábanas de arpillería, por medio de poleas, colgando de cables.

Después de la siega y en fechas determinadas las malloas quedaban abiertas – vedadas hasta entonces – al ganado, y las verdes praderas aparecían tachonadas por las ovejas que las invadían, desde la sierra, o las vacas que subían desde los caseríos.

Errazquin, Betelu, Inza, Gainza, Uztegui, Arriba, Atallo y Azcárate, pueblos de honda tradición pastoril, conducen sus rebaños a la sierra de Aralar por zigzagueantes senderos que cruzan

las Malloas y desaparecen en los portillos; senderos muy pendientes usados por pastores, algunos montañeros y por los romeros de estos pueblos al Santuario de San Miguel.

El fondo del valle, con sus pueblos de caseríos dispersos, como corresponde a la zona cantábrica, tiene clara influencia oceánica, con clima suave y donde alternan los cultivos y praderas con bosquetes de robles y helechales, además de los pinares de repoblación.

La diferencia de altitud del valle con las cumbres, que en algunos casos sobrepasa los 1.000 metros, hace que mientras abajo los árboles todavía visten sus galas otoñales, el invierno se enseñorea de las Malloas con las primeras nevadas.



*Hayedo de Aralar.*



a sierra de Aralar, en el noroeste de Navarra es mugante y compartida con Guipúzcoa; con laderas más o menos pendientes, su parte central, alfombrada de césped o cubierta por hayedos, está formada por lomas onduladas o suaves cumbres.

En el corazón de la sierra, en la parte navarra, con el nombre de Realengo (señorio real, en épocas pasadas) se denomina la zona que fue jurídicamente propiedad de la Corona de Navarra y ahora lo es del Estado.

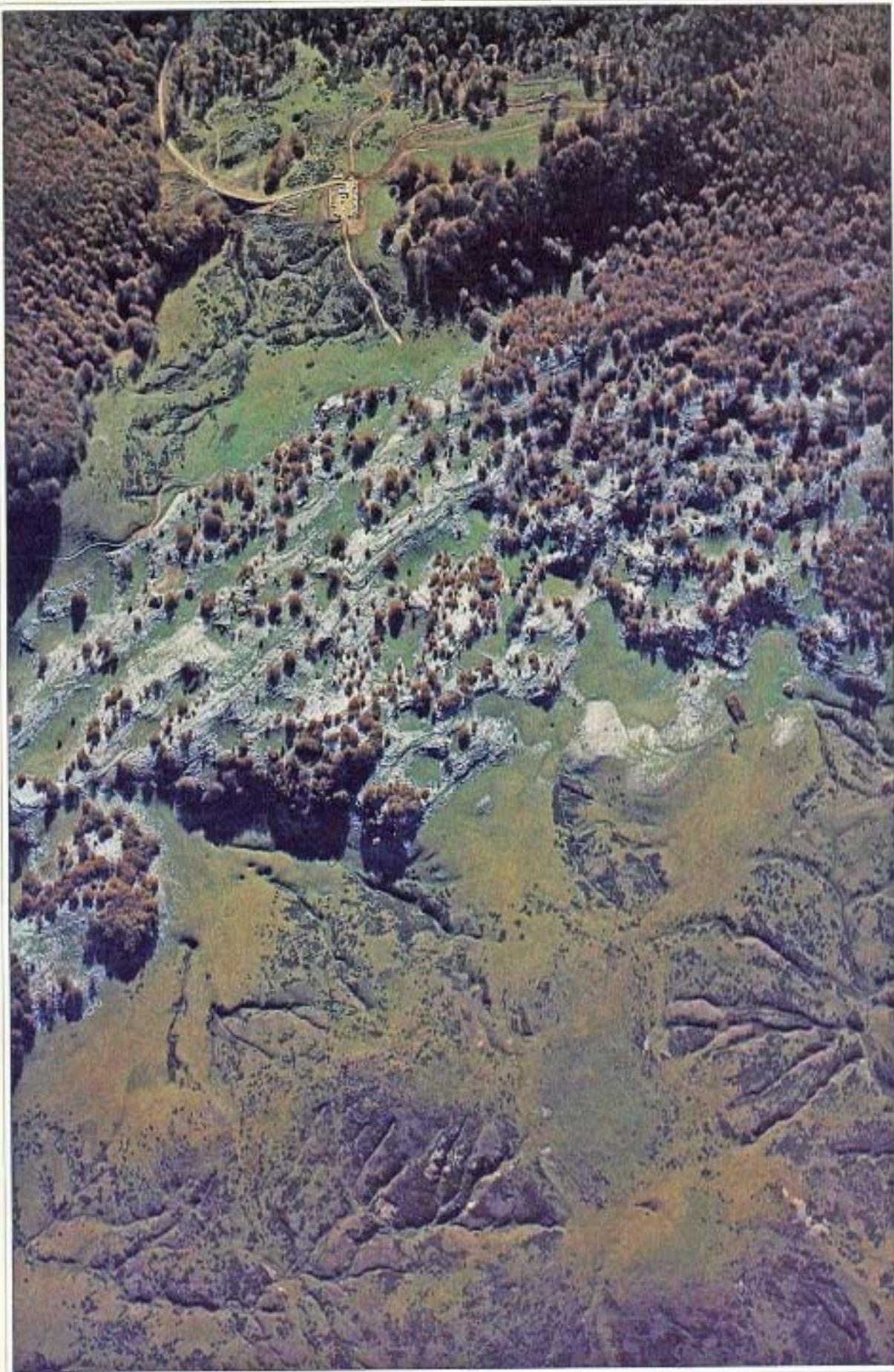
El Realengo, desde hace bastantes años es administrado por la Diputación Foral de Navarra, y en ésta, como en etapas anteriores, se han conservado las servidumbres en favor de los pueblos que circundan la sierra.

En las 2.200 Ha. del Realengo o Unión de Aralar «Se reconocerá a los expresados pueblos y villas el derecho gratuito y perpetuo de gozar con todos sus ganados, menudos y de cerda, las hierbas, aguas y pastos de los Reales Montes de Aralar, todos los tiempos del año que se permita la introducción del ganado con arreglo a las leyes del país y la costumbre». Los municipios gozantes de esta servidumbre son Echarri Aranaz, Valle de Ergoyena, Lacunza, Arruazu, Huarte Araquil, Irañeta y Valle de Araquil en el perímetro meridional, y Valle de Larraún, Betelu y Valle de Araiz de la orla oriental y septentrional.

Ovejas, vacas y yeguas son las tres especies ganaderas de mayor tradición en Aralar. Las ovejas que permanecen en la sierra desde mayo hasta finales de octubre son vigiladas constante-

mente, cada rebaño por su pastor; las ovejas de cada propietario llevan señales en sus orejas, diferentes de las restantes.

Las vacas y yeguas, señaladas a fuego en las ancas con la inicial del pueblo de procedencia, pastan libremente por rastros y bosques, y sobre todo las yeguas, durante gran parte del año; los dueños las controlan unas pocas veces al año, y es bastante frecuente que, sin poderlas capturar en el otoño, pasen todo el invierno en estos montes.



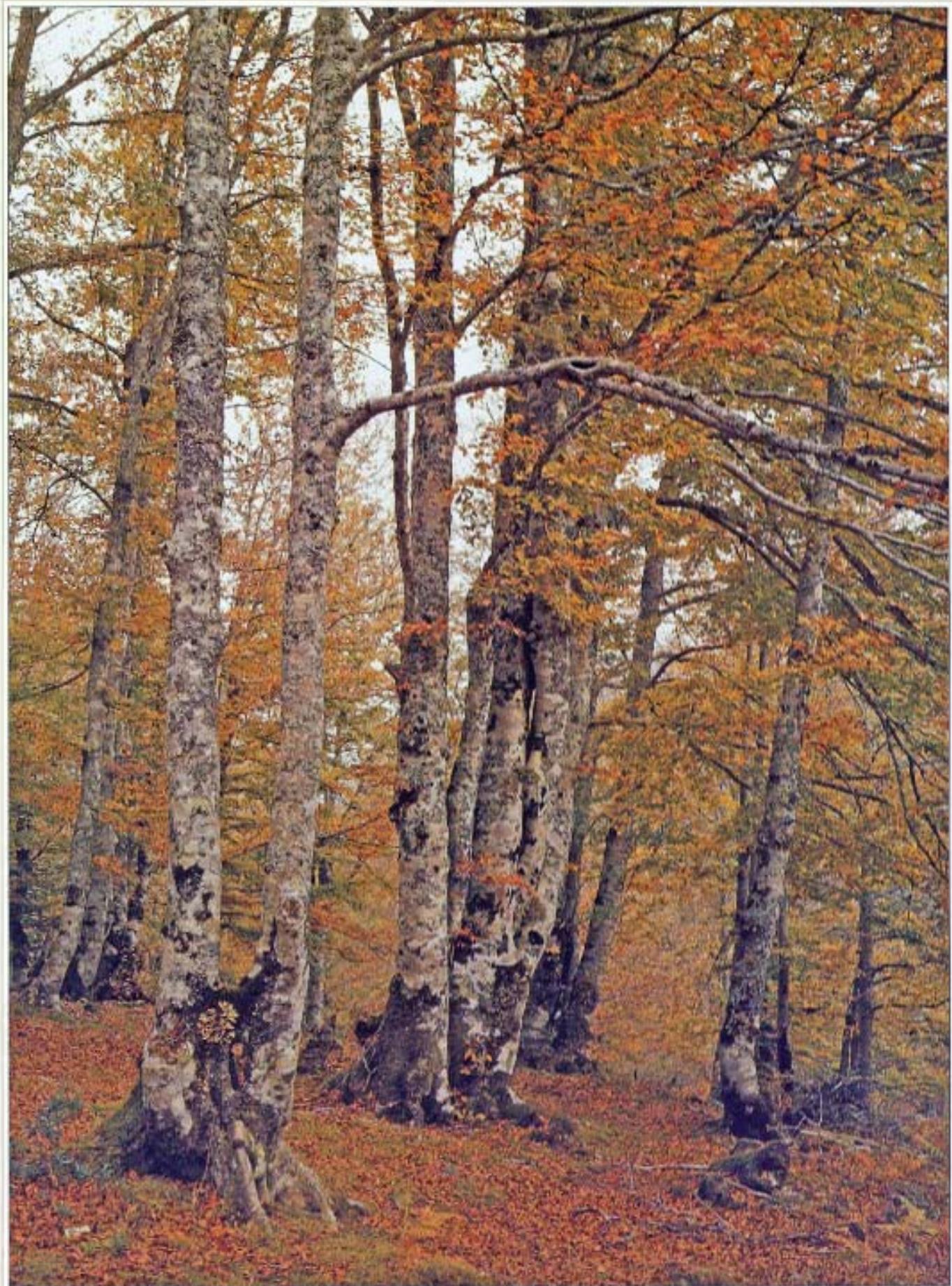
Vista aérea de la sierra de Aralar.

**L**a superficie de la sierra de Aralar, donde afloran las calizas, presenta ejemplos de morfología kárstica típica y, en concreto, destacan las dolinas, que son depresiones circulares u ovaladas en forma de embudo o cuba, a veces, con el fondo plano y relleno de arcilla procedente de procesos de descalcificación de las calizas; y las uvalas, que son depresiones de contornos sinuosos e irregulares cuya génesis es la unión de varias dolinas. En la sierra apenas existe escorrentía superficial, infiltrándose toda el agua procedente de la lluvia, a través de las múltiples formas de absorción kárstica.

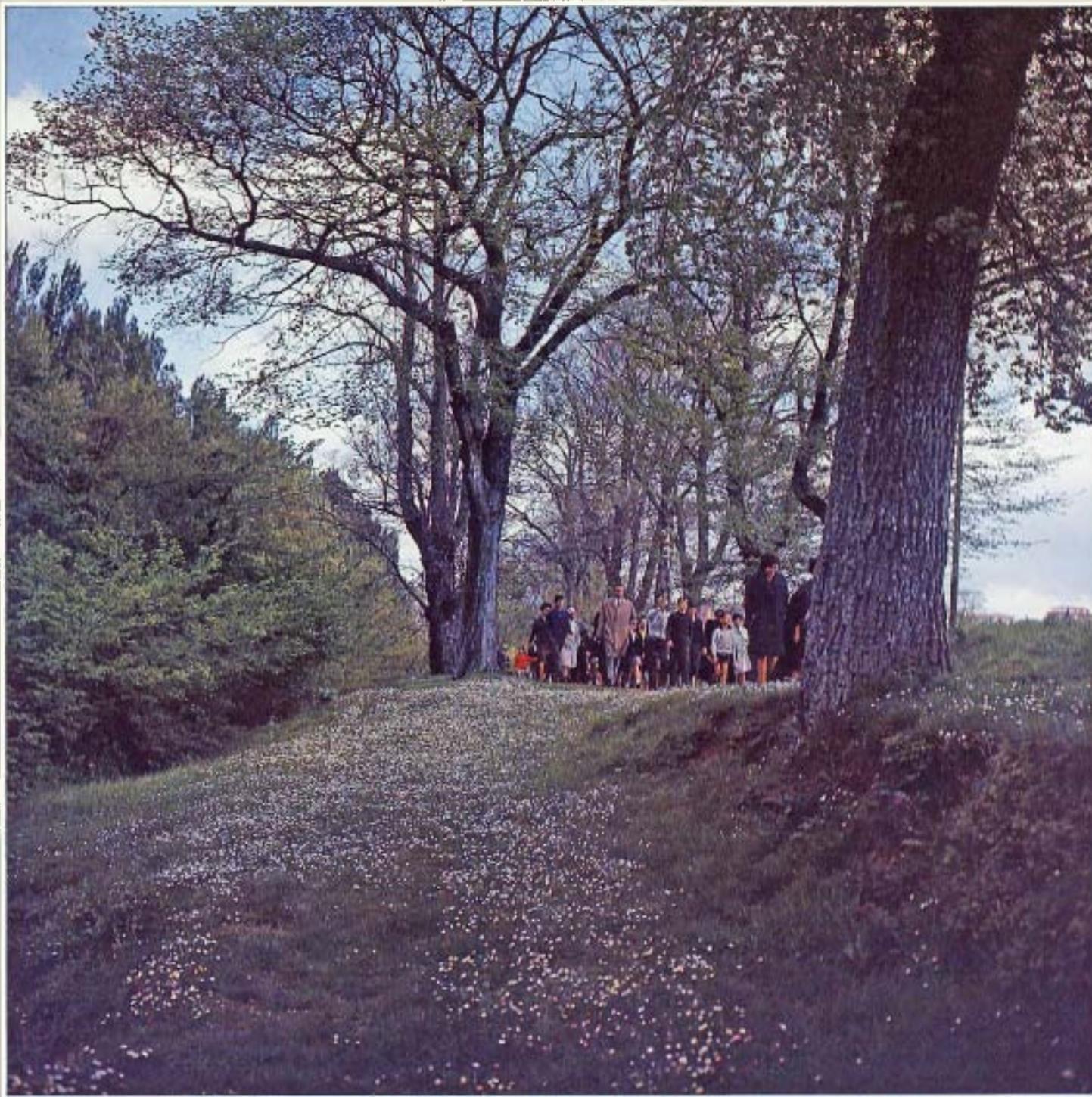
Por el contrario, en las zonas donde afloran las margas, y en general, los materiales impermeables, se producen corrientes superficiales en pequeñas cuencas endorreicas, con formación de barrancos bastante ramificados que terminan en un sumidero en forma de embudo, donde se infiltran los esporádicos caudales que circulan por los mismos. Estos sumideros suelen alinearse en el contacto de los materiales permeables e impermeables, aunque a veces se localizan dentro de materiales impermeables, por efecto de algún fenómeno tectónico (cruce de fallas o diaclasas).

El resultado último de esta morfología es la inexistencia de cauces superficiales con circulación permanente en toda la sierra de Aralar, ya que el agua acaba por infiltrarse para salir a la superficie por los grandes manantiales que hay en los bordes de la sierra, como son los de Aitzarreta, Iribas, Urruntzue, Amurquin, etc.

En las diaclasas, ensanchadas por efecto de la disolución, se acumula suelo suficiente para que puedan implantarse los árboles que, a veces, forman curiosas alineaciones, siguiendo el diaclasado.



*Hayas en Aralar.*



*El Angel de Aralar  
desnudante.*

**E**l Angel de Aralar, la efigie de San Miguel de Excelsis, es imagen viajera. La leyenda asegura que el arcángel se apareció tal como lo representa el simulacro, con la cruz sobre la cabeza, a Teodosio de Góñi, parricida y penitente. La leyenda, utilizada por Navarro Villoslada en «Amaya», es muy tardía y no tiene nada que ver con el origen e historia del templo de Aralar, acaso el monumento navarro más antiguo, cuyo ábside muestra en la cabecera hiladas de aparejo carolingio. Pero la leyenda es bella y forma parte importante de la dulia navarra a San Miguel, me-

chada de consejas y ritos más o menos locales.

La imagen de Aralar –68 centímetros de altura total, de los que la cruz mide 32– es en realidad un estuche metálico, un relicario: en la cruz va alojado el Lignum Crucis. La efigie de plata sobre-dorada guarda en su interior la talla primitiva de madera, a la que se conforma; viste túnica con coraza y casco y se hizo en 1756, por voluntad de Juan Lorenzo de Irigoyen, canonigo prior de Vélez, más tarde obispo de Pamplona. En 1797 siete bajonavarros, disfrazados de carboneros, robaron el arcángel, lo partieron en tres y huyeron. El arcángel apareció sin cabeza en la muga, en la

foz de Urbakura, donde las regatas de Aritzakun y Urriate engendran el Bartzán. Tres de los ladrones subieron a la horca en Pamplona y sus manos quedaron expuestas en Aralar.

San Miguel se echa a los caminos cuando repica la Pascua Florida. Antes, a lomo de caballería, enhiesto y coruscante sobre el mástil que llevaba el capellán de sobrepelliz. Ahora, en automóvil. A Pamplona llega desde Osquía, el lunes «in Albis». Sube a pie desde Miluce, con séquito de devotos. En la Taconera desgranan un responso por los carboneros ladrones.

*L*os bosques, además de influir en el clima de su entorno, crean su propio ambiente interior; y si esto es cierto con los bosques de todas las especies, lo es en mayor grado con los hayedos.

El hayedo con las hojas de sus árboles forma un dosel casi continuo de sombra profunda, en el que apenas encuentran resquicios los rayos del sol. El ambiente del hayedo es húmedo y fresco, muy uniforme mientras duran las hojas; nada más agradable en los calores estivales.

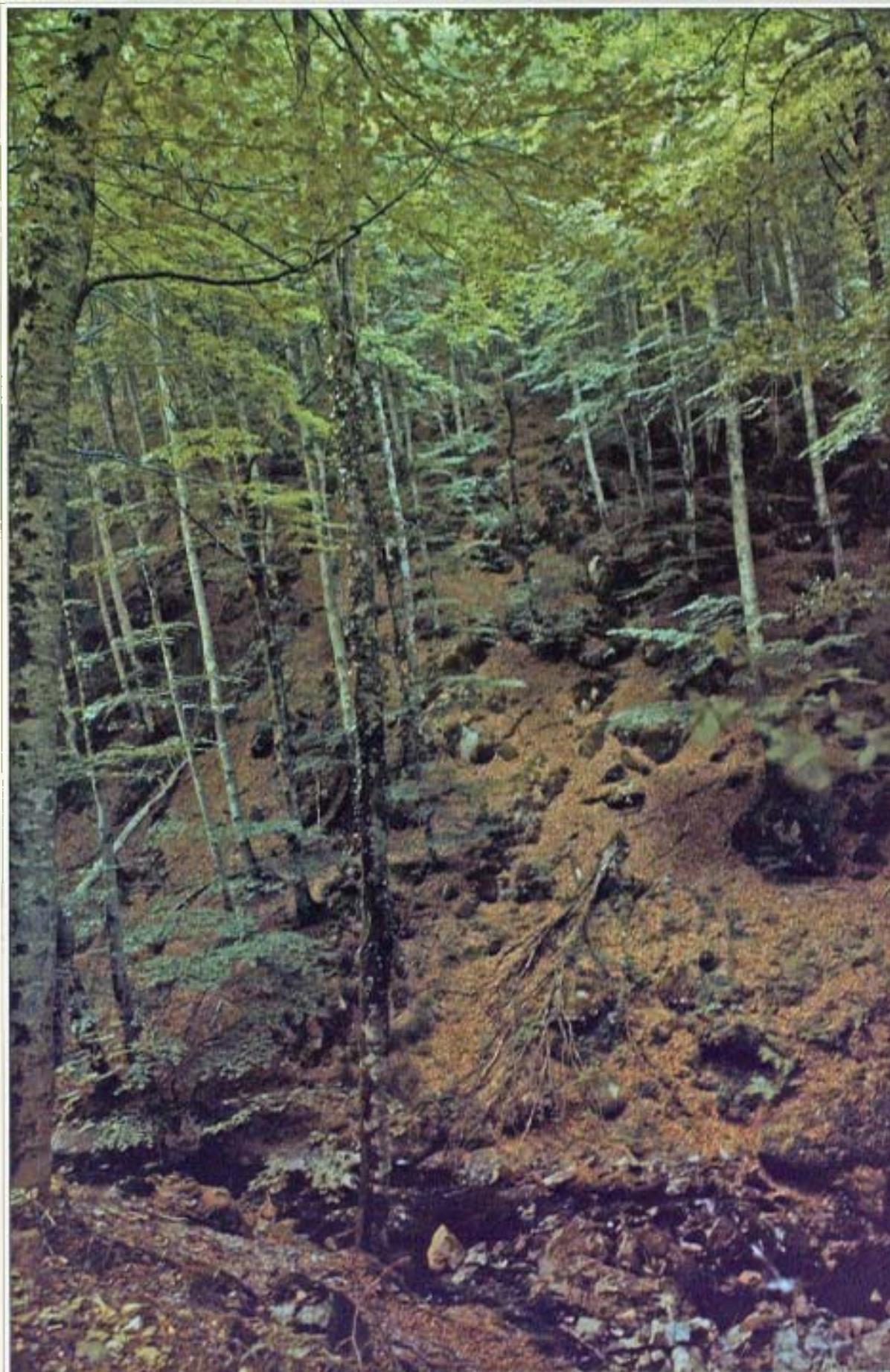
Pero cuando a finales de octubre cae la hoja, los antes verdes hayedos quedan desnudos y desolados sin ofrecer apenas resistencia a los fríos y vientos invernales.

La sombra del hayedo es apenas tolerada por unas especies de árboles y arbustos, por lo que este bosque es casi monoespecífico. Los tejos y los acebos son ejemplos de estas especies que aparecen dispersos entre las hayas. Arces, tilos, olmos, robles y serbales aprovechan los claros y los bordes del hayedo para medrar, incapaces de hacerlo en su interior.

Tampoco hay muchas especies de plantas herbáceas que soporten la densa sombra del hayedo, por lo que gran parte del cortejo florístico del haya se compone de especies de plantas con bulbos y rizomas, que permanecen la mayor parte del año sin hojas ni tallos aéreos, y aprovechan el final del invierno y principio de la primavera, cuando aumenta la temperatura y la insolación, y todavía no ha brotado la hoja del haya para hacer crecer sus tallos y hojas y florecer rápidamente, para marchitarse poco después. Así, en marzo y abril crecen y se cubren de flores escillas, éléboros, narcisos, hepáticas y primulas, que a finales de mayo ya habrán desaparecido, sin apenas dejar rastros.

Por esto, el suelo del hayedo es limpio, sólo cubierto por la hojarasca mullida, entre la que asomarán más tarde las codiciadas setas y hongos.

En los hayedos, como éste de los montes de Oroquieta, por su situación geográfica y abundante pluviometría suele haber muchas regatas de aguas claras y frescas, con buenas condiciones para las truchas, que en su periódico desove otoñal remontan hasta sitios increíbles en los que el arroyo es sólo un hilo de agua. También en estas regatas y en balsas ocasionales se reproducen dos especies de anfibios típicos del hayedo, como son la salamandra y la rana bermeja.

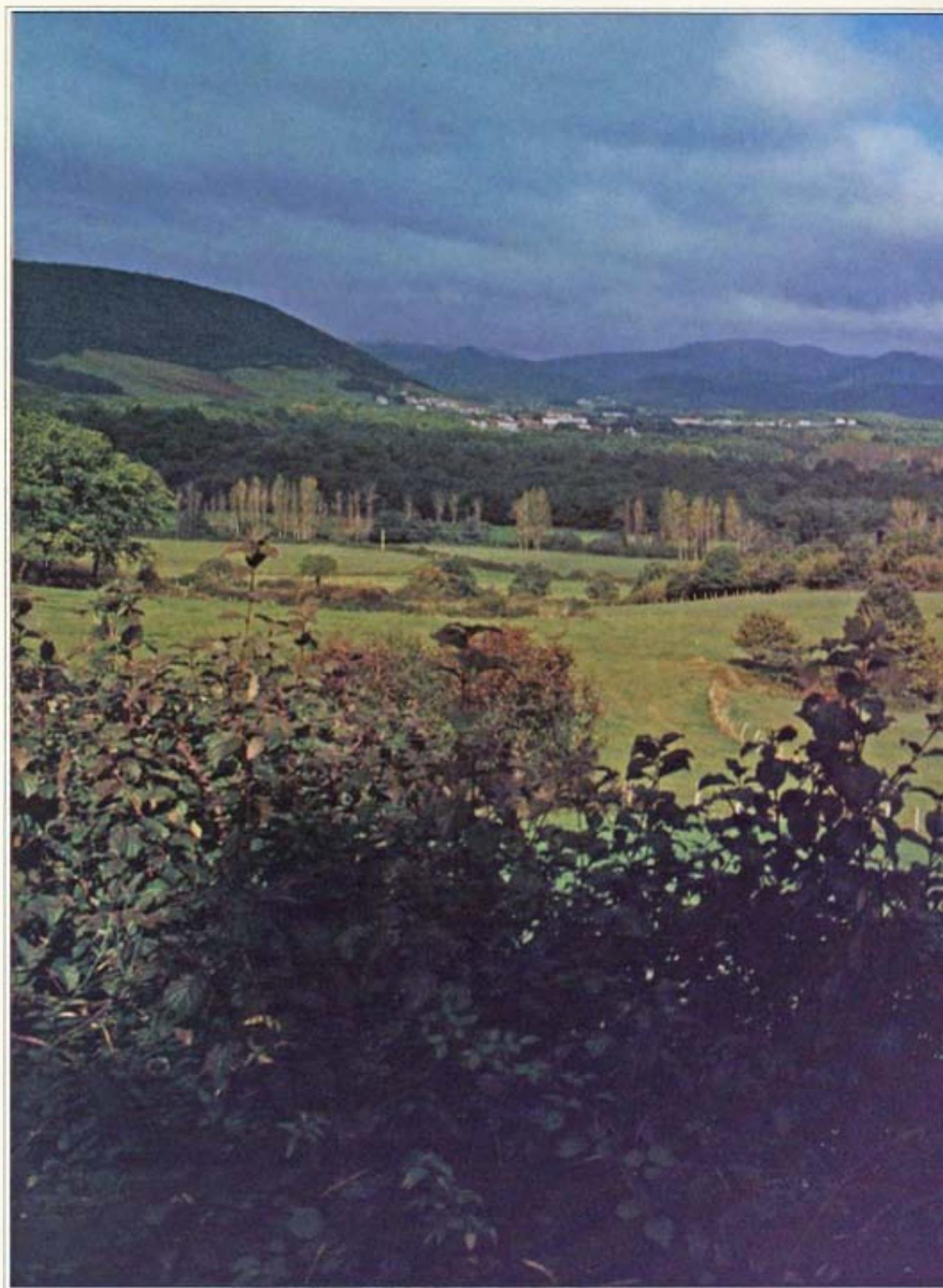


Hayedo de Oroquieta.

V

ista panorámica de la parte meridional del Valle de Ulzama desde el escarpe montañoso en el que se asienta Guelbenzu (Odieta). A la izquierda se ve una porción de dicho escarpe (prados abajo, luego robles y finalmente hayas), que separa los valles de Ulzama y Atez y a cuyo pie se encuentran Larrainzar y Lizaso. A la derecha, la serrezuela-isla de Arañoz (838 m.) –Epaizburu o Esparza-buru (834 m.), y en sus faldas suroccidentales Cenoz y Elso. En medio, el fondo del valle, donde convergen el Arquil y el Ulzama. En último plano se ven las montañas que forman la divisoria de aguas entre el Cantábrico y el Mediterráneo, cubiertas –como tantas y tantas veces al cabo del año– por la clásica nubosidad de estancamiento que acompaña al viento del N. y NO.: Aitzarbil (1.057 m.), Loyaundi (1.031 m.), Zoratxipi (1.064 m.), etc. No es suficiente la altura que aquí tiene la gran divisoria hidrográfica navarra como para servir de muralla climática tajante: antes al contrario, una parte importante de los sistemas nubosos que acompañan a los frentes en su trayectoria N-S la salvan, de suerte que los valles de Ulzama, Basaburúa Mayor, Larráun, Imoz, Atez, Odieta y Anue, aunque pertenecientes a la vertiente hidrográfica mediterránea (el río Ulzama es afluente del Arga) forman parte de la Navarra Húmeda del Noroeste.

El paisaje visible en la fotografía –prados y bosques de caducifolios– lo manifiesta también sin lugar a dudas. Estamos en la Navarra húmeda y siempre verde. Hay, sin embargo, claras diferencias geográficas entre los valles catábricos y los que son avenados hacia el Mediterráneo, aunque todos ofrezcan –lluvias abundantes y regulares, nieblas frecuentes, prados, pequeñas aldeas de caserío laxo, bosques de frondosas atlánticas, helechales, etc.– cierto aire de familia: los primeros son, en efecto, más húmedos y menos fríos que los segundos y tienen abundante hábitat disperso, que falta casi por completo en los valles meridionales. Ulzama es eminentemente ganadero; destaca el ganado bovino de leche.



*La Ulzama, desde Guelbenzu.*

LA MONTANA  
*tierras y gentes*





*Golf de Ulzama.*

**U**l valle de Ulzama, tanto desde un punto de vista puramente paisajístico, como por sus características geográficas y climáticas, es frecuentemente comparado con Irlanda, Inglaterra, o cualquier otro país septentrional que, como la Ulzama, sea húmedo, verde y de suave topografía.

La comparación no es ningún despropósito, porque además de todas estas características bastante comunes, existen otras muchas, como la fragmentada división de predios con setos y bocage, los pueblecitos bien urbanizados, limpios y floridos, con atractivas construcciones de piedra y madera, el abundante ganado de todo tipo, los bosquetes y masas forestales de hayas y robles corpulentos e incluso la abundancia de estrechas,

pero muy cuidadas, carreteras comarcales: todo todo le da al valle ese aspecto que pudieramos llamar «sajón» o cuando menos, de más allá de los Pirineos.

Por todo ello, nada tiene de particular que se eligiera un paraje de este valle para la práctica de un deporte tan británico como el golf. En terrenos comunales de Urrizola-Galain y en medio de un hermosísimo bosque de robles se trazaron y arreglaron, por los años sesenta, los nueve primeros hoyos de un recorrido previsto para poder, en su día, completar hasta los dieciocho. Este recorrido, muy atractivo tanto desde el punto de vista puramente deportivo como del paisajístico, es de una rigurosa y total adaptación al terreno natural, por lo que —como no podía ser menos tratándose de la Ulzama—, se aproxima mucho más a los viejos

campos de juego ingleses, que a las sofisticadas y costosas instalaciones hoy en día usuales en los grandes centros mundiales de ocio y sol.

Algo más al Norte, en Elzaburu, una yeguada, de seleccionados pura sangre sigue la misma acertada línea de actividad adecuada a su emplazamiento y entorno, al que no sólo respeta, sino que incluso enriquece.

Cabe esperar, ahora que la Ulzama, que ha dado y sigue dando tantos extraordinarios pelotaris, campeones regionales y nacionales, los dé también en esta otra difícil modalidad deportiva que ya muchos jóvenes de la zona practican con potencia y habilidad. Quién sabe si alguno de estos ulzamarras nos sorprenderá en el futuro siguiendo los pasos de un tal Ballesteros.

Partido  
de  
pelota a mano.  
en Erasun



i hubiera que escoger un juego característico y popular de esta tierra, es seguro que sería la pelota. Otros internacionales, arrastran multitudes, mueven millones de pesetas y canonizan o sepultan ídolos con apasionamiento. Pero la pelota sigue siendo un deporte practicado y un espectáculo apasionante en cualquiera de sus modalidades.

Una de las más bellas leyendas homéricas es la de Nausicaa, la joven princesa feacia que jugaba con sus amigas a la pelota; ésta se fue al agua y provocó el griterío de aquéllas que despertó a Ulises. Entre el juego de la heroína griega y el actual de la pelota no debía de haber semejanzas, como tampoco las hay entre el frontón de hoy y el juego de pelota siglos atrás.

Porque el frontón es moderno. El juego histórico era de dos tipos, largo y corto, similares al «jeu de paume» medieval, con variaciones: en el

largo, el rebote y «latxua» –preferido en la primera mitad del XIX–, en los que era necesaria una pared; en el corto, pashaka, mayaha, bote-luria, practicados en atrios y soportales. El juego a largo, por equipos de 4 ó 5 jugadores, era lento, complicado y ceremonial; no se contaba por tantos, sino a juegos, como en el tenis. El corto se jugaba por parejas y usaban red, como el mismo tenis.

El juego a largo desapareció –apenas pueden verse exhibiciones en tierras del Bidasoa– y cedió el lugar al juego a ble o blaïd, nombre primero de nuestro frontón. El primer partido a ble del que tenemos noticia detallada se jugó en Pamplona en 1851, pero es indudable que tal modalidad no era nueva. Para entonces en Pamplona existía el Juego Nuevo, cancha de rebote y ble, explotada por la Casa de Misericordia.

El paso definitivo hacia la forma actual del juego se dio cuando dejó de contarse por juegos y

se pasó a cantar los tantos. El primer partido regido por tal contabilidad data de 1905, en el citado Juego Nuevo. El sistema tardó en vencer resistencias tenaces; fue oficial en el primer Campeonato Navarro, en 1925, pero en el Euskal Jai pamplonés se impuso en 1929 por orden gubernativa.

Se juega a mano y es el estilo más ascético y emocionante; a pala, corta y larga; a cesta punta, si bien poco; a remonte, aparejo más recto que la cesta, evolución del guante primitivo. Las modalidades con herramientas son vivaces y electrizantes; en ellas la fuerza no es la baza decisiva del triunfo.

Navarra es cantera viva de campeones en este juego, animado no sólo por las canchas profesionales, sino por los torneos interpueblos y la práctica espontánea. No habrá navarro que no haya jugado siquiera alguna vez a la pelota.



Arraiz (Ullama).

P

asando el puerto de Velate por la carretera de Irún-Pamplona, se ven escalonadas una serie de ventas con fama en el país. Al Sur del puerto están las de Arraiz y cerca el pueblo del mismo nombre, en un paisaje dulce, como lo tienen los del Valle de Ullama y los contiguos.

Arraiz cuenta con un núcleo importante de casas, que ya llamaron la atención hace años a estudiosos de la arquitectura popular vasca. Se

trata de un conjunto de doscientos nueve habitantes con 31 casas en tiempos de Altadill. Veintiuna casas y ciento ochenta y ocho personas en 1802. Las construidas no mucho antes son, sin duda, las más y hermosas. En gran proporción se hallan agrupadas de forma irregular. Al Sur de Arraiz queda el barrio de Orquin. En este primer núcleo está la casa de los antecesores paternos del ministro de Carlos III, Múzquiz, descrita en parte en sus pruebas para santiaguista.



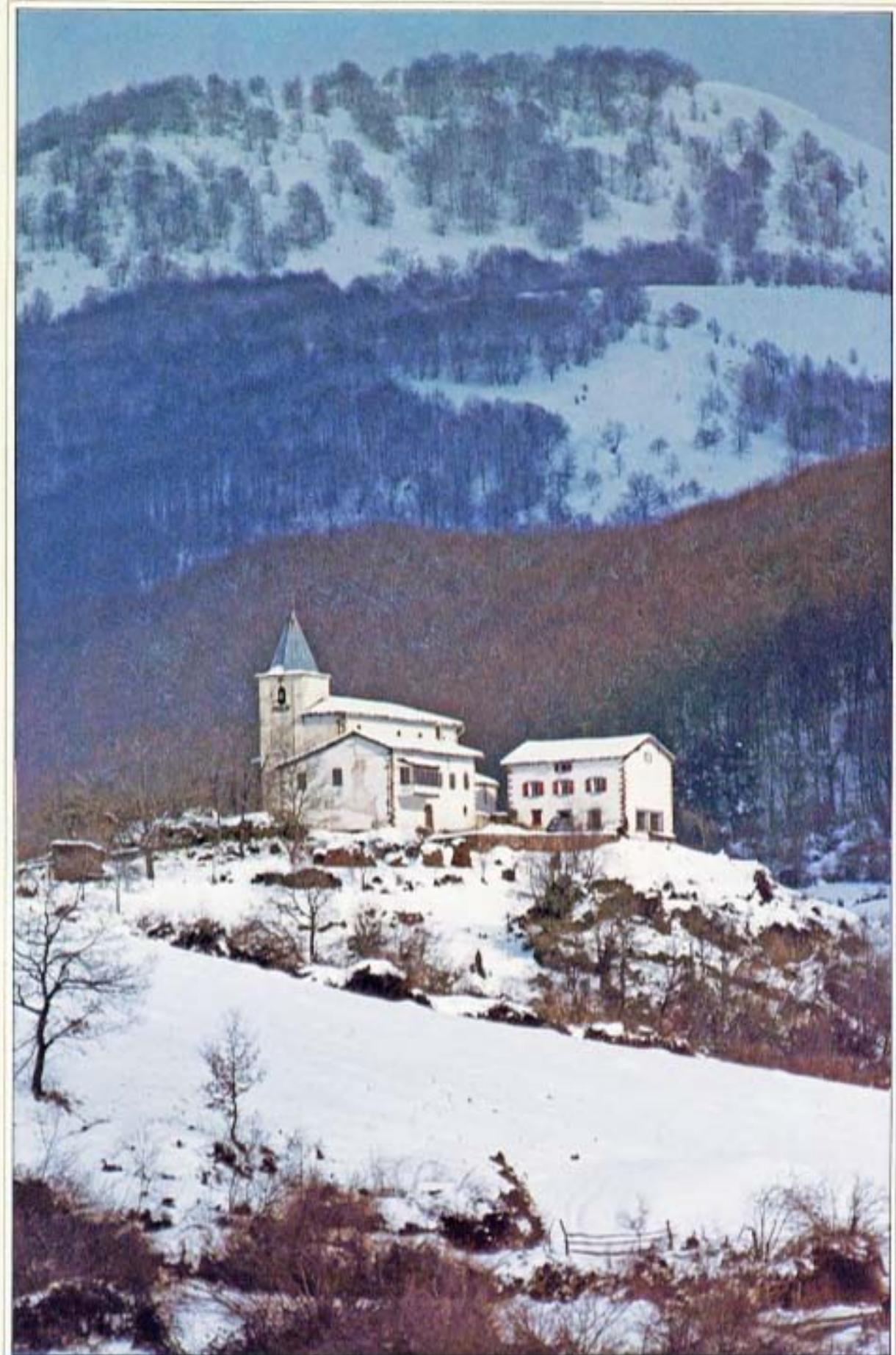
Igo más al Sur en un alto y al Este de la carretera se levanta el pueblecito de Arizu, de graciosa silueta en tiempo de bonanza, pero de aire severo durante el invierno.

Arizu cuenta con pocas casas: trece en 1802, con ochenta y cuatro personas. Hoy ha quedado muy vacío, después de haber aumentado un poco, puesto que Altadill da diecisiete edificios con noventa y nueve personas.



erca, en el antiguo camino de Pamplona al Baztán, se encuentra Lanz, típico pueblo-calle, en donde se celebra un Carnaval que se ha hecho famoso. La foto representa a las máscaras encargadas de herrar al caballo fingido: uno de los tres personajes principales de la fiesta.

Los otros dos son un monstruo de gordura («Ziripot») y un gigante («Miel Otxin») al que se quema el último día.

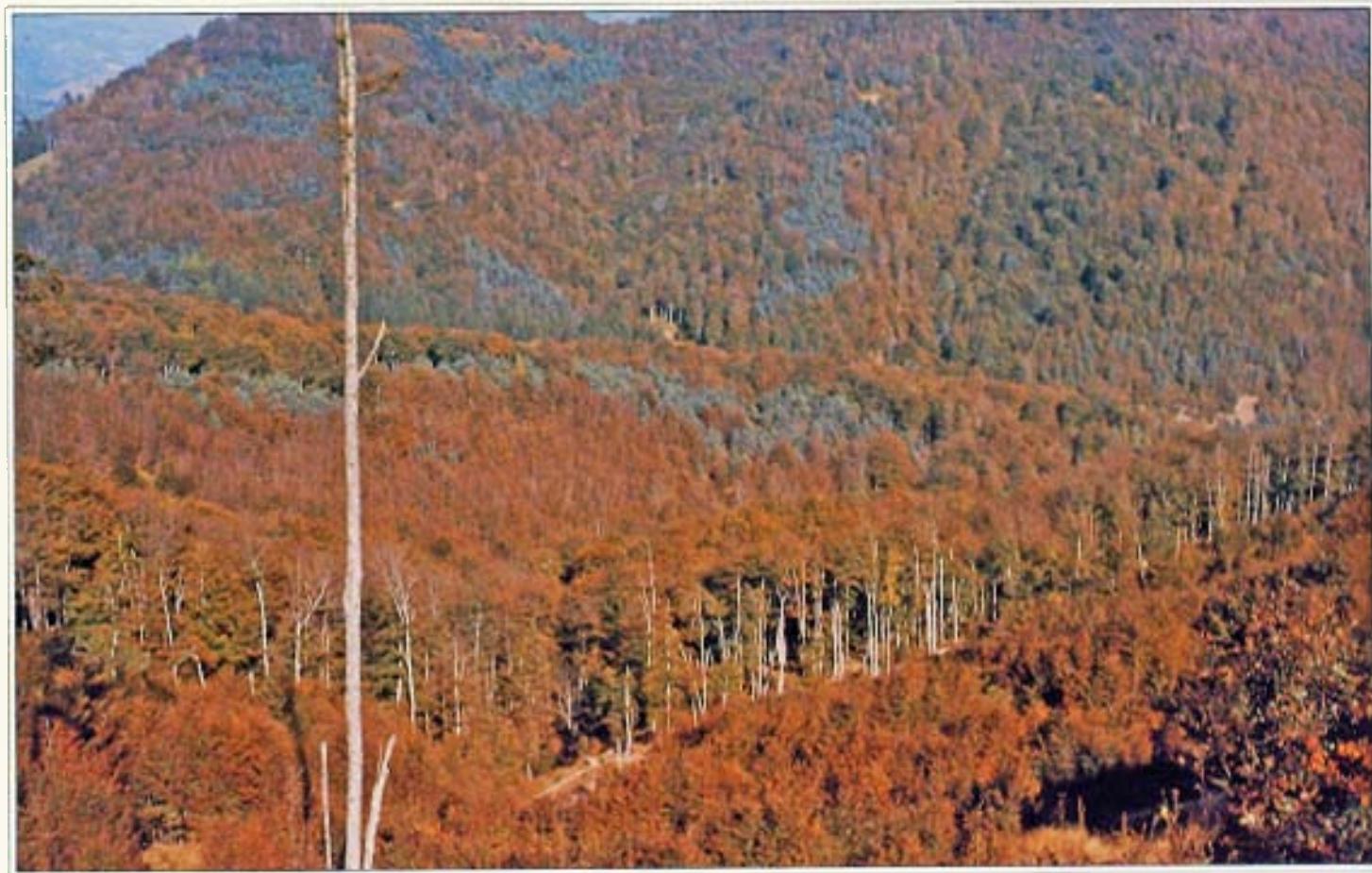




*Carnaval de Lanz.*



*Carnaval de Lanx*



*Bosque de Quinto Real.*



I hayedo en primavera, con la hoja recién salida, tiene un color verde esmeralda tierno; en verano, con hojas maduras y lustrosas, el verde intenso y algo monótono invade el bosque; pero es en otoño, desde mediados de septiembre hasta finales de octubre, cuando las hayas estallan en una infinidad de matices desde el verde al púrpura; es entonces cuando destacan los verdes glaukos de los pinos rojos o los verdes intensos de los abetos.

Después, tras alguna helada o fuertes vientos, nuevamente la monotonía, esta vez de las ramas desnudas, de los ocres invernales.

El haya es una especie vecera, que produce su semilla, el hayuco, un año cada varios. Son los años de mucho «pasto», aprovechando por los cerdos, jabalíes, palomas y lirones, que hacen

entonces su agosto.

Las semillas que caen al suelo y se libran de ser comidas germinan y en la primavera próxima dan origen a las plántulas, en números inimaginables de hasta 200.000 por hectárea. En condiciones normales y en el bosque cerrado la inmensa mayoría de estas plantitas acaban pereciendo ahogadas por la densa sombra de sus mayores; sólo las semillas que caen en los claros o donde los árboles están más dispersos tienen posibilidad de prosperar y de esta forma aseguran la permanencia y continuidad del bosque.

La explotación del hayedo se hace por el método de entresacas sucesivas, que imita, en cierto modo, la regeneración natural del bosque.

Cuando una zona del arbolado ha llegado a la edad apropiada para su mejor aprovechamiento maderero, siempre con árboles mayores de cien

años, y en casos hasta de ciento cincuenta, se apean, por entresaca, un determinado número, que puede llegar al 30%; con el bosque así aclaramiento las plantitas que nacen pueden medrar; nuevas entresacas dejan el bosque convertido en una arboleda dispersa, con unos pocos pies, los mejores, dando algo de sombra y diseminando su semilla, hasta que la nueva generación que crece espesa y pujante sea capaz de soportar la insolación sin sombras protectoras, en cuyo momento desaparecen, apeados, los últimos ejemplares de la vieja generación de hayas.

En la foto del hayedo de Quinto Real se puede observar el «zocardal» de jóvenes hayas y una de las hayas madres en el primer término.



Carrereta en Quinto Real.

*S*e ha convertido en un tópico la frase «ahora nieva menos que antes» en la que parece haber un acuerdo general, pero de la que no están del todo convencidos los climatólogos.

Sin querer afirmar o negar dicha frase, la fotografía, obtenida en Quinto Real en el invierno de 1978, demuestra que todavía «sabe» nevar.

En el citado invierno gran parte de la montaña de Navarra recibió intensas nevadas y permaneció blanca y con una buena capa, durante largas semanas.

Las nevadas de época invernal en zonas donde son habituales no suelen causar perjuicios en el arbolado, ya que éste está adaptado a recibirlas, con las ramas desnudas, en el caso de árboles de hojas caducas o con la inclinación de

sus ramas, en el caso de coníferas de hojas perennes, que facilitan el deslizamiento de la nieve.

Si la nieve se adelanta, y cae antes de que los árboles se hayan desnudado, o se atrasa hasta después de la salida de la hoja, el peso del blanco manto puede causar serias roturas de ramas.

Los abetos de la foto, por proceder de regiones de abundantes nieves, están bien adaptados a las mismas, aunque son ajenos a la vegetación de Quinto Real y proceden de repoblaciones artificiales.

La mayor parte de los bosques de Quinto está dominada por el hayedo, con pequeños entclaves de robles y alisedas a lo largo de los ríos. Pinos, abetos y alerces han sido plantados para cubrir los calveros de los bosques naturales, y el conjunto forma una de las mejores masas bosco-

sas de Navarra.

El haya es una especie que necesita bastante agua, pero tiene la particularidad de absorber parte de sus necesidades de las nieblas y esto, la exigencia de suelos bien drenados y la adaptación tanto a calizos como a siliceos, la convierte en especie típica de montaña húmeda.

En Navarra se distribuye por toda la vertiente cantábrica en altitudes superiores a los 400 - 600 metros; todos los montes de la divisoria de vertientes, desbordando ampliamente hacia el sur en Aralar, Urbasa, Andia. Está presente en gran parte de los valles pirenaicos, sólo en las umbrías al sur de los mismos. Los hayedos más meridionales se encuentran en la sierra de Cantabria y en las de Izco y Leire, pero el islote de Petilla tiene las hayas más sureñas.



Cierres en Quinto Real



finales de septiembre un sonoro berrido, que recuerda al mugido de un ternero, rompe el silencio de la noche en el bosque; le contesta otro, en la ladera opuesta, y se establece un duelo vocal, contestado de vez en cuando por otro berrido que suena en la lejanía.

Es la berrea o época de amores de los ciervos, en la que por medio de atronadores gritos los machos dominantes atraen a las hembras y proclaman su propiedad sobre ellas y sobre su territorio. Si este derecho de propiedad no es aceptado por todos, surgirá la disputa y en ocasiones el duelo físico, con entrechocar de las cuernas. El vencedor quedará dueño del territorio y cubrirá a las hembras de su harem.

Durante unos pocos días, a finales de septiembre y primeros de octubre, la berrea se desarrolla todos los años en Quinto Real, montes de Burguete, Aézcoa e Iratí, en los que parecen concentrarse los ciervos, que a lo largo del año ocupan una zona mucho más extensa, pues han sido observados desde Leiza hasta el alto Roncal, sobre todo en los hayedos, pero también en robledales y pinares.

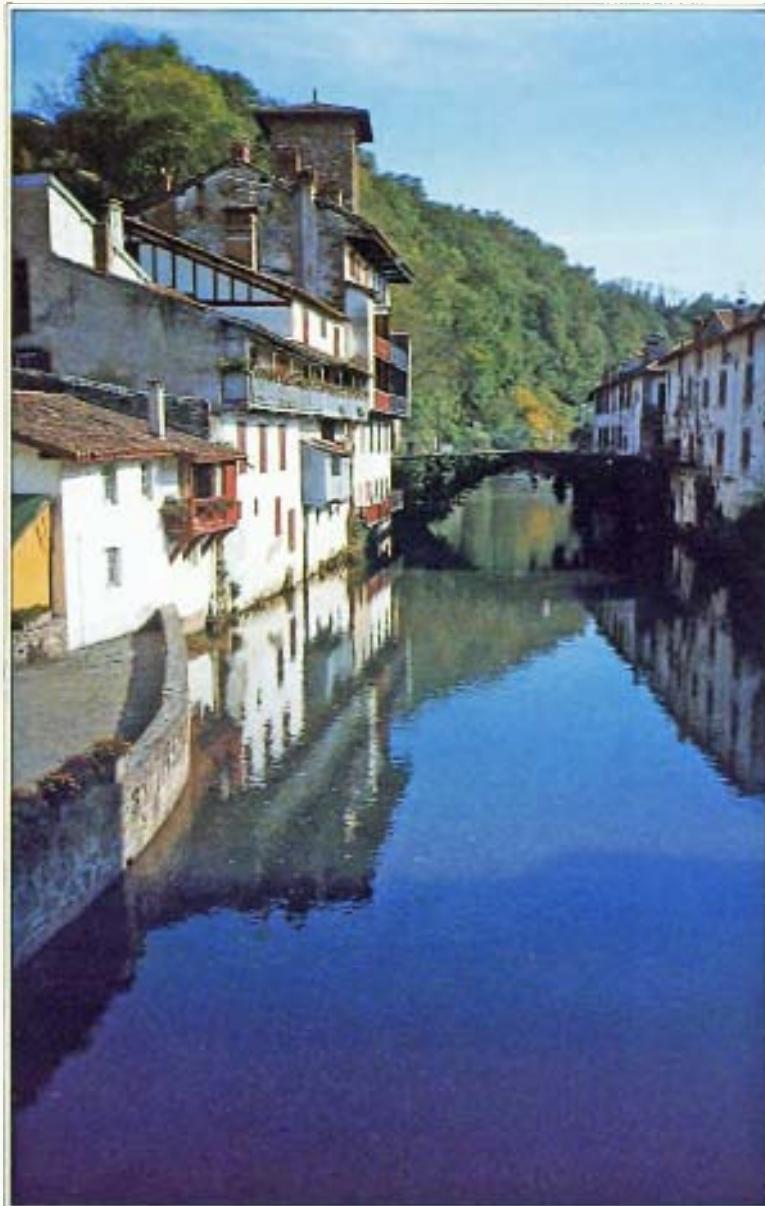
No siempre ha sido así, pues los ciervos, que en la antigüedad se distribuían por todos los bosques del reino, llegaron a desaparecer totalmente. No sabemos cuándo sucedió esto, pero sin duda nuestros montes han estado huérfanos de venados, por lo menos en la primera mitad del presente siglo.

Hay numerosos documentos que atestiguan la abundancia de ciervos en el siglo XVI y después, no sólo en los bosques de la montaña, sino también en Baigorri y Ujué.

Las repoblaciones se iniciaron en la década de los cincuenta por cuenta del Patrimonio Forestal del Estado y de la Diputación Foral, realizándose sueltas en Quinto Real, Lanz e Iratí, con animales procedentes de las sierras del sur de España.

La adaptación de los ciervos andaluces fue buena y los jugosos pastos han sido bien aprovechados, pues los ejemplares que en ellos se crían son de una corpulencia muy superior a la de los primeros llegados, y comparable a la de los países centroeuropeos. No son raros los ejemplares machos adultos que superan los doscientos kilos de peso y sus cornamentas en consonancia han alcanzado justa fama, con varios trofeos galardonados con medallas, entre los cazados hasta ahora en el Coto Nacional de Quinto Real.

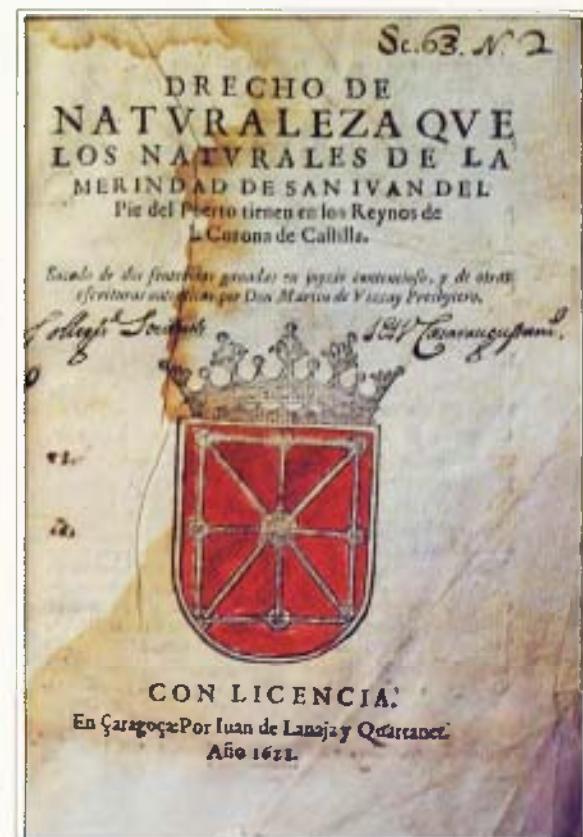
La población navarra de ciervos, bien asentada y en expansión, se compone de varios cientos de ejemplares y tiene posibilidad de sustituir en parte a la decadente ganadería extensiva.



*San Juan de Pie de Puerto.*

Navarra tuvo en otros tiempos una merindad, la de Ultrapuertos, al Norte de los pasos pirenaicos. De ella la capital era «San Juan del Pie de Puerto». Hoy se llama Basse-Navarra, «Benaparroa» o Baja Navarra. San Juan era pueblo de paso muy importante en la época de las peregrinaciones a Santiago.

Los vecinos de la «Merindad de Ultrapuertos» tuvieron hasta el siglo XVII, por lo menos, derecho de naturaleza en los reinos de la corona española, como lo refleja este libro de Don Martín de Vizcay, impreso en Zaragoza en 1621.



**E**l panorama que se contempla mirando desde las proximidades de Espinal (valle de Erro) hacia el N. sugiere el comentario de diversos e importantes aspectos geográficos del Pirineo navarro. Aquí no ofrece el aspecto que presenta más al O., en los valles cantábricos, ni más al E., en Salazar y Roncal. Aquéllos pertenecen a la España Húmeda y éstos al Pirineo central. Erro y Aézcoa forman la transición; y al primero, entendido *lato sensu*, corresponde el espacio representado en la fotografía.

La llanura, que se extiende desde Espinal al borde S. del macizo de Quinto Real o Alduides, parece que fue modelada sobre el flysch del Cretácico superior-Eoceno por la erosión areolar a fines del Terciario y bajo condiciones bioclimáticas áridas; se inclina suavemente desde los 952 m. de Roncesvalles a los 871 de Espinal y se halla drenada por el curso alto del Urrobi. Del frente montañoso que cierra el horizonte por el N. únicamente es visible Ortzanzurieta (1.570 m.) y sus estribaciones; al O., los montes que se extienden hasta Menditxuri (1.201 m.) se hallan cubiertos por las nubes. Dicho frente, escarpado y sinuoso, no es sino el cabalgamiento, por falla, del macizo paleozoico de Quinto Real hacia el S.

Inviernos fríos y largos, veranos térmicamente muy moderados y breves, y precipitaciones, nubosidad y nieblas abundantes, con bastante nieve invernal, son los caracteres más importantes del clima de Burguete, que es de tipo subcantábrico en su variedad de montaña. En este ambiente de humedad viven las hayas y otros árboles caducifolios. Allí donde el hombre –pastor, roturador, leñador– taló abusivamente los hayedos y los incendió una y otra vez, crecieron landas subatlánticas de árgomas y espinos, a no ser que los espacios roturados se acondicionaran voluntariamente como prados de siega. Se hallan éstos cerrados, con diversos tipos de cercas, aunque en la fotografía aparezcan sobre todo las de alambre de espino. La ganadería es la actividad rural más importante, juntamente con el cultivo de la patata. Aquella se basó tradicionalmente en el ganado bovino pirenaico (también suizo) que todavía suele pastar por los montes comunales en régimen de libertad vigilada, en el celebre caballito de Burguete y en las ovejas, que aquí son, como cabía esperar en una zona lluviosa y neblinosa, de raza lacha. En los últimos años Burguete amplió considerablemente el área de cultivo a expensas de los prados naturales, para dedicarla a la producción de patata tardía de siembra.





Lendizuri y Ortxanzurieta, desde el alto de Mexquiriz.



**R**oncesvalles, además de nombre sonoro en la épica europea e hito capital en la ruta hacia Compostela, es un centro de devoción. Los dos primeros aspectos podrían definir su relumbrón hacia fuera. Para los navarros, y en especial para las gentes de los valles pirenaicos, Roncesvalles es un lugar un poco olvidado hasta ahora, pero entrañable. La Virgen de Orreaga –denominación de documentación tardía, que en algún subdialecto es Orria y que equivale a Roncesvalles– recibe las romerías de los valles durante seis domingos, en mayo y junio. Es acaso el ciclo de romerías más variado, impresionante y plástico de cuantos sobreviven en Navarra. Otros allegan concurrencia más nutrida y bullicio más vibrante, pero no el rigor pujante de este.

Abre la serie Valcarlos y siguen Val de Arce con Oroz-Betelu, Valderro, Espinal, la Aézcoa y cierra Burguete. En septiembre viene la Baja Navarra, antigua merindad de Ultrapuertos. Desde hace años, en el conjunto de primavera se incrusta la romería de las peñas de Pamplona.

La más dura de esas romerías tal vez sea la de Arce, que cubre el camino a pie. Salen de madrugada, van entunicados, en dos filas por las orillas del asfalto, con la cruz al hombro, en silencio sólo hendido por los rezos. La de Oroz-Betelu, que sigue el mismo orden, añade la belleza de cruzar el robledal de Olaldea. Una y otra se funden en Burguete, desde donde caminan como hasta entonces, precedidos por las cruces parroquiales de todos los pueblos. Es la fiesta del valle. La de Erra arranca unida desde el alto de Mezquiriz, a donde afluyen. Los de Espinal son los únicos que, pasado Burguete, hacen un alto para almorzar y trenzar un baile.

La más colorista es la del Valle de Aézcoa. Los alcaldes van ataviados con su traje oficial y las jóvenes rescatan ese día los trajes de las abuelas, joyas transmitidas de madre a hija. Van las cruces parroquiales, los pendones marianos y las chicas penitentes: descalzas, con las pantorrillas al aire, veladas, llevan acunado un crucifijo sobre las alpargatas. Camina el valle entero; en las casas quedan los imprescindibles para guardarlas.

Todas las romerías cruzan Burguete por la Calle Mayor, que es la carretera, cuyos arcos son canalillos de agua. Tañen las campanas y el alcalde de la villa acompaña con la vara de mando a los romeros en la travesía del núcleo urbano. La comitiva, en dos filas severas y espontáneas, avanza hacia la colegiata por el Paseo de los Canónigos, túnel verdífrasco de hayas y abetos.

La celebración en la iglesia impresiona por la seriedad, el silencio y la afinación de los cánticos. Las cruces parroquiales ocupan el presbiterio; los pendones descansan sobre los muros.

Las romerías retornan a sus pueblos con el mismo orden, a primera hora de la tarde. Sólo la bajonavarra hace la romería en autobuses.



Alcaldes de la Aézcoa.



Romeros de la Alberca  
a su paso por Burquele  
y  
por la carretera de Garrayalda.





*Uriz (Arce).*

**U**riz es un pueblecito, asentado en un antiguo camino, que dio nacimiento al linaje del mismo nombre, poderoso en cierto momento de la historia de la monarquía navarra y que ha dejado allí, como recuerdo, las torres que se ven en la foto.

Arce es cosa del pasado. No tanto Uriz y el pequeñísimo núcleo de Zandueta, muy próximos. En 1802 se da como conocido en Navarra por asiento de casas nobles. Hasta dieciocho en conjunto, con ciento cuatro habitantes. Madoz le asigna treinta y un casas que forman una calle y plaza, con un torreón antiguo en su centro.

La descripción es un poco sumaria. En realidad Uriz es un pueblo en cuesta, que deja un poco a un lado la carretera que va, Urrobi arriba, hacia Burguete.

En principio, en efecto, se estructura como un pequeño pueblo-calle. En la parte inferior, meridional, hay a un lado, a la izquierda, una torre-palomar a la que sigue una casa de regular tamaño. Por el otro hay varias, regularmente conservadas, con sus cantones. Algunas góticas, de fachada larga como tantas en la zona. Se sube y la calle se ensancha por un lado en el que está el frontón de pelota y algunas casas irregularmente dispuestas. Pero la línea de la calle queda siempre constituida por un lado en que también hay un cantón. Más arriba y, en efecto, en posición central, está la torre a la que hacen referencia el diccionario de 1802, Madoz y Miñano, quien dice es muy conocida en la provincia. La calle poco más arriba se bifurca, porque una larga y estrecha casa, gótica también, tiene un lado hacia la cuesta que sube a la iglesia de San Saturnino y la otra a un camino que pasa por debajo de un pasadizo de la misma casa.

La iglesia está en lo más alto y desde la explanada que tiene delante se ve el pueblo hacia el Sur.

Es evidente que las dos torres y la iglesia constituyeron en un tiempo los elementos principales del pueblo. Pero hace poco la torre más famosa se ha hundido por dentro, el tejado está abierto y el pueblo en vías de desaparecer, como tantos otros. Mucha casa hay vacía y otras, como la de las ventas que se levantaron al hacerse la carretera, han perdido su función.

# E

El río Urrobi se forma en el llano de Burguete por la unión de varios arroyos y tributa al Iratí en Itoiz, cerca de Aoiz.

En su breve recorrido de unos veinte kilómetros modela un paisaje duro y original, conoce bosques y cultivos variados y contempla pueblos y caseríos en franco declive demográfico.

Gran parte del trazado del Urrobi es a través del Valle de Arce, entidad administrativa que desborda su cuenca y ocupa parte de la del Iratí. A principios del presente siglo el Valle de Arce contaba con dieciocho pueblos y siete señoríos o caseríos, vivos y desparramados por su geografía. Hoy siguen habitados doce pueblos y tres caseríos, pero con una vida lágida, prueba de lo cual son los cinco concejos tutelados (concejos con menos de tres vecinos, administrados por la Diputación Foral). La población total de los quince lugares habitados es de doscientas cincuenta personas.

Orbaiz e Itoiz, últimos pueblos a la vera del Urrobi, pertenecen al Valle de Lónguida y su situación no es más boyante que los del Valle anterior.

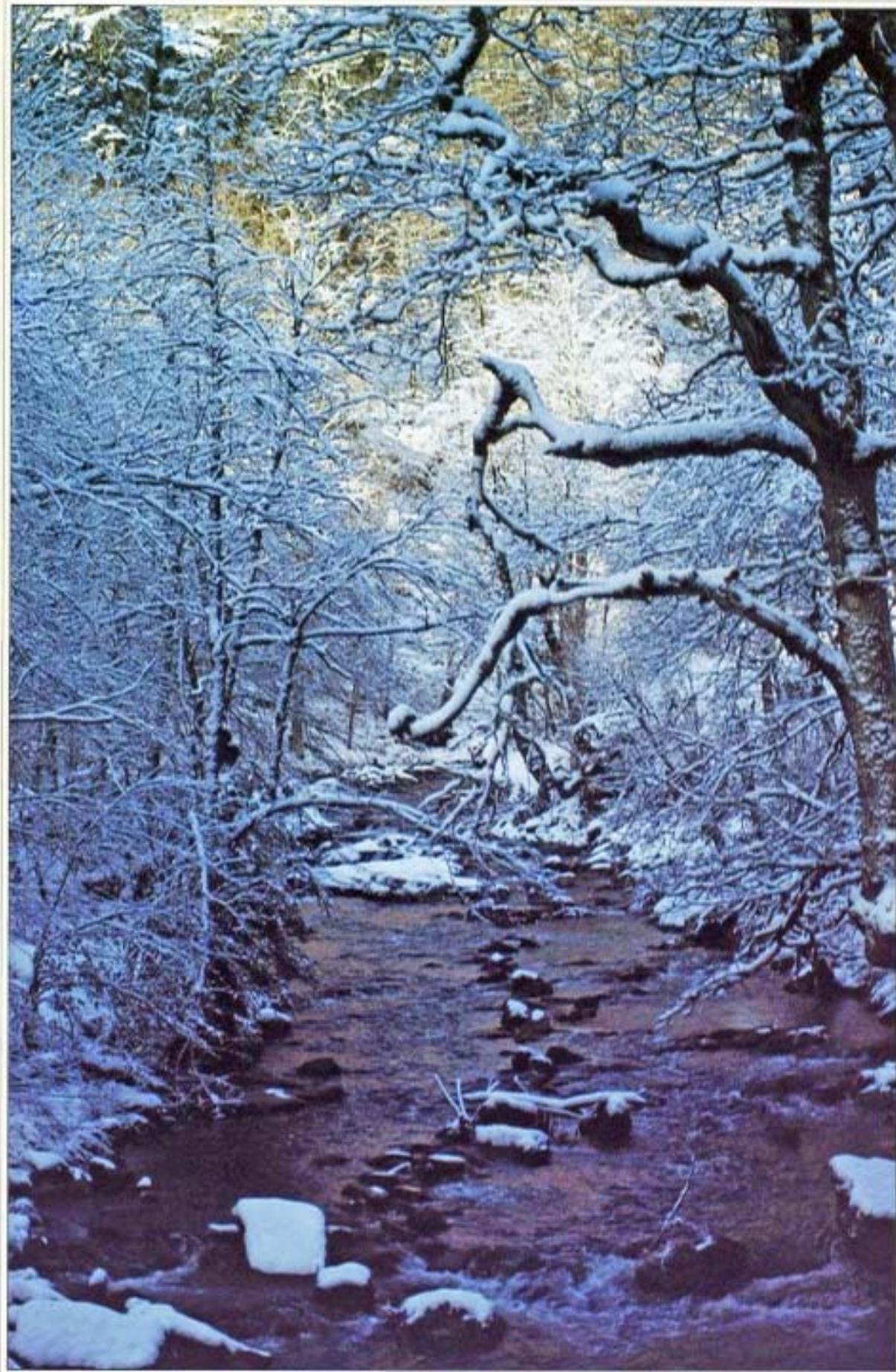
En su parte superior el bosque de hayas llega hasta la misma orilla del río sin apenas árboles de ribera; más abajo, en zona de robledal, los alisos se entremezclan con sauces y con los mismos robles, tal como recoge la fotografía. A partir de Uriz, en el doronio del pinar, y hasta su desembocadura, donde el clima más seco se refleja en las carrascas y quejigos, las orillas del Urrobi están pobladas por sargas, alisos, chopos y olmos.

En nuestras latitudes los ríos y las aguas son los principales agentes modeladores del paisaje, excavado y erosionado en el curso alto, y sedimentado y reposado en el curso bajo.

El Urrobi, en una labor paciente de milenarios, ha sido capaz de erosionar las sierras que le cerraban el paso, tallando los acantilados de la sierra de Labia, de los montes Elque y Ponsoroa y el Poche de Chinchurrenea, preciosa foz entre Nagore y Orbaiz.

El Urrobi, cuya cabecera recibe abundantes lluvias, queda totalmente seco en su parte baja, en época estival. Sus aguas, al pasar por zonas calizas se filtran y desaparecen bajo tierra; pero siguen vertiendo al Iratí a través de cauces subterráneos.

Río Urrobi.





*Arce.*

**E**l valle de Arce tenía el lugar de sus juntas en un edificio que quedaba aislado de los pueblos, bajo una iglesia. Es uno de los valles prepirenaicos que ha experimentado más los efectos de la despoblación.

Para ir a Arce de la carretera hay que pasar un puente sobre el Urrobi y en sitio llano se encuentra el «palacio vetusto» al que alude Altadill, bastante deteriorado. Subiendo luego a la conocida iglesia románica, hay una casa con el tejado

hundido. En la carretera hundida también, la venta «bien servida» en otros tiempos.

El escudo del «Sr. de Arze», aparece en el índice de Pedro de Azcárraga, con tres conchas en campo verde o sinople.

**E**

stamos acostumbrados a ver a los robles, trasmochos y cabezones, con un grueso y corto tronco de donde salen ramas en todas las direcciones, o bien, retorcidos y nudosos, con amplias copas y escasos fustes, lo que hace creer a muchos que éstas son las formas naturales de estas especies; y no es así, pues estos portes se deben a que crecen en zonas marginales o a defectuosas prácticas forestales.

Tenemos en Navarra buenas muestras de robledales diferentes en Bertiz, Burunda, Ulzama y Olaldea, por poner unos ejemplos, en que los árboles se elevan rectos, con fustes limpios, como columnas de catedrales, buscando con sus ramas terminales la luz del sol, a 30, 35 ó 40 metros de altura sobre el suelo.

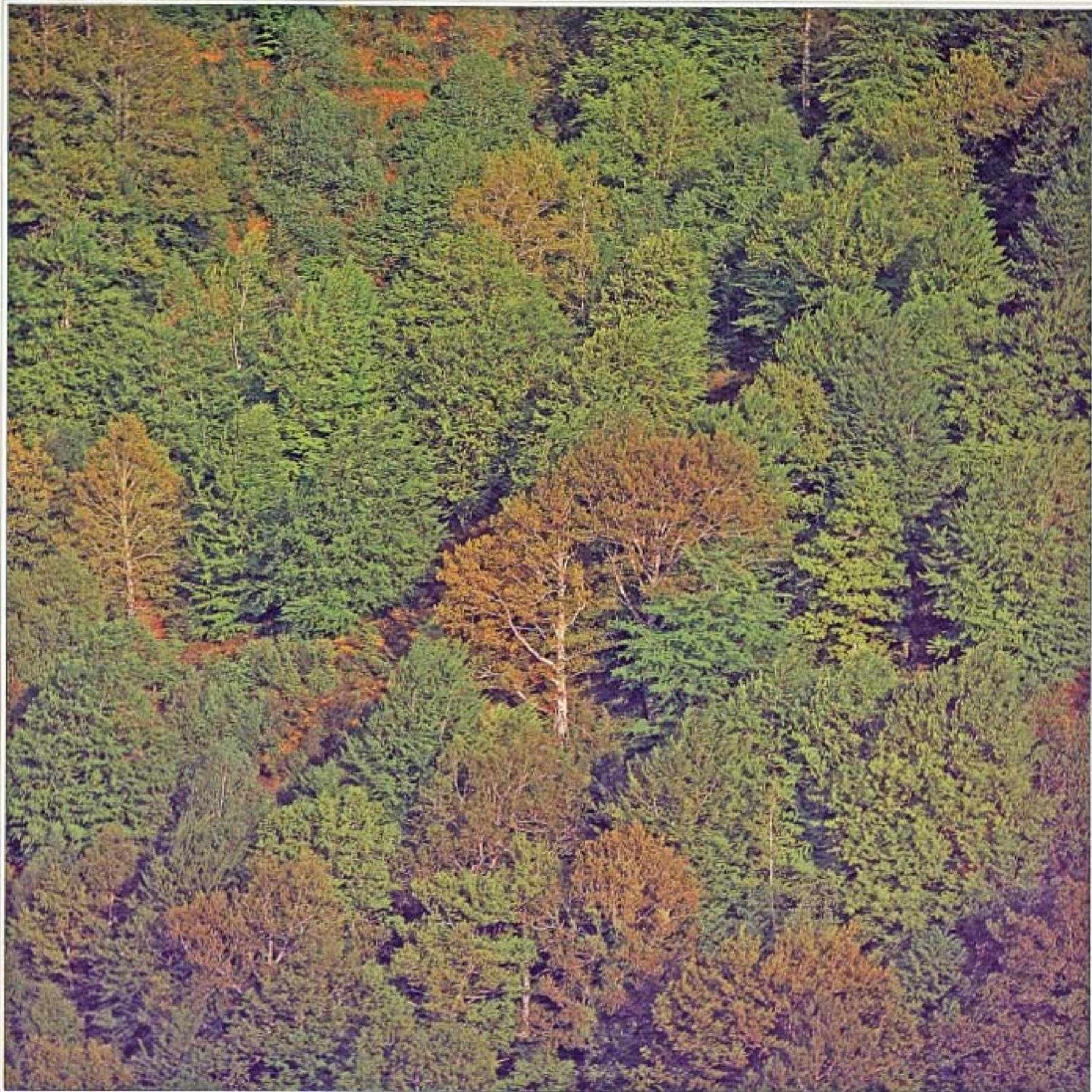
El robledal de Olaldea, barrio de Oroz-Beleku, se extiende en los términos de este municipio y en el de Garralda, en las laderas del monte Corona hacia las orillas del Iratí, y está considerado como uno de los mejores robledales de roble albar de la península ibérica.

No hay total acuerdo entre botánicos y forestales sobre la identidad de la especie del roble de Olaldea, con dudas entre *Quercus petraea* y *Quercus mas*, lo que no hace desmerecer la palpable calidad del arbolado.

La bellota sentada, sin pedúnculo, y la hoja con pecíolo largo del roble albar son caracteres diferenciales del roble «del país», de bellota pendularizada y hoja sentada.

Crece en laderas soleadas y a menudo rocosas y con poco suelo. Es increíble cómo crecen los robles del Iratí sobre un suelo esquelético y pedregoso, donde se mueven a sus anchas corzos y jabalíes.

En la altura, los robles van dejando paso a las hayas, con las que conviven en una amplia franja, donde ha sido obtenida la presente fotografía.



*Robledal de Olaldea*



Río Irati a su paso por Arive.

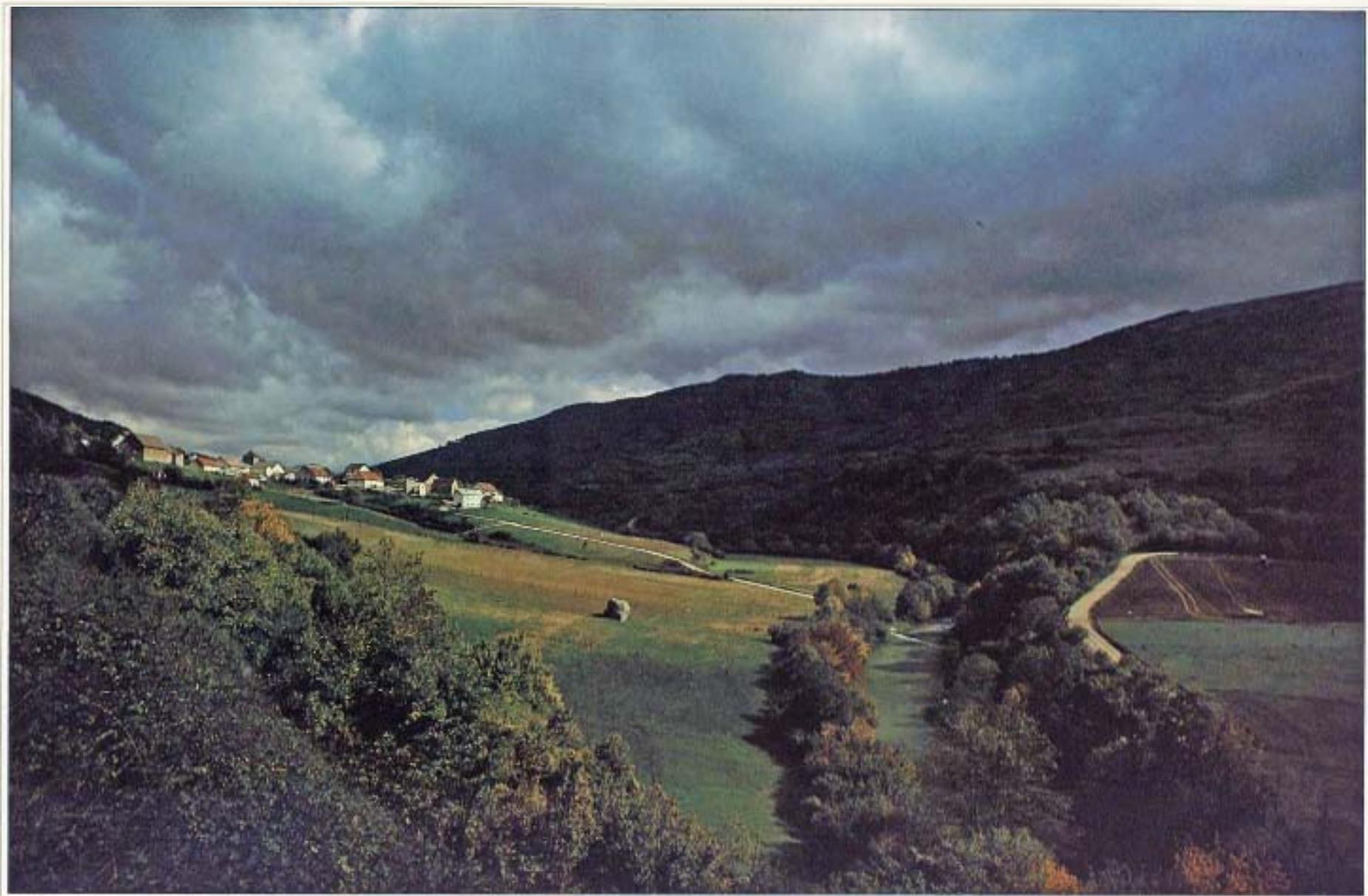


Irati es uno de nuestros ríos de mayor interés geográfico, porque está situado en una franja de transición entre el Pirineo occidental y el oriental. En efecto, desde el punto de vista hidrológico se encuentra entre el Arga y el Esca, esto es, entre los ríos que nacen en montañas de altitud modesta pero intensamente irrigadas por precipitaciones acuosas del Pirineo occidental y los que tienen alta cabecera montañosa con innovación y retención nival importantes del Pirineo central. Recoge sucesivamente las aguas de los derrames pirenaicos comprendidos entre el Adi y el Orhi. Afluentes suyos son, en efecto, el Erro, Urrobi, Areta y Salazar. En Arive, con una cuenca de sólo 236 km<sup>2</sup>, el Irati lleva un caudal absoluto de 11.03 m<sup>3</sup>/s. y relativo de 46.7 l./s./km<sup>2</sup>; tiene,

por consiguiente, una caudalosidad muy respetable. El 2 de febrero de 1952 llegaron a contabilizarse en Arive 300 m<sup>3</sup>/s. de caudal instantáneo; fue su mayor crecida controlada por esa estación de aforo, equivalente, aproximadamente, a 27 veces el caudal medio. Su caudal de estiaje más bajo correspondió a un día de septiembre de 1932: 0.8 m<sup>3</sup>/s.

El Irati nace en Francia, recorre de E. a O. el monte salacenco del mismo nombre, donde se remansa en el embalse de Irabia, cambia de rumbo hacia el S-SO, poco antes de llegar a Orbaiceta y atraviesa el valle de Aézcoa, al que pertenecen el último de los lugares mencionados y Arive, representado en esta fotografía junto a uno de los más bellos meandros fluviales. La mayor parte del valle de Aézcoa es avenada hacia el

Aragón por el Irati; sólo pequeñas porciones de su territorio lo son hacia el Urrobi y el Salazar. Robles (*Quercus petraea*) en las partes bajas y hayas en las altas cubrirían el territorio de la comunidad aézcoana antes del poblamiento humano. La madera ha sido y es una de sus riquezas, juntamente con la ganadería (lanar, bovina, caballar) que pasta por los comunes de los pueblos y por el Monte Grande de Aézcoa, recientemente devuelto al Valle por el Estado español. Está formada Aézcoa por nueve lugares pequeños, con casas de techumbre a dos y cuatro aguas, de teja roja y plana (aún perduran algunos tejados de tablilla), de 40°-50° de inclinación y separadas las unas de las otras por huertos y callejas.



Orbara.

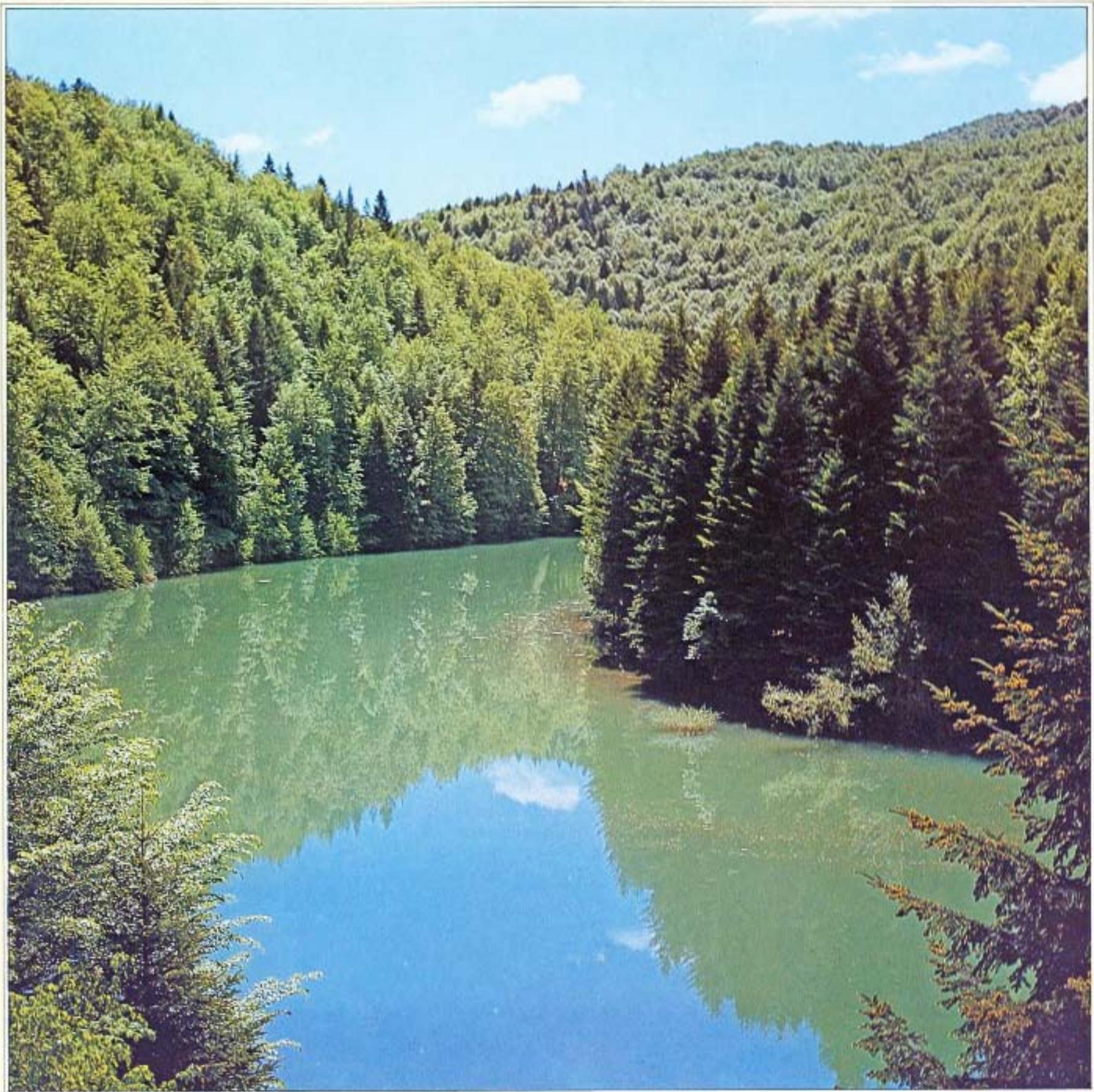
*L*os valles pirenaicos de Aézcoa, Salazar y Roncal tienen una fisonomía propia, que también cambia algo de Norte a Sur. Orbara es un pueblo característico de montaña y clima más húmedo que los que quedan a Oriente.

Once casas útiles, siete arruinadas y 155 habitantes se le dan en 1802, que subieron algo en el siglo XIX. Orbara queda a 770 metros de altura; al Oeste del río y con un puente hacia el Sur. Se señala la existencia de un palacio que en 1543 era de Don Tristán de Mauleón. Este tenía blasón con fondo de plata con árbol de sinople y un oso de su color «brochante» al tronco, con tres lobos al natural.

El caserío es parecido al de Orbaiceta y por lo que se ha dicho de su aumento en el siglo XIX, relativamente moderno. Sin embargo, en Orbara hay una casa de labor que tiene aspecto de antigua con un hórreo magnífico con tres pilotes a un lado y hasta cinco en otro.

Otro ejemplar tiene soporte de tres pilotes de piedra por banda.

Es posible que, como lo indica Peña Santiago en el artículo en que los dio a conocer, algunos topónimos en que aparece la palabra «garai», se refieran a la existencia de hórreos sobre columnas o pilotes.



*Pantano de Irabia.*



Corzos en la selva de Irati.

*S*e ha dicho y repetido que Irati es el mayor bosque de Europa. ¿Será quizás el mayor bosque natural? ¿o el mayor hayedo? ¿o el mayor hayedo-abetal?

De cualquier forma es difícilmente creíble y más difícil la comprobación de esta aseveración.

Pero lo que si puede comprobarse es que la selva de Irati es una magnífica mancha continua de bosque, con los mejores hayedos de Navarra; y al decir que son los mejores hayedos de Navarra hay que tener en cuenta que ésta es la provincia con mayor superficie de estos bosques, cerca de las 100.000 Ha., más del doble que la siguiente (Asturias, unas 40.000 Ha). El hayedo ocupa la décima parte del territorio navarro y cerca de la tercera de toda su superficie arbolada.

El abeto blanco o pinabete es una conífera de hoja perenne de color verde oscuro que crece con tronco recto y casi cilíndrico y llega a alcanzar los cuarenta y cincuenta metros de altura. Debe su nombre al color claro de la corteza de su tronco. Se distribuye de forma natural por las montañas del centro y sur de Europa con bastantes precipitaciones y sin grandes oscilaciones térmicas. En el Pirineo leridano es abundante, formando masas casi puras, pero en general se asocia con el haya en una formación, que al decir de los botánicos, es el máximo forestal de la zona templada de la Tierra.

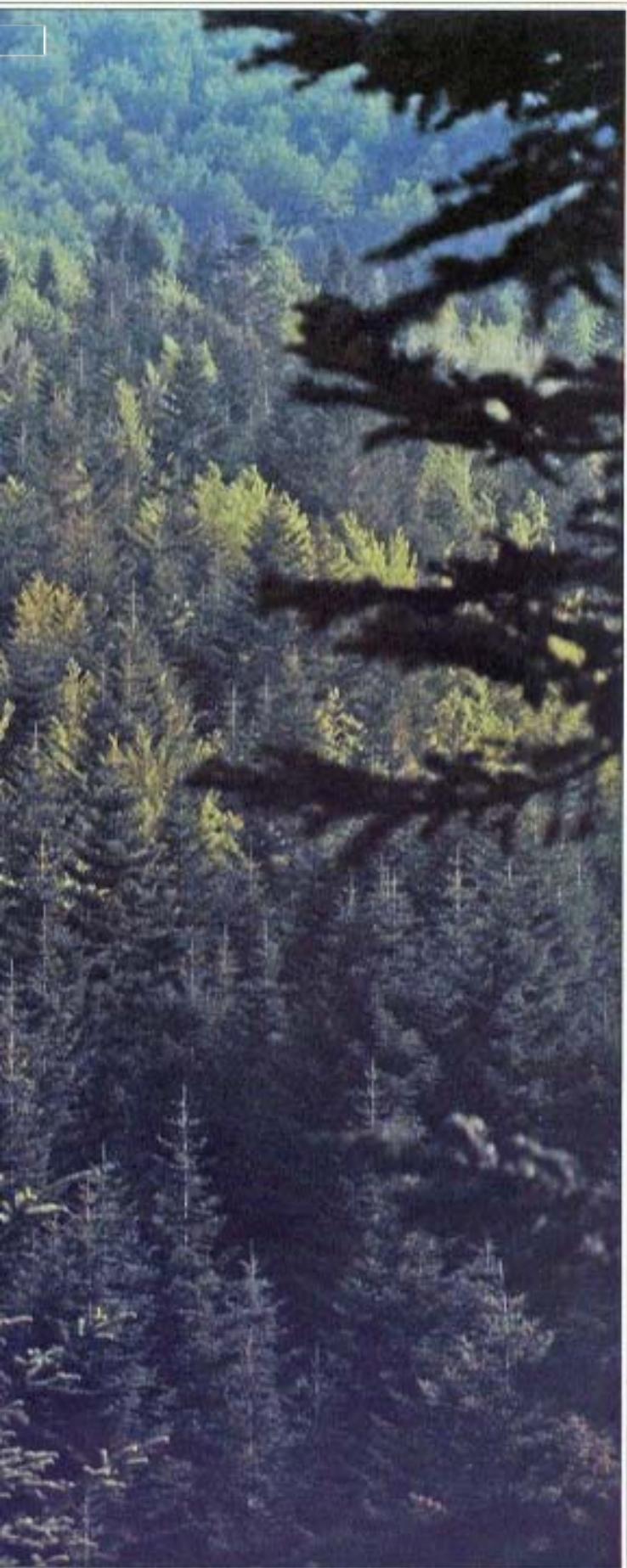
Justo en el embalse de Irabia está el límite occidental de la distribución del abeto pirenaico.

A menudo los extremos de las distribuciones de las especies suelen señalarse por ser zonas

marginales, donde los ejemplares crecen a duras penas sin llegar a grandes portes. No es éste el caso de Irati, donde los pinabetes crecen esbeltos y sus cónicas copas sobresalen cinco a diez metros sobre el dosel de las hayas que aquí pasan con facilidad de treinta y cinco y cuarenta metros de altura.

El embalse de Irabia, construido para aprovechamiento hidroeléctrico, está totalmente rodeado por la selva, en la que son frecuentes jabalíes, ciervos y corzos.





Sí como en la Navarra Húmeda del Noroeste fronteriza con Francia y Guipúzcoa fueron intensas las talas forestales, de suerte que son escasos y pequeños los hayedos en las montañas de la muga internacional o provincial de las Cinco Villas y del Baxtán, en los Valles Pirenaicos orientales existen importantes bosques –sobre todo, hayedos– junto a la frontera. Es el caso del representado en la espectacular fotografía que comentamos; corresponde al bosque o selva del Irati. Se extiende por el curso alto de este río, tanto en territorio francés, donde lleva dirección casi N-S, como en territorio navarro, donde discurre, así como su afluente el Urtxuria, por una depresión longitudinal de rumbo E-O, que alberga al embalse de Irabia y está flanqueada al S. por la sierra de Abodi. Desde el punto de vista jurídico-administrativo hablaremos del Monte Irati cuando nos refiramos a la finca de 6.530 Ha. perteneciente, como dominio «concellar», al valle de Salazar. Esto de hallarse comprendido un monte avenado por el río Irati en el valle de Salazar prueba una vez más, aquí con claridad meridiana, que no hay en Navarra correspondencia exacta entre las fronteras administrativas e hidrológicas de los valles.

El bosque del Irati pasa por ser, y con justicia, uno de los hayedos-abetales más extensos de Europa. Impresiona y sobrecoge siempre el adentrarse en él, sombrío y silencioso. Las hayas son dominantes y los abetos –que aquí encuentran el límite occidental absoluto de su área de difusión europea en estado natural– ocupan las umbras bajas y las vallonadas de suelo espeso, porque sólo en esas condiciones hallan en verano la humedad que precisan. Los botánicos describen así la estructura estratificada de un hayedo-abetal intacto: 1.º un estrato arbóreo alto y discontinuo formado por abetos que pueden alcanzar hasta 40-50 m de altura; 2.º un estrato arbóreo intermedio y continuo integrado por hayas de 30-40 m; 3.º un estrato arbóreo inferior constituido por especies caducifolias tales como el illón (*Acer opalus* Miller), mostajo (*Sorbus aria* Crantz), tilo (*Tilia platyphyllos* Scopoli), fresno (*Fraxinus excelsior* L.), olmo de montaña o zugarro (*Ulmus glabra* Huds.) y en ocasiones por algunas perennifolias, como el tejo (*Taxus baccata* L.); 4.º un estrato de arbustos y abetos jóvenes, tolerantes a la sombra; y 5.º un estrato herbáceo y muscinal discontinuo formado por plantas de floración precoz (antes de que salgan las hojas a las hayas) en el que destacan las *Pirola*, algu-

nas orquídeas y helechos. Pero de hecho no existen bosques de este tipo intactos, ya que han sufrido –en busca del abeto– innumerables ataques desde los tiempos prehistóricos. El abeto es un árbol en retroceso. Se redujo considerablemente su área de expansión en el llamado periodo xerotérmico postglaciar y más lo hizo todavía a lo largo de la historia, especialmente con el incremento de las ferrerías, obras públicas y astilleros a partir del s. XVII y XVIII, de suerte que muchos hayedos-abetales quedaron convertidos en simples hayedos. Por otra parte los incendios provocados por el hombre favorecieron la penetración del pino albar, que es pirófilo. Es difícil que medre este árbol, tan característico del Prepirineo salacenco y roncalés, en un hayedo-abetal denso, pero en cuanto una catástrofe natural –p. ej., un alud– o una desafortunada intervención del hombre crea un claro en el bosque, el pino lo invade.

El territorio fronterizo del bosque del Irati ha sido siempre zona litigiosa. Antes de la incorporación del Reino de Navarra a la Corona de Castilla y de perderse definitivamente la sexta Merindad, lo fue entre pastores, leñadores, carboneros y ferrones de las dos comunidades vecinas, el valle de Salazar y el de Cisa (sentencia arbitral de 1507). Con el establecimiento de dos reinos distintos y durante largo tiempo rivales, los conflictos que siempre se plantearon sobre la propiedad y los aprovechamientos del bosque del Irati es lógico que menudearan y se agudizaran, en especial a partir del s. XVIII, cuando tanto en Francia como en España adquieren auge inusitado las construcciones navales. Hasta que en el primer Tratado de Límites de 1856 se fijó el trazado de la muga internacional tal y como hoy la conocemos: los franceses accedieron a la pretensión española de controlar las confluencias del Ur-beltxa y Urtxuria, en vez de que el río Irati hiciera de frontera internacional, y los españoles cedimos en Valcarlos, en el litigio de Ondarole, y en Las Algas (Valle de Salazar) y Ardune (Valle de Roncal), de 539 y 675 Ha., respectivamente, que pasaron a Francia.

Al bosque del Irati pertenece también el monte de la Cuestión (1.800 Ha.), situado entre el Irati, al S., la artificial frontera internacional, al N., el Ur-beltxa, al E., y el Eurgui o Egurri, al O. El Estado español disputó su propiedad al Valle de Salazar en un largo pleito que acabó con la sentencia del Tribunal Supremo de 7-X-1880: el monte pasó a ser del Estado sin ninguna clase de servidumbres en favor de los salacencos.



Corzo en el bosque de Irati

**E**n el nevado bosque, el fotógrafo ha sorprendido a esta hembra de corzo mientras se dedicaba a buscar su sustento, difícil en esta época del año. A pesar de la nieve, en cuanto se de cuenta de un posible peligro, desaparecerá de inmediato, como tragada por el bosque.

Y es que el corzo, con su frágil aspecto de esbelta figura de porcelana, demuestra ser un animal sobrio y fuerte, bien adaptado a los rigores climáticos, capaz de soportar las mayores nevadas. Como botón de muestra, a consecuencia de las fuertes y persistentes nevadas del invierno de 1978, se contabilizaron más de doscientos cadáveres de ciervos, sólo en Quinto Real, pero ninguno de corzo. Por suerte, la población de ciervos se ha recuperado; la de corzos ni siquiera acusó el

impacto de la nieve.

El corzo es el más pequeño cérvido europeo, que apenas llega a los 25 kg. de peso en los machos; las hembras todavía son más ligeras; alto, sobre patas delgadas, y sin cola apreciable. El color rojizo, casi uniforme, de la época veraniega, se torna pardo grisáceo en invierno, pero siempre destaca una mancha blanca en el trasero.

Como otros cérvidos, los machos enarbolan cornamentas que crecen y caen cada año; cuernos modestos, de apenas un palmo de largos y sólo tres puntas cada uno.

En los corzos destaca su cabeza, con grandes orejas, hocico negro y ojos negros de mirada inocente.

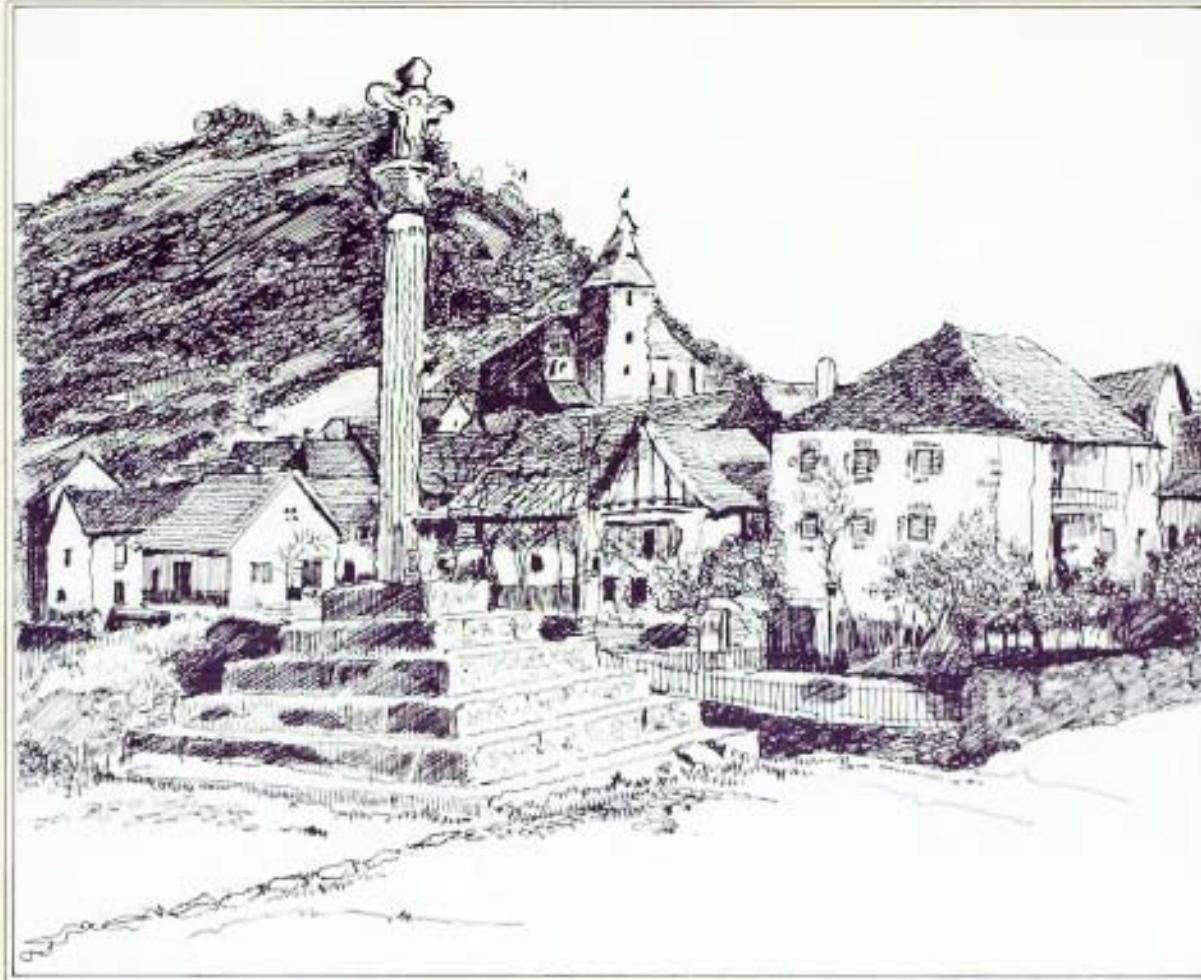
Viven en pequeños grupos familiares en un territorio bien señalado por las cortezas de arbolllos desgarradas por los cuernos del macho. Las hembras suelen parir gemelos, de pelaje moteado, a principios del verano. Donde la densidad de corzos es grande, en invierno suelen formarse grupos mayores, que salen a comer a pastizales y cultivo. No es éste el caso de Navarra.

Entre nosotros los corzos son bastante abundantes en las cabeceras de los valles pirenaicos y así los aezcoanos, salacencos y roncaleses los han admirado, y cazado, en sus bosques de Txangoa, Mendilaz, Irati, Selva Grande y Belabarce entre otros.

Parece que en los últimos años los corzos navarros extienden sus dominios y hoy no es raro verlos en Bértiz o en los montes de Lumbier.



Ochagavia.



Ochagavia. (Dibujo de J. C. Barja).



a arquitectura de Ochagavia, pueblo el más importante y septentrional del valle de Salazar, se diferencia de la de los pueblos del Roncal y Aézcoa y en si es de los más bellos del Pirineo Navarro.

Parte de Ochagavia está sobre el río, parte en cuesta. Las casas se apiñan y ostentan tejados inclinados, que en otros tiempos fueron de tablillas.

Un documento del 21 de octubre de 1248 va refrendado por Teobaldo I «apud Oxagaviam».

Durante la guerra de la Revolución quedó destruido su caserío en la porción mayor. De 182 casas no quedaron más que veinticinco útiles y hubo de procederse a una reconstrucción total.

La planta de Ochagavia es interesante. De Norte a Sur, por una vega rodeada de montes corre el río Zatoya al que en un punto por el Este se le une el río Anduña. Este es el que condiciona más la forma de la villa.

El casco en su mayor longitud se extiende a los lados de él, que lleva una dirección Nordeste-Sudoeste y sobre el que hay tres puentes: uno

más viejo. Otros dos rehechos. Ochagavia tiene varios barrios con nombres muy significativos.

Al Norte se alza el monte Musquilda de 1.070 metros y en su falda sobre el pueblo queda el santuario de la Virgen.

Las casas de Ochagavia han llamado la atención de los geógrafos y arquitectos desde hace tiempo.



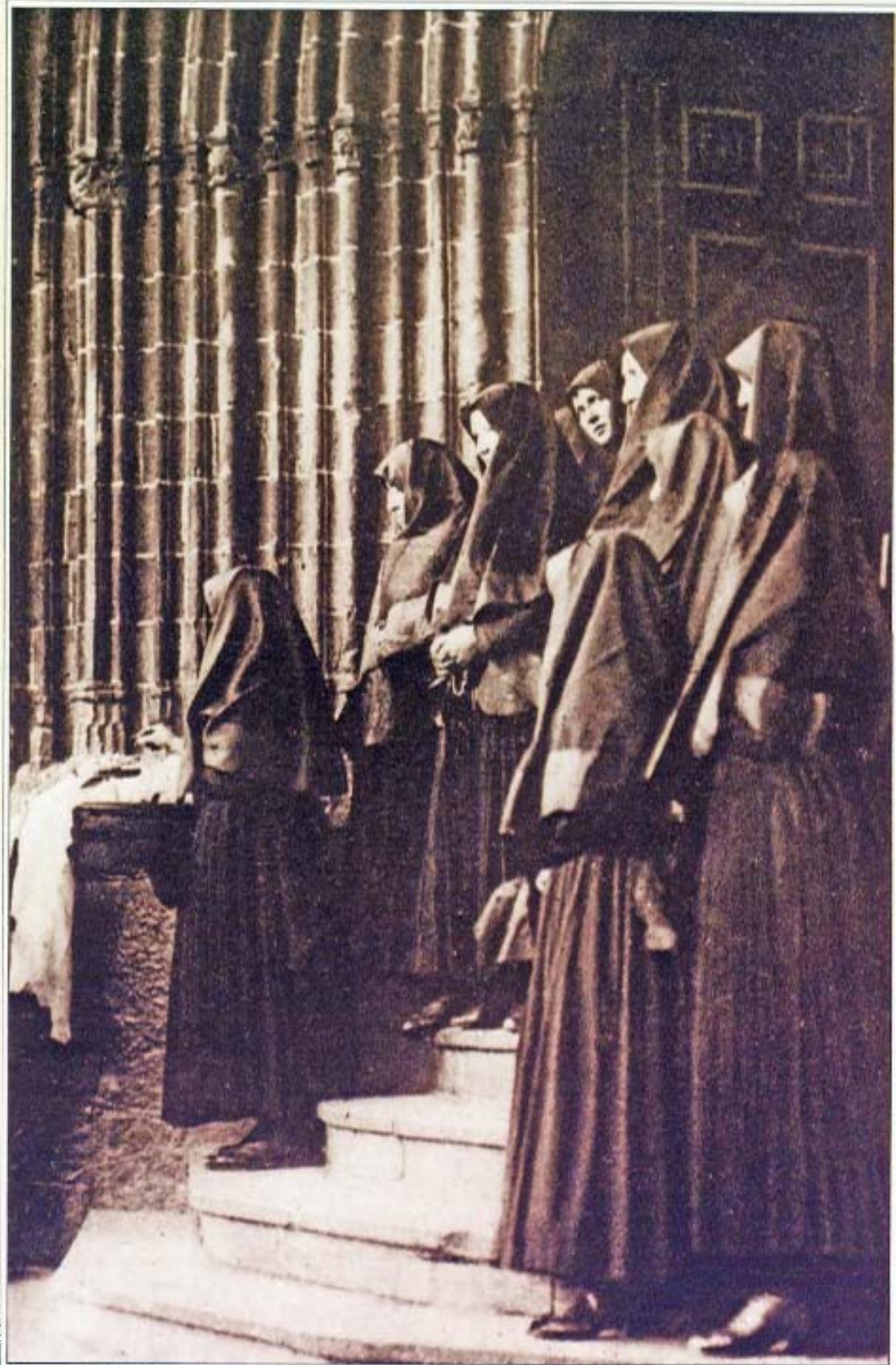
as mujeres de Salazar vestían, cuando las fotografió Roisin, paño o estameña negra, cualquiera que fuera su estado. Usaban dos faldas plisadas, largas hasta el tobillo, con cierre en un costado, sujetas por encima del jubón, también negro. Las diferencias de edad y condición se traducían en otros detalles. Así, las viudas o mayores cerraban los puños del jubón con tres o cuatro pequeños botones negros, mientras que las casadas y mozas los utilizaban de metal noble. Las primeras ataban las dos trenzas con «zintamuxko» o cinta de raso negro; las casadas, de raso o seda negras; las solteras, con el color litúrgico del día. Estas dejaban entrever medias blancas, de lana o algodón según la época, fantasía vedada a las demás mujeres, que siempre llevaban esa prenda en negro. El jubón era en las viudas y mayores negro e iba sobre un justillo de paño blanco, ribeteado con trenilla, atado con cordón fino, del mismo color. La casada se ponía de diario un jubón parecido, negro y cenido; en festivos lo lucía con ancho peto de brocotel, bordado en plata u oro y cerrado con gafetes ocultos. La camisa, de lino, larga y fruncida en las mangas, llegaba a los pies y hacia de enagua. El ama de casa delataba su condición por la «portaka», faltriquera de tela que portaba bajo la falda encimera; su posición social la proclamaban gargantillas y collares y pendientes.

En la iglesia todas cubrían cabeza y busto con mantilla negra de cenefa de raso. Las viudas y mayores usaban unas de cuyas puntas colgaban dos trozos romboidales de paño. El calzado de vestir, siempre zapato negro de becerro. Las «unaiak» eran las figuras femeninas que en días de lluvia se protegían con sus faldas plisadas encimeras o «kotak», que levantaban y montaban sobre la cabeza.

Los hombres vestían paño o estameña, según la estación, y llevaban calzón negro, sin bragueta, sujeto bajo la rodilla con un cordón rematado por borlas, negras en los casados; los mozos, cordón y borlas rojas. Aquéllos tenían chaleco sin mangas, de paño negro, con dos bolsillos; sobre él se ponían chaqueta corta, cruzada, sin cuello y con solapas amplias. Los botones iban en doble fila. La camisa era blanca de lino, con mangas amplias. El sombrero, de medio queso, de filtro negro, anchas y vueltas hacia arriba las alas y rodeada la copa por cinta de raso. En los solteros, las medias eran blancas; el chateco, alegre de colores, negro a la espalda, con solapas pequeñas; el jubón o chamarreta, sin cuello, ni solapas, era granate. La cinta del sombrero seguía el color litúrgico de la fecha.



«Umayak» de Ochagavia.



Oprenda del pán en Ochagavia.



*Ermita de Nuestra Señora de Musquilda*

**M**usquilda, monte y santuario, está sobre Ochagavia. La ermita, románica de transición (siglo XIII), tiene tres naves de cuatro tramos y guarda la imagen de Nuestra Señora, coetánea del templo, cuya torre cubre un chapitel característico.

Musquilda, una de las sesenta ermitas autorizadas en 1585, ha gozado de singular devoción en el pueblo, que hasta fines del XVIII contaba otras tres más: S. Esteban, Santa Cruz –a mitad de camino a Musquilda– y S. Martín, junto al puente. Las cuatro sufrieron el fuego francés que en 1794 destruyó 182 casas del lugar. Dos años más tarde el obispo de Pamplona mandó habilitar las cuatro ermitas, pero sólo reconstruyeron Musquilda.

Uno de los puntos de la reforma dictada en 1585 vetaba a las mujeres como ermitañas y hubo procesos que intentaron aplicar la prohibición a las seroras. No fue ordenanza muy obedecida. En Musquilda había serora, que lo fue Ana de Alzate y Urtubia, de linaje notorio, como va dicho al hablar de Vera del Bidasoa. A su muerte quiso sucederle Juana Chacón, sobrina y compañera de Doña Ana, pero vicario, abad y regidores de Ochagavia la echaron y alegaron el patronazgo de la villa para nombrar a María Juana de Labari, moza de Ultrapuertos que no sumaba veinte años. Esto sucedía en 1596. El testamentario de la dama se querelló contra los regidores a propósito de los bienes de la difunta y ganó el pleito. Y siguió Musquilda atendida por seroras.

*L*

a villa de Ochagavia, en el Valle de Salazar, ha conservado como preciosa herencia de sus antepasados las danzas en honor de su patrona, Nuestra Señora de Musquilda. Tienen una mezcla de rito, pues se bailan en determinadas ocasiones, de sabor guerrero, por los ritmos agresivos de sus paloteados, y de religiosidad, porque con ellas se honra a la Virgen. Recuerdan los antiquísimos ritos de la labor agrícola de la escarda.

Hay noticias escritas de que en 1666 en la festividad de la Virgen de septiembre se hacia en su ermita una gran fiesta con músicos juglares, danzas y bailes. Asistían con gran devoción gentes de los valles cercanos y franceses de Soule y de la Baja Navarra, éstos también con sus músicos y danzantes. Cada año se perpetúa la tradición en la fiesta indicada.

El grupo de danzantes lo forman ocho mozos ataviados con sus típicos trajes, cascabeles, cintas multicolores y gorros de forma cónica. Les acompaña además la interesantísima figura del «Bobo», personaje vestido a modo de Arlequín de rojo y verde, con un látigo en la mano rematado en una borlita de cuero, que en determinadas ocasiones cubre su cara con máscara de doble rostro barbado de tez blanca y negra. Evoca al dios Jano, ser mitológico de doble naturaleza.

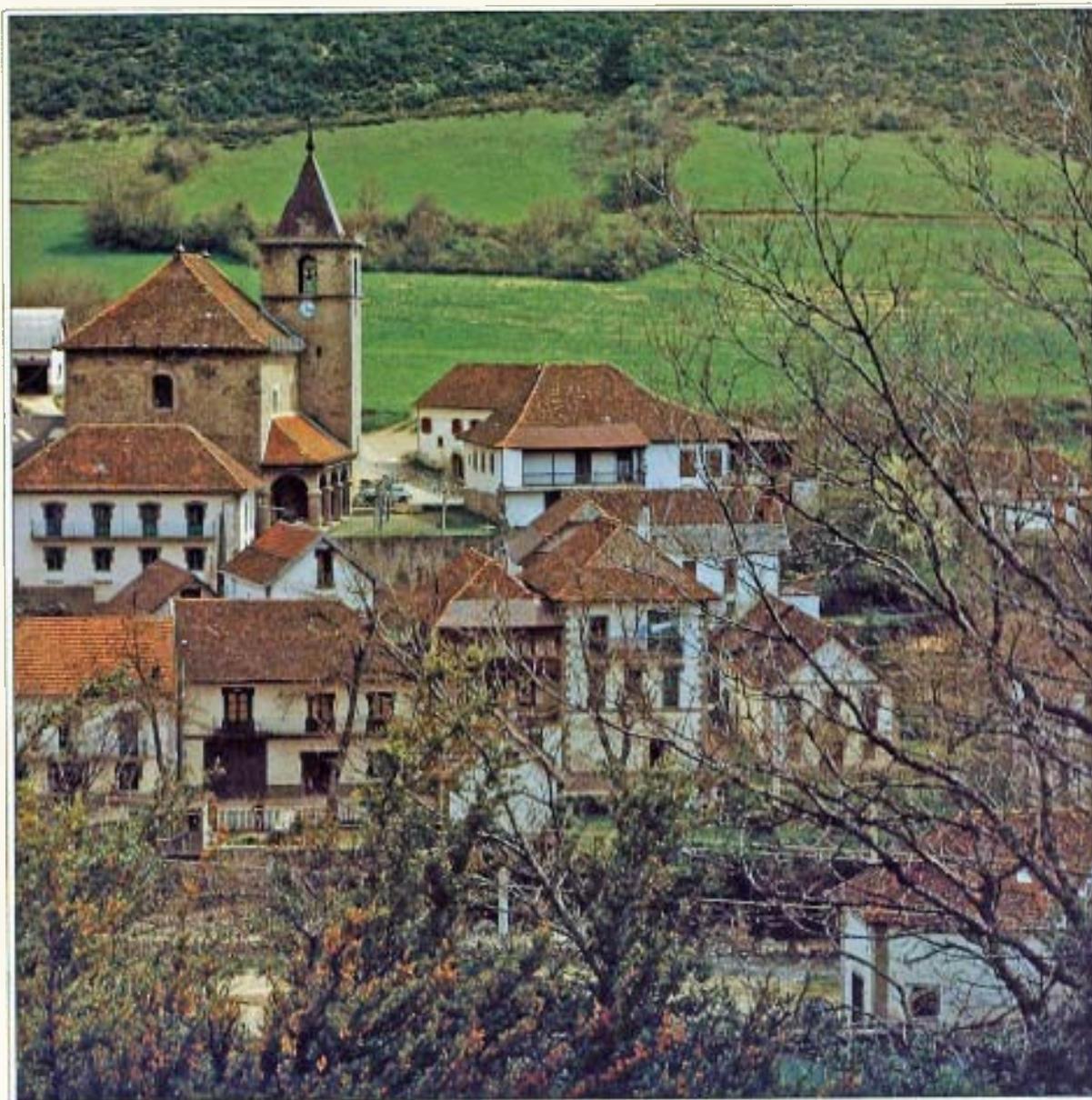
Entre los bailes que ejecutan llaman la atención por su vistosidad los cuatro energéticos paloteados: Emperador, Katxutxa o Trulata, Danza y Modorro. Al son de las valientes melodías, interpretadas por los gaiteros y el tamborilero, los danzantes golpean rítmicamente sus palos de acebo, entre si y en el suelo, con golpes secos y cortados, giran todos a la vez y hacen y deshacen sus evoluciones.

En la danza del Pañuelo los bailarines se entrecruzan en un continuo enredo de figuras y pasan agachados uno a uno, incluso el «Bobo», entre la doble fila formada por sus compañeros. A veces los movimientos se convierten en cómicos e inesperados.

Para finalizar, la Jota, bailada individualmente y en grupo, verdadera exhibición de ritmo y de agilidad.



*Danzantes de Ochagavia.*



Ezcaroz.

**E**n el pueblecito de Ezcaroz se observa también este carácter pulcro que tiene todo el Pírizo navarro. El valle de Salazar al Sur cambia algo.

Escaroz o Ezcaroz, puede considerarse el pueblo más septentrional de la zona media. Siempre sobre el río. También en el lado oriental, con dos puentes: uno que lleva a Jaurrieta y otro que hace que la carretera general pase de aquí a Ochagavia. Al lado occidental del Salazar, Escaroz comienza siendo un pueblo calle, por el Sur. Luego hay un núcleo más complejo condicionado en parte por los dos puentes. Como

en otros pueblos en el río había un molino y un batán. Escaroz ha aumentado de población. En 1972 se le dan 555 habitantes. Los tejados ya son bastante pendientes en conjunto y hay bastantes de piñón a cuatro aguas. A pesar de las reformas, pueden seguirse viendo casas de estilo góticoy con el consabido arco de entrada lateral de grandes dovelas, con la ventana amainelada encima.

El palacio de «Iturrieta» subsiste con su blasón y el IHS en la dovela central del arco de entrada. Este es el que se llama «palacio de Ezcaroz» por antonomasia y según el libro de Armería del siglo XVI «porta d'Esparça y de Oronz».



Río Salazar en Ustés.

**E**n la mañana otoñal el azul inmaculado del cielo se refleja en las quietas aguas del río Salazar, detenidas en la presa de Ustés. La presa derivaba las aguas a un viejo molino que molía trigos y piensos criados en la zona y que alimentaron a personas y animales. Hoy el molino ha desaparecido.

Al fondo, la sierra de Illón parece cerrar el paso al Salazar, que se abrirá paso, tras varios intentos, cortando su extremo, junto a Aspurz.

El río Salazar nace del maridaje de los ríos Zatoya y Anduña, en Ochagavía, al pie de la sierra de Abodi.

Como típico río pirenaico, la mayor parte de su curso es en este sentido norte-sur, pero en un valle amplio, el más luminoso, de los del nordeste navarro.

Riega Escaroz, Oronz, Esparza, Ibilcieta, Sa-riés, Güesa, Gallués, Iciz y Uscarrés del Valle de Salazar y Ustés, Navascués y Aspurz del Almira-dio de Navascués. Tras atravesar el Romanzado se une al Irati en Lumbier.

El Salazar, como otros ríos, aporta una gran riqueza biológica, en sus aguas y en su entorno inmediato, mucho más abundante que lejos de él; y cuando se habla de fauna de los ríos, todos nos acordamos de los peces, que, no obstante, son

sólo una parte muy pequeña de su fauna de vertebrados.

Sin contaminaciones apreciables en todo su recorrido —los pueblos son pequeños y no hay industrias que vierten sus residuos— las truchas, barbos, chipas, madrillas y lochas viven en armo-nia con su medio, sólo pendientes de sus enemigos naturales... y de los pescadores. En Esparza las aguas de nuestro río surten la piscifactoría que allí tiene la Diputación Foral para criar las truchas de repoblación.



Río Salazar por la foz de Arbayún.

**L**os valles encajados, profundos y relativamente estrechos labrados por la erosión lineal de los ríos en una formación geológica espesa de sedimentos permeables, generalmente calizos, se conocen en el vocabulario geomorfológico internacional con el nombre español de cañón y también con el de hoz y foz. Esta última palabra navarro-aragonesa, al igual que costumbre, sólo debiera aplicarse a las gargantas que cortan transversalmente los pliegues anticlinales calcáreos (eso son la mayoría de las focias pirenaicas), mientras que la voz cañón debiera reservarse a los valles encajados y estrechos abiertos en estructuras horizontales. La foz de Arbayún es la más espectacular y conocida de las numero-

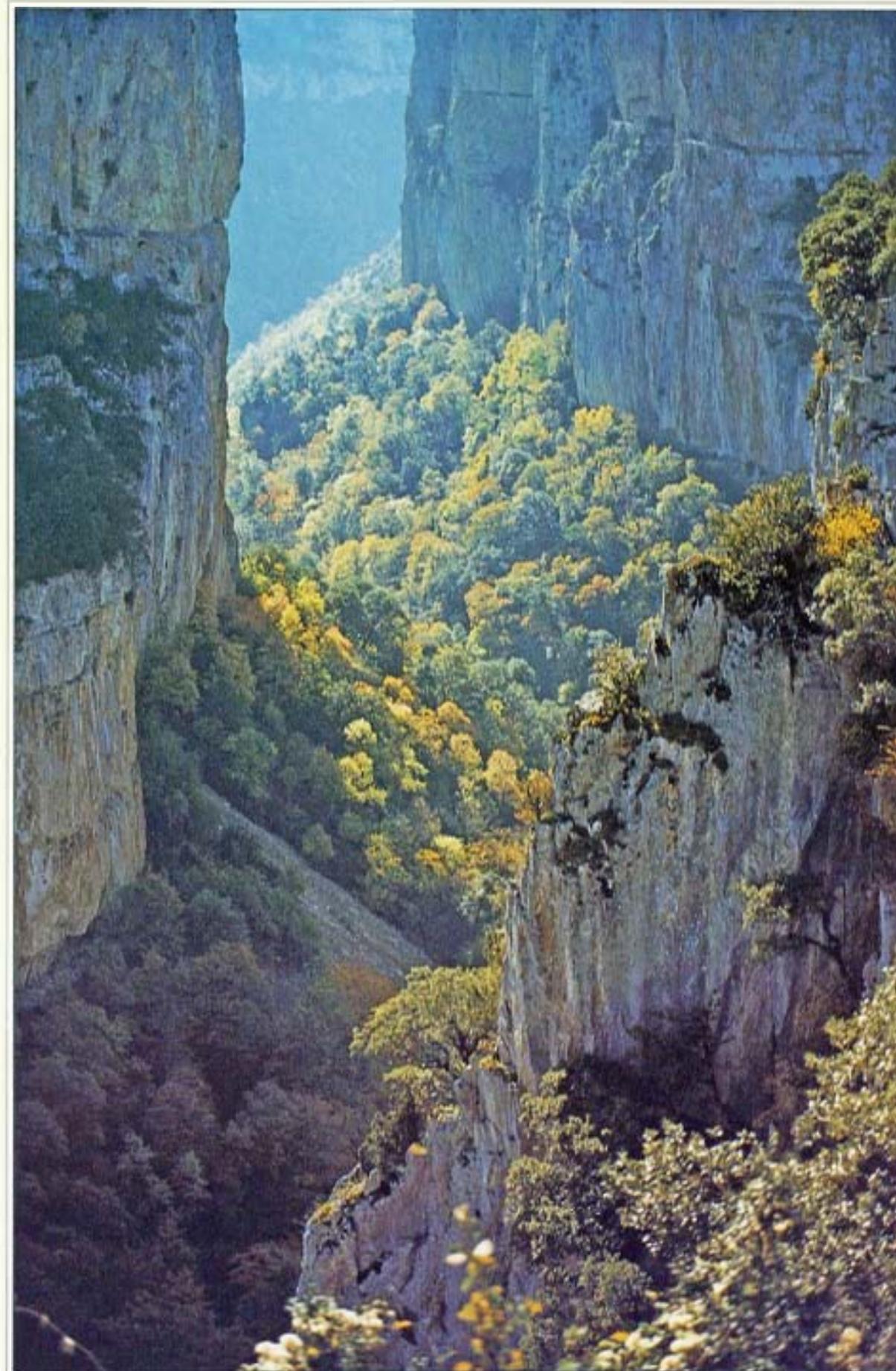
sas existentes en el Pirineo navarro. Por su fondo, sinuoso, discurre el río Salazar, aproximadamente durante unos 6 km. Desde él hasta las cumbres de los paredones verticales hay cerca de 400 m.

El problema principal que plantean las focias pirenaicas es el de su génesis, y en esta doble perspectiva: época en que se originaron y proceso o procesos erosivos que las hicieron posibles. En cuanto a lo último, sabido es que la formación de un valle epigénico, de un valle encajado en una estructura geológica formada por rocas resistentes a la erosión, se puede hacer según dos modalidades principales, sobreimposición y antecedencia. La sobreimposición o excavado vertical de la corriente de agua en el roquedo

puede, a su vez, llevarse a cabo a partir de una superficie de erosión o de una cubierta discordante de rocas blandas sobrepuerta a la estructura resistente; en ambos casos han de darse, por supuesto, las condiciones necesarias para que el río, buscando el perfil de equilibrio, ahonde verticalmente su cauce, lo que implica una potencia erosiva grande y ésta un aumento del caudal (cambio de clima) o de la velocidad de las aguas (elevación epirogénica de la cuenca hidrográfica o descenso eustático del nivel de base general). La epigénesis por antecedencia se dará si, instalado el río en un terreno, queda sometido éste a un movimiento tectónico que origina un anticinal o un horst, obligando a la corriente fluvial a encajarse mientras se forman, lentamente, dichas es-

tructuras. No parece que haya sido este último el caso de Arbayún, sino el primero. El río Salazar se vería además favorecido por las fracturas previas del roquedo (de ahí el trazado anguloso de las paredes del valle en su perfil longitudinal) y localmente también por los procesos kársticos de disolución (cavernas, galerías) subterránea. Para Barrère, que estudió los relieves maduros y colgados de la Navarra oriental, el encajamiento de los ríos Esca, Salazar, Iratí, etc. se haría a partir de una superficie de denudación finimiocénica, con el cambio climático desde las condiciones áridas que presidieron la formación de aquélla a las más lluviosas y favorables al ahondamiento vertical de los cauces que tendría lugar en el Plioceno y, sobre todo, en el Cuaternario. Por lo demás, el perfil transversal de la foz de Arbayún –subverticalidad de los tramos superiores de las vertientes e inclinación menor en las partes bajas– se debe a la diversa naturaleza litológica de los estratos aflorantes: calizas más puras en el primer caso, poco propicias a la suavización de las vertientes por erosión lateral, y calizas arenosas en el segundo, menos resistentes que las anteriores a este proceso morfogenético; además, aquéllas son más permeables que éstas.

Los botánicos –y en particular P. Montserrat en lo referente a las foces del Pirineo– insisten sobre la diversidad de ecotopos que suelen ofrecer, de acuerdo con la orientación, altura y, en definitiva, con los microclimas. Sobre todo destaca el fuerte contraste que presenta, en poco trecho, la vegetación, que dispone en unos sitios de humedad y sombra grandes y en otros de sequia, producida ésta última por el llamado efecto Venturi que origina toda corriente de aire cuando atraviesa, encajonada, un valle estrecho como son las foces. La encina suele ser el árbol dominante en estos casos; con ella conviven en Arbayún otros representantes vegetales mediterráneos (la coscoja, p. ej.) y submediterráneos (el quejigo) y, en los parajes orientados al N., frondosas caducifolias, entre ellas el haya.



Foz de Arbayún.



Jaurrieta es otro pueblo pirenaico, en el que las casas han sido cuidadas y restauradas. También se han construido algunas modernamente, para residencia estival.

En 1802 aparece con ochenta y seis casas y 514 habitantes, 510 según Altadill, con 156 edificios, de los cuales 105 quedan en un núcleo urbano muy distinto al de Ochagavía, porque aquí las casas están bastante dispersas y aisladas unas de otras.

En 1880 Jaurrieta fue destruida totalmente por un incendio, que, en gran parte se extendió porque la mayoría de los tejados de las casas eran de tablilla, como quedan todavía en algunas bordas.

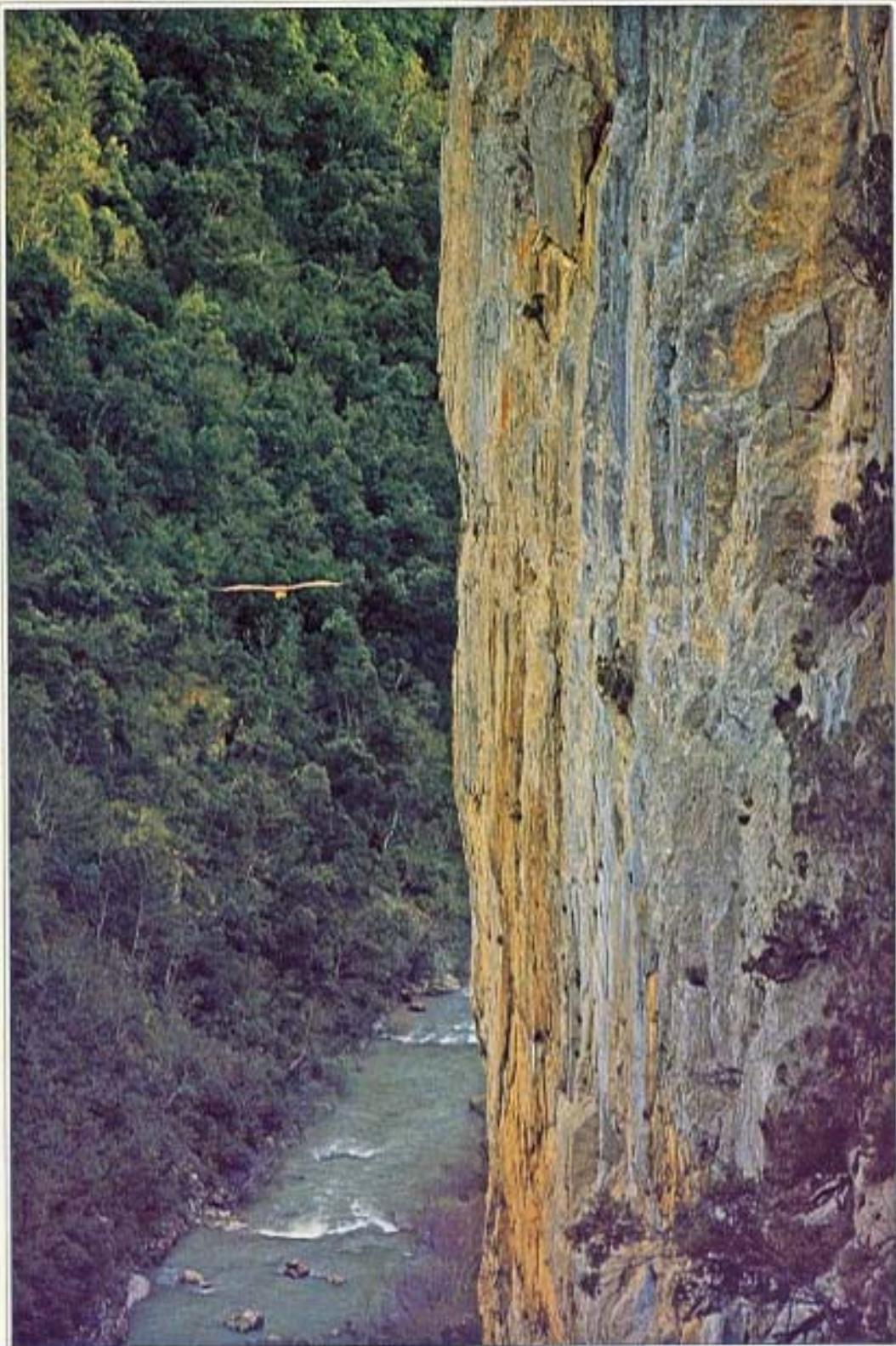
Para reconstruir el pueblo se celebró en San Sebastián un concierto en que participaron artistas navarros. Gayarre, de Roncal; Sarasate, de Pamplona; Arrieta, de Puente la Reina; Guelbenzu, de Pamplona, y Zabalza, de Irurita. También alguno de fuera, como el maestro Barbieri. Parece que desde esta época se utilizó más la teja plana.

Las casas de Jaurrieta, blancas, con el techo rojo empinado, muchas a dos aguas sólo, conservan muy poco de lo anterior.



*Jaurrieta*





Buitre en la foz de Arbayún.

**L**os casi tres metros de envergadura del buitre común quedan empequeñecidos por las vertiginosas paredes de la Foz de Arbayún, que caen a pico sobre el río Salazar, verdadero escultor de este cañón.

De las veinte especies de aves que en Navarra buscan los acantilados rocosos para instalar sus nidos, además del buitre, una quincena se concentran en Arbayún. Aguilas reales, águila perdicera, halcones, alimoches, palomas, chovas, roqueros y vencejos construyen sus nidos en las repisas o aprovechan sus grietas para allí incubar sus huevos.

Los buitres tienen aquí su mayor colonia navarra, y quizás del Pirineo, con más del medio centenar de parejas, que se elevan en los aires aprovechando las innumerables corrientes ascendentes que se forman al amparo de las revueltas y recovecos de los acantilados.

Las aves rupícolas son parte del interés ecológico de la Foz, pues su vegetación, variada y exuberante por encinales, y el resto de la fauna configuran a Arbayún como una reserva de excepcional importancia.

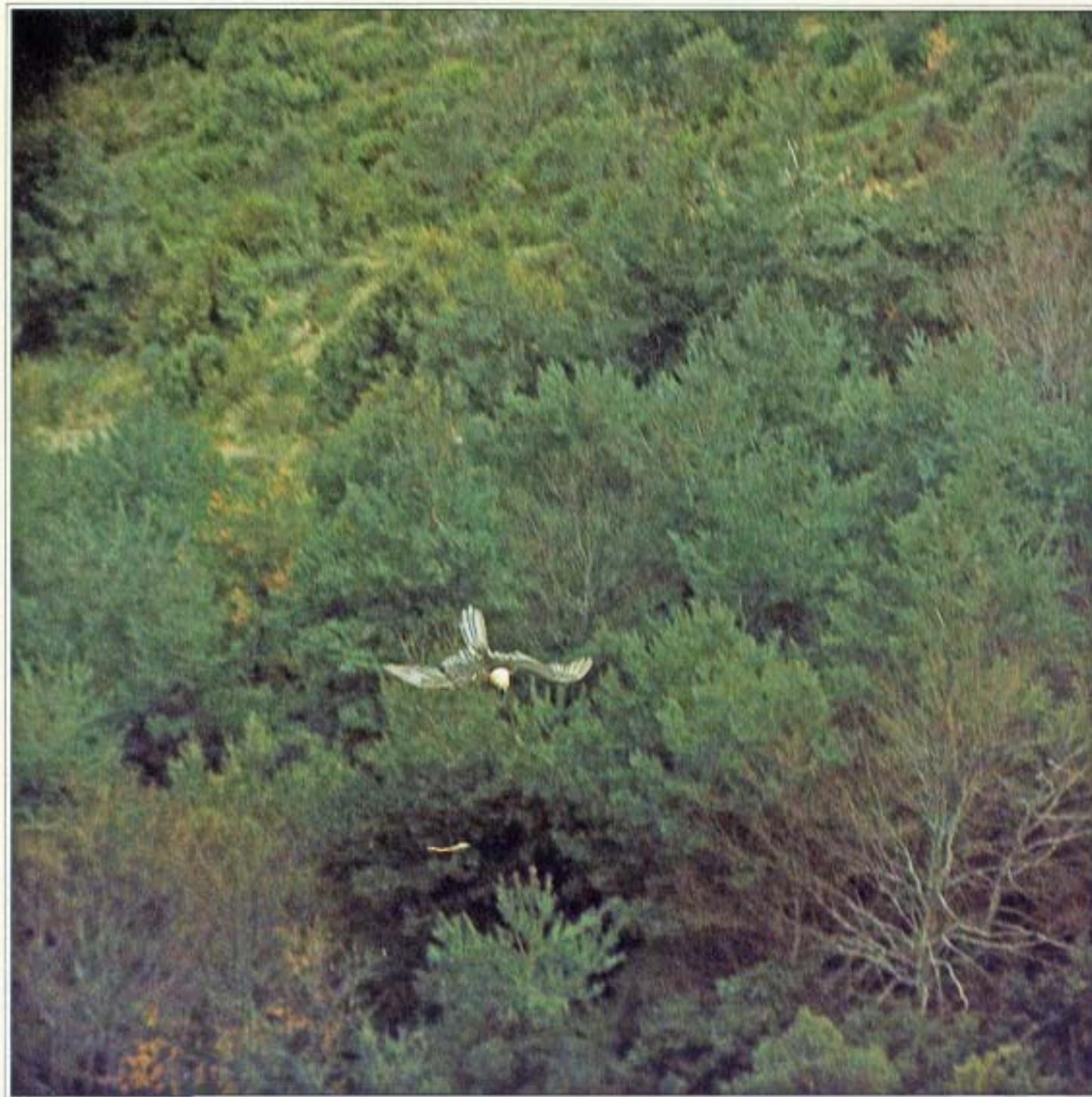
La sola calidad del paisaje sería suficiente para tomar medidas para su conservación, como ha sido la declaración de Refugio de Caza en su modalidad de Estación Biológica, desde el año 1977.

**E**n la naturaleza todas las especies cumplen una función, y se complementan, con lo que se consigue que los materiales se reciclen y la naturaleza se perpetúe.

Cuando un animal muere hay otros especialistas en aprovechar su cadáver, y de esta forma la muerte engendra vida y la naturaleza permanece.

Entre nosotros, las especies especializadas en hacer desaparecer los cadáveres del campo (cumplen el papel de policía sanitaria) son los cuervos, milanos, alimoches y buitres; pero después de su paso, quedan unos huesos desparpados. Y ahí es cuando entra en acción el quebrantahuesos, un superespecialista capaz de digerir y aprovechar los huesos abandonados tras el festín de los carroñeros.

El quebrantahuesos debe su nombre no a su facultad de alimentarse, sino a la peculiar forma de romper los huesos que no es capaz de tragar enteros. Cuando esto ocurre, coge el hueso con sus patas y se eleva volando hasta su «rompedero», en una pedrera, sobre la que lo deja caer desde suficiente altura; esto ha sido captado en la instantánea; seguidamente en rápido vuelo picado baja a comerse los fragmentos del hueso.



Quetzalahueso: acaba de sellar uno.



Puente de Burgui.



apítulo atrayente éste de la brujería, que azota muy especialmente a la Montaña de Navarra, en el siglo XVI, incluyendo el Valle de Roncal, del que forma parte Burgui, villa de unos 100 vecinos hacia 1569. Es en esta fecha, precisamente, cuando nos encontramos con un proceso de esta clase, que incluye a bastantes personas de ambos sexos. Si el brujo de Bargota nos resulta más bien legendario, el de Burgui es real y además era clérigo.

Se llamaba Pedro de Lecumberri y pasaba por una persona culta y de latines, además de estar en posesión de cualidades humanas y religiosas propias de su cargo. Pero no logró librarse de la

humillante acusación de brujo, llevándose el asunto a los tribunales seculares de Pamplona, no a la Inquisición, como podría suponerse. El vicario de Burgui nos dirá en su defensa que no era «de linaje de judío agote o moro». Incluso se trataba de un hidalgo.

Según los acusadores, los «ayuntamientos» (o aquellarre) tenían lugar en las eras, presidiéndolos el acusado Lecumberri.

En el Obispado son calificadas estas cosas como «de ilusiones e imaginaciones». Pero la cosa llegó a más. Viajes y diligencias procesales en Pamplona y Calahorra, donde radicaba el Tribunal de la Inquisición. El viaje de Roncal a Pamplona costaba entonces dos días, pasando por las

Coronas.

Hay que indicar que las enemistades y malas lenguas jugaban aquí su papel, llegándose a plantear entre los más eruditos, digamos los sacerdotes, sobre todo, la definición del auténtico brujo o bruja. Destacamos la escena culminante del reniego en vascuence, sin precedentes en Navarra y, supongo, en otros puntos de la geografía vascongada. Dice así: «*Aurrac arnega eçaquey jangueycoaz, eta andre dona Mariaz, eta saintu eta santa guçuez, eta aitz amaceta ascaci gucuez*», que en romance es: «Renegad de Dios y de Santa María y de todos los santos y santas y de los padres y parientes».



Mariano Benlliure: Mausoleo de Gayarre, en Roncal

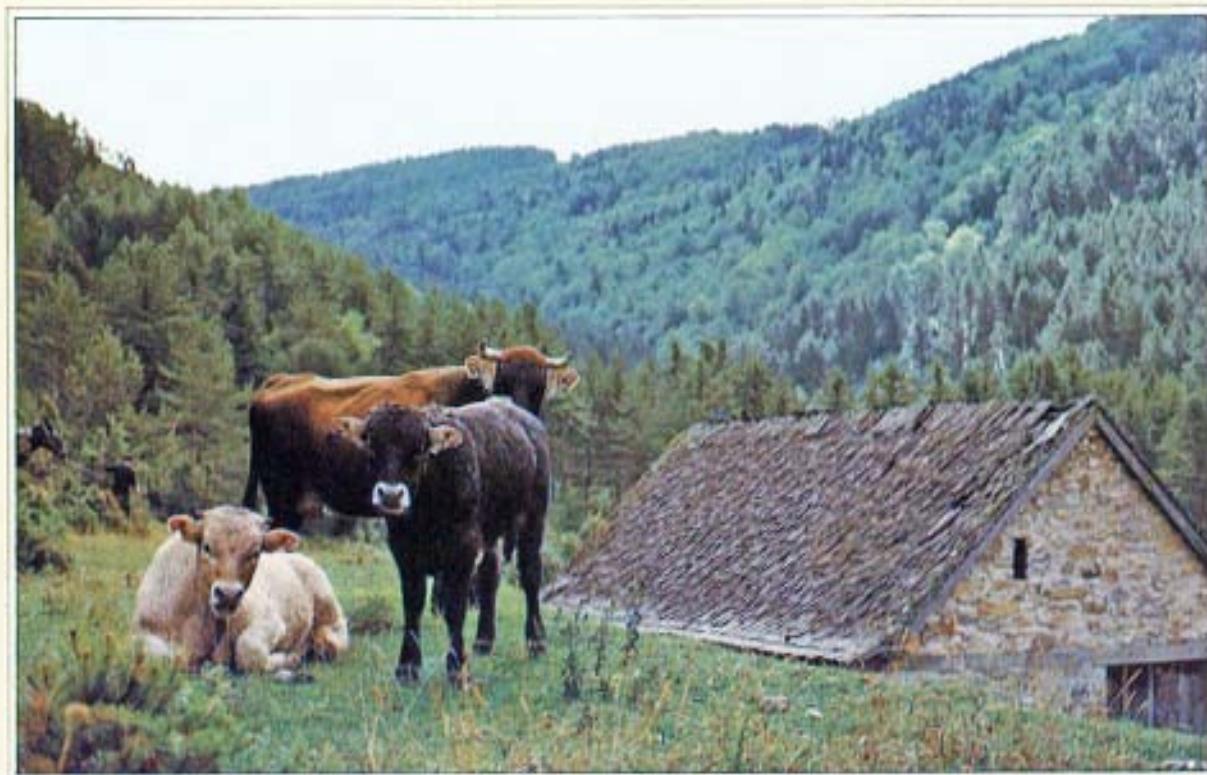
**E**n el recoleto cementerio de Roncal se hallan los restos del insigne tenor navarro Julián Gayarre, para cuya sepultura su propia familia encargó la erección de un mausoleo al eminente escultor valenciano Mariano Benlliure. Proyectado en 1890, fue imaginado por el artista como una poética creación plástica de los sentimientos provocados por la desaparición del cantor incomparable, para ser ejecutada en bronce y mármol blanco. Sobre una base formada por algunos escalones descansa un zócalo cuadrangular, contra el cual se apoya la inconsolable representación de La Música, llena de abatimiento, con su laúd entre las manos. El sarcófago presenta bajorrelieves de geniecillos que cantan las óperas que constituyan el reper-

torio del artista sin rival y ostenta en cada una de las esquinas otras cuatro figuras que representan —en alrorrelieve— las óperas preferidas del tenor roncalés. Sobre la losa que cierra el arca de mármol, La Armonía y La Melodía elevan un riquísimo ataúd de bronce, sobre el que se cierne el genio de La Fama, inclinado en tal postura, que parece escuchar la extinguida voz del llorado artista. El resultado es de tal habilidad técnica, que puede asegurarse, sin riesgo alguno, constituye una de las más depuradas obras de Benlliure, fruto de la ritmica combinación de esculturas en bulto redondo y relieves detallistas, cada uno de los cuales podría ser por separado una obra completa. La anatomía de las figuras revela un conocimiento hondo del arte griego clásico. Los ropajes, el movimiento

de los cuerpos y la composición, eminentemente espacial, se toman con tal naturalismo y exuberancia, que más parece pictórica que escultórica, dada la maestría con que Benlliure somete la materia entre sus manos.



Casas de Ixaba. (Apunte J. C. Baroja).



Borda en Maze.

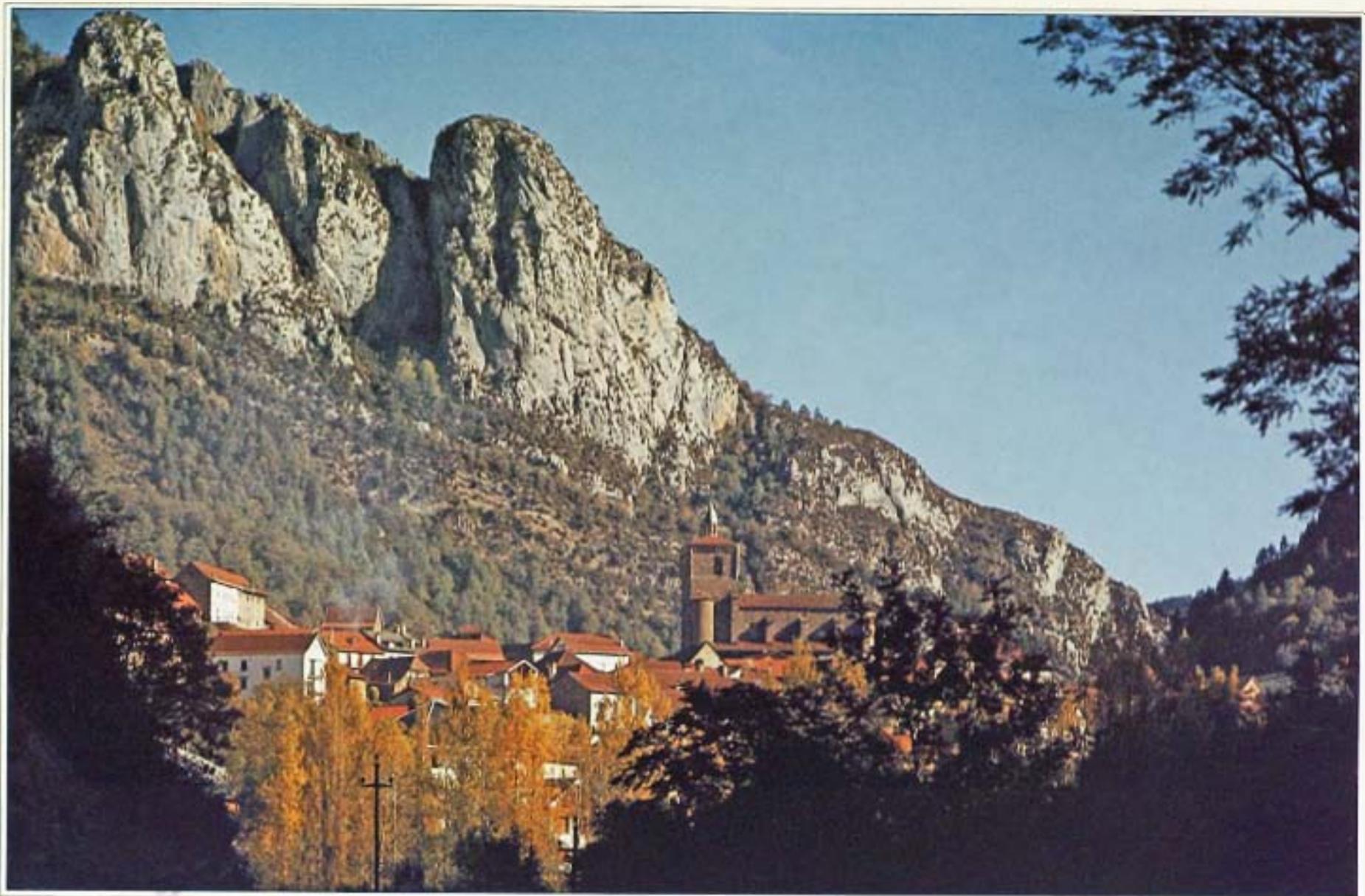
E

I Roncal es el valle más oriental del Pirineo navarro. Sus vecinos gozaron de grandes privilegios desde antiguo y hablaban un dialecto vasco muy particularmente diferenciado. Las últimas personas que lo dominaron murieron en la década del 60 al 70. Pero se conservan trajes y costumbres y las casas tienen un sello propio.

Las de un aspecto más llamativo son las que tienen tejados muy empinados, enormes chimeneas redondas, con su tejadillo propio y aberturas laterales, arcos de entrada góticos o de medio punto y paredes de piedra sin pintar.

E

I barranco de Maze, vecino por el Sur al valle de Belagua, es más modesto, menos amplio y espectacular que aquél, pero, quizás por ello mismo, con un singular encanto de recogido paraje forestal. Desde él se puede iniciar una atractiva caminata que, a través del collado de la Contienda, nos lleva hasta el aragonés valle de Zuriza. También se puede seguir hacia el Norte, por la abrupta ladera oriental de Txamantxoia, para llegar hasta el incomparable Aztaparreta. Si caminamos directamente hacia el Sur tendremos que atravesar los altos de Garbisa, bellos y amables, con espléndidas vistas sobre Belabarce, Ezkaurre y las cumbres, casi siempre nevadas, del Pirineo aragonés. Todos ellos son paseos que, para el observador sensible, reservan siempre sorpresas paisajísticas, botánicas y, si hay suerte y se camina con la debida precaución, incluso faunísticas. En cualquier caso, imágenes como la que aquí vemos son hoy, todavía, relativamente fáciles de encontrar. Y decimos «relativamente» porque la borda de esta fotografía –obtenida apenas hace diez años–, dejó ya de existir. Como por desgracia desaparecen también las cubiertas de laja de madera, como ésta, sustituidas por materiales tal vez más prácticos, pero, sin duda, menos bellos.



Isaba.



saba es hoy la población más próspera del valle del Roncal y en ella las bellezas naturales se unen a lo original de la arquitectura.

Puede afirmarse que desde tiempos muy remotos la villa de Isaba es el núcleo mayor en el conjunto de villas roncalesas. Situada sobre el Esca al lado oriental y sobre un bucle que hace el río, su situación es típica, como conjunto urbano en que se combinan puentes, templo y castillo antiguo para dar razón de un asentamiento defensivo, en el que el castillo ha perdido toda significación, cuando en otra época debía ser el elemento más importante casi. Los términos de Isaba son dilatados y la villa está en el extremo Sudoeste de ellos. Su silueta más definida es la que se obtiene desde el Sudoeste.

La historia de Isaba, tanto desde el punto de vista demográfico como desde el arquitectónico, ha sido movida.

Sabemos que en 1427 fue destruida por un incendio y que el rey perdonó a sus vecinos de un tributo por «cuarteles», considerando la desgracia. También que en diciembre de 1429 se habían levantado cuarenta casas y que se tenía preparada «fusta» para otras cuarenta.





Almadíos por el río Esca.

**E**l tema de las almadías es, ante todo, económico, pero tiene también su lado poético. Económico en cuanto que hasta hace no muchos años el tráfico fluvial de la madera del Pirineo aragonés o navarro suponía una fuente de ingresos. Poético también, recordando yo mismo la impresión que me causó la primera almadía que vi desde el puente de Yesa, hoy arruinado. Después, al leer la novela de Félix Uribayen, *La última cigüeña*, viví de nuevo las viejas emociones.

Me viene a la memoria aquella jota que Uribayen pone en boca de los almadieros roncaleses, en su periplo por el Aragón: «Para vinos, Navarra; para praderas, Baztán; para olivares, Tudela; para almadieros, Roncal».

Pero hagamos un poco de historia. Nos situamos en 1515, cuando por Sangüesa pasaban unas 150 almadías anuales, con un valor de unos 10.000 ducados. Los peores enemigos de los sufridos almadieros eran, por una parte, los dos grandes magnates de Navarra, el Condestable y el Mariscal; y por la otra, los señores de varias fortalezas a orillas del Aragón, que cobraban el *Derecho de Castillaje*. También lo exigían poblaciones como Olite, Lodosa, Carcastillo, Murillo, etc.

El tráfico aumenta en el siglo XVIII, que puede considerarse la época de oro de la almadía. Se produce la explotación en grande de los bosques roncaleses en una época de gran empuje de la economía nacional, sobre todo en los reinados de Fernando VI y Carlos III. Ministros como Ensenada y Floridablanca o Aranda impulsan el desarrollo de la Marina y de la economía en general.

Los excelentes bosques del Pirineo se ven favorecidos también por la construcción del Canal Imperial. Si en 1766 el movimiento almadiero no pasa de 6.000 maderos, en 1744, se alcanzan los 25.000, según la contabilidad de dicho Canal. Destacamos la figura del alcalde Pedro Vicente

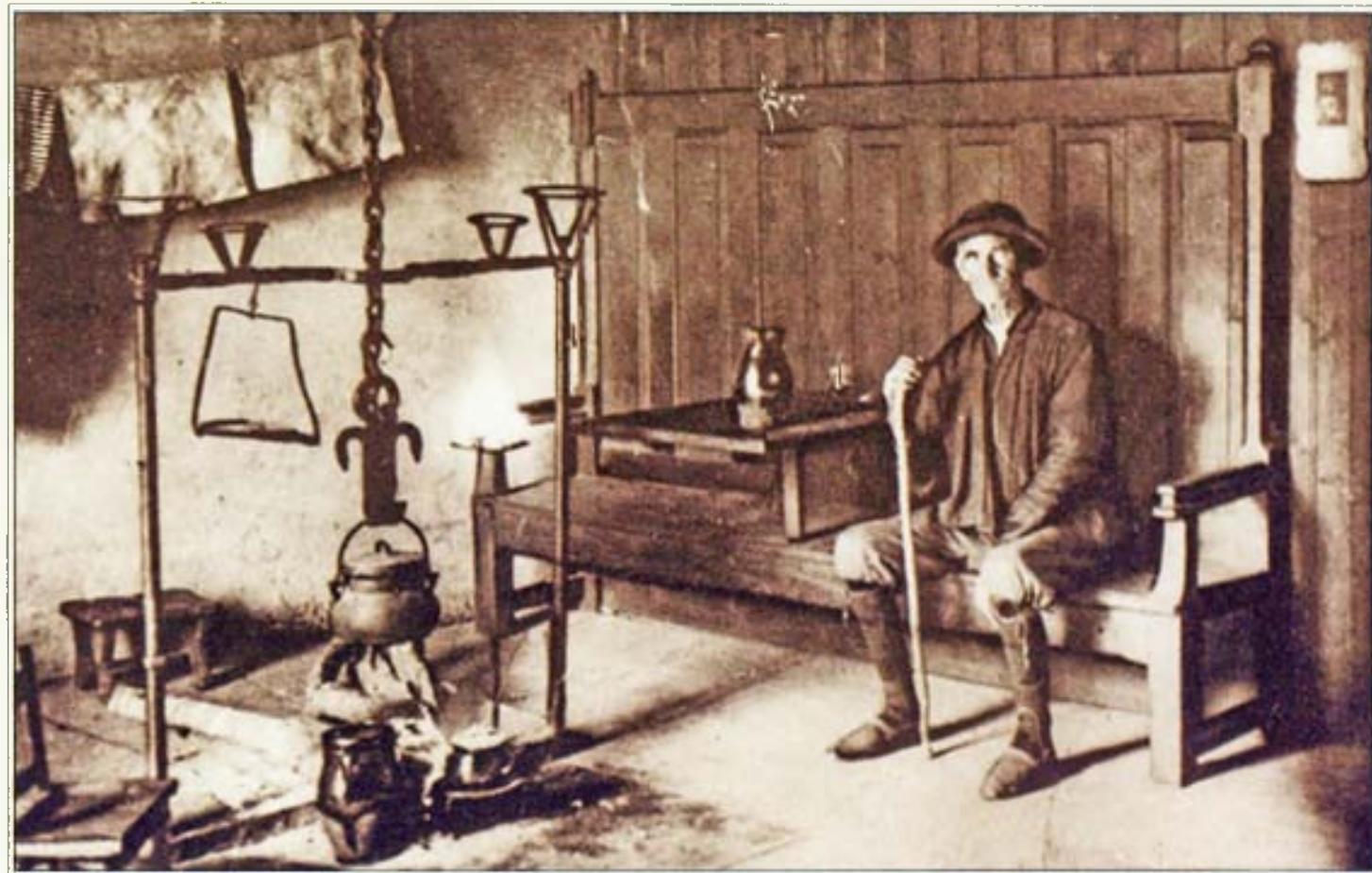
Gambra, gran promotor de la riqueza forestal y almadiera de la época.

La explotación del Pirineo roncalés se amplia con la del Bosque del Irati, aprovechándose el río Irati para el transporte, como ocurre con el Esca en Roncal. Hasta entonces, ansotanos y chesos (de Hecho), monopolizaban prácticamente el mercado almadiero; ahora intervienen los traficantes navarros, con el impulso dado a las obras públicas. Los bosques de pinos y abetos del Pirineo navarro, apenas explotado, son objeto de la atención de las alturas ministeriales, contribuyendo mucho al desarrollo del Canal Imperial, como ya hemos dicho.

Dato curioso es el que nos facilita la Casa Ducal de Granada de Ega, a la vez condesa de Javier. En 1754, cobró los derechos correspondientes a 4.500 maderos, vendidos al mencionado Gambra, a su paso por la patria de San Francisco Javier. En 1788 se sacaron 4.000 maderos con destino al Canal Imperial, ya citado, interviniendo en la operación el mencionado Gambra. Da la impresión de que los roncaleses han desplazado un poco a los aragoneses del Valle de Hecho. En 1786 nos encontramos una contrata en la que interviene Domingo Sarasibar, de Oricain, para sacar 2.000 tablones de haya, que debían salir por el Arga, ignorando nosotros si se hicieron almadías o si fueron sueltas.

En 1787 se produce una gran riada que provoca el desbordamiento del Esca y la inundación de Sangüesa, y destruye, por supuesto, todas las instalaciones almadieras que controlaba el mencionado Gambra, cuando tenía preparadas 2.000 maderas en el barranco de Urralegui; toda su obra quedaba destruida. Con esto tenemos una impresión bastante exacta de la situación.

Las Cortes de 1817 se ocupan del problema almadiero, en relación con el libre paso de los ríos, y califican de «gabelas odiosas» las que pesaban sobre los almadieros.



*Hogar roncales.*

L

a cocina roncalesa cumple dos funciones, las propiamente culinarias y ser el punto de reunión de la familia para la vida en común. Los elementos, sencillos pero necesarios, que encontramos en ella, según los documentos de época, son los siguientes:

En primer lugar, los que sirven para cocinar, como los tederos, caballete, parrillas, trasollas, tenazas, badil, asadores, canarizo, cobertores de ollas, todos de hierro, por estar destinados a acercarse al fuego.

La vajilla se componía principalmente de sartenes, cazos, cujares, aceiteras, calderas de cobre, jarras de estaoño y de Talavera, platos (ordinarios y de Talavera), escudillas (de barro y de Talavera), saleros, fuentes de barro, candelero de

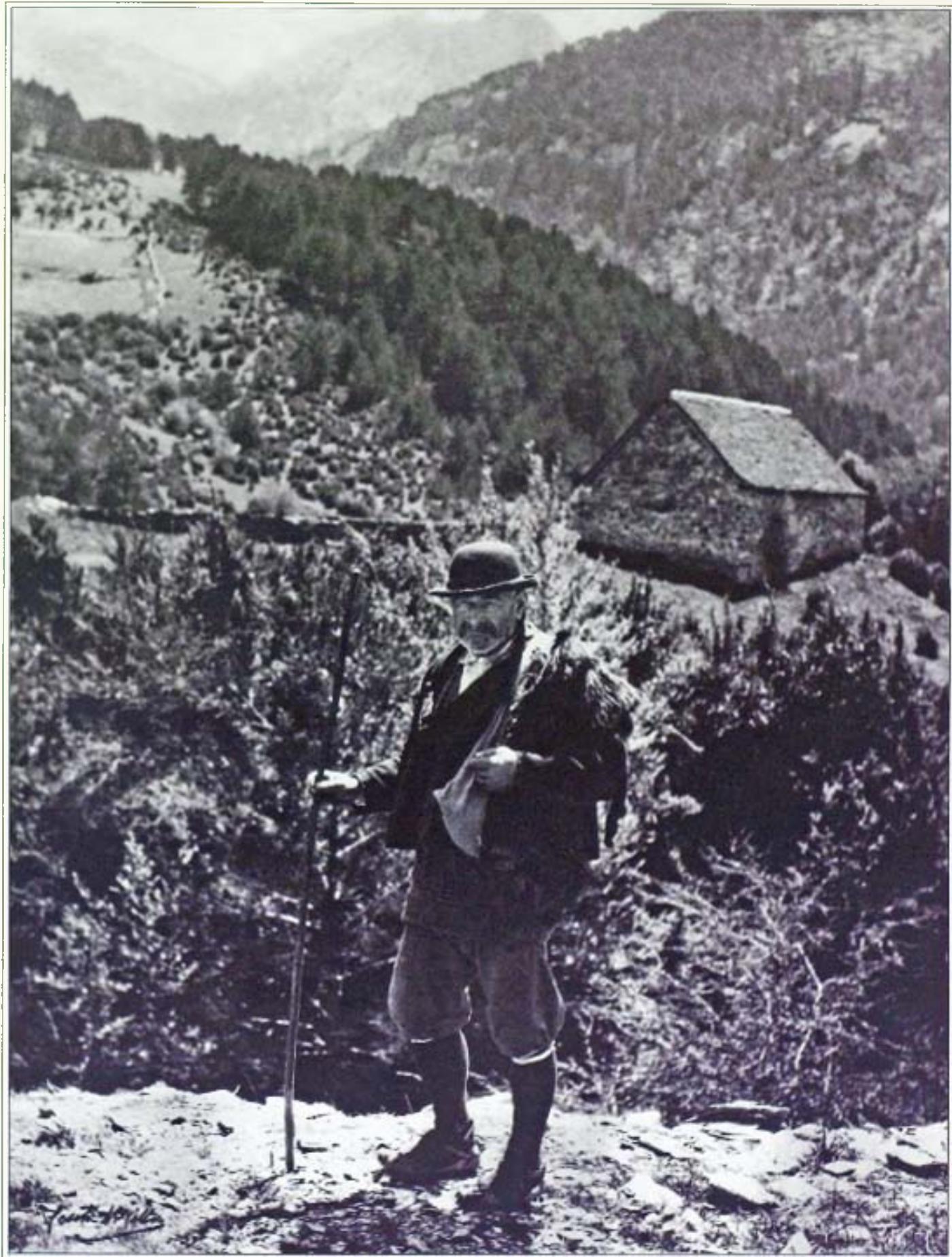
latón, almirez de bronce, chocolateras de barro con su morenillo, vasos de vidrio y de cristal, vinajeras, redoma, botellas.

Por otro lado, tenemos los juegos de manteleteria, que en este caso se compone de 16 servilletas finas, 8 de labor de «ojo de perdiz» y 8 de labor que «viene a ser de enladrillado»; 12 servilletas trabajadas a modo de terilz; 2 manteles, uno de 3 varas de largura y 3 cuartas de anchura, con labor de enladrillado; y el otro de labor de grano de ordio; así como 2 paños para la masandería.

La parte noble del ajuar de cocina lo componían cinco cucharas de plata, «de echura antigua, con mango redondo»; y un tenedor, también de plata, «de echura moderna, a modo de pico de martillo».

Los muebles eran sencillos, habitualmente de

pino, muy abundante en esa tierra, y de nogal en ocasiones. Lo imprescindible era una alacena, «para el servicio de la cocina», que contenía la vajilla, generalmente; y un banco con respaldo, que se acercaba a la mesa. También había varias sillas y banquetas repartidas por la cocina.

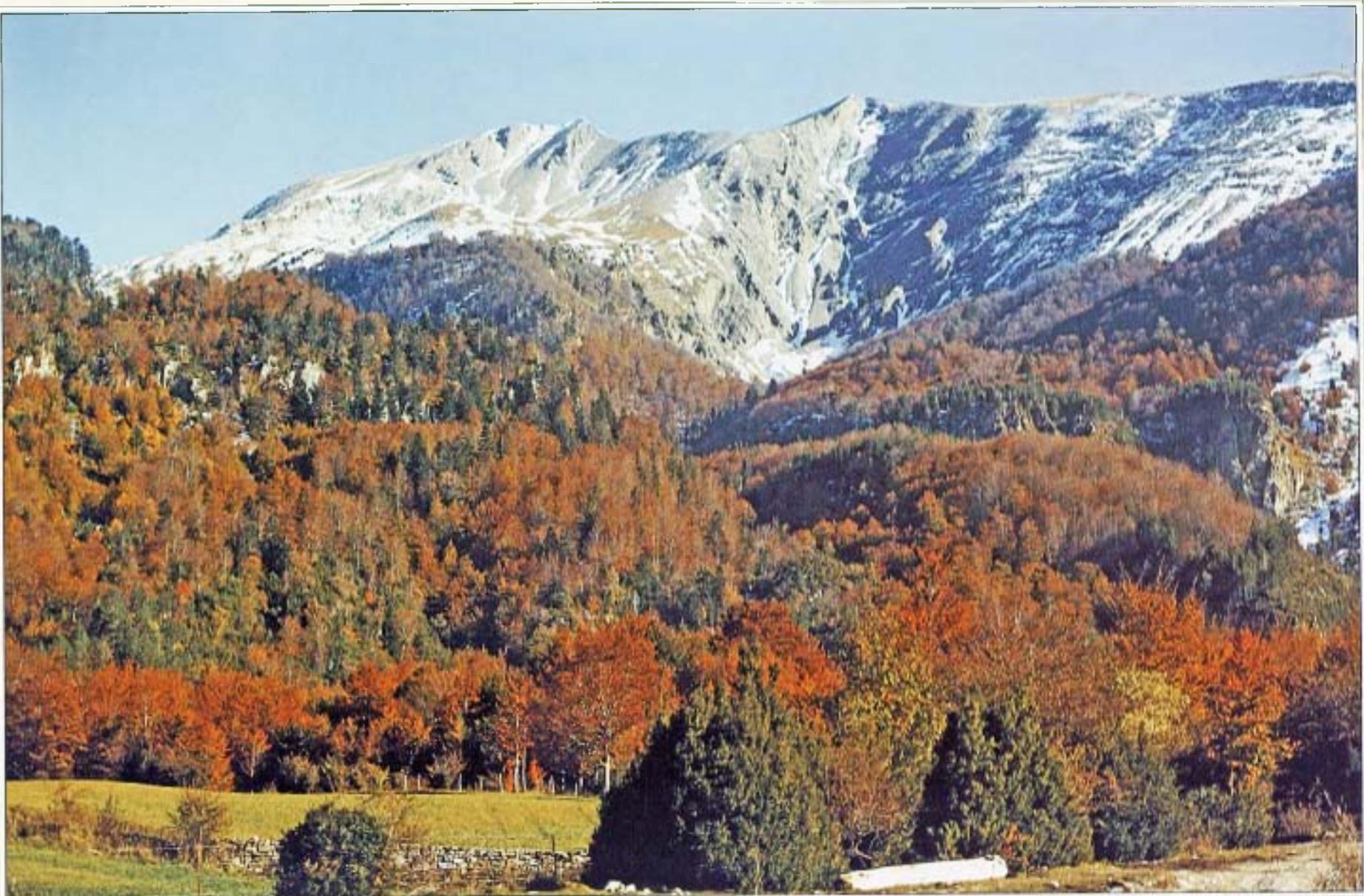


Roncales.





*Valle de Belagua.*



*Rincón de Belagua*

**S**eguramente sea Belagua el topónimo navarro más utilizado, aireado, e incluso manipulado, en los últimos quince años. Pero este pequeño y hermoso valle merece ser apreciado en todo su atractivo por encima de elucubraciones más o menos coyunturales.

En la gran panorámica de la página anterior se puede contemplar, casi en su totalidad, el lecho de ese antiguo glaciar en cuya parte más alta verdean hoy cultivos y praderas. Enfrente, la masa redondeada del Txamantxoia que el hayedo cubre hasta las zonas peladas de los Pacos de Tamborín. Todas estas fotografías, tomadas en el otoño de los primeros días de noviembre, muestran la enorme riqueza de colores, quizás tan sólo comparable a los verdes jugosísimos que, en primavera, remontan la montaña dejando ver como

en ninguna otra estación el salpicado oscuro de los abetos y los pinos rojos.

En el Rincón, bajo los 2.500 metros de Lapakiza, que empieza ya a cubrirse con la nieve que no habrá de abandonarle en todo el invierno, el bosque se hace todavía más espeso y rico, para constituir, subiendo hacia el collado de Aztaparreta, la muestra más importante y mejor desarrollada de Europa Occidental de vegetación intacta de bosque mixto de hayas y abetos.

Aztaparreta, con un interés faunístico también extraordinario, constituye una joya naturalística de la que debemos ser conscientes y por tanto proteger. Para así proteger, también, por ejemplo, al urogallo, a la perdiz nival, al pito negro, al pico dorsiblanco y, por supuesto, al oso. Ese mamífero legendario —“solitario y divagante, nocturno y crepuscular”— cuya pervivencia es tan problemá-

tica. Vale la pena pensar en que alguno de los apenas quince o dieciséis ejemplares que actualmente sobreviven en el Pirineo se refugian precisamente en estos parajes, por donde merodean al despertar de su letargo invernal.

Pero además es que también la flora, en su singularísimo estado actual, es casi tan delicada de conservar como esa fauna que alberga.

Por eso, salvado ya Belagua —y esperemos que para siempre—, del hormigón de urbanizaciones inadecuadas y utópicas, debería cuanto antes comenzar la declaración de «zonas protegidas» a tantos lugares de Navarra que lo necesitan y la de «reserva integral» a las que, como Aztaparreta, tienen méritos más que suficientes para llegar a serlo.



*Entrada al Valle de Belagua.*

**D**esde Juan Pito o desde Yeguaceros, la vista hacia el sur ofrece un sugestivo aspecto de cabeza de valle fértil, salpicado de bordas y con tupidos bosques de pinos que descienden hasta el llano.

A lo lejos, las montañas se aproximan formando una garganta que constituye la verdadera entrada a Belagua: «las Ateas». Al Este se inicián los grises roquedos de Ezkaurre y al Oeste las cimas de Ikalterrea y Mintxaterrea; más al fondo, sobre el no visible Isaba, Ardidigainea. En primer término y a la izquierda, la falda oriental de Txamantxoia accede suavemente al fondo del valle sobre el llamado «Juncal». También en primer término y a la derecha, Arrako. Serpenteando el cauce seco de un río, el Belagua, futuro Escaque, apenas un poco más adelante, donde dejan

de verdear los prados, tiene ya agua suficiente para poder ser represado. Precisamente con el agua de esa presa, hoy ya desparecida, se daba el primer impulso a las almadias que se formaban en Zeteguieta, algo más al Sur, y que, conducidas por roncaleses, llegaban a Zaragoza e incluso a Tortosa.

Pero este cauce prácticamente seco en un valle pirenaico rodeado de montañas nevadas y abundante pluviometría precisa una explicación. La encontramos apenas 400 metros más arriba, en el interior del karst calcáreo de Larra que, como una inmensa esponja traga más de 2.500 mm. de precipitación anual. Estos millones de metros cúbicos discurren después por las grandes cavidades de sus ríos subterráneos para surgir, todos ellos y para nuestra desgracia, en la vecina Francia.

La mayor parte de la masa forestal visible, excepto las pequeñas manchas rojas de hayedos, es de pino albar. Anteriormente hubo abundancia de abetos de altos y rectos troncos que se derribaron sistemáticamente para ser utilizados como mástiles para la armada, obras públicas como el Canal Imperial, e incluso, en el siglo XVIII, para alimentar el fuego de las ferrerías. Estas talas colectivas, sumadas a incendios fortuitos, acabaron con él. Aunque, a la larga, el abeto, más alto y robusto que los demás, de nuevo posiblemente prevalezca.

De momento hoy, deben preocuparnos más los destrozos que producen en el sotobosque los modernos tractores de oruga, tal vez más eficaces que los viejos sistemas de cables y tracción animal, pero mucho más destructores.



*El Tributo de las tres vacas en la sillería de Isaba.*

radicionalmente, los habitantes de Barretous, en Bearn, venían pagando a los roncaleses el Tributo de las Tres Vacas, en virtud del pacto hecho en Ansó en 1375, por los pastos de la zona fronteriza que afectaba a ambos valles.

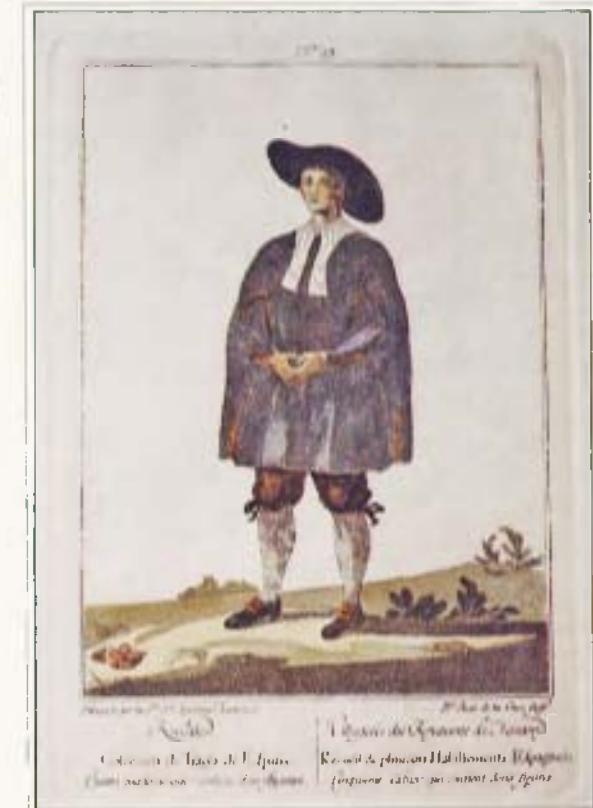
Reunidos en la Peña de San Martín, en la fecha tradicional (13 de julio), los representantes de los valles, el alcalde de Isaba pronunció las palabras acostumbradas, recordando a los baretoneses su obligación. Dispuestos estos a ello, se hincaron las lanzas en cruz. «cuanto duraba el yerro»; las manos de los presentes se posaron una vez más en la histórica piedra y fueron pronunciadas las palabras rituales: «Paz avant, paz avant, paz avant» (Paz en adelante). Los roncaleses echaron la soga al cuello de la primera de las vacas, presentadas por los baretoneses, pasándola a su campo. Pero las otras dos fueron rechazadas por tener más de dos años de edad, al parecer, aparte de otros defectos.

Los ánimos se excitaron y cada cual se fue a

su casa sin resolverse nada. Las conversaciones fueron largas y difíciles. Al fin, las cosas se arreglan en 1615, poniéndose los baretoneses al corriente en el pago del Tributo.

En 1628, surgen nuevas diferencias e interrupciones del Tributo, hasta 1642. Los de Uztárrroz se tomaron la justicia por su mano y apresaron un millar de cabezas de los baretoneses. En 1635, en plena guerra con Francia, se prepara una operación, encabezada por el alcalde de Isaba, apresando más de 4.000 cabezas de ganado francés. La represalia se produjo el día de San Lorenzo por parte de los baretoneses, que se llevaron 5.000 ovejas y dejaron casi desnudos a los pastores, sin monteras, capas, abarcas, medidas de aguja, calderas ni quesos.

Vuelven a repetirse estas expediciones en 1738, por una y otra parte, llegándose al fin a la concordia de 1742, que restablecía los pactos de 1375. Los roncaleses pagaron 11.000 francos por el rescate de la última presa y dejaron como rehén a Domingo Ederra.



asta mediados del siglo XVIII, los roncaleses conservaron cuidadosamente su antigua indumentaria: el típico traje que, según la tradición, les había concedido o confirmado un rey de Navarra allá por el siglo IX, tras la victoria de Olast contra los moros, mandados por su caudillo Abderramán, al que una mujer de la tierra cortó la cabeza. Ellos usaban el clásico capote y valona; las mujeres, «el honesto hornato de lienzo engomado sobre el tocado y su delantal del país», según un documento bastante antiguo.

Pero las cosas empezaban a cambiar, por obra y gracia de las sucesoras de aquella heroína, que tan alto dejara el honor roncalés. El modernismo se abría paso en esta época y hacia 1750 se produce una especie de rebelión entre las mujeres, sobre el uso o no de la mantilla en la iglesia, que dio lugar a un original pleito ante los tribunales. Las nuevas modas se iban imponiendo y copiamos del proceso, «del uso de la mantilla han pasado al de echar basquiñas de distinto traje».

La rebeldía mujeril llegó al extremo de no acudir a la iglesia en muchos casos por cabezonada, como diríamos hoy, por «no sujetarse el tocado a la cabeza», como era preceptivo en las ordenanzas.

Urzainqui y Roncal defendían a ultranza la subsistencia de la secular indumentaria; Vidángoz, Uztárrroz y Garde suavizan su actitud. Pedro Vicente Gamba, el alcalde, y sus parciales no querían tomar partido, lo mismo que la villa de Burgui, para evitar lios.



*Las Ateas de Belagua*



tea en euskera quiere decir puerta y con el nombre de ateas se conocen algunos portillos o desfiladeros de montaña, que como puertas abren (o cierran) el paso a valles remotos.

Así son las Ateas de Mintxate, o éstas de Belagua que separan el paisaje habitado con el cercano caserío de Isaba, del paisaje agreste de selvas y pastos con típicas bordas de Belabarce, Maze y Belagua.

Las Ateas de Belagua están formadas por farallones calizos que vienen de Ezcaurre y se continúan por Ardidibigainea, cortados trasversalmente por la fuerza erosiva del río Belagua.

Uno de los efectos de estos desfiladeros es provocar la aceleración de los vientos, con efecto desecante sobre el ambiente. En las Ateas casi

siempre corre viento.

Este ambiente desecante se traduce en la vegetación, de carácter más xerófilo aquí que en los alrededores; pero como las Ateas no son pasillos uniformes sino con revueltas y recovecos, los ambientes creados son diversos y la vegetación también.

El otoño tiene la virtud de revelar este abigarramiento de la vegetación en la que se entremezclan pinos, abetos, hayas, quejigos, avellanos, bojes y tilos, al pie de los grises acantilados. Los siempre verdes pinos y pinabietes destacan sobre los dorados robles y las rojizas hayas.

Es la época en que las truchas inician su período anual, remontando los ríos y regatas hasta sus fuentes, para su reproducción.

En los acantilados de las Ateas han sentado

sus reales una colonia de buitres que como vigías en su puesto otean incansables el horizonte. Ya no pasan a sus pies los grandes rebaños de ovejas, que al final del verano partían en obligada migración hacia tierras bardeneras o riberas. Pero si hoguero no hay tantos rebaños como antaño, todavía quedan algunos. Algunos incluso siguen trashumando a pie; los más lo hacen en prosaicos camiones.

Las Ateas siguen siendo un magnífico observatorio para contemplar el tráfico de hombres y animales y los buitres sabrán en todo momento si han subido los rebaños de ovejas o las vacas han dejado sus establos y subido al monte, o si la gran afluencia de montañeros hará imposible su estancia en la montaña.



Belabarce.

E

l más conocido de los valles secundarios comprendidos dentro del territorio que abarca la comunidad del histórico valle de Roncal es, sin duda, Belagua, y después, Belabarce, representado en la fotografía que comentamos. Se trata de un valle longitudinal, esto es, que tiene una dirección paralela a la de los grandes accidentes estructurales del Pirineo, aproximadamente O-E; el valle ha sido excavado por el barranco o río de Belabarce a lo largo del eje de un anticlinal, de suerte que llegan a aflorar las margas del Cretácico superior entre la masa del flysch eocénico. El flysch es la formación sedimentaria y litológica más frecuente y representativa del Prepirineo navarro y las formas suaves que la erosión modeló sobre él contrastan frecuentemente con la energía y el vigor de los perfiles que ofrecen, por ejemplo, las calizas mesozóicas y eocénicas que forman las sierras interiores y exteriores del Pirineo; las que se ven en la fotografía corresponden a las estribaciones de los Alanos, Txipeta y Quim-

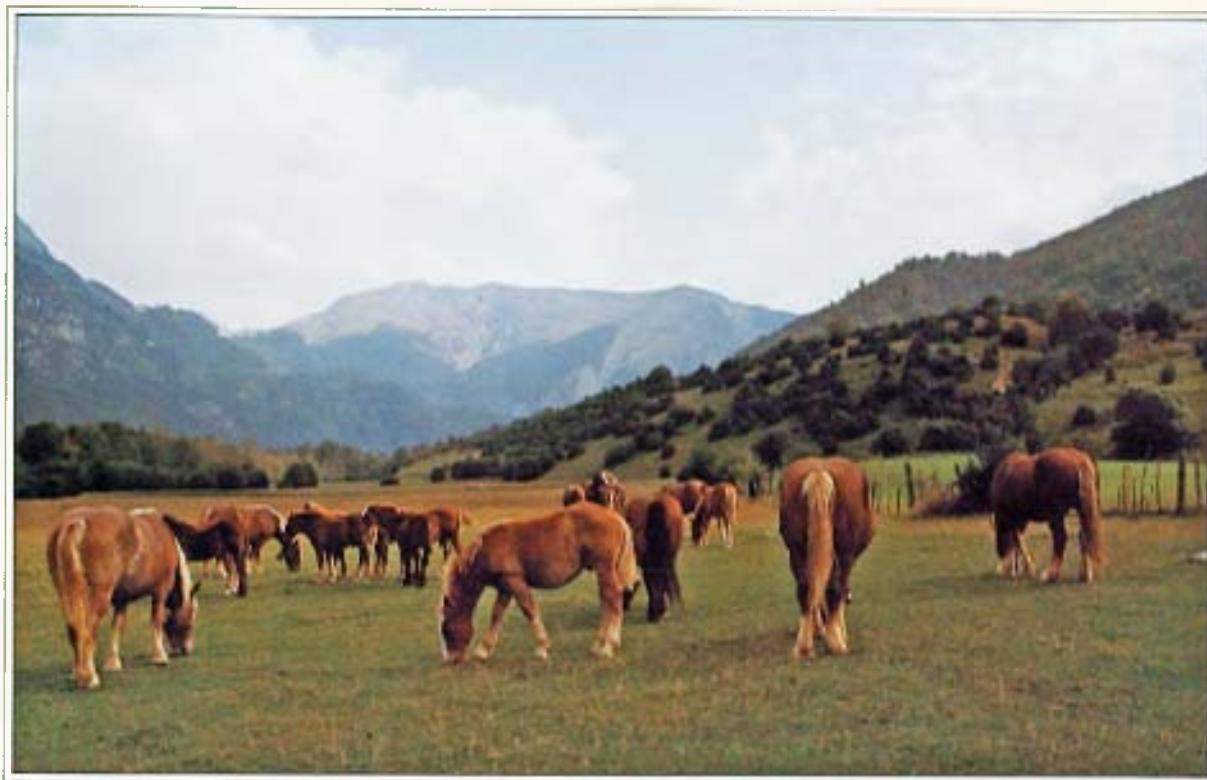
boa Alto. El contraste de tales montañas con las del Pirineo más occidental, de cumbres suaves, es conocido, pero no por eso debe ser silenciado.

Belabarce y Belagua son valles de tipo alpino o subalpino, por las formas de relieve y el escalonamiento bioclimático que en ellos se da. En el tramo más occidental de Belabarce se aprecia una clara asimetría bioclimática entre la vertiente meridional (umbría), cubierta principalmente por hayales, y la septentrional (solana), ocupada sobre todo por bosques de pino silvestre; en la más oriental este último árbol, que es el más representativo de los valles de Salazar y Roncal, acaba por ser predominante. El pino silvestre, pino albar o pino royo (*Pinus sylvestris L.*), con su tronco erguido y de color asalmonado, tiene una notable amplitud ecológica: crece sobre toda clase de terrenos y suelos y en una amplia gama de climas, si bien rehúye los parajes brumosos y lluviosos, ya que es un árbol claramente heliófilo que prefiere los ambientes secos. Su área de expansión llega por el O. hasta el meridiano de Pamplona.

**E**l caballo «burguetano» tiene su origen en el cruzamiento de la yegua del país —Jaca Navarra—, pequeña y rústica, con sementales Bretones, dejando el mestizaje de esta descendencia una población de mayor tamaño que la jaca y con características morfológicas definidas. Su ficha racial es: cabeza de perfil subcóncafo, cruz prominente, dorso y lomos anchos, grupa algo derribada, tórax profundo, extremidades bien aplomadas y de suelos anchos. Capas castaña, alazana u overa, proporciones brevilíneas, subhipermétrico y aptitud para el tiro semi-pesado.

Mecanizada la agricultura, la utilidad de esta raza queda reducida a la producción de carne y de sementales, solicitados dentro y fuera de Navarra. Hoy se mantiene estabilizado su reducido censo, porque su explotación es económica; vida ambiental en las duras estribaciones de nuestro Pirineo, excepto cuando la nieve «aprieta», gastos mínimos de alimentación en pesebre y excelente nivel sanitario.

Las principales yeguadas se encuentran en Legasa, Arrieta, Villanueva de Arce, Espinal, Burguete, Garralda, Uztárroz e Isaba. Las dos razas —vacuno Pirenaico y caballar Burguete— que dominan la ganadería de esta zona forman, con su entorno agrícola y social, una unidad tradicional que debemos respetar, comprender y mejorar.

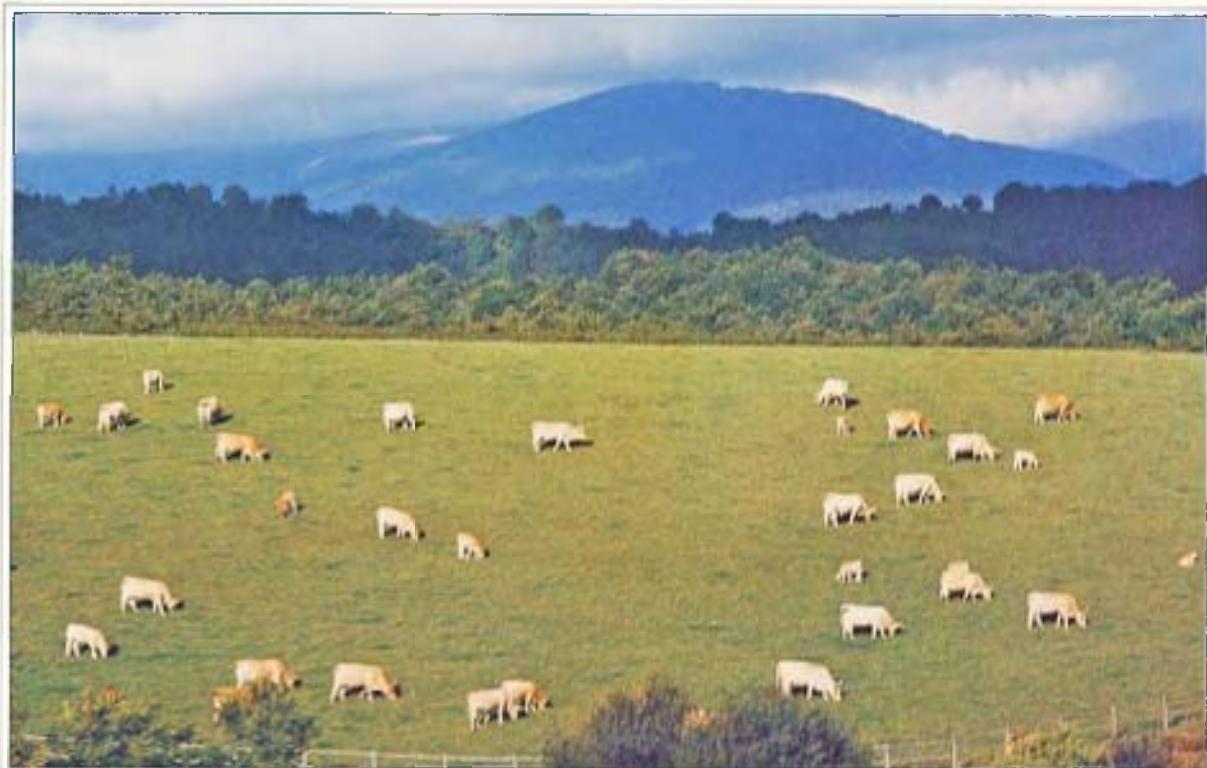


Ganado caballar en Belagua.

**L**a raza vacuna Pirenaica, «oriunda de la Navarra española» y considerada por la FAO como «actualmente en peligro de extinción», muestra su biologismo polarizado hacia la producción de carne, de excelente calidad por su ternera y color sonrosado. Sus rasgos exteriores son inconfundibles: cabeza pequeña de perfil cóncafo, cuernos en lira y espiral, esqueleto fino, capa trigueña —«gorri»— con aureola alrededor de los ojos y mucosas de color carne. Animal armónico, longilíneo, ágil en sus movimientos, con la cabeza siempre por encima de la cruz y vivaz en sus reflejos. Compite ventajosamente con cualquier otra raza en zonas de altura, accidentadas, de climatología adversa y recursos alimenticios estacionales, contribuyendo a evitar la desertización de estas áreas.

El programa de recuperación, promoción y mejora llevado por la Diputación Foral está dando resultados positivos y el censo en pureza se ha duplicado en los últimos diez años, a pesar de la lentitud que impone el ciclo ontogénico de la especie.

Consecuencia de la gran demanda y limitada oferta, asistimos a la revalorización de esta raza, lo que hace pensar que tiene un futuro esperanzador, confiando que, pasados unos años, consolide su arraigo a unas tierras, a veces inhóspitas, de las que jamás había abdicado.



Vacas pirenaicas.



*El Valle del Roncal y el Pirineo desde Las Coronas.*

na mañana de invierno, desde el alto de las Coronas el Valle de Roncal ofrece esta panorámica. Cubierto por las nieblas el fondo del valle, en el que asoman modestas lomas, la media montaña cubierta de pinos sirve de contraste a las altas cumbres del Pirineo occidental, y entre ellas las cimas roncalesas, vestidas de nieve.

El Valle de Roncal es el más oriental de los valles navarros y uno de los de mayor personalidad, con características peculiares en sus formas de vida y en su organización administrativa.

Las siete villas, Isaba, Uztárroz, Urzainqui, Roncal, Vidángoz, Garde y Burgui constituyen ayuntamientos independientes, pero todas tienen intereses comunes, administrados por la Junta del Valle de Roncal. Todos los vecinos del Valle

tienen derechos en los comunales de su villa correspondiente, y además en los comunales del Valle. Estos están situados en la cabecera del valle, en término de Isaba.

Tierra de grandes contrastes, con una naturaleza rica y pujante, está atravesada de norte a sur por el río Esca, verdadera arteria y eje del valle, que conoce en sus orígenes paisajes de alta montaña de claro sabor pirenaico, y en Burgui, a su salida, otros casi mediterráneos.

Los roncaleses han sido conocidos desde antiguo como ganaderos y pastores, por una parte, y como leñadores y madereros, por otra. Y en verdad éstas han sido las bases de la economía roncalesa durante siglos.

Son típicas, y tópicas, las imágenes de los almadieros conduciendo su balsa y carga al

mismo tiempo, aguas abajo por el Esca; o las del pastor con su espaldero al cuidado de sus ovejas en los altos puertos o en su periódico viaje a los pastos invernales de la Bardena.

Precisamente por el alto de las Coronas pasa la más importante de las vías de trashumancia, la Cañada de los Roncaleses, que une el alto Roncal con la Bardena.

La ganadería y la explotación de bosques son complementarias y, en cierto modo, rivales. Los rulos, mantenidos por los rebaños, antes más abundantes, son ahora invadidos por los pinos, y las viejas majadas, con sus bordas arruinadas, retornan al bosque que antes fueron.

**E**

n el macizo de Larra o de la Piedra de San Martín es donde el Pirineo empieza a adquirir características de altitud y formas de modelado más propias de la alta montaña.

En esta espectacular panorámica se muestra el macizo por el lado navarro de Budoguía, en primer término, y por el lado aragonés, al fondo, en el que destaca el Petrechena (2.374 m.), a cuyo pie se localiza Hoya del Solano y, a continuación, la Hoya del Portillo de Larra. Existe una clara divisoria entre ambos territorios que viene marcada por el límite de la vegetación del pino negro (*Pinus uncinata*).

La intensa fracturación del macizo, que en esta zona muestra una dirección aproximada Este-Oeste, condiciona las alineaciones de crestas y valles tan característicos en Larra y que tanto dificultan los desplazamientos en dirección Norte-Sur a través del macizo. Las líneas de fractura y la intersección de las mismas favorecen la situación de las dolinas y simas. Entre éstas últimas, destaca la sima BU-56 sobre la sierra de Budoguía a 1.980 metros de altitud, que da acceso a un sistema kárstico desarrollado sobre una docena de kilómetros y un desnivel de 1.338 metros. El «río subterráneo» de la BU-56 es el más importante que en la actualidad se conoce en el conjunto del macizo. Existen también uvalas (unión de varias dolinas), tal como la Hoya del Solano y la Hoya del Portillo de Larra, en las que se aprecia la influencia de procesos debidos a la nieve o al hielo, además de los propiamente kársticos.

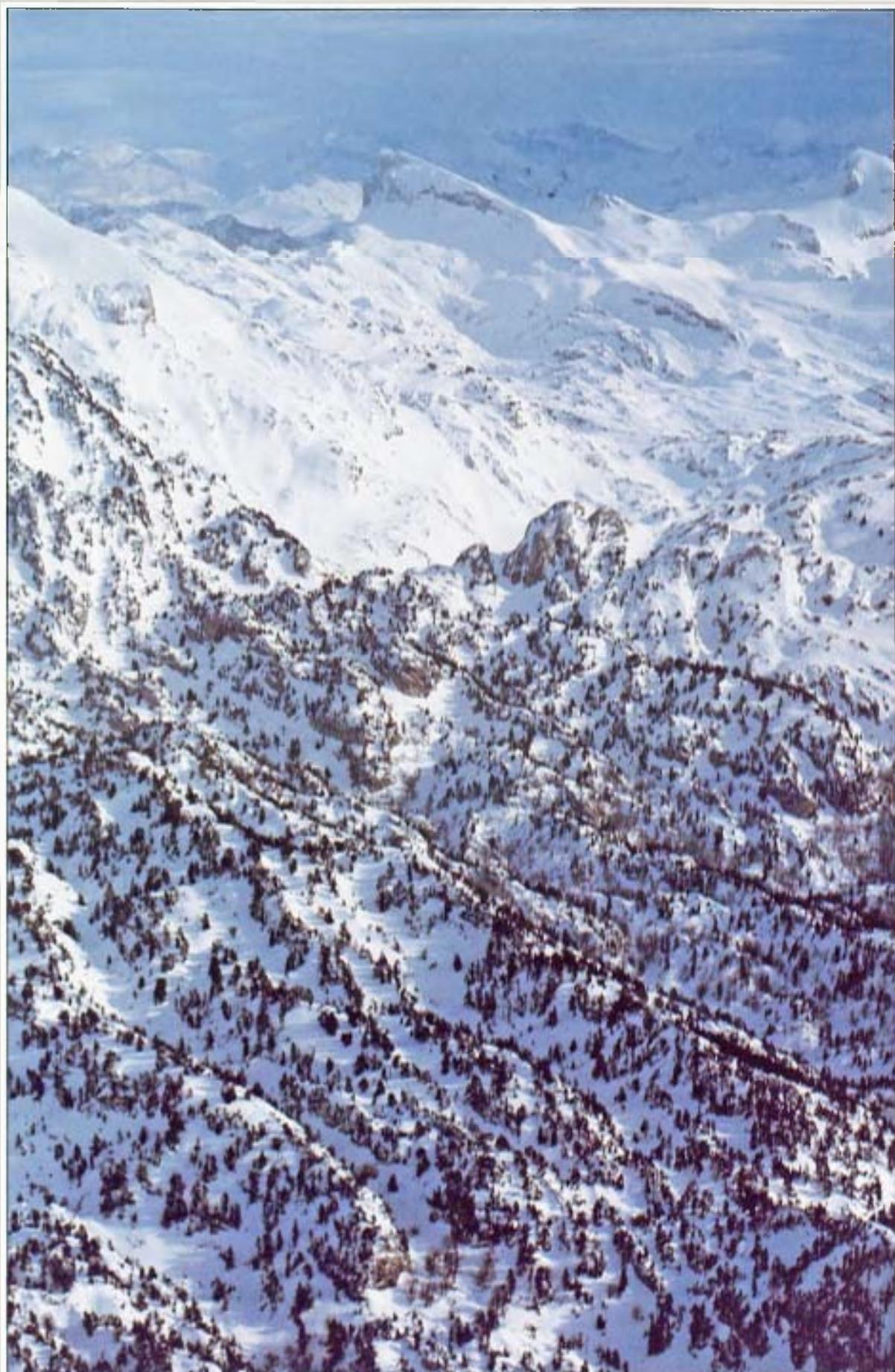
El clima puede catalogarse como oceánico y de montaña. La zona alta se cubre de nieve normalmente de noviembre a junio, conservándose aún más tiempo algunos neveros en las zonas elevadas y en lugares de topografía favorable, abundantes en el karst.

Se puede estimar que en esta zona, cada 100 metros de elevación, la temperatura media anual desciende aproximadamente 0,5°C En buena parte del sector superior del macizo, las temperaturas llegan a bajar a 0°C, algún día en prácticamente todos los meses del año.

La precipitación, eminentemente nival, es muy elevada, superior a los 2.500 mm. anuales. Ello hace que se produzca una muy importante alimentación del karst desarrollado en la formación denominada «caliza de los cañones» del Cretácico.

Las características estratigráficas y estructurales de la citada formación, permiten el desarrollo de la karstificación en una gran extensión y abarcando un desnivel de aproximadamente 2.000 metros, desde las cumbres del macizo hasta el valle de Sainte Engrace, en territorio francés.

Larra. Al fondo el Petrechena.





Oso pirenaico.



ito o realidad? De los osos casi siempre se habla en singular: «El Oso», como si fuera una especie inexistente, como un fantasma, como un mito, o como una leyenda.

A esto contribuye que casi nadie ha visto un oso pirenaico en libertad; incluso pastores, leñadores o montañeros que se mueven con frecuencia en terrenos de osos es excepcional que hayan visto alguno.

Y sin embargo, los osos existen. Sólo los especialistas son capaces de detectar su presencia por huellas, excrementos, pelos en los troncos o marcas de sus garras en las cortezas de los árboles.

De vez en cuando la presencia de los osos se hace muy patente por algunas bajas causadas en los rebaños. Y entonces los ganaderos claman por su erradicación y alguna vez se toman la justicia por su mano.

Las ovejas muertas por los osos son escasas y esporádicas, en nuestro Pirineo roncalés, único territorio actual de osos en Navarra. La mayor parte del tiempo pasan desapercibidos, pues su alimentación es primordialmente vegetariana, y así viven cerca, ignorándose, ovejas, yeguas y vacas en los pueblos, y los osos en las selvas inmediatas.

Y cuando el oso mata y come una oveja –con preferencia, en noches de tormenta y con el rebaño disperso– todos están de acuerdo en que el oso ha venido «de Francia».

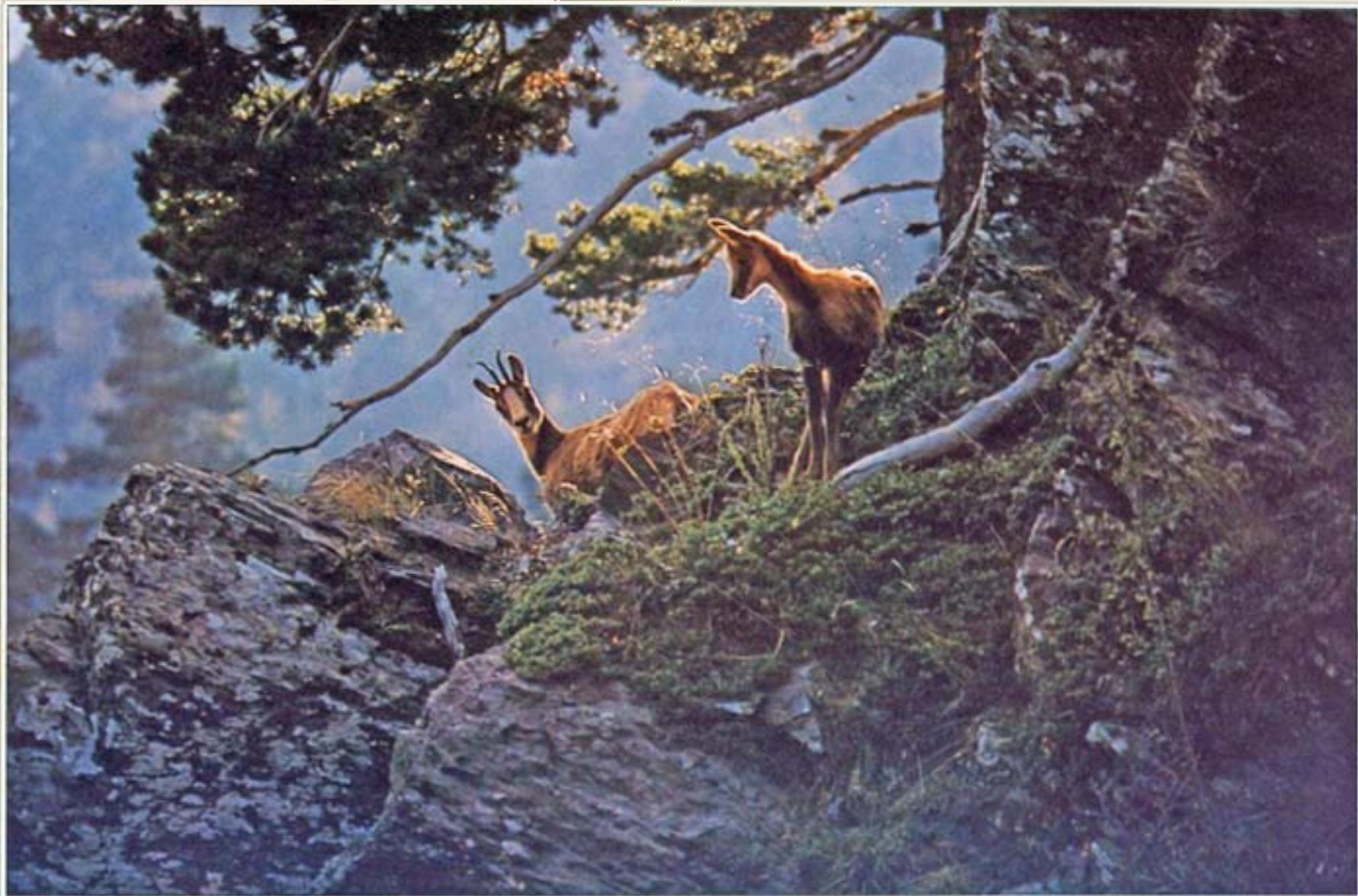
Es curioso que en los pueblos limítrofes franceses las bajas causadas por los osos al ganado doméstico son producidas por el oso que viene «de España».

La población pirenaica de osos, según las últimas estimaciones más fidedignas, no pasa de una quincena de ejemplares para toda la cadena. Como no tienen pasaporte ni reconocen las fron-

teras administrativas, llevan una vida precaria en los bosques y montes menos frecuentados por personas, de las dos vertientes de la cordillera.

El alto roncal está en el extremo occidental del área de distribución pirenaica y Larra, Rincón de Belagua, Belabarce y Urralegui son mudos testigos de las correrías nocturnas de algún oso.

Especie protegida legalmente, los daños que causa son indemnizados por la Diputación Foral, lo que debe contribuir a la conservación de este auténtico monumento viviente.



*Sarrios en Larra.*

**E**stamos en las alturas de Larra, avanzando dificultosamente por un sendero que sortea pinos y puntiagudas rocas en un paisaje de singular y dura belleza. De pronto suena un resoplido, casi sibante, y un grupo de sarrios, invisibles hasta entonces, emprende rápida huida, en un galope increíble, saltando a veces y trepando en otras, por las rocas. A prudente distancia los ágiles animales se detienen y observan; nueva señal de alarma y en otra carrera desaparecen tras una cresta.

Todo ha sucedido en breves segundos y vuelve el silencio; pero ha sido suficiente para admirar la facilidad con que se desplazan los sarrios, y algunos detalles de su anatomía.

El sarrio –a su homólogo de la Cordillera Cantábrica se le llama rebecho– es un mamífero pareci-

do a una cabra, pero más esbelto. De color rojizo y con pelaje muy corto en verano, se torna oscuro, casi negro en los machos, y más largo, en invierno, con lo que parece más macizo; en la cabeza alternan el blanco con el oscuro a modo de antifaz en un diseño peculiar. Tanto los machos como las hembras se adornan la testa con cuernos cortos con las puntas curvadas hacia atrás.

Es uno de los pocos mamíferos salvajes de actividad diurna (otro es la ardilla), empleada en gran medida en buscar su comida de hierbas, brotes y hojas de arbustos entre rocas y bosques.

Suelen formar grupos las hembras con sus crías y los ejemplares jóvenes, mientras que los machos adultos hacen su vida aparte, aislados o en grupos muy pequeños, excepto en la época de celo, en otoño.

Tipico habitante del borde superior del bos-

que, vive en alta montaña recorriendo roquedos y fajas del piso alpino en época estival, y más bajo, dentro del bosque inmediato, en el que se defiende de las nieves, en época invernal.

En el Pirineo hay una población importante, muy variable en densidad según zonas. En el cercano Parque Nacional de los Pirineos Occidentales francés se dan las mayores concentraciones, quizás mundiales, pero en otras comarcas, con gran presión de caza, son muy escasos.

Larra y Ezkaurre, en el alto Roncal, marcan el borde occidental de la distribución del sarrio; es raro que la sobrepasen hacia Lakartxela u Ori. En Larra, estuvieron a punto de extinguirse por los excesos de los furtivos, pero ahora la población se ha recuperado y parece estable.

**E**n Larra, las características litológicas, estructurales y climatológicas han favorecido el desarrollo de un karst de notable importancia y espectacularidad. Los fenómenos de disolución de la caliza han configurado los rasgos esenciales del paisaje, al que otorgan una morfología típica, caracterizada por la presencia de numerosas simas, depresiones cerradas de fondo plano o en forma de embudo (dolinas y uvalas), cañones, grietas, cavidades, conductos subterráneos, etc.

Otra forma superficial de disolución es el lapiaz, del que se ofrece un bello ejemplo, el cual alcanza un gran desarrollo, en particular sobre esta formación conocida como «caliza de los cañones» del Cretácico superior, gracias a su composición (alto contenido en carbonato cálcico), espesor y comportamiento ante los esfuerzos tectónicos que la han hecho fracturarse intensamente. El tipo de lapiaz que se observa es de diaclasas (roturas en la roca de origen tectónico) ensanchadas por la acción disolvente del agua, lo que origina unas acanaladuras con aristas cortantes muy singulares. Se encuentra, en parte, denudado, lo que caracteriza un medio frío y con mucha nieve.

Las características climáticas, topográficas y la naturaleza del sustrato rocoso son los principales condicionantes de los suelos. Las dificultades que encuentran los procesos edafogenéticos en la parte superior del macizo hacen que existan, en general, suelos esqueléticos con horizontes poco desarrollados.

En las «calizas de los cañones», donde la fracturación y las formas exokársticas se manifiestan con mayor intensidad, los suelos son muy escasos y poco desarrollados, encontrándose suelos de mayor potencia en el fondo de algunas depresiones de origen kárstico o tectónico. Debido al importante lavado y facilidad de percolación, llegan a acidificarse los horizontes superficiales de estos suelos que son de carácter básico, encontrándose plantas acidófilas en los pastos que los cubren.

En Larra se ha conservado, hasta nuestros días, la mejor masa de pino negro (*Pinus uncinata*), sobre las calizas kársticas. Posee un sistema radical, fuerte y acomodable a las irregularidades del terreno, tales como afloramientos de rocas o pendientes elevadas; consigue siempre un buen

anclaje. Tiene la posibilidad de competir con los hayedos. Las hayas (*Fagus sylvatica*), con su típico colorido otoñal ocre, se localizan preferentemente en el fondo de las depresiones kársticas, allí donde hay más humedad en el ambiente y las nieblas son más persistentes.

A pesar de la gran precipitación existente, apenas existen corrientes superficiales, pues la mayor parte del agua va a alimentar la circulación subterránea. Esta se organiza, en parte, según una serie de corrientes principales que discurren sobre el lecho de los esquistos paleozoicos, una vez atravesadas las calizas, y que siguen direcciones coincidentes con las líneas de fracturación del mazizo. La disposición estructural del mismo condiciona que la circulación subterránea se efectúe hacia la vertiente francesa, encontrándose las principales surgencias en el fondo del valle de Sainte Engrace; en total arrojan un módulo anual de 8,33 m.<sup>3</sup>/seg.

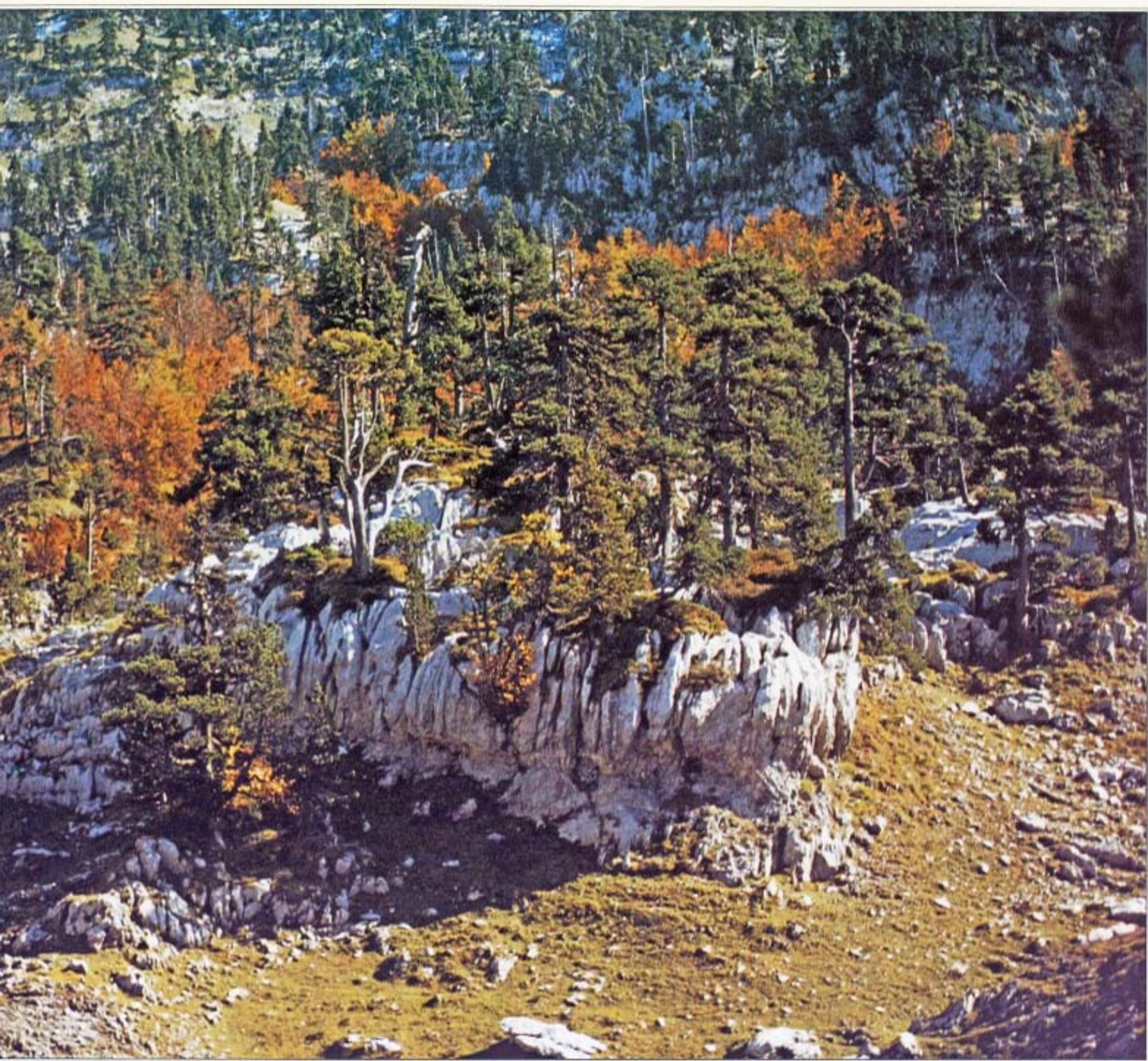
El gran desarrollo del karst, la hidrología, la vegetación y la fauna son los aspectos que han dado más renombre al macizo de Larra o de la Piedra de San Martín, y los que han atraído la atención de numerosos grupos de espeleólogos y científicos, tanto españoles como extranjeros, que lo han visitado.

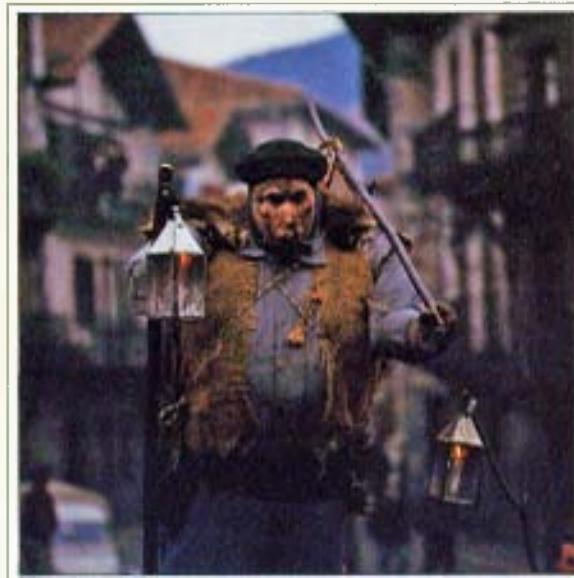
Aunque las exploraciones espeleológicas comenzaron en 1908, puede afirmarse que cuando el macizo se hizo famoso y comenzó a ser un importante foco de atracción fue en 1950, con el descubrimiento de la sima de la Piedra de San Martín, después llamada sima Lépineux en honor a su primer explorador. Se alcanzó así un sistema de galerías en el que se llegó más tarde a establecer el récord mundial de desnivel subterráneo explorado, con un total de 1.321 metros.

Dicha sima, situada muy cerca del borde fronterizo, dio acceso, después de un descenso en vertical de 323 m., a una importante corriente subterránea de agua, que se denominó «río San Vicente», cuyas aguas afloran en la surgencia de Bentia, situada en el valle francés de Sainte Engrace. En los años transcurridos desde entonces se ha avanzado mucho en el conocimiento del interior del karst. Se han explorado centenares de simas y recorrido más de 150 km. de galerías subterráneas.



Hayas y pinos negros en el karst de Larra





*Fin de  
«La Montaña.  
Tierras y Gentes»*

## *La Zona Media*



*La Barranca desde Lizarraga.*

E

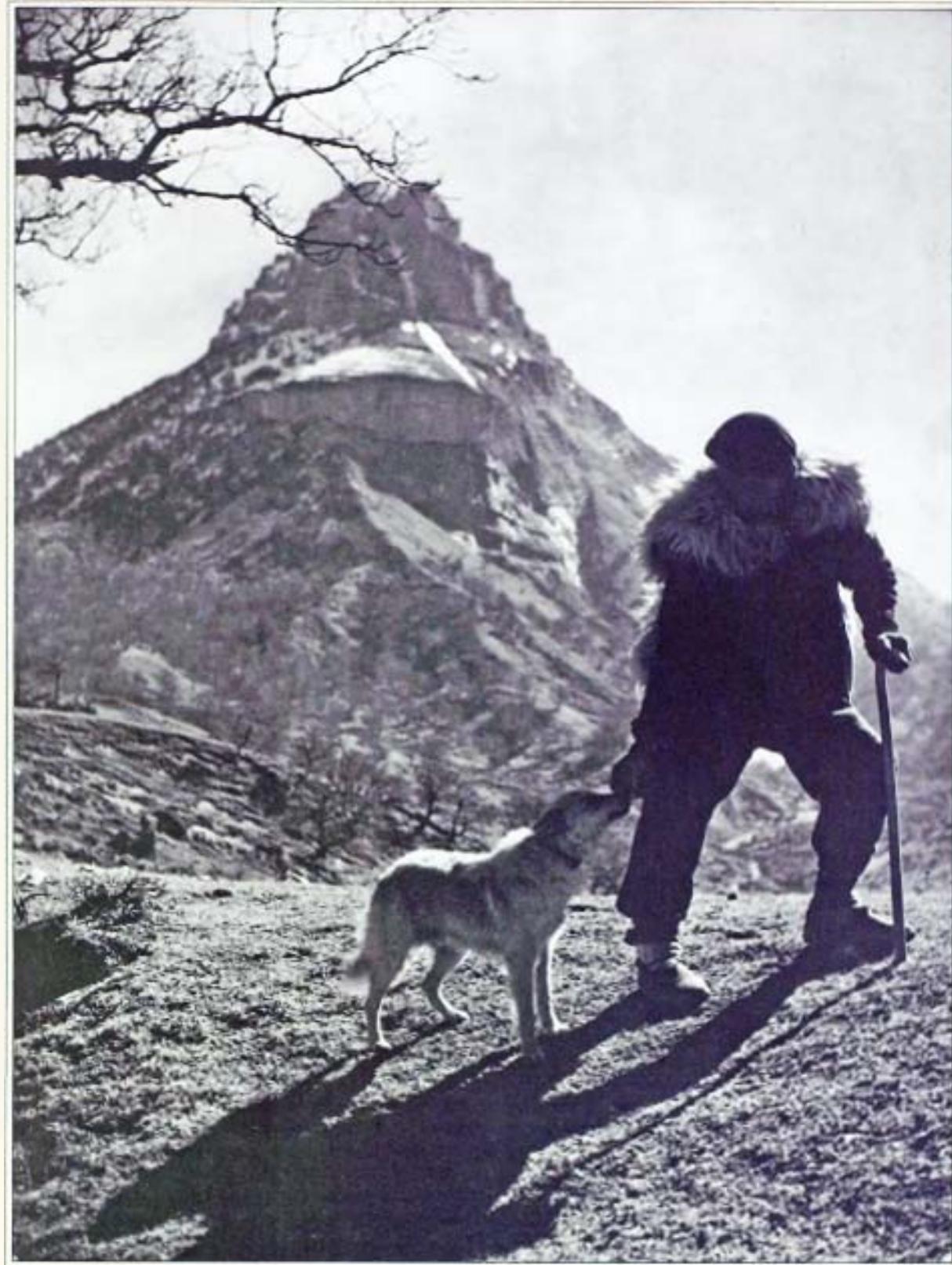
I corredor del Araquil, que muchos llaman simplemente Barranca y otros Barranca-Burunda y que acaso debiéramos ponernos de acuerdo para denominar Barranca del Araquil (nunca valle, porque ya lleva ese nombre el municipio compuesto más oriental del corredor), se alarga de E. a O. entre las sierras de Aralar (*lato sensu*), al N., y Urbasa-Andia, al S., y enlaza la Cuenca de Pamplona con la Llanada de Vitoria; es, por consiguiente, una vía longitudinal de comunicaciones expeditas, abierta por la Naturaleza en el interior de un mundo montañoso. Se divide en tres sectores, que son, siguiendo las denominaciones históricas: Burunda al O., Tierra de Aranaz en el centro y Valle de Araquil al E.

La fotografía, tomada desde la carretera de Estella a Echarri-Aranaz que baja por la vertiente N. de la sierra de Andia, muestra en primer plano, detrás de las hayas, Lizarraga, que es uno de los tres lugares del valle de Ergoyena; en un segundo plano, algunas edificaciones de Echarri-Aranaz, a la derecha; una banda de robledal hacia el centro y la parte E. de la Burunda (una fábrica de Bacaincoa) a la izquierda. Por último se ven la depresión de Alzania, las montañas con boina de nubes que separan la Burunda del valle de Atáun y, al fondo, el Aitzgorri (1.544 m.).

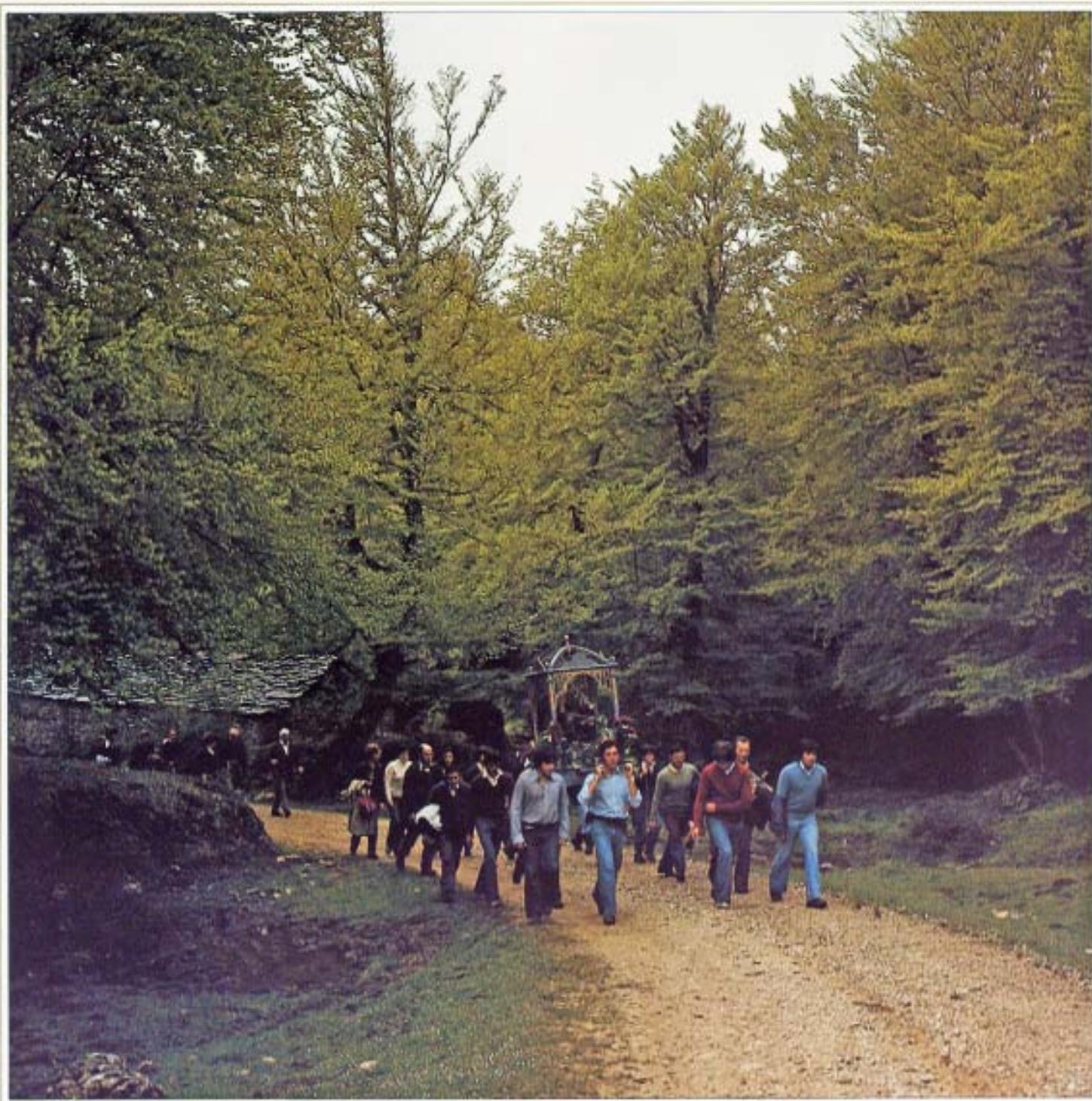
E

s poética y tópica la frase de que San Donato (1.494 m.) semeja la proa de un barco adentrado en el mar del corredor del Araquil, concretamente en la Comunidad y Tierra de Aranaz; pero es una imagen acertada, especialmente cuando, por el fenómeno de la inversión térmica, la montaña emerge sobre el mar de nieblas de la depresión. Es también un vigía que domina una extensa zona de Navarra. Y una meta de excursionistas y montañeros y un escenario pastoril.

Geográfica y geológicamente hablando, pertenece a la sierra de Andia. Es un sinclinal colgado, mientras que el valle de Ergoyena equivale a un anticlinal vaciado por la erosión, interpuesto entre aquél y el sinclinal de Andia. Lo más característico de la morfología que ofrece, visto desde el Araquil, es el perfil arquitectónico que le dan la superposición de diversos estratos de calizas y margas del Eoceno y Paleoceno, diversamente resistentes a la erosión, y los conos de derrubios deslizados por las vertientes empinadas desde la cornisa subvertical culminante, de la que fueron arrancados por gelivación (ruptura y disgregación mecánica de las rocas, cuando se hiela el agua que se infiltra por sus grietas) durante los períodos fríos del Cuaternario e incluso en la actualidad.



Pastor de la sierra de Andia. Al fondo, San Donato



Romería de Iturgoyen.

**L**a ermita de la Trinidad de Iturgoyen se levanta en lo alto de la sierra de Andia, es de estilo románico rural y tardío y atrae devotos de los pueblos y valles aledaños. La romería se celebra el domingo de la fiesta y sube desde Iturgoyen a través del hayedo verdinuevo, por las laderas frescas, hasta los rasos en los que aparece varada la ermita.

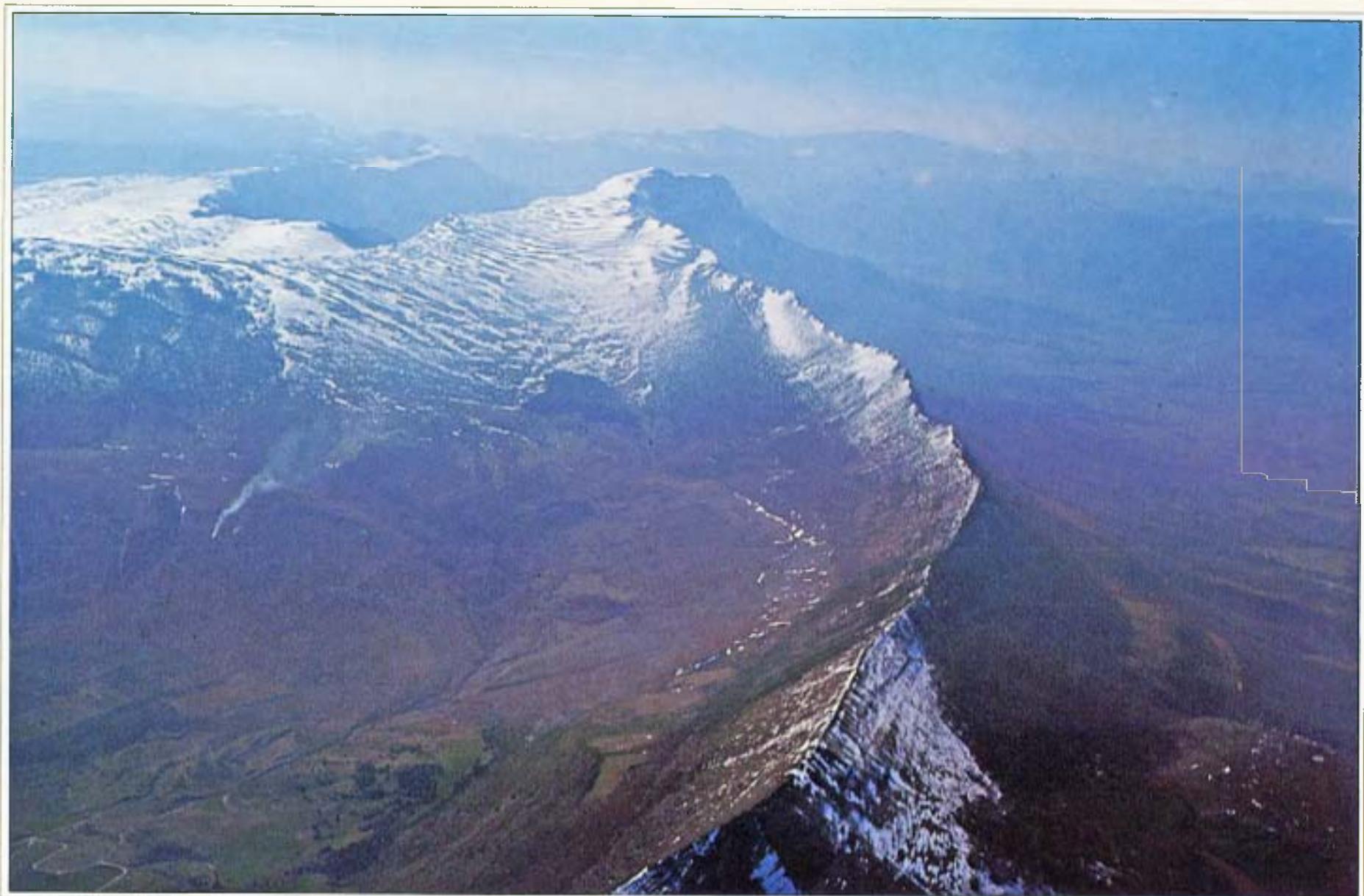
Los romeros suben con la imagen de la Trinidad, propia de la ermita pero depositada en la iglesia parroquial. Es una talla alta de 86 centíme-

tros, romanista, del XVI final. Dios Padre, miguelangelesco, va sentado sobre una nube con un querube. Sobre el hombro derecho se posa el Espíritu Santo, y sostiene al Hijo en la cruz. Este crucifijo es moderno y, como se ve, no va con la talla, portada con unas andas sencillas. Los romeros suben acompañados por el murmullo fresco de dos arroyos. Organcia y Balsaberri.

La Trinidad, a 1.222 m. de altura, no corona la loma, pero permite contemplar las altas superficies de Andia y Urbasa, aquéllas deforestadas y éstas vestidas de hayedos, así como los contras-

tes ecológicos netos señalados por la vegetación atlántica y la mediterránea.

Como en otros muchos pueblos, la romería de la Trinidad es fiesta grande que concentra a los hijos del lugar dispersos y depara ocasión para los recuerdos, la recuperación de viejas costumbres, arrumbadas por el frenesí de los tiempos, y para la hermandad gastronómica.



*Sierra de Satrustegui*

**L**a sierra de Beriain-San Donato es un bello ejemplo de relieve invertido, al dibujar las capas que lo forman un sinclinal que domina las zonas hundidas de la Barranca y Ergoyena. Hacia el Este, el sinclinal se va abriendo y, mientras su flanco Norte forma el agudo resalte de la sierra de Satrustegui hasta el Churregui, el flanco Sur se estrella contra el diapiro de Ollo, depresión circular casi perfecta, excavada a favor de la menor resistencia a la erosión de las arcillas y materiales salinos que afloran en él.

El diapiro de Ollo es una estructura en forma de cúpula o domo, producida por una migración salina ascendente, en la que los yesos y sales de baja densidad y alta plasticidad perforan los estratos superiores (calizas).

La sierra de Satrustegui constituye un relieve estructural, al amoldarse la superficie del terreno, por su vertiente Sur, a la inclinación de las propias capas de calizas del Eoceno, que desde la cresta bajan suavemente hacia el Sur para verse recubiertas, ya en el valle, por capas más modernas de margas y calcarenitas.

Al Norte de la sierra, la Barranca conforma una depresión alargada de Este a Oeste, en el sentido de las grandes estructuras geológicas, excavada en materiales relativamente blandos e impermeables por los que circula el río Araquil, colector general de las escorrentías del valle.

La parte alta de la sierra de Andia es el área de alimentación del gran acuífero que se drena por el manantial de Arteta. Debido al fuerte desarrollo de la karstificación de las calizas y calcarenitas que la

forman, se produce una rápida infiltración de las precipitaciones a través de las distintas formas de admisión del karst superficial y, consecuentemente, un rápido drenaje por el manantial.

Las precipitaciones anuales medias en esta zona son superiores a los 1.500 mm., mayoritariamente de lluvia, aunque también son frecuentes las nevadas de la época invernal.



*Raso de Urbasa.*



*Balsa de Erna, en la sierra de C. India*



Urbasa se antepone siempre el nombre de sierra, y lo es mirada desde fuera, alta y al parecer inaccesible, desde la Burunda o desde las Améscoas, con acantilados rocosos en sus bordes; una vez sobre ella el paisaje cambia y se presenta como una serie de llanos y onduladas lomas cubiertos de bosque o rulos encespedados.

Se ha dicho con razón que las sierras de Andía y Urbasa son el solar de los navarros, pues todos los vecinos del territorio foral tenemos derechos de pastos y leñas en estos pagos. Prueba de ello es la confluencia de varias cañadas procedentes de todos los puntos cardinales.

Pero estos derechos han sido siempre más utilizados por los vecinos de los pueblos cercanos y predominan las ovejas burundesas y amescoanas y las yeguas de estos valles y de Lezaun sobre las de pueblos más apartados.

El ganado caballar más característico de Urbasa es la jaca navarra, poney vasco, poney navarro o pottoka, que de todas estas formas es conocido. Muy bastardeados en su mayoría, todavía se conservan buenos ejemplares en las Améscoas.

*L*a balsa de Erna es término municipal del Valle de Goñi, pero desde el punto de vista geográfico se sitúa en la sierra de Andía.

En medio de pastizales con espino aislados, está enmarcada por el hayedo que adquiere tonos púrpuras en el umbral del otoño.

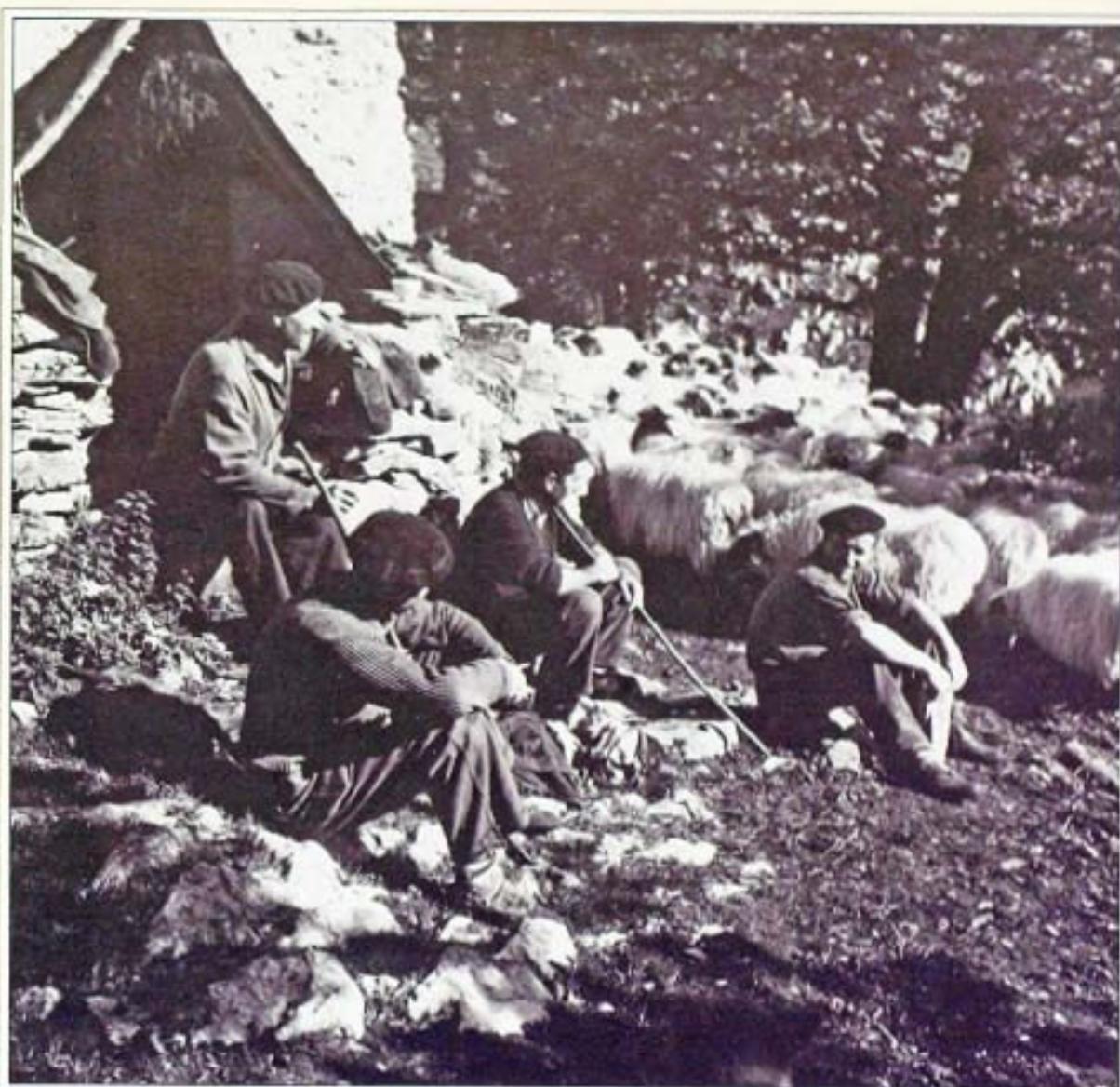
La sierra de Andía es de constitución caliza y la mayor parte de las lluvias que en ella caen se infiltran y circulan por el interior; son raras las fuentes y las aguas superficiales.

La balsa de Erna es un foco de atracción para los ganados que pastan en el contorno y acuden aquí a abreviar.

Si es importante para yeguas y ovejas, para otros animales, más modestos y poco espectaculares es imprescindible; los anfibios, ranas, sapos, tritones y salamandras necesitan del agua para su reproducción; su fase larvaria discurre en el medio acuático.

En pleno invierno la rana bermeja o rana de monte, que vive en el hayedo, inicia masivamente su anual peregrinación a las balsas –es la «pasa» de ranas–, donde se concentran, se aparean y depositan sus huevos. Esta ocasión era aprovechada (ahora está prohibido) para capturas masivas que terminaban en platos de ancas de rana.

Más tarde llegarán a la balsa tritones, sapos y salamandras, pero la gente no tiene apetencias por estas especies.



*Pastores de Urbasa.*

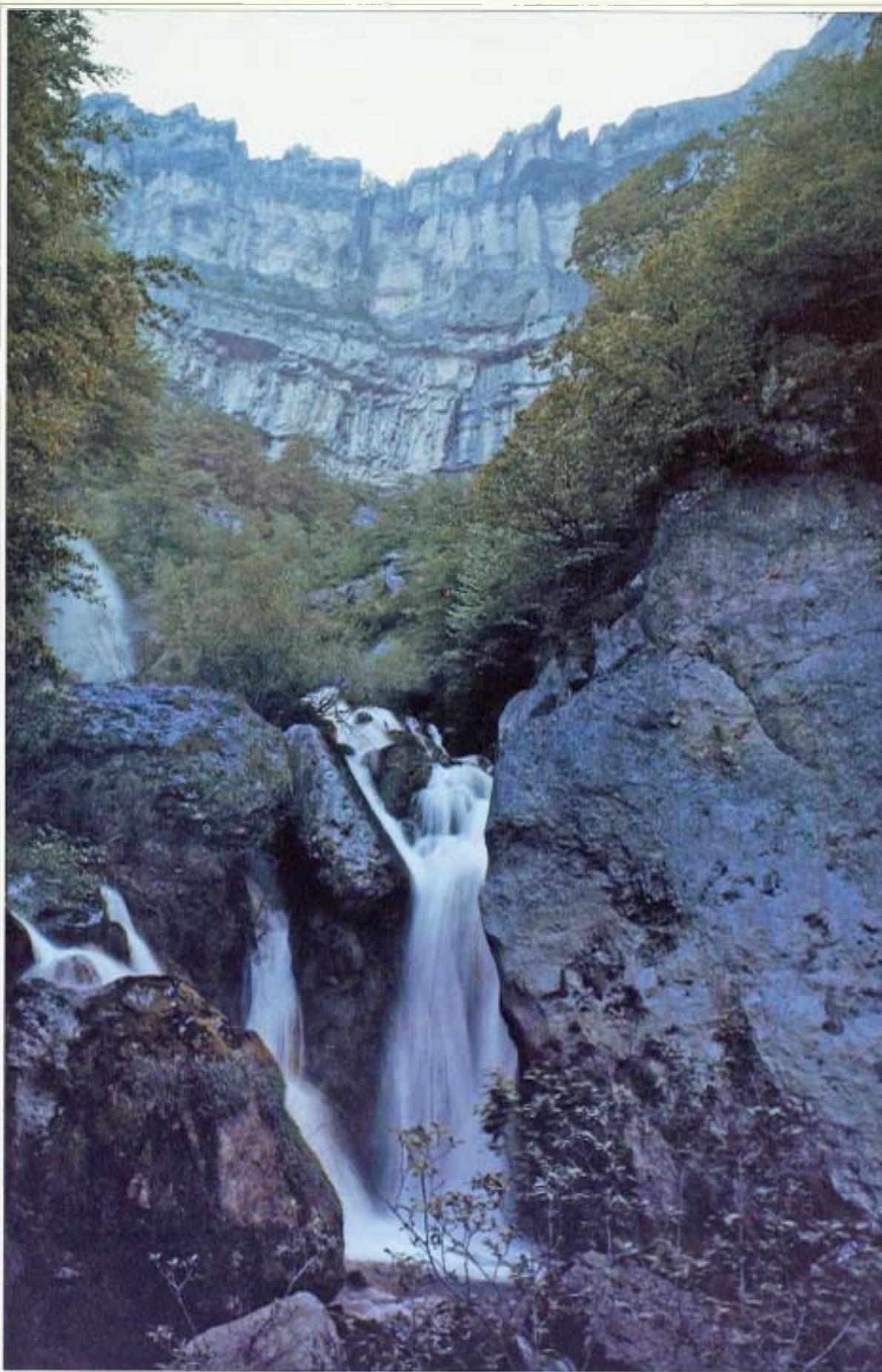


medio millón de cabezas asciende la cabaña de ganado ovino en Navarra, que pertenecen a dos razas perfectamente definidas: la «rasa» y la «lacha». De opuesta biotipología, la primera, que supone los dos tercios del censo, es fundamentalmente cárnica. Trashumante, pastoreo en los valles de Roncal y Salazar en primavera y verano, y en las Bardenas Reales durante el invierno. Produce dos de los tipos de queso artesano de Navarra: Roncal, el más conocido de todos, aunque su producción sólo sea el 5% del total, y el de Tudela-Ribera Baja, como consecuencia del establecimiento de roncaleses en la Ribera.

La «lacha», autóctona, mantenida a lo largo de los siglos en pureza racial, es consecuencia de las condiciones extraordinariamente duras del medio ambiente en que vive. Perfectamente aclimatada, poco gregaria, destaca por su produc-

ción lechera. Sus rebaños se extienden por el noroeste del Reyno y producen unos 420 000 kilos anuales de queso artesano en zonas que, aunque unidas geográficamente, tienen distintas características: Regata del Bidassoa-Bertizarana-Baztán, Basaburúa Menor y Leiza, Larráun-Ulzama-Lanz, Orbaiceta-Valcarlos, Andía-Urbasa, Aralar y un tipo de Idiazábal que se hace en la frontera con Guipúzcoa.

Nuestros artzais, como éstos de Urbasa, generosos y pacientes, algo introvertidos, sufridos y de buen humor, siguen elaborando un excelente queso, cada día más solicitado, con un proceso prácticamente igual en toda Navarra. La sociedad Aralar-Mendi de Huarte Araquil organiza anualmente un concurso de quesos, así como Jornadas de Promoción, que están suponiendo un importante paso para la unión de ganaderos, modernización de sus instalaciones y creación de canales de comercialización.



S

alvando los obstáculos que la naturaleza ha impuesto, descienden las aguas que nacen al pie del gran farallón rocoso y dan origen al río Urederra. El manantial, que drena el importante acuífero de la sierra de Urbasa, se genera en el contacto entre las calizas, y dolomías del Paleoceno-Eoceno, más o menos karstificadas, que afloran en el escarpe, y un nivel dolomítico masivo impermeable de varios metros de espesor, que constituye la base del acuífero.

La recarga procede de las precipitaciones (superiores a 1.200 mm. de media anual) que son absorbidas por los grandes campos de lapiaz (acanaladuras), dolinas y sumideros para dar lugar a una rápida circulación subterránea del agua, que es dirigida por medio de conductos preferenciales hasta la surgencia referida.

El régimen de descarga del manantial es muy irregular; así, en época de lluvias, puede suministrar caudales que sobrepasan los 50 m<sup>3</sup>/seg., mientras que en el estiaje desciende por debajo de los 0,30 m<sup>3</sup>/seg. El caudal medio anual es de unos 4,5 m<sup>3</sup>/seg.

En el modelado del impresionante anfiteatro rocoso que cierra el valle, en cuya parte superior destaca a modo de espolón el «balcón de Pilatos», ha tenido una importante influencia el zampamiento de la surgencia, que ha motivado la destrucción de la tábula calcárea y el activo retroceso de la cabecera del valle.

Las aguas procedentes de estos manantiales kársticos, atendiendo a sus caracteres químicos, son potables y aptas para el riego sin ninguna restricción por el tipo de suelo o de cultivo.

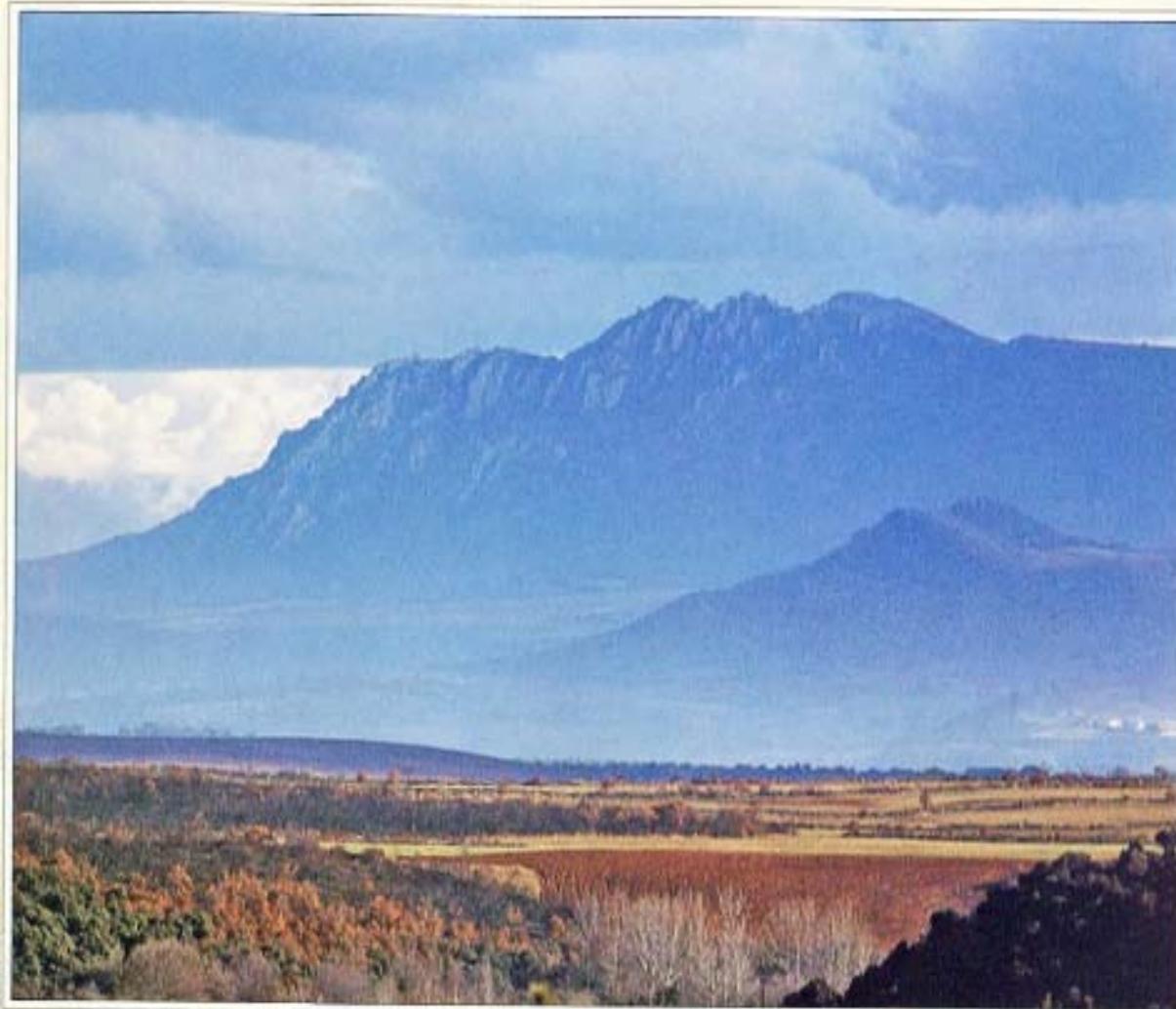
Teniendo en cuenta las características hidrogeológicas de estos acuíferos y manantiales, en los que la contaminación puede ser inmediata y propagarse rápidamente a grandes distancias del foco contaminante, en estas zonas es necesario extremar las medidas preventivas. Además, resulta extraordinariamente difícil y costoso eliminar o extraer el contaminante del acuífero en que se encuentra.

Viaducto del Urederra

*M*

ontejurra (1.045 m.) es montaña y monte, en sentido forestal, importante. Como montaña separa los valles de La Solana y Santesteban de la Solana. Las facerías han suministrado pastos, madera y combustible durante siglos. A la vez, Montejurra señala una barrera climática entre la depresión de Estella y el piedemonte re-costado hacia el Sur.

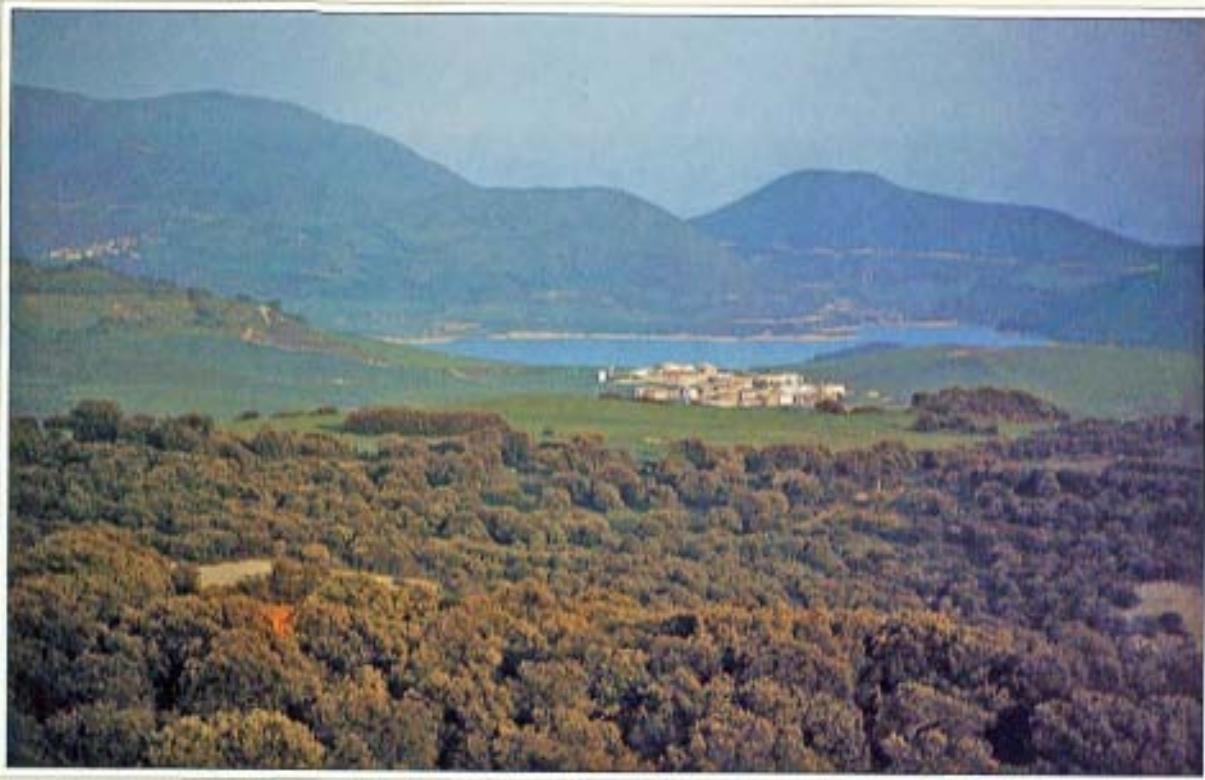
Pero por encima de cualquier otra consideración, Montejurra es la montaña santa del tradicionalismo, de los carlistas. En las laderas escabrosas y en los pueblos que puentean las faldas de la montaña se libraron dos batallas, ambas en noviembre, de bien distinto signo. La primera, en 1835, favoreció a las tropas liberales, que defendían Estella, ciudad de la que pensó apoderarse el general Nazario Eguía. Aquéllas dejaron la ciudad y aprovecharon las condiciones del monte para hacerse fuertes. Eguía se contentó con Estella y al fin el monte quedó libre de unos y otros. En la tercera carlistada, en 1873, los carlistas castigaron con astucia y fuerza a las tropas republicanas y obtuvieron acaso la mayor victoria de la tercera guerra carlista. Todavía hoy afloran casquillos y se sigue hablando del camino de los cañones carlistas, que eran sólo cuatro.



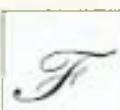
Montejurra

*E*

l embalse de Alloz, situado entre los valles de Yerri y Guesálaz, data de 1930. Estas son sus principales características técnicas: superficie del embalse, 353 Hm<sup>2</sup>; capacidad total y útil, 84 Hm<sup>3</sup> y de aliviadero, 115 m<sup>3</sup>/s; altura de presa, 61 m; cota del máximo embalse, 475 m y de pie de presa, 415 m. Recoge las aguas de la cabecera del río Salado. Entre los afluentes alimentadores del pantano están los arroyos de Guembe, Organcia y sobre todo Ubagua, alimentado por el manantial de Rieu y al que van a parar aquellos dos antes de unirse con el Salado. El embalse se construyó para regular los caudales estivales del Arga e indirectamente del Ebro, producir electricidad a pie de presa y en Mañeru (potencia instalada, 8.832 KVA; capacidad de producción, 8.288.504 Kwh) y regar 7.763 Ha. La fotografía está tomada desde la carretera Estella-Echarri-Aranaz; en primer término, un encinar; en el centro, Villanueva de Yerri, y al fondo, y de izquierda a derecha, estribaciones de Esparza, altos de Guiguillano e Irurre y Campo Redondo.



Villanueva y el embalse de Alloz



orma parte de las Sierras Exteriores navarras, concretamente de las vasco-cántabras; todas ellas son una importante frontera geológica, climática, vegetal y geográfica. La fotografía está tomada desde el puerto de la carretera que enlaza Aguilar de Codés y Aras y abarca el frente montañoso comprendido entre Peña Humada (1.153 m.), a la izquierda, y San Cristóbal (1.333 m.), a la derecha, con la sierra de Codés (los dos picos culminantes tienen 1.365 y 1.414 m.) en la parte central; el piedemonte del primer plano, suavemente inclinado hacia el S., pertenece a los municipios de Aguilar de Codés, Azuelo y Torralba del Río, los tres del valle histórico de Aguilar. La desnivelación topográfica media entre sierras y piedemonte es de 500-600 m.

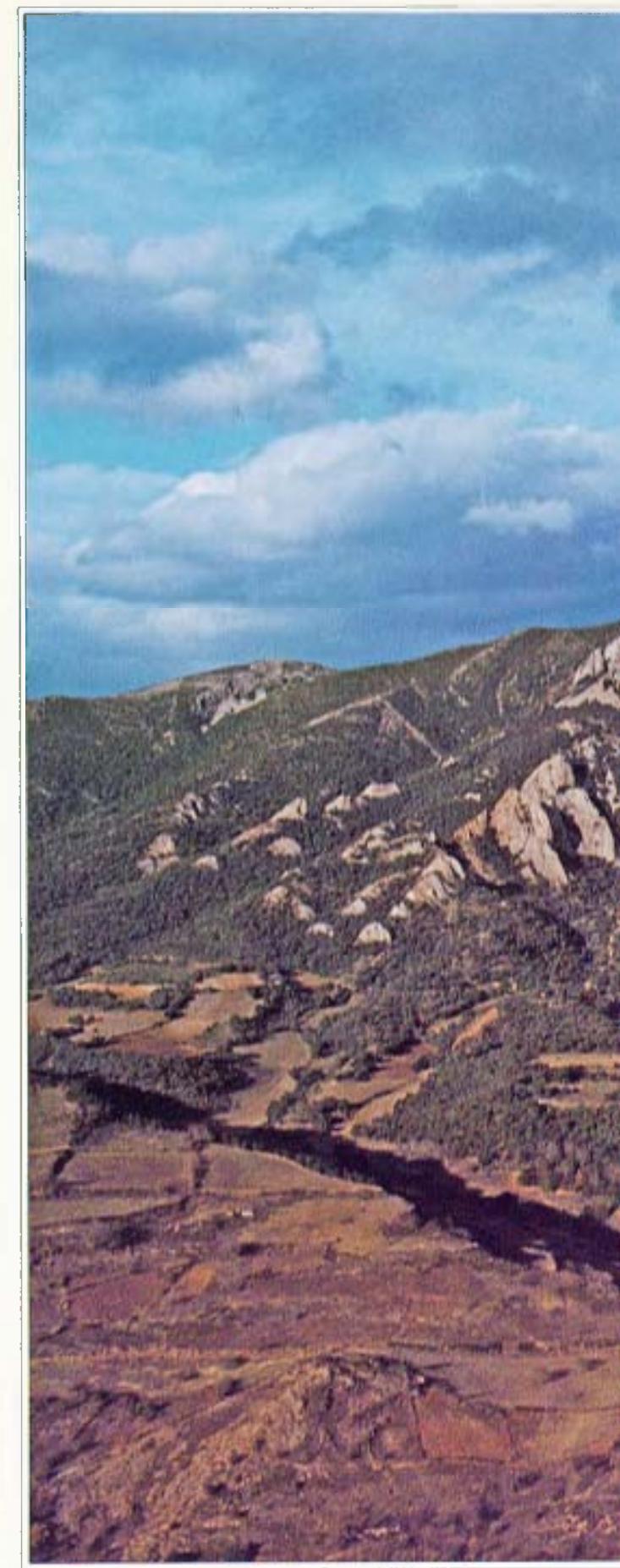
En cuanto al conjunto serrano, hay que decir que el representado aquí es el núcleo central y más importante de lo que debiéramos convenir en llamar serranía de Yoar o de Codés, que abarcaría, además de las antes mencionadas, las Peñas Chiquita, Ochanda y Lapoblación, al O., y Punta Redonda, Gallet y Dos Hermanas, al E. No resulta fácil atravesar este rosario de «peñas» (así se les llama aquí): el puerto que aprovecha la carretera de Logroño y Viana a Bernedo por Meano y Lapoblación se encuentra a 961 m. de altitud; el que sigue la que une Santa Cruz de Campezo y Aguilar de Codés mide 800 m.; el que hay en la nueva vía que enlaza esta última carretera con Lapoblación se halla a 790 m., y el del camino de Azuelo a Genevilla, a 950 m.; el más bajo de todos es el puerto de Mendaza (600 m.), por donde pasa, entre Peña Gallet y Dos Hermanas, la carretera de Los Arcos-Acedo.

El frente montañoso y escarpado de la sierra de Codés, *stricto sensu*, corresponde a un pliegue-falla con cabalgamiento hacia el S. y muy fracturado, constituido fundamentalmente por las calizas arenosas del Cretácico superior. La fase principal del plegamiento tuvo lugar a fines del Oligoceno, originándose entonces el levantamiento de las Sierras Exteriores y las fallas maestras —que tienen varios miles de metros de salto— del contacto con la Depresión del Ebro, las cuales volvieron a actuar durante, y sobre todo, a fines del Mioceno, en que se produjeron los cabalga-

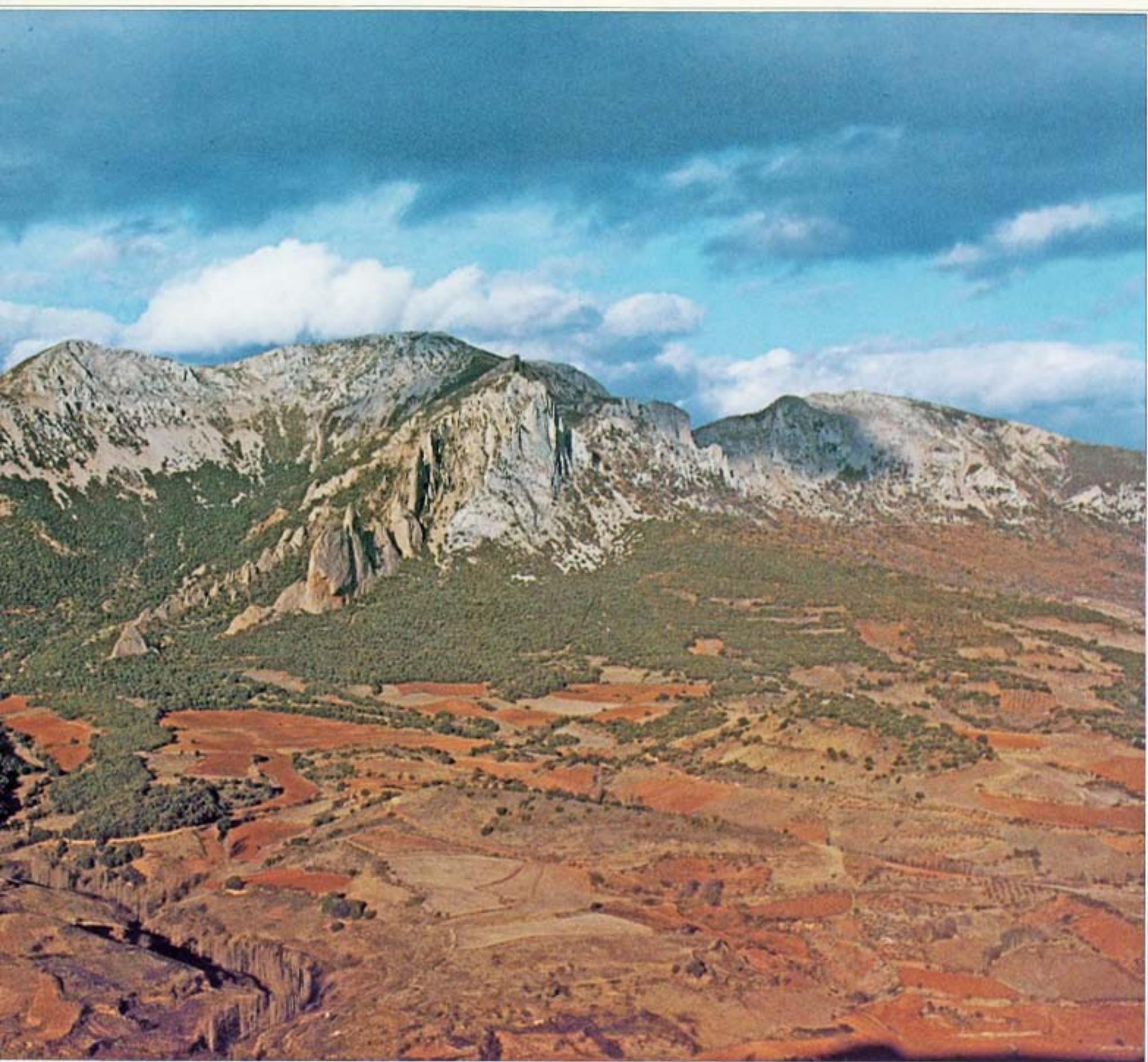
mientos hacia el S. Codés es la única de las Sierras Exteriores navarras que tiene, pegados al escarpe SO. y en discordancia con el Cretáceo, un manchón de pudingas oligo-miocénicas, modeladas en forma de torreones subverticales a modo de *mallos*, como suele ser normal en este tipo de rocas. El piedemonte es un glacis de erosión elaborado sobre las arcillas y limos rojos, con algunos bancos de arenisca, del Oligo-Mioceno.

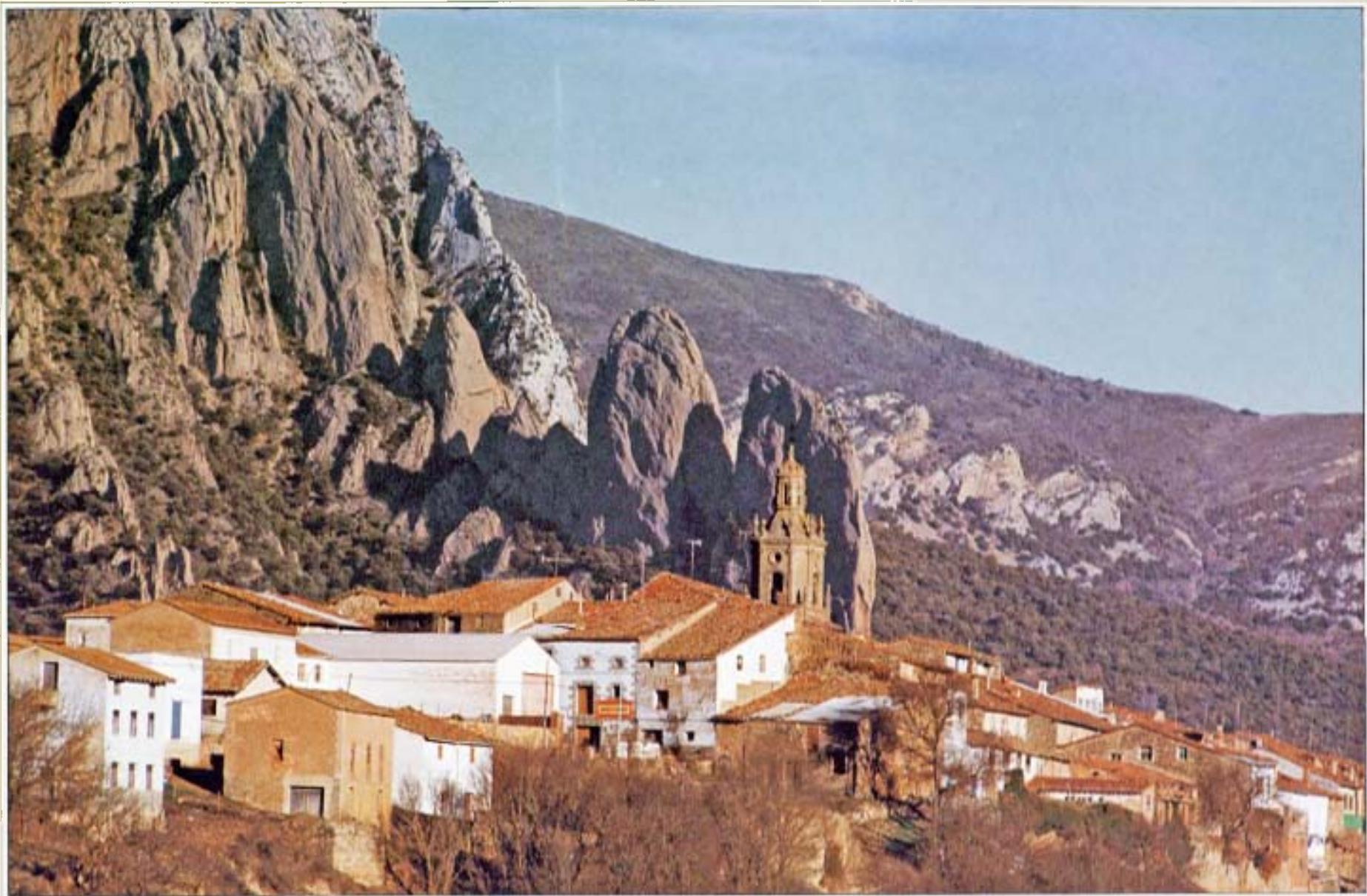
Como todas las Sierras Exteriores, esta de Codés, *lato sensu*, es una importante frontera geológica entre las Sierras Vasco-Cántabras y la Cuenca sedimentaria del Ebro; en las primeras dominan las rocas sedimentarias de origen marino y en la segunda las de origen lacustre y continental. Es asimismo una frontera climática y geobotánica, pues aquí se halla el límite latitudinal inferior del haya en Navarra y por ahí pasa la muga geobotánica, fluida, entre la provincia submediterránea y la región mediterránea. Es, finalmente, sierra-frontera desde el punto de vista político-administrativo: al N. y NO. queda Alava y al S. y SE. Navarra.

Subrayemos, por último, que en todas las sierras que llevan orientación O-E hay fuertes contrastes bioclimáticos entre las vertientes que miran al N. y NO., más húmedas por el frecuente fenómeno del estancamiento de los sistemas nubosos que vienen del Cantábrico, y las que dan al S., recalentadas y resecadas por efecto foehn: en las primeras, que no se ven en la fotografía, hay robles e incluso hayas y en las segundas, encinas. Una franja de chopos acompaña al barranco que hay a la izquierda de la fotografía; es un afluente del río Aguilar, como éste lo es del Linares. El encinar fue roturado y cultivado en las pendientes más suaves, y se dedicó principalmente a cereales y forrajes; se ven también algunas viñas y frutales (almendros, manzanos). Y algo que en los últimos años va haciéndose muy característico de los paisajes agrarios navarros, particularmente en la Montaña y Zona Media: campos antes cultivados y hoy abandonados y en distintas fases progresivas de vegetación. Abundan mucho en el área que abarca la fotografía y en todas aquéllas que tienen pendientes excesivas que dificultan o impiden la agricultura mecanizada o suelos por cualquier causa deficientes o pobres.



Sierra de Codés.





*Aguilar de Codés.*

**E**n un extremo del valle de Aguilar, bajo los cantiles calizos de la sierra de Codés, se levanta el pueblo que da nombre al valle. Por Aguilar pasa una calzada romana y de una choza de palomas se llevaron al Museo de Navarra varios fragmentos de estelas funerarias.

Fue fortaleza importante frente al reino de Castilla y aún conserva parte de su «cerrazón» de piedra. La traza de su urbanización recuerda la de Viana. Puente la Reina y otras ciudades del Camino de Santiago y nos indica que fue construido siguiendo un plan arquitectónico.

Aguilar fue aforado por Teobaldo II en 1269 (se ha confundido esta villa con otro Aguilar, que se proyectó junto al Ebro, bajo el castillo de Sancho Abarca, al que concedió fueros Sancho el

Fuerte y no llegó a construirse) y tras sus muros se concentraron los habitantes de pequeños lugares del valle, obligados a abandonar las aldeas por razones de defensa.

Carlos II, habiendo visto personalmente que Aguilar estaba despoblada de gentes, unió la villa a la de Azuelo y quiso que sus términos fuesen en adelante comunes. Enrique IV la incorporó a Castilla en 1463, pero tres años después se sustrajo a su dominio y Juan II recompensó su fidelidad redimiéndola de censos. Formó parte del Principado de Viana.

Aguilar vuelve a sonar fuerte en las guerras civiles del XIX. Aquí se formó en noviembre de 1833 la Real Junta Gubernativa que aprobó el nombramiento de Zumalacárregui como general jefe de las tropas carlistas.

*L*

a Torre de San Pedro de Viana, protegida por el Cerco de la ciudad, punto de observación y resistencia ante Castilla, tal como la vio Gustave de Maeztu. Entre los paisajes más amados de este pintor, deben contarse los de Tierra Estella. En este dibujo al carbón, nos ofrece su peculiar visión del tema, que recrea con imaginación decorativa. Se trata de un paisaje de amplio espacio, donde la torre se erige con espectacularidad sobre las casas de la derecha y los campos cerealistas de primer término, característicos de esta parte de Navarra. Maeztu interpreta las masas con la misma fuerza y poder con que concibe sus tipos humanos miguelangelescos. Llevado de su temperamento impetuoso de pintor, que alimenta en una visión épica de la Historia. Contrastan los trazos cortos de lápiz con la línea constructiva de las edificaciones, en una expresión inacabada en apariencia, pero de gran fuerza sugestiva, que atestigua la preparación técnica de este artista, que desea, ante todo, la impresión de conjunto. En él, la torre –ya desolada– se muestra como un residuo del pasado glorioso de nuestro Viejo Reino.

*S*

n tierras de la ribera estellesa y en el borde de una cubeta de margas rojas rodeada de crestas de yeso. Sansol fue en la Edad Media una pequeña aldea de Los Arcos y más tarde villa y ayuntamiento propios. Un barranco lo separa de Torres, su pueblo gemelo al otro lado del río Linares.

El nombre del pueblo, según la leyenda, le viene de un San Sol, abad benedictino martirizado allí por los moros, pero ya Moret pensaba como más verosímil en una corrupción de San Zoilo o San Zoilo, cuyas reliquias pidió el obispo de Pamplona Wilesindo a San Eulogio. San Zoilo es además el patrón de la villa y el titular de la parroquia.

En torno a la iglesia se escalona el caserío que cuenta con grandes mansiones solariegas ennoblecidas con escudos. Un monumental palacio barroco se abre a la plaza.



Gustave de Maeztu. Viana.



Sansol



*Carboneros del Valle de Lana.*

**L**a elaboración del carbón vegetal fue una industria básica, hasta principios de nuestro siglo en los valles pirenaicos, en las sierras de Aralar y de Urbasa y en los montes noroccidentales de Tierra Estella, al amparo de las grandes masas forestales. Hoy, tras una decadencia total debida al progreso técnico y al éxodo de muchas gentes a lugares industrializados, apenas nos queda el recuerdo.

Esta práctica tradicional era muy común en el valle de Lana, comarca de Estella en límite con Álava, en sus pueblos de Galbarra, Gastiain, Narcué, Ulibarri y Viloria, emplazados en una depresión con el impresionante telón de fondo de las crestas calizas de la sierra de Lóquiz. Aprovechaban la leña de sus bosques, principalmente los encinares, y el producto se vendía a buen precio a los pueblos del somontano y de la Ribera. Esta actividad completaba sus economías basadas principalmente en la agricultura y en la ganadería.

La técnica tradicional del laboreo del carbón consistía en formar primeramente un amontonamiento cónico de varios pisos de leña, en un lugar cercano a la madera abatida, y dejar en el centro una chimenea formada por cuatro tablas para la respiración. Una vez concluida esta pira, se recubría totalmente de leñas muy delgadas, de hojarasca y de una capa de tierra fina y muy apretada, para de esta forma evitar la respiración incontrolada.

El tiro también se regulaba por algunos agujeros estratégicamente colocados, y así, al encenderse la leña, se producía una combustión parcial y lenta que solía durar alrededor de un mes. Era imprescindible una constante labor de vigilancia, de tal forma, que durante las primeras jornadas dormía el carbonero junto a la pira; posteriormente lo hacía a distancia, valiéndose del indicio del humo que debía desprenderse como una nube blanca. De la esmerada operación dependía la calidad del producto.

La comercialización era llevada a cabo normalmente por los propios carboneros. Transportaban los sacos a lomos de pacientes animales de carga, y peregrinaban de pueblo en pueblo anunciando a gritos su mercancía de puerta en puerta y midiendo sus ventas con un cesto de mimbre. Eran seres típicos, esforzados y primitivos, salidos de la propia entraña de los montes.

**E**

stella, centro de una rica comarca y cruce de vías naturales, se ha hecho famosa por sus mercados. Es más, nace como ciudad-mercado, a la vera del Camino de Santiago y como etapa final de jornada, reinando Sancho Ramírez en 1090. Desempeña una polivalente función hospitalaria, artesanal y comercial, y en ella tienen un papel fundamental los frances y los judíos.

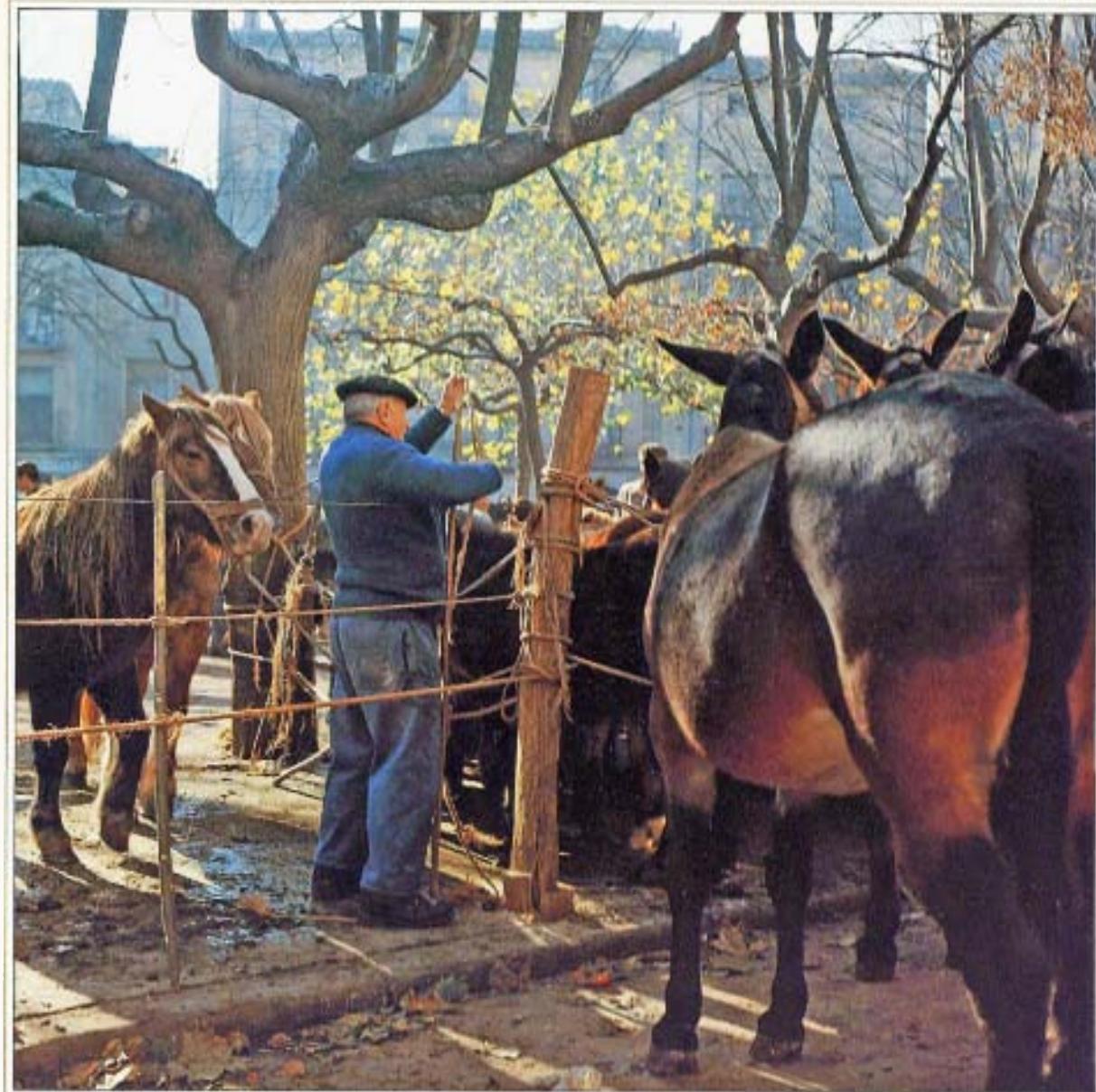
Había calles del Mercado Viejo y del Mercado Nuevo, su Rúa Vieja también se llamó Rúa de las Tiendas, y sus mercados de los jueves ya comenzaron a celebrarse desde tiempos medievales en los barrios de San Miguel, San Juan y San Salvador del Arenal.

Según el Códice Calixtino, la guía turística más antigua que conocemos de la Ruta Jacobea, «en Estella encontrará el peregrino buen pan, excelente vino, mucha carne y pescado y la ciudad está llena de toda felicidad».

La vieja Lizarra sigue siendo en la actualidad un polo de atracción comercial para toda la comarca, especialmente en sus tradicionales jueves de cada semana, en los que se registra una inusitada actividad. Las plazas se convierten en cuadros de color y vida; en la de los Fueros pululan los puestos de aves de corral, frutas, hortalizas, productos industriales y baratijas, mientras que en la de Santiago es el ganado de cerda, principalmente los gorrines, los que acaparan la atención.

A este mercado acuden los agricultores del somontano y Ribera a intercambiar sus productos con los pastores de los valles de montaña, y ambos compran manufacturas, conviven con sus amistades y familiares y tienen un día de asueto.

Los primeros jueves de cada mes son los señalados para la compra-venta del ganado caballar, mular, asnal y vacuno, y con ocasión de la Feria de San Andrés, patrón de la ciudad, anuncia orgullosamente su Ayuntamiento que vienen celebrándose «desde hace seiscientos años y que en ella se podrá adquirir la famosa jaca navarra».



Feria de Estella



Mañeru y Terriagüi en primavera.



rilla y bulle la primavera en las viñas de Mañeru.

El lugar fue habitado en época romana, como lo prueba su propio nombre (*manerium*: casa de campo) y el pequeño Mercurio de bronce, del siglo II, descubierto aquí y conservado en la Fundación Arrese de Corella.

En 1193 el rey Sancho el Sabio le dio fueros, que la villa no perdió ni siquiera bajo la jurisdicción de la Orden de San Juan de Jerusalén, desde finales del siglo XIII hasta 1555.

A la vera del Camino de Santiago, empedrado hasta hace poco tiempo, todavía se mantiene airoso el ábside poligonal de la ermita de Nuestra Señora del Rosario, «iglesia chiquita» o «la Primicia», nombre este último debido al almacén que fue de diezmos y primicias en especie, recogidos para el culto y clero.

Por encima del casco urbano de trazado medieval y de rica arquitectura civil barroca, sellada de espléndidos escudos, se levanta la monumental iglesia parroquial neoclásica, que sustituyó a la

anterior del siglo XVI. Cada día, a la hora de la puesta del sol, parece querer recoger a todo el caserío.

Mañeru, dentro del valle que lleva su nombre, fue siempre un pueblo pobre, de terreno escaso, que fue perdiendo cientos de sus habitantes, sobre todo después de la guerra y en los primeros años de la industrialización de Navarra. Pueblo seco, lleno de pozos caseros, sólo en mayo de 1983 vio caer agua abundante de los grifos gracias a la traída desde el nacedero del Ubagua, en Rieu.

Pero más que por el agua, Mañeru es conocido por sus vinos de tres colores, premiados una y otra vez en los últimos años.

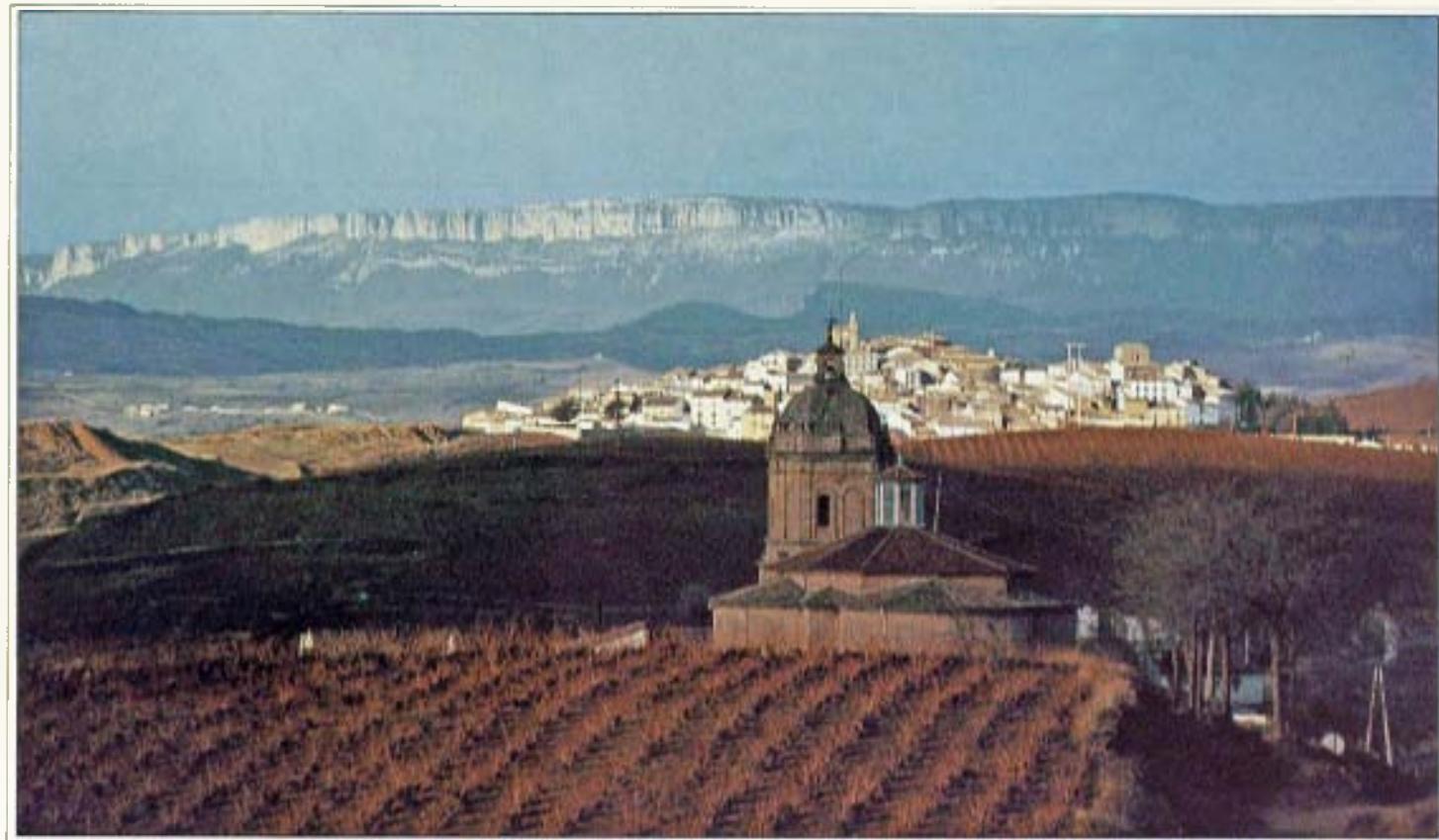
Los vinos rosados de Navarra, afrutados y aromáticos, se cuentan entre los mejores de España. Su color va del rosa pálido de Valdizarbe al rojo cereza de la Ribera. El de Mañeru tiene color de piel de cebolla, es aromático, fresco, eminentemente afrutado, de alta graduación. El tinto es de color rojo rubí con tonos granates, de aroma intenso, redondo, de graduación media-alta. El blanco,

de reciente producción, lleva un color amarillo pálido, es aromático, seco y alegre.

La Bodega Cooperativa, que recoge una producción media de 800.000 litros, se hizo tarde y con no poco esfuerzo. Hoy es lugar famoso de citas sabatinas y domingueras con pequeños compradores, que se llevan, garrafón a garrafón, toda la cosecha.

No todo son glorias. La reciente fábrica de conservas, en manos de alemanes, se va por donde había venido. El regadio del Soto se quedó sin hacer. Los yesos locales se van, en su mayor parte, fuera del pueblo.

Los domingos por la tarde sale la bandada de los mañerucos que vuelven cada semana. Y el pueblo se queda con su puñado de habitantes. Con su torre maternal y sus viñas disciplinadas.



Mañeru y Cirauqui en invierno.

**C**irauqui se levanta, entre alertado y seguro, frente a la festoneada cornisa calcárea de la Sierra de Lóquiz. El sol se recoge, esta mañana de invierno, en la cal del caserío montaraz.

La calzada y el puente de origen romano nos llevan por las rutas oscuras de los siglos. Pero nos perdemos pronto.

Un día fue señorío de don Egidio, pasó al rey Sancho el Fuerte en 1205, y perteneció al Condado de Lerín durante el siglo XV. Desde entonces y hasta la última guerra carlista, en la que se hizo celebre don Tirso Larequi, llamado «El Cojo de Cirauqui», la villa tuvo que defenderse muchas veces de unos y otros, sin que le bastaran las defensas naturales del Monte Esquinza –con su ermita de San Cristóbal–, Marcalagain y Chapardia, y mucho menos el río Salado y su afluente el Iguste.

Aún quedan restos y puertas de las murallas medievales. Desde ellas se organizó el trazado urbanístico, entre cuestas y quebros, en anillos circulares concéntricos, que confluyen en la igle-

sia fortaleza de San Román, ampliada y remodelada en los siglos XVI y XVII.

Esplendente en su interior de barroco y rococó, con valiosas tallas y rica orfebrería, es conocida sobre todo por su bella portada, emparentada con las de Puente la Reina y Estella, en la que se fusionan elementos musulmanes, románicos y cistercienses, con una abundante decoración vegetal y figurativa.

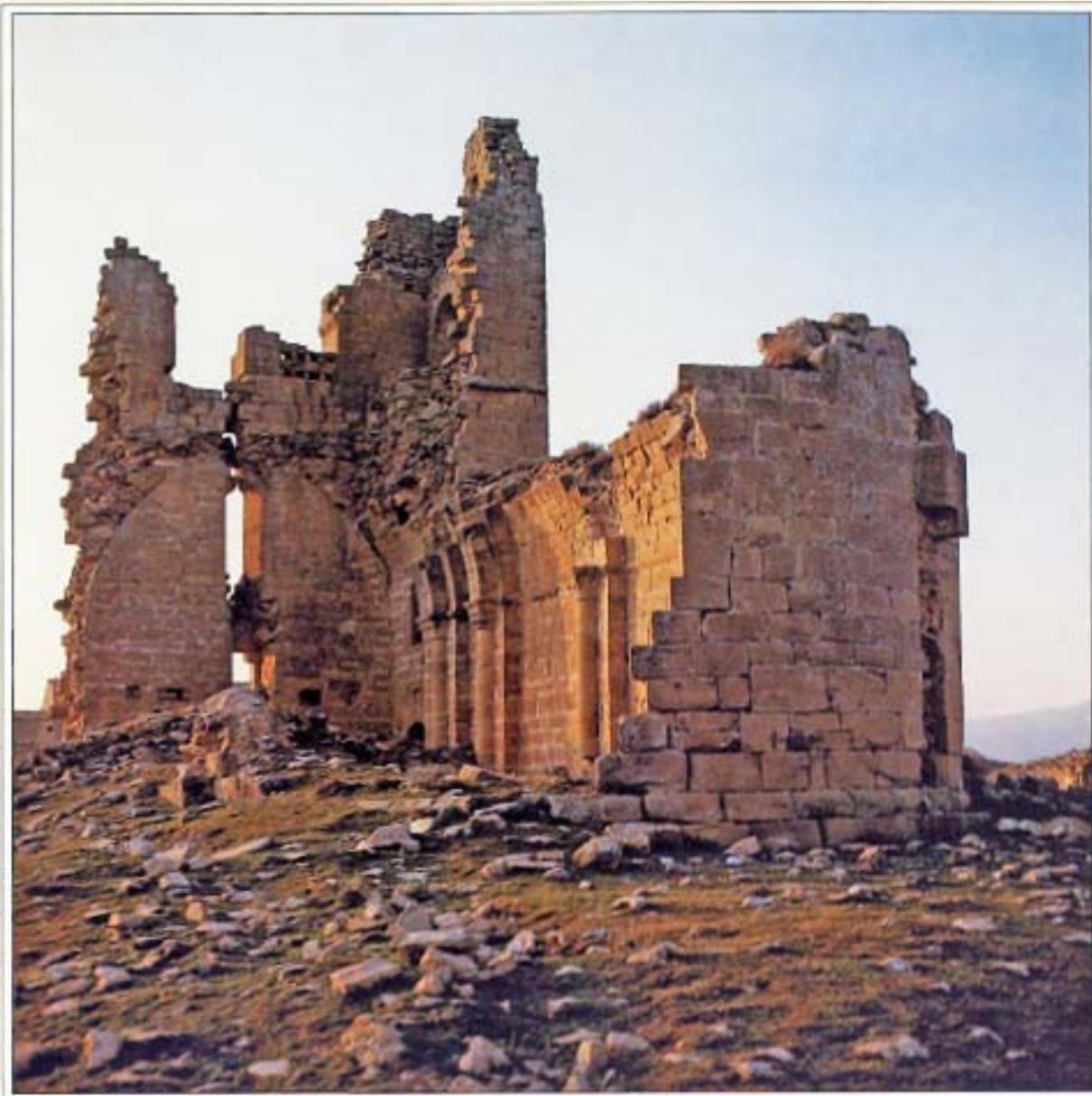
Su torre de ventanas geminadas, arcos apuntados y templeteillo de cabeza de gallo domina sobre los dulces viñedos, los extensos campos de cereal, los recientes pinos de repoblación y las antiguas encinas.

Más humilde se yergue la torre de la iglesia, también románica, de Santa Catalina, y más lejos, entre Cirauqui y Mañeru, la graciosa ermita medieval de Aniz, que necesita urgente restauración.

Orgulloso de sus vinos y su historia, Cirauqui ha perdido en este siglo, lo mismo que los pueblos cercanos, buena parte de sus habitantes. Ni la pequeña industria, que llegó tarde y de fuera, ni los nuevos, pequeños, servicios pudieron retener

la forzosa emigración.

Pero hoy Cirauqui, pueblo acostumbrado a tareas más duras, se levanta más limpio y claro que nunca, confiando, y no sólo esperando, en sus propias capacidades.



*Ermita de la Purísima Concepción de Baigorri.  
Oteiza de la Solana.*

**E**stas son las ruinas de lo que fue iglesia de la Purísima Concepción de Baigorri, lugar hoy despoblado y perteneciente a Oteiza de la Solana. Fue templo de estilo protogótico, del XII-XIII, con una sola nave dividida en cuatro tramos y ábside semicircular.

Baigorri era en 1234 villa a la que Teobaldo I confirmó sus fueros. En 1416 el vecindario había bajado de 30 a 9 fuegos. En 1468 era desolado.

Baigorri y su palacio pertenecieron al condado de Lerín. El condado lo creó Carlos III para su primo Luis de Beaumont, al celebrar el compromiso matrimonial de éste con Juana de Navarra, hija natural del monarca navarro. El condado se instituyó con Cirauqui, Eslava, Sada y Sesma, además de la villa titular, Lerín. A lo largo del tiempo la territorialidad del título varió bastante y comprendió Allo, Andosilla, Cárcar, Dicastillo, Lodosa, Mendavia, Saraguda y Sesma.

Luis de Beaumont dio nombre a los beamonteses, partidarios de Carlos, Príncipe de Viana, frente a su padre, don Juan, a quien apoyaban los secuaces encabezados por el señor de Agramont. No fue aquélla una historia lineal en que las banderas nunca cambiaron de bando, cuyos epónimos, ambos bajonavarros, alimentaban viejas rencillas familiares.

El segundo conde de Lerín, homónimo del primero, contrajo matrimonio con Leonor de Aragón, hija natural que el rey don Juan tuvo con una dama navarra de la familia de los Ansa, y en 1507 sufrió condena en rebeldía y vio cómo sus bienes eran confiscados y repartidos.

El tercer conde de Lerín, también Luis de Beaumont, formó en el ejército de Fernando el Católico que invadió y conquistó Navarra. El rey, tío suyo, devolvió al conde las propiedades.

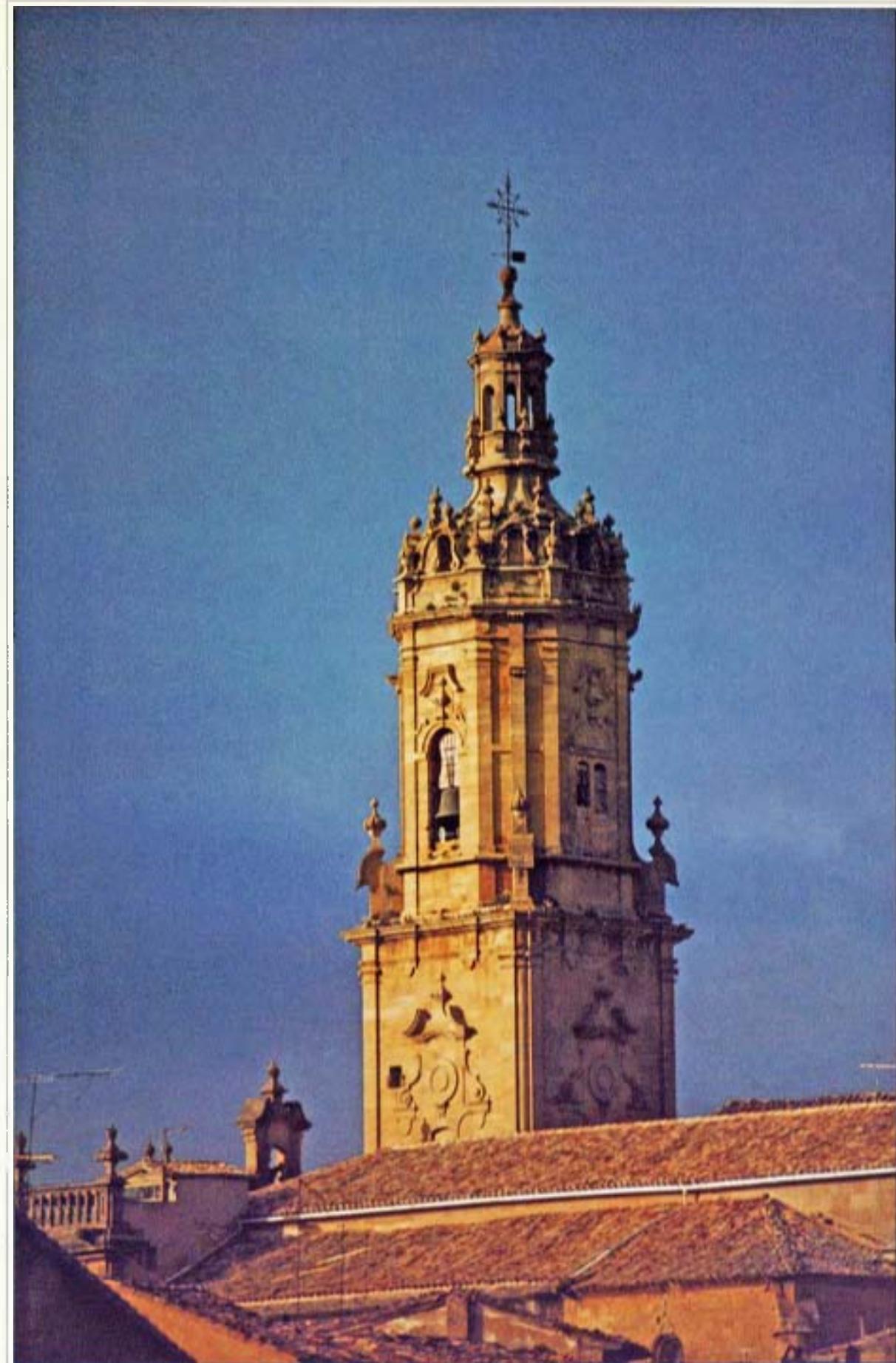
El condado se integró en la Casa de Alba en 1564, cuando Brianda de Beaumont, hija del cuarto conde, casó con Diego de Toledo, hijo segundo del de Alba.

Baigorri, señorío con monte y bosque que sumaba 2.385 hectáreas y alcalde natural del reino nombrado por el conde, gozó un regadio efímero en el XVI. El pasado siglo Madoz consigna que la ermita servía de refugio a los guardas y el palacio ofrecía «pocas comodidades y desagradable aspecto». Hace siete años los agricultores compraron las tierras del condado. Baigorri ha perdido buena parte del monte y de su interés ecológico.

**S**obre un alto –*mendi*– dominando la vega del Arga. Mendigorría apiña sus casas en torno a la iglesia de esbelta y delicada torre. Es un pueblo viejo que ya en el siglo XI mantuvo contiendas con Artajona sobre límites y términos, aforado e incorporado al patrimonio de la Corona por Sancho el Fuerte. Concede el fuero que los vecinos que tuviesen caballo, escudo y capillo de hierro queden exentos de alojamiento.

En la villa y sus campos se ha luchado desde la Edad Media hasta las Guerras Carlistas. Fue conquistado por los castellanos en 1378 y recuperado poco después por Carlos II. En las luchas civiles del XV permaneció fiel a Juan II y los bermonteses talaron y quemaron sus campos, arrasando cerca de cien casas, de tal modo «que a moros no se podía peor hacer». La princesa Leonor, para compensarles, agrandó sus términos, añadiéndoles a perpetuidad parte de los pertenecientes a los pueblos vecinos, que como Puente la Reina, Larraga, Mañeru... habían sido agresores y contribuido a su ruina.

La iglesia de San Pedro con su torre se construye, sobre otra anterior, en el último tercio del siglo XVIII –transición del barroco al neoclásico– y es una de las más bellas de Navarra de su tiempo. La tradición cuenta que la torre se construyó con vino en vez de agua, pero precisamente en esa época, con el mercado de América abierto, es cuando los caldos navarros alcanzan más alta cotización. Puede afirmarse con toda seguridad que fue construida con vino, pero no utilizándolo directamente, sino contando con los pingües beneficios que entonces proporcionaba.



Torre de San Pedro de Mendigorría.



*Campollano. Al fondo, Mendigorría.*

**C**ampollano es el conocido término de Puente la Reina representado en esta fotografía, con Mendigorría vigilando desde lo alto de un cerro rojizo. Muchos turistas lo han contemplado, aunque la mayoría sin saber su nombre, desde el pequeño puerto que separa dicha villa de la de Mañeru. Otros han oído hablar de Campollano a propósito de las alubias o porque han leído algún libro o folleto sobre la historia puentesina o la biografía de quien planeó la extensión y el perfeccionamiento del sistema de riego que rige aún en nuestros días. Para un geógrafo, sin embargo, Campollano es, ante todo y sobre todo, el primer regadio importante del Arga, como un esbozo y antílope de lo que son, en grande, los de la Ribera.

También riega el Arga pequeñas extensiones de tierra a su paso por la Cuenca de Pamplona y sobre todo en la Val de Echauri. Pero ni el régimen pluviométrico exige aquí imperiosamente todos los veranos el riego artificial de los campos, ni el térmico es favorable, dada la frecuencia de heladas y temperaturas cercanas a 0°C durante lar-

gos períodos de tiempo, a una amplia gama de cultivos rentables. En efecto, las fechas más frecuentes de la primera y última helada son en Pamplona el 15 de noviembre y el 15 de abril, habiéndose conocido heladas anteriores y posteriores (3 octubre y 19 de mayo), y el déficit de agua es de sólo 22 mm. en julio, 81 en agosto y 26 en septiembre.

Las cosas cambian aguas abajo de la Cuenca, pasada la estrecha y sinuosa garganta que el Arga traza al atravesar el complejo detritico (conglomerados y areniscas) del Perdón y concretamente cuando llega a Puente la Reina. Aquí hay ya un marcado déficit de agua (en junio está prácticamente agotada la reserva hidrica del suelo, en julio el déficit es de 101 mm., en agosto de 109 y en septiembre de 61 mm.), ya que las precipitaciones caídas son menores que en Pamplona (550 mm. frente a unos 900 mm.) y la evapotranspiración potencial, mayor. El regadio de Puente la Reina abarca un total de 190 Ha. y se dedica preferentemente a hortalizas (sobre todo, pimiento) y judías.

**L**a Navarra Media pasa por el valle de Iizarbe y las tierras de Artajona. Ambas demarcaciones históricas y administrativas confluyen en la Nequea o las Nequeas, de movido relieve, barrancos salinos y yesos plegados, con dólmenes y talleres de silex. En un extremo el corredor del Carrascal se abre a la Valdorba y por él discurre el camino tradicional que baja al Ebro.

Los pueblos de Valdizarbe constituyen una vieja comunidad de intereses que resolvían sus problemas, desde el siglo XII, en la «calostra» de Eunate. Sus moradores eran pecheros del rey y collazos de monasterio, y a partir del siglo XIV sus tributos se asignan directamente a una serie de personajes de la Corte para pagar sus servicios. Es el caso de Tirapu y Añorbe. De economía fundamentalmente agraria, el cereal va sustituyendo cada vez más a la viña y en la actualidad se ensayan nuevos cultivos, como la colza que en primavera destaca parcelas amarillas entre los verdes de siempre.

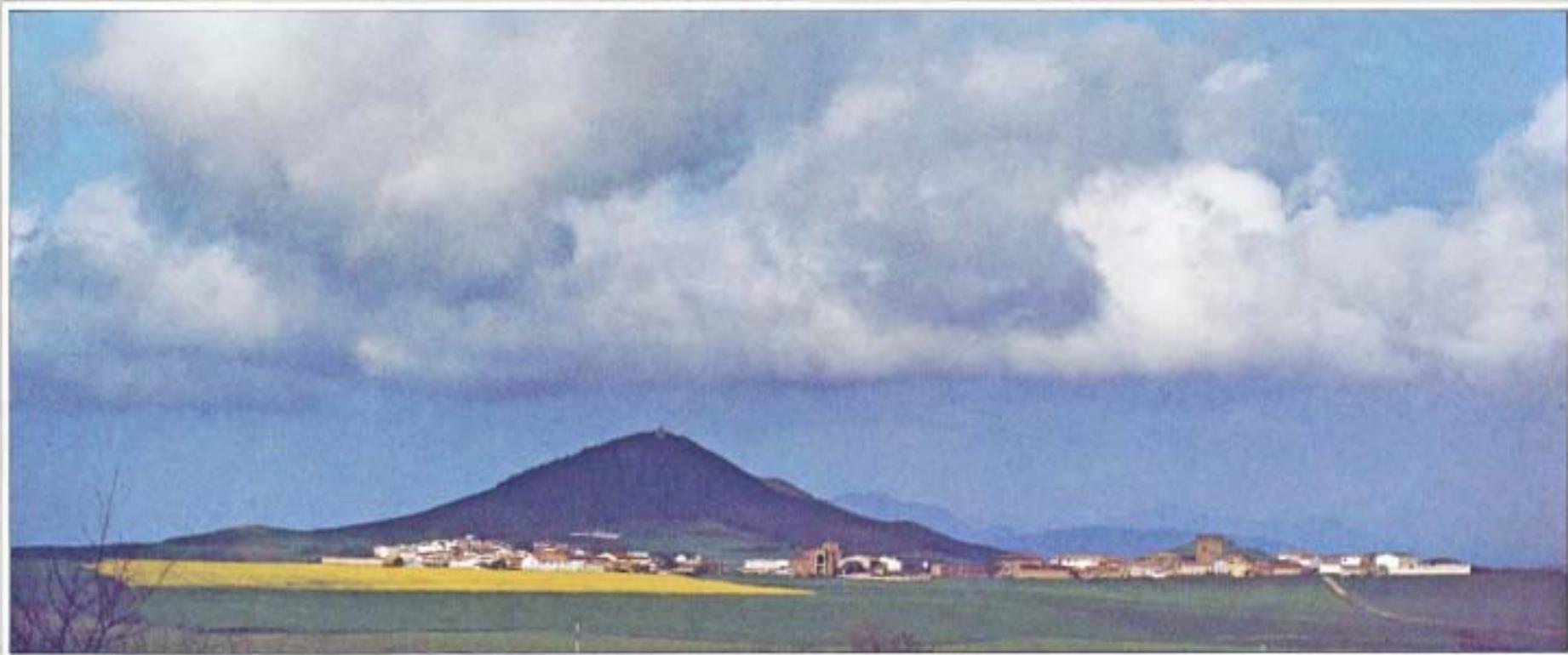
Artajona conserva como ningún otro lugar de Navarra su fortaleza medieval de excepcional interés, que está siendo restaurada, y en la que se incluye la iglesia gótica de San Saturnino, que guarda un estupendo retablo del XVI pintado por Díaz de Oviedo.

Esta iglesia perteneció a los canónigos de San Cernin de Toulouse desde el siglo XI al XVIII en que pasó a depender de Roncesvalles. Juntoamente con Larraga, Olite, Miranda y Cebror constituyó en el siglo XII un pequeño reino castellano dentro de Navarra –el reino de Artajona– bajo la autoridad de Sancho, hijo del emperador Alfonso VII, que duró pocos años.



Artajona.

Otoño, Tirapu y Añorbe





*La Cuenca de Pamplona, desde Irulegui.*



L

a Cuenca de Pamplona, a la que pertenece el espacio de la fotografía, es una hoyada intramontañosa (500 m. de altitud media) avenada por el Arga, en pleno corazón del Prepirineo occidental y de lo que fue solar del viejo Reino navarro. Aquí convergen las principales rutas naturales de comunicación, jalonadas por las actuales carreteras. Forma parte del conjunto de hoyas y canales que los geógrafos suelen conocer, siguiendo a Solé Sabaris, como Depresión media prepirenaica y entre las que hay que mencionar, entre otras, la Canal de Berdún y la Cuenca de Lumbier-Aóiz.

La fotografía está tomada desde el pequeño arco serrano (concretamente, desde las ruinas del castillo de Irulegui) que cierra por el E. al valle de Aranguren, separándolo de los de Lizáain, Iza-gaondoia y Unciti. Dicho arco es muga natural entre la Cuenca de Pamplona, a la que pertenece el primero de los valles mencionados, y la de Lumbier-Aóiz, en la que deben incluirse los otros tres. El primer plano de la fotografía corresponde al valle de Aranguren (se ven el lugar de este nombre y Laquidáin) y, al fondo, Pamplona y San Cristóbal. Las serrezuelas de la derecha forman parte del tramo septentrional del arco antes mencionado, desde Malkaiz (771 m.) a Laquidáin (892 m.); por lo que atañe a la geomorfología, son crestas de arenisca del Eoceno intercaladas entre las típicas margas gris-azuladas de dicho periodo geológico, que aquí los campesinos llaman tufa y a expensas de las cuales la erosión modeló los valles, colinas suaves, ripas abarrancadas y pequeñas llanuras escalonadas, horizontales o en plano inclinado (terrazas, glacis de erosión) que accidentan la Cuenca de Pamplona.

Tiene ésta clima y vegetación natural de tipo submediterráneo: no se cultiva el olivo, la vid únicamente en los carasoles, el haya sólo se da en las umbrias altas y la encina en las solanas. Quejigales y robledales de hoja pequeña y marcescente cubrirían la mayor parte de su territorio, que el hombre convertiría pronto en «granero» cerealista (en la actualidad domina la cebada de ciclo corto); en las serrezuelas orientales aparece el pino silvestre, que aquí encuentra el límite occidental de su expansión por Navarra, y en lo alto de las vertientes montañosas orientadas al N. y NO., pequeños rodales de hayas. Tales son los aspectos geobotánicos que pueden verse, p. ej., en el arco montañoso referido.



*La Cuenca de Pamplona, desde la Peña de Echauri*

*L*a cuenca de Pamplona es una depresión morfológica, excavada por efectos de la erosión en materiales más blandos que los que existen en las elevaciones que la rodean. Esta depresión es irregular debido a que, entre las margas que forman la base de la cuenca, se intercalan niveles más resistentes (areniscas).

En la zona de Echauri, el relieve del borde de la cuenca es más abrupto que en el resto, a causa de la existencia de una falla que ha hundido la parte correspondiente a la cuenca. El escarpe de Echauri constituye un claro ejemplo de escarpe de línea de falla, producido por la erosión diferencial que ha actuado «a posteriori» del accidente tectónico.

La erosión diferencial está condicionada por la mayor resistencia de las calizas que dibujan el escarpe y la menor de las margas sobre las que se ha excavado la cuenca.

Por otro lado, la erosión actual del farallón calizo hace retroceder el escarpe, suministrando una importante cantidad de derrubios que se acumulan al pie del mismo, dando lugar al plano inclinado que une el escarpe con la depresión.

*L*as margas de Pamplona, que constituyen el sustrato de una buena parte de la Cuenca, ocupan una zona extensa de Navarra que va desde las estribaciones de Sarbil hasta la sierra de Leyre, extendiéndose luego hacia el Este por la canal de Berdún y la cuenca de Jaca. En algunos puntos pueden alcanzar espesores de hasta 2.000 metros.

Son rocas impermeables y fácilmente erosionables, debido a que son muy susceptibles a la

meteorización al quedar en contacto con la atmósfera. Por efecto, principalmente, de los cambios de humedad, se convierten en un material que se desmenuza fácilmente. Sin embargo, en profundidad son una roca dura y coherente. Cuando no están protegidas por rocas más duras como, por ejemplo, los niveles de areniscas que suelen intercalarse en ellas, se erosionan con facilidad dando relieves suaves, sobre los que se instala una red fluvial con barrancos ramificados y valles muy anchos.

Superficialmente, las margas se meteorizan hasta una profundidad de 2 ó 3 metros, y sobre ellas se desarrolla un suelo arcilloso que, gracias a las temperaturas medias anuales (9-10°) y la pluviometría de la zona (700-900 mm.), ha favorecido la implantación de cultivos cerealistas de una forma casi exclusiva.



Vista aérea de la Cuenca de Pamplona.



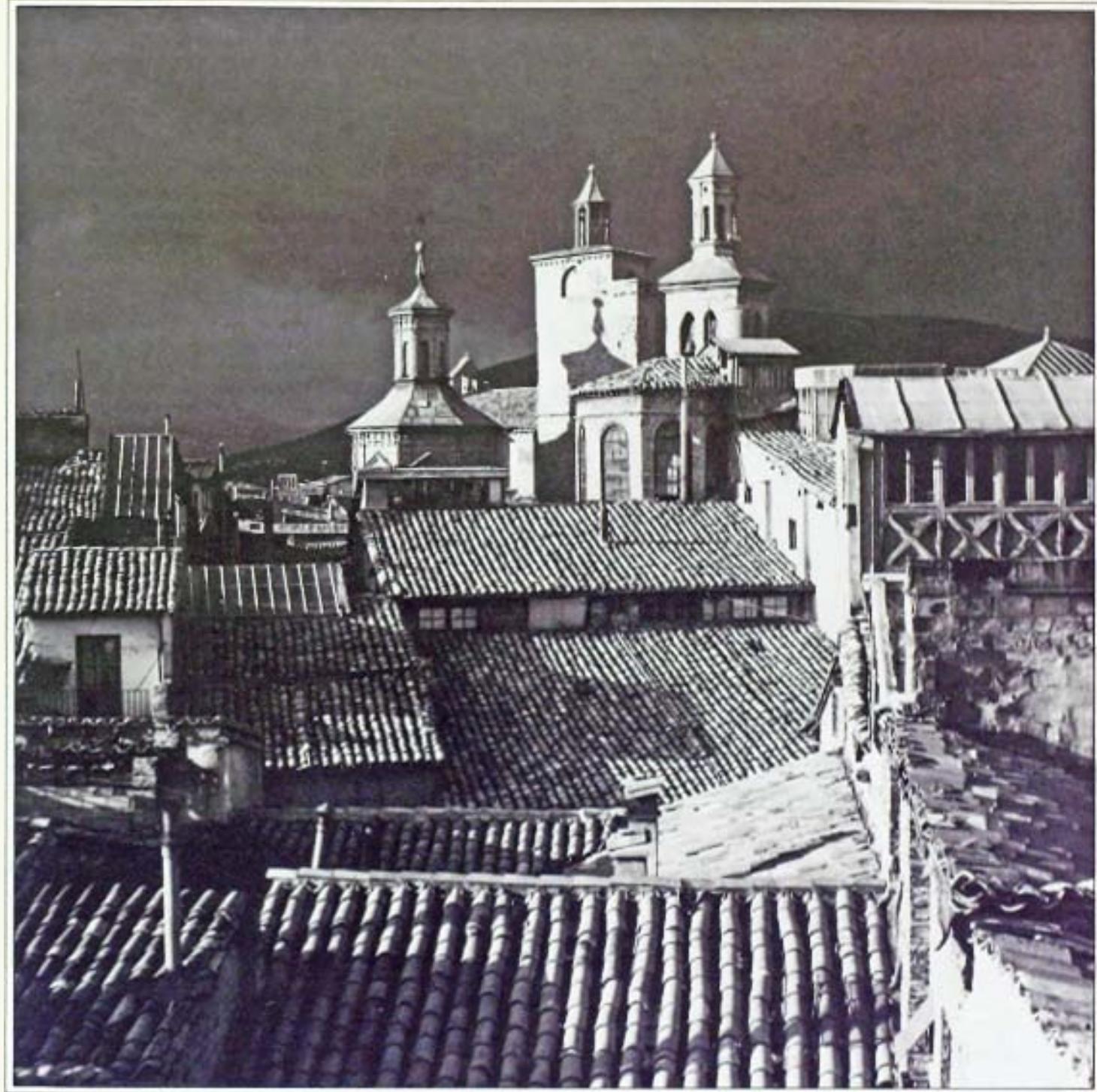
Jesús Basiano. *Vista de la Rioja Alta y Pamplona.*  
(Colección particular).

P

rofundo paisaje escénico éste que nos ofrecen los pinceles de Basiano, con la ciudad de Pamplona asomándose al río Arga desde los escarpes de la vieja acrópolis romana, oculta bajo los cimientos de la Catedral y calles aledañas. La ciudad vista ante sus defensas naturales, en medio de la Cuenca que la abraza y conserva con cariño. El Monte de San Cristóbal y los que inician la Barranca a lo lejos son testigos de una historia ya vieja, narrada por cronistas y escritores, que el pintor murciano Jesús Basiano glosa en esta imagen con el colorismo y grandiosidad de sus mejores obras. Es la ciudad apacible y aldeana de mediados del siglo XX, lindante a huertas con casas de labranza y caminos que

orillan las choperas. La ciudad de la preindustrialización. Un lugar ameno para un pintor impresionista como Basiano, que pone toda su alma en esos azules y malvas, ritmados con los ocres amarillo-verdosos de la vegetación. Su capacidad para tratar el espacio plástico alcanza en este paisaje de Pamplona su medida exacta: la elección del punto de vista para dar la composición natural del medio físico; la perfecta modulación de los términos; la atmósfera que se percibe en la distancia; y, por encima de todo, la sabiduría en el representar los efectos de luz y color sobre la masa aérea. Intangible y huidiza del cielo, ponen de manifiesto de manera rotunda la gran calidad pictórica que se escondía tras un hombre de apariencia ruda, que muchos malinterpretaron.

Burgo de San Cernin  
de Pamplona.



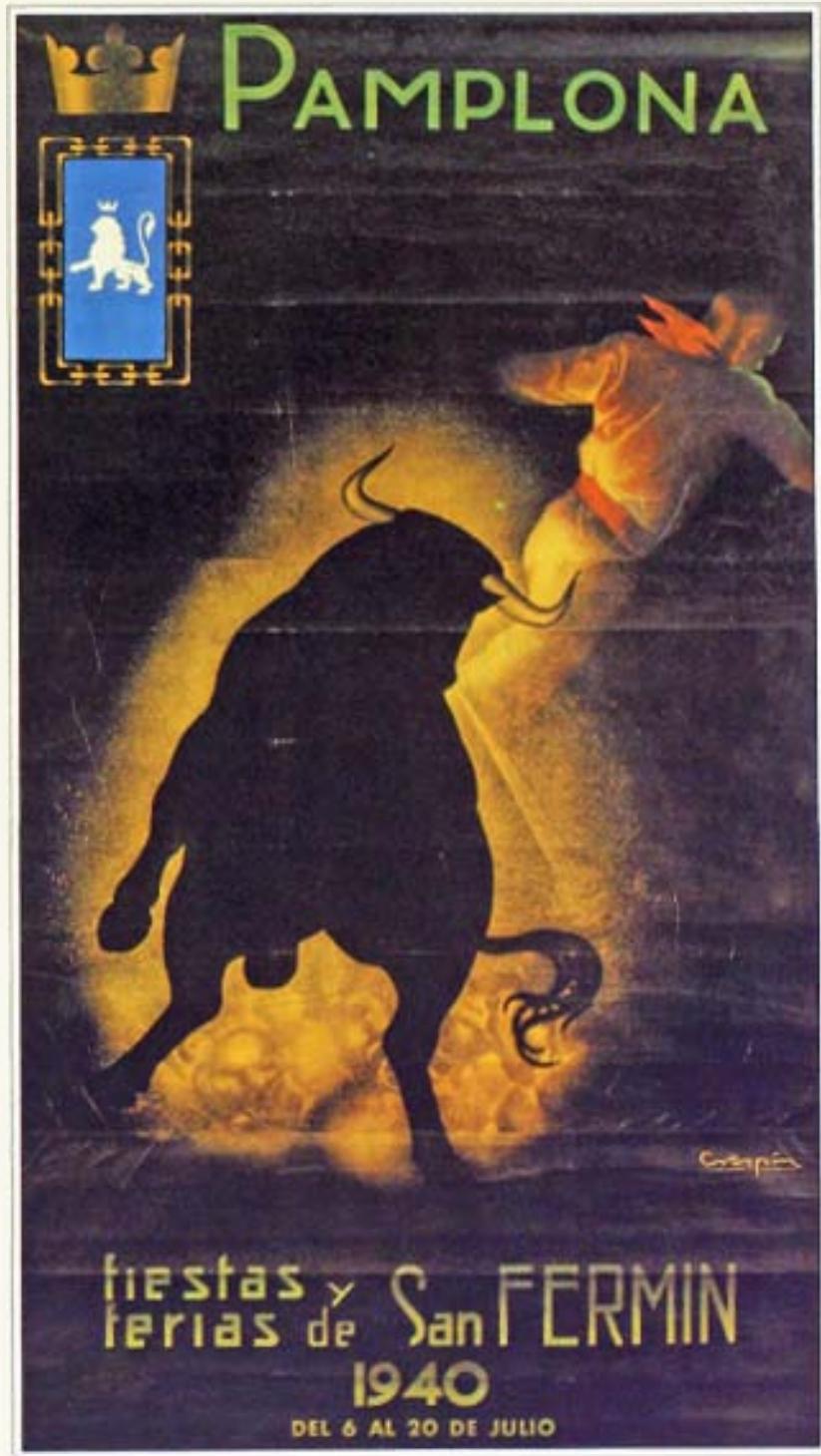
obre los tejados del Burgo se elevan las torres de San Cernin: dos medievales que erigieron los menestrales y comerciantes frances y la tercera, más pequeña y moderna, sobre la capilla de la Virgen del Camino construida a mediados del XVIII.

La urbanización de Pamplona cambió tras el Privilegio de la Unión. Hasta 1423 las tres ciudades –Navarrería, San Cernin y San Nicolás– fueron núcleos independientes separados por fosos y murallas. A partir de esa fecha se establece una

sola jurisdicción y se levantan nuevas calles apoyadas en los muros. Todavía pueden verse lienzos de defensa tras algunas casas.

La devoción a San Saturnino –el galicismo San Cernin ha quedado como nombre del santo, del templo y del barrio– la trajeron los primeros pobladores del Burgo, que llegaron atraídos por los fueros fundacionales del Bataillador, de Cahors y la cuenca del Garona, próximos a Toulouse. No sabemos si importaron también o entonces ya se conservaba en Pamplona la tradición de la evangelización de la ciudad por San Saturnino.

La iglesia actual, del siglo XIII, sustituyó a la anterior románica. Al mismo tiempo surgió la famosa y rica cofradía «Oculi mei». La Virgen del Camino parece que se veneraba ya a principios del siglo XV, aunque el auge de su culto se desarrolla a partir del XVII.



Carteles de las fiestas de San Fermín.

**L**os carteles de las ferias y fiestas de San Fermín responden a los gustos de cada época y reflejan la idea dominante de los pamploneses sobre aquéllas. El cartel de 1895 presenta de un golpe todo: los espectáculos taurinos y los musicales, más una vista de la ciudad desde el Arga y la llegada del encierro al coso. Sarasate destaca en la nómina de artistas: los conciertos

matinales de D. Pablo eran plato fuerte en aquellos días. Este es el primer cartel, de los conservados, en que aparece el encierro. El de 1940, de Crispín, responde a otra estética y a un evidente cambio de gustos. Han desaparecido los conciertos y la ópera. La figura postbólica era el mozo, blanco de atuendo, rojos la faja y el pañuelo, que corre el toro, así, corre el toro. Son los dos protagonistas de la fiesta, los dos elementos esencia-

les e hipostasiados. Sin ellos, los Sanfermines serían unos festejos más, anodinos y sin carácter, de ciudad de tercer orden.



*Procesión de San Fermín: regreso del Ayuntamiento.*

**L**a Plaza Consistorial es la primera y principal de Pamplona, el salón noble de la ciudad. Es la primera, porque nació al fundir Carlos III el Noble los tres burgos en la Pamplona actual (1423) mediante el *Privilegio de la Unión*: el rey manda que en el espacio abierto entre los tres núcleos se levante la Casa de la Jurería, o Ayuntamiento. Y es la principal, como escenario de los fastos y actos protocolares de la Ciudad. En Sanfermines también.

Los Sanfermines se descorchan puntuales a las doce horas del 6 de julio. En la Plaza abarrotada apenas los músicos pueden mover los brazos: la masa es compacta, sudorosa e impaciente. Cuando las manecillas del reloj se acercan al mediodía vertical, se pueblan los balcones de la Casa de la Ciudad. Un concejal toma la gresca, grita «Pamploneses, ¡Viva San Fermín!» en romance y euskara y prende el primer cohete, el que rasga el año civil de esta comunidad. La fiesta, como dijo Hemingway de modo no superado, estalla. Es el cohete, que ahora se ha dado en llamar chupinazo con grueso error pirotécnico. El cohete que abre la fiesta no es un chupinazo.

Muchos piensan que ésta debe de ser costumbre añeja. No. El cohete, tal como lo conocemos, es moderno. Sabemos que en 1901 hubo disparos de cohetes al mediodía del 6 a cargo de pirotécnicos, en la Plaza del Castillo. La ocurrencia

fue atrayendo número creciente de espectadores y gente menuda, en las décadas siguientes, en las que los pirotécnicos cedían la mecha a algún vecino con ganas de jolgorio. Es en 1939 cuando dos pamploneses de vocación, Joaquín Iñundain, «Jokintxo», y José María Pérez Salazar se presentan en la Plaza del Castillo y con la alegría de los Sanfermines recuperados disparan solemnes unos cohetes. Al año siguiente, «Jokintxo», teniente de alcalde, imprime cierto carácter oficial a la iniciativa. Y en 1941, tras proponerlo al Ayuntamiento, que accede, él mismo efectúa el primer disparo oficial del Cohete desde la balconada consistorial. Así nació un rito hoy multitudinario. Como todo lo bueno de estas fiestas, surgió en la calle, como iniciativa personal, no en una comisión, ni en covachuela, propuesta por sedicentes expertos en cultura popular, sino padreada por vecinos con cuerpo de jota.

En la misma plaza mueren las fiestas, y de la plaza parte el Riau-Riau, y de allí arranca y allá vuelve la corporación municipal, clarinetos y danzaris en la mañana del santo obispo, que no es patrono de la ciudad, y en su octava.



*Danzantes en la Plaza del Ayuntamiento de Pamplona.*



*Txistularis del Ayuntamiento de Pamplona.*

**N**o hay fiesta sin gaitas y txistu. Gaita es en Navarra lo que en términos estrictos se llaman dulzainas o chirimías, es decir un oboe rústico. El txistu es una flauta de pico, generalmente en madera, cuya extensión suele ser de dos octavas. La gaita domina el bullicio y suena a tierras llanas. El txistu es de sonoridad dulce y húmeda y evoca los valles y danzas septentrionales. Los txistularis municipales visten en Pamplona a la federica, desde su fundación en 1942.

*Procesión  
de San Fermín.*

**S**egún la tradición, Fermín, hijo de un patrício de la Pamplona romana, fue bautizado por San Saturnino al tiempo de su primera predicación en la ciudad. Con los años, aquel joven cristiano llegaría a ser el primer obispo de la sede de Iruña. En su labor evangelizadora llegó hasta Amiens, en Galia, donde los magistrados, alarmados ante los efectos de su predicación, que atraía numerosas conversiones, lo mandaron decapitar una noche, rodeado del mayor sigilo.



Pamplona ha profesado siempre singular veneración a San Fermín. La mañana luminosa del 7 de julio, la efigie morena del Santo paisano recorre procesionalmente, rodeada de fastos barrocos, las calles de la vieja ciudad. Le acompañan, vestidos de gran gala, concejales y canónigos, gremios y cofradías, gigantes y danzarines. La gente espontáneamente prorrumpie en vivas y aplausos, y en cualquier rincón o encrucijada le cantan con cariño y emoción coros y rondallas.



*Encierro de Pamplona en 1922.  
(Archivo Municipal de Pamplona).*

E

nciero es, según la definición oficial, el «acto de traer los toros a encerrar en el toril». Cualquier pamplonés diría que para el encierro diario de los Sanfermines es cierta y válida, pero insuficiente. Aquí el encierro no es trabajo de transportistas, sino algo más. Según unos, rito iniciático masculino; para otros, una forma callejera de lidia.

Los toros llegan a los corrales del Gas, en el barrio de la Rochapea, en cambretas montadas sobre camiones. En el Gas reposan una semana, más o menos, y la noche anterior a su lidia y muerte, protagonizan el «encierrillo», que es su traslado hasta los corrales de Santo Domingo, habilitados sobre la muralla, a las puertas de la ciudad y al pie de la cuesta de ese nombre. En el «encierrillo» sólo corren las reses bravas y los cabestros, azuzados por los pastores. Es una carrera fulgurante y diríase que furtiva, cuando las estrellas comienzan a titilar.

Los toros viven su última noche en los corrales de Santo Domingo. De allí parten cuando suenan las seis en punto de la mañana, hora solar, en la torre de San Cernin y se prende el cohete anunciador. La manada bovina sale veloz y ataca el repecho inicial, donde esperan los corredores.

Entre los corrales de Santo Domingo y los de la plaza de toros hay unos 900 metros: cuesta de Santo Domingo, Plaza del Ayuntamiento, calles Mercaderes y Estafeta, que se cubren en menos de tres minutos. El trayecto está lleno de corredores. Los puristas y malévolos apostillan que corredores de verdad, conocedores y practicantes de las diversas suertes de esta lidia, son más bien pocos. En la ciudad siempre ha habido quienes han ostentado esa fama, minoritaria.

El encierro de los toros es en Pamplona un espectáculo secular, pero no siempre se ha practicado como ahora. Siglos atrás los toros que venían de las dehesas por las cañadas, reposaban en los sarios hasta que el día de su muerte entraban en la ciudad por el portal de la Rochapea, a la carrera. Les precedía el abanderado a caballo y las bocacalles estaban cerradas por talanqueras y aun por mantas. No se corría ante ellos, sino detrás y a los lados, hostigándoles. Hazaña máxima era desjarretarlos con mediaslunas. El encierro actual –excepto el último tramo– data de mediados del XIX, cuando se impuso el trazado y la forma de correrlo, con nutrida opinión en contra de su celebración. Y el auge del encierro en este medio siglo último debe no poco a la fotografía.

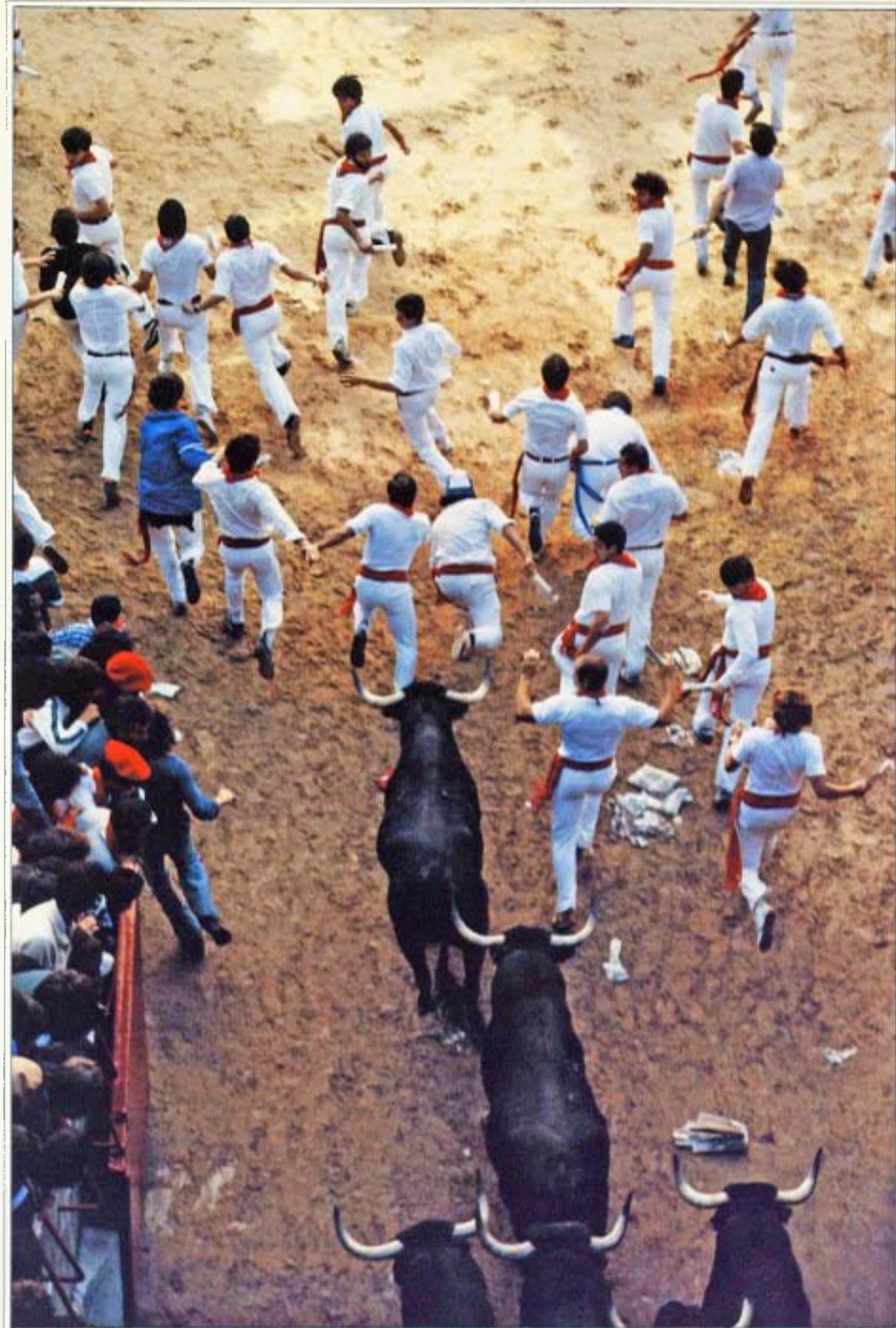
*L*a plaza de toros de Pamplona tiene durante la semana de Sanfermines usos múltiples y varios: es plaza de pueblo para los deportes rurales autóctonos, escenario de folklore musical, tentadero de reses bravas. Pero por encima de todo, es lo que su nombre indica, coso taurino.

Antes de que las dianas quiebren albores, ya hay quienes esperan a las puertas de la plaza para gozar un buen lugar durante el encierro, seguido de suelta de vaquillas emboladas. Luego la mañana es un ajetreo: los seis toros curiosean la novedad sombreada del corral, sufren las miradas inquisidoras de apoderados y peones de confianza –los diestros consideran de mal farío conocer a sus oponentes antes de que se abra el portón de toriles– y el emparejamiento.

Más tarde, en el apartado, sorteán los lotes y se determina el orden de lidia de los astados. Es un espectáculo taurino minoritario, pretexto social para el aperitivo de la farándula taurófila y las gentes guapas.

El patio de caballos es a las seis de la tarde –las cuatro solares– un hervidero de meticones, matarifes, caballos, pastores, fotógrafos, gacetilleros, mozas garridas, comisarios, algún que otro ministro o similar; luego llegan los matadores, que se refugian en la capilla. El reloj aclara la babel y cada cual busca su puesto en la fiesta que va a comenzar con el paseillo, esa bella rúbrica inicial. La fotografía (en la doble página siguiente) recoge el momento en que todos han saludado ya a la presidencia. Las mulillas vuelven directas al patio de caballos, mientras los picadores completan la media vuelta y prueban el albero. Los areneros atezan el piso. Los alguacilillos, en el diámetro del ruedo, parecen estáticos. Los toreros a pie desentumecen el percal y tientan el aire.

La Plaza de toros pamplonesa, la segunda de España por aforo (19.529 localidades), se inauguró el 7 de julio de 1922. Es propiedad de la Casa de Misericordia, organizadora de la Feria, que desde 1959 se denomina del Toro. Incendiada la plaza anterior, construida en 1844 y 1852, el Ayuntamiento cedió a la Misericordia 11.443 m<sup>2</sup>. Francisco Urcola hizo los planos de la plaza, que nació con 13.620 localidades y costó 1.270.750.85 pesetas, a las que la Casa de Misericordia hizo frente con una emisión de obligaciones. La Plaza fue reformada en 1967.

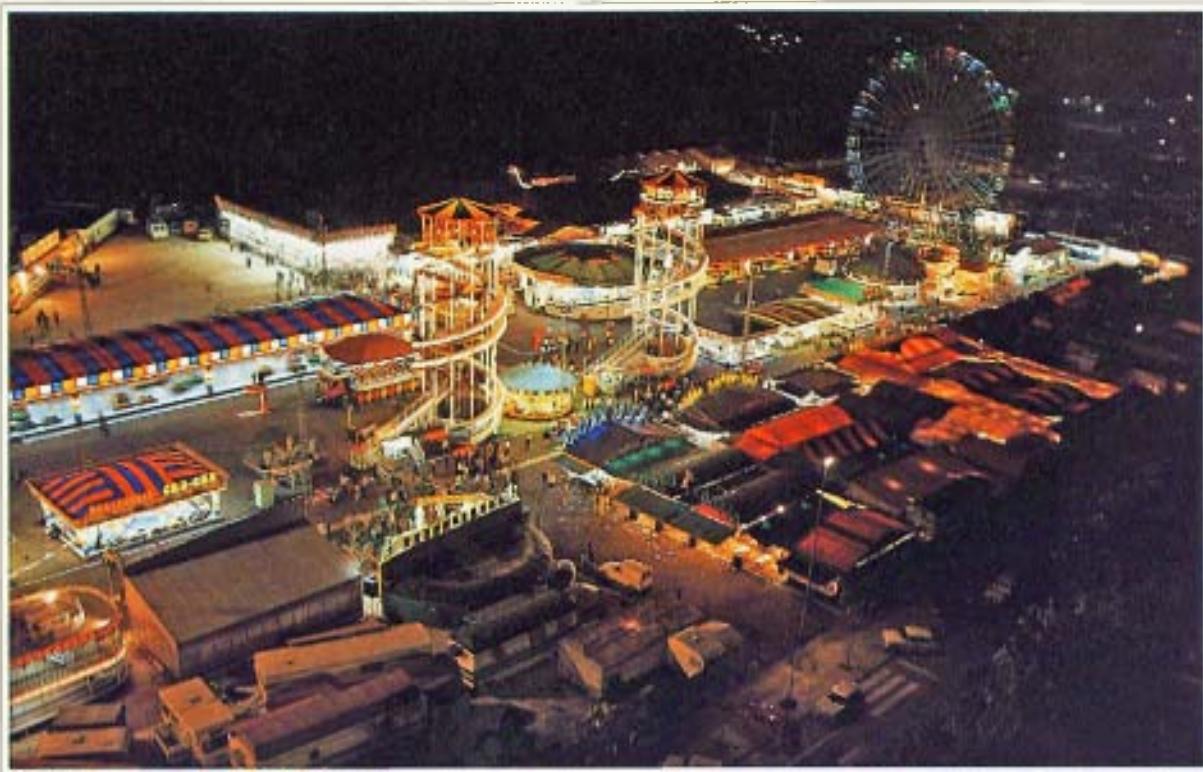


Encierro de Pamplona (1981).

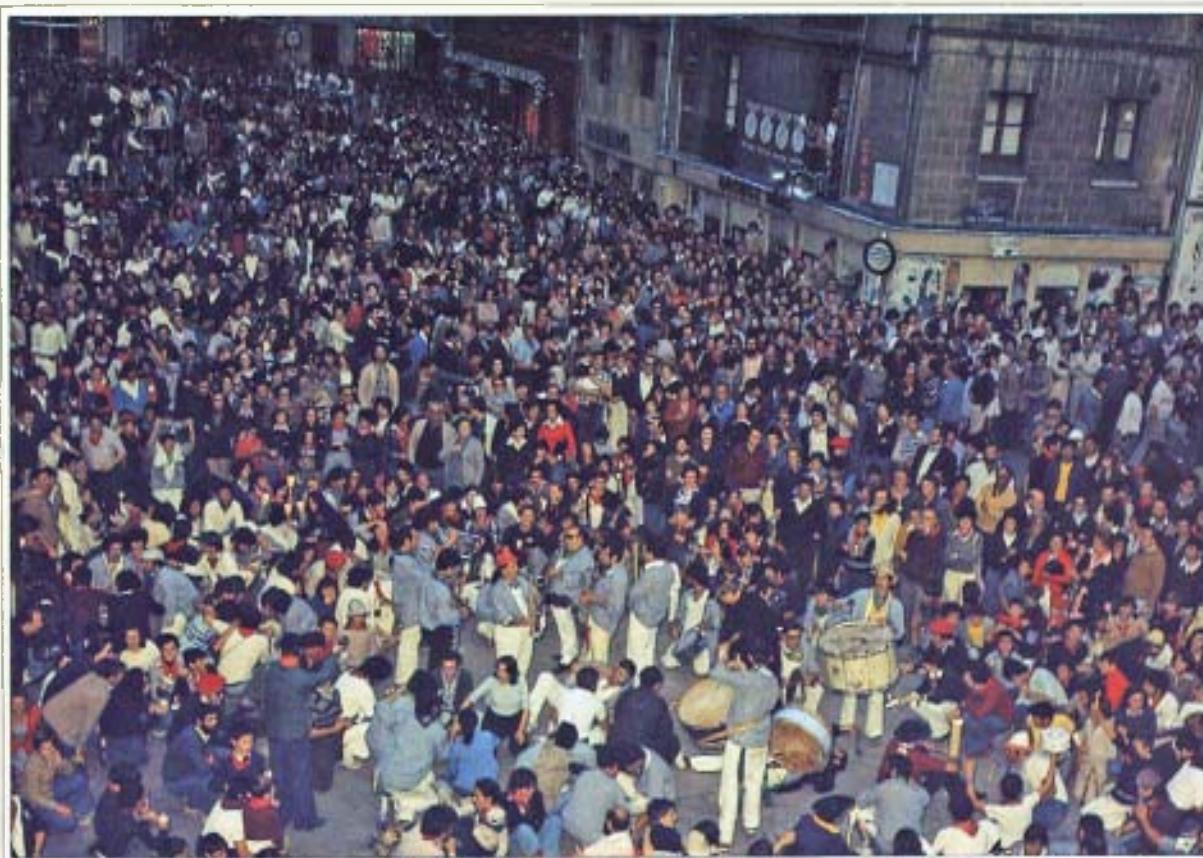




Plaza de Toros de Pamplona: tarde de las fiestas de San Fermín.



*Las Barracas en Sanfermines.*



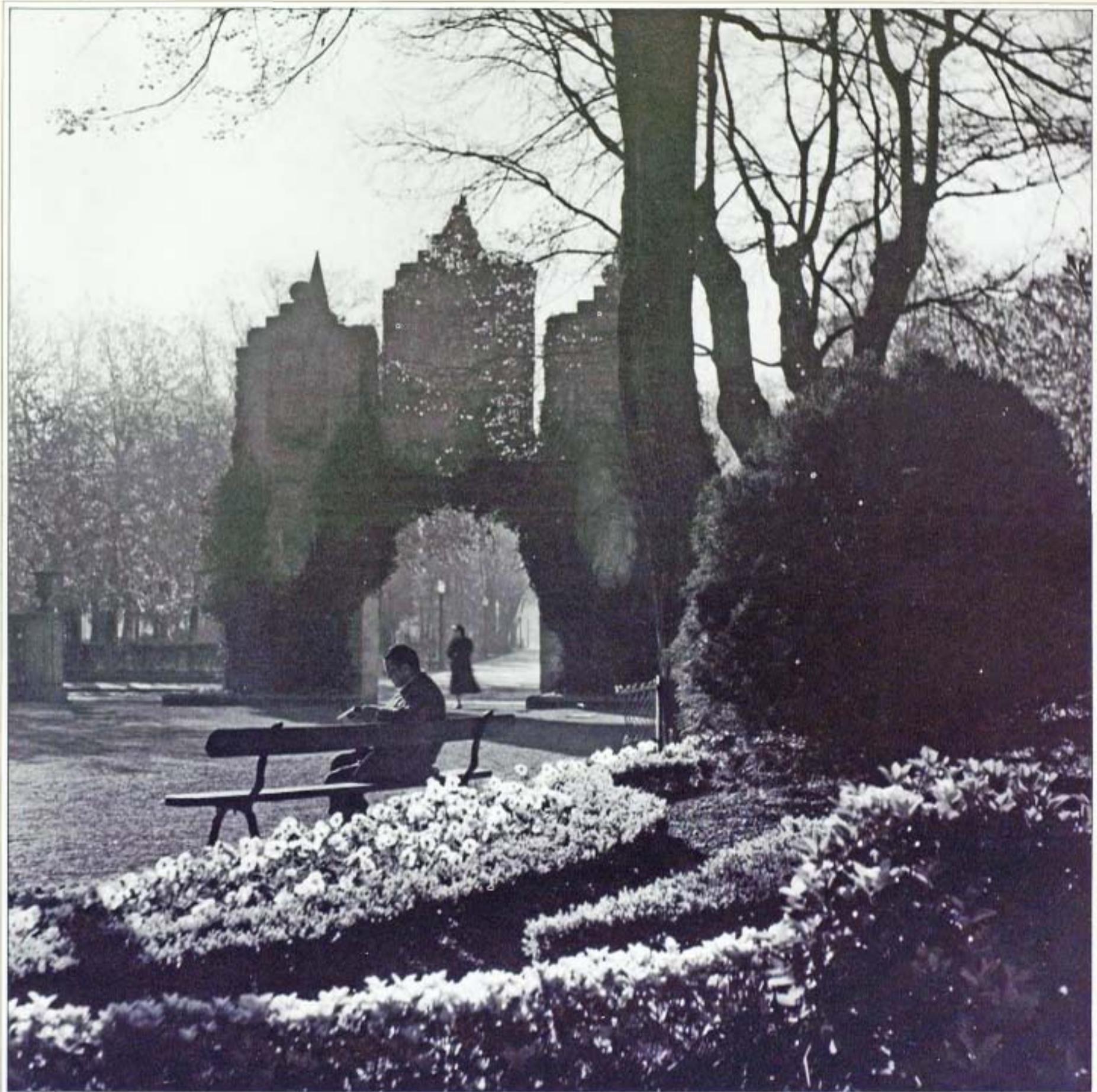
*«Pobre de mí» fin de las fiestas de San Fermín.*

**E**n Sanfermines hay números imprescindibles. Tal, las barracas o real de la feria. Sabemos que las fiestas están a la vuelta de unas cortas fechas cuando comienzan a colocar las tanqueras y anuncian la subasta de los puestos: circo, bares, tiros, tómbolas y movimiento. La subasta ocupa un día entero y se celebra en el frontón de la Misericordia, Casa que tiene cedidos los terrenos del ferial a cambio de que durante el año mantenga en ellos unas pistas deportivas, públicas. Los feriantes pujan a mala o a buena cara, según vayan el año y sus acuerdos.

En las barracas encuentran diversión inagotable y surtida los niños, que quieren saborear el miedo del tren, cuyos viajeros reciben escobazos aviesos de un diablo rojinegro, y subirse a los caballitos y a las norias y reír con los payasos y saborear las almendras impertérritas de quién sabe cuántas ferias, si no lo evitan Sanidad o el bolsillo paterno comatoso. Y no es menor la alegría de los adultos que quieren probar la puntería o liberar la risa en la galería de espejos o medir su fuerza a golpes de maza o columbrar el engaño de la mujer-araña o lanzarse a la vorágine de los autos de choque, tráfico feliz sin código, o lograr un bastón de caramelito. El del ferial es un mundo autónomo, que vive y trabaja mejor de noche.

**L**a fama y la abundante literatura local generada por las fiestas afirman que en Sanfermines la gente de bronce prescinde del sueño y empalma días y noches desde que estalla el cohete del día 6 hasta la medianoche del 14. Tanto heroísmo se goza gracias al tentemozo de la música y la danza, movidas a su vez por la buena mesa, porque en el estómago se fraguan las venturas y alegrías lustrales de esa semana loca. Acaso tanta resistencia fuera cierta y común en otros tiempos, de Sanfermines cortos y largamente deseados, que rompían la austerioridad de la vida cotidiana: baste recordar que durante buena parte del año estaba prohibido todo baile y cuando éstos se celebraban las costumbres eran rígidas. Ahora debe de haber pocos ejemplares de ese mozo ideal e incombustible y la verdad parece otra, a saber que la mejor fórmula para vivir la jarana es acostarse y recuperar la calle al día siguiente limpio, fresco y renovado.

Pero todos, los que llevan una semana metidos en fiesta sin descanso y los que la degustan por horas llegan a la noche del 14 con ganas de más Sanfermines. Y cuando éstos se acaban, encienden una vela y entonan el «Pobre de mí, pobre de mí: se han acabado las fiestas de San Fermín». Fue ocurrencia espontánea. Hoy es número oficial del programa y se celebra en la Plaza del Ayuntamiento.



*Jardines de la Taconera, en Pamplona.*



Ermita  
de San Miguel de Izaga.

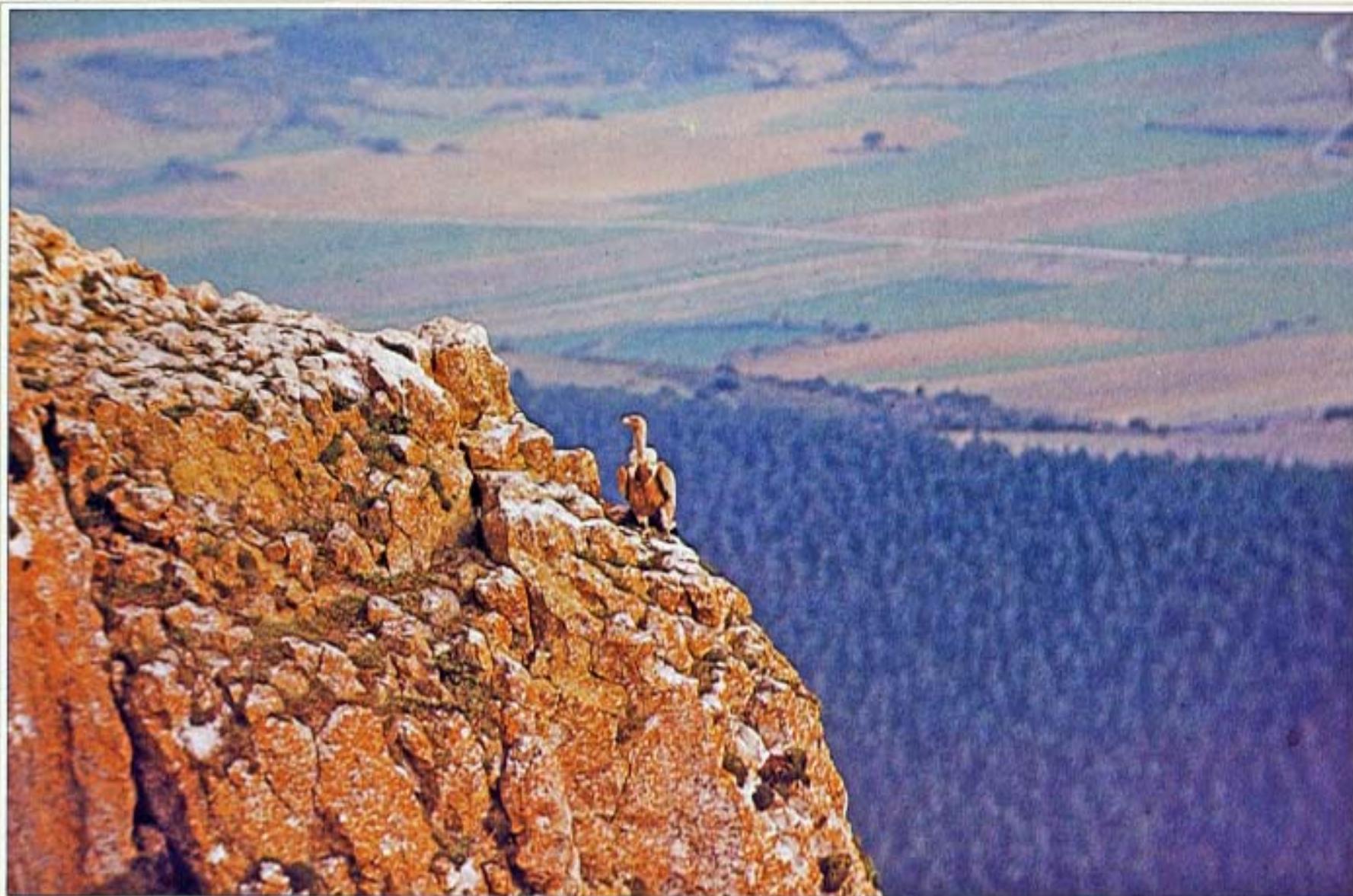
**D**esde Izaga –altura (1.353 m.) erguida en la zona media– la vista resbala sobre valles y perfiles de dos merindades, Sangüesa y las Montañas. Al vuelo de las faldas de Izaga se acogen Izagaondoa, Ibargoiti y Unciti. El visitante de estos valles silenciosos y a trasmano, en especial el primero, advierte el paso de siglos decantados en las piedras de iglesias y casas, en apariencia desproporcionadas a la demografía actual. Del templo tenemos noticia desde 1084.

En Izaga, cabe la cumbre y sobre un cantil que da cara al Norte, nos espera la ermita de San

Miguel, que pertenece a Zuazu de Izagaondoa. Consta de tres naves con cuatro tramos; los dos primeros carentes de bóveda, que es apuntada de medio cañón en la central y en las naves laterales es de cuarto de cañón y plana. El ábside, circular en el interior y poligonal en el exterior, no ha sido estudiado a fondo y merece, como todo el templo, un análisis profundo.

San Miguel atrae romerías rituales. El 8 de mayo suben una pequeña imagen del arcángel, «El criadico», que descansa en la ermita hasta San Miguel de septiembre. Alrededor de Pentecostés –las fechas tradicionales se han traslada-

do– las gentes de los valles ascienden a Izaga. El domingo de Lónguida e Ibargoiti con Alzórriz se llama Astegaitz. Los romeros portan túnicas cortas y cruces macizas y podan en el hayedo ramas de acebo, «corostias», que pasan por las imágenes y luego colocan troceadas en casas y cultivos.



*Buitre en roquedo de Lumbier.*

**E**

l buitre común, como es sabido, instala su nido en los acantilados rocosos; además lo hace en colonias, con lo que un grupo numeroso puede ocupar un espacio reducido del roquedo.

Hay otros puntos, muy localizados que, por su característica de lugares de observación o por haber albergado antes otras colonias, ejercen una gran atracción sobre los buitres y son utilizados constantemente como posaderos.

Esto ha ocurrido así desde hace cientos y quizás miles de años; distintas generaciones de buitres sobre las mismas rocas las han regado con sus deyecciones y conferido unas características especiales; por una parte el color blanquecino de las mismas deyecciones y por otra los líquenes nitrófilos que crecen en este especial sustrato dan unos coloridos, variables según la época del año, pero totalmente peculiares.

Un roquedo de buitres es perfectamente diferenciable de otro en el que estén ausentes.

Tal es el caso de este contrafuerte de los acantilados de la sierra de Leire. Para corroborarlo un buitre se enmarca en el paisaje.

El buitre común tiene un largo periodo de reproducción. Las parejas, unidas permanentemente, salvo pequeñas ausencias de algunos días, retornan a la colonia a diario y en ella pasan largas horas.

Ya a finales de diciembre se refuerzan los vuelos de reconocimiento social y las paradas nupciales y empieza la construcción del nido en la misma repisa que el año anterior; ramas, raíces, y hierbas son apiladas y ordenadas hasta formar una plataforma horizontal que cubre las irregularidades del roquedo. Es una época de bastante actividad en la colonia, pero con muchos días sin salir, por causa del mal tiempo. Para los buitres no

volar fuera de la colonia equivale a ayunar, pero esto no tiene importancia en unas aves que soporan sin perjuicio muchos días sin comer.

A primeros de febrero tiene lugar la puesta: un solo huevo por cada hembra, que incubarán por turnos ambos progenitores.

Tras la incubación de cerca de dos meses nace un pollo que deberá ser alimentado por sus padres en el nido durante cuatro meses. A finales de julio será capaz de volar, pero dependerá de los adultos para su alimentación hasta octubre, en que ocurre la emancipación.

En total, más de nueve meses necesita una pareja de buitres para sacar adelante su prole anual.

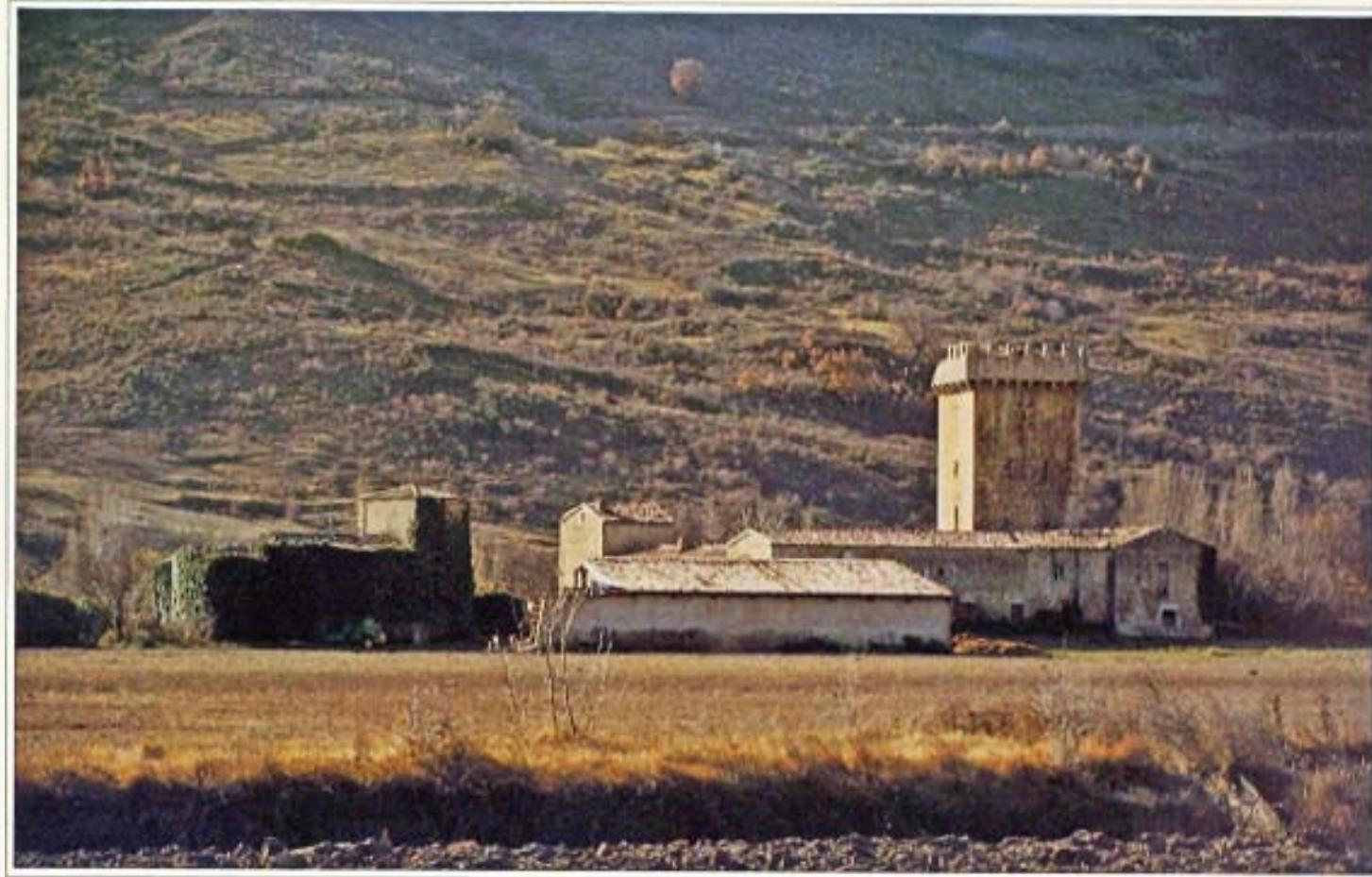


*Claustro de Santa Fe de Baratzagaiz.*

**S**n el centro del valle de Urraul Alto, la basílica de Santa Fe de Baratzagaiz, de orígenes inciertos, parece ser una reminiscencia de la de Conques. Es posible que el obispo Pedro de Roda trajese aquí una pequeña comunidad de monjes que se extinguieron pronto. Tenemos noticia de que en el siglo XV estaba regida por los párrocos de los pueblos del valle con el título de priores. Sirvió

también de enterramiento a sus cofrades.

El conjunto de iglesia, claustro, hórreo y casa del ermitaño, de gran originalidad, cobra vida el día de la romería anual.



*Torre de Ayán.*

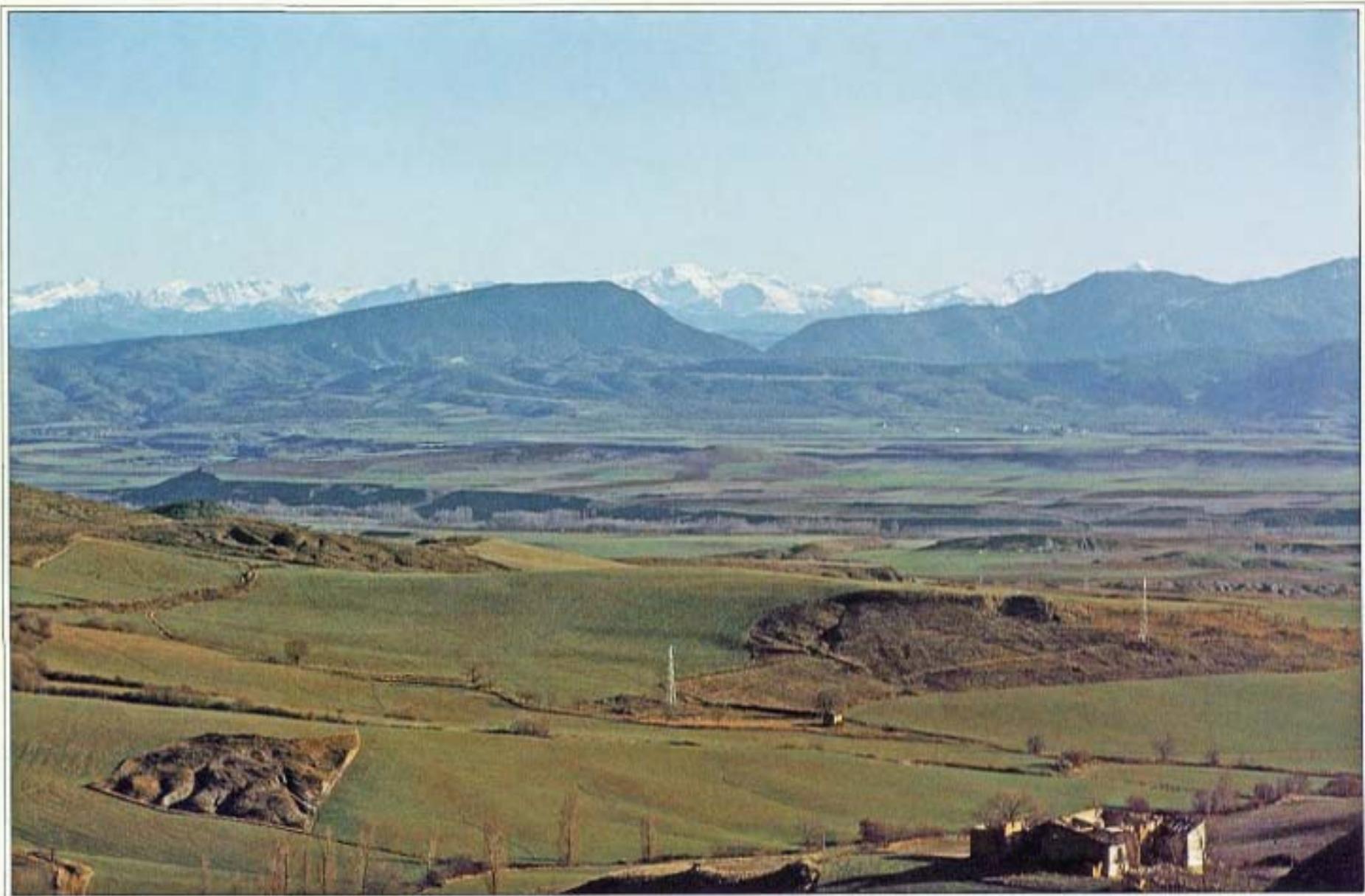


El linaje de Ayán fue uno de los más nobles del Reino de Navarra. Fernando y Gil de Ayán sirvieron ya a los Teobaldos. Otro Fernando de la misma estirpe liberó a Carlos II el Malo de la prisión de Aileux. De su hijo Ferrant Martínez de Ayán proceden los Condes de Guendulain. En las guerras civiles del siglo XV, los de esta familia se mostraron decididos partidarios del Príncipe de Viana. En 1453 Charles de Ayán hizo prisionero al adelantado mayor de Castilla, para canjearlo por el príncipe, al que su padre Juan II tenía preso en Zaragoza. En 1658 Felipe IV hizo merced del Condado de Guendulain a don Jerónimo de Ayán y Javier. El título de Conde de Ayán fue librado en 1699 a favor de don Joaquín Francisco

de Aguirre y Santa María, señor de este Palacio, cuyas primitivas armas fueron tres calderas de goles en campo de plata.

La torre, de 70 pies de altura, parece que originalmente fue exenta. Es de planta cuadrada y la corona un airoso adarve almenado sobre matacenes, característico de las construcciones militares de los siglos XIV y XV. En los muros de piedra de sillería se abren saeteras, alguna ventana ojival ajimezada y una puerta de acceso situada a cierta altura para impedir el asalto por sorpresa.

Esta torre es uno de los más genuinos ejemplos de arquitectura cívico-militar medieval en Navarra y debería ser objeto de algunos trabajos de consolidación.



Vista desde Loiti.

**E**sta vista parcial de la Cuenca de Lumbier, tomada a principios de invierno desde el puerto de Loiti, resulta, sin duda, familiar a quienes van con frecuencia de Pamplona a Sangüesa o a Jaca y Huesca por carretera: en primer término aparece la hondonada, en segundo las sierras de Illón e Idocorry que la cierran por el E., y al fondo las Sierras Interiores, calizas, del Pirineo navarro-aragonés desde el Orhi (2.021 m.), a la izquierda de la fotografía, hasta el Visaurin (2.668 m.), a la derecha. La Cuenca de Lumbier pertenece, como la de Pamplona, al rosario de hoyas y corredores excavados por la erosión en las margas del Eoceno que van de la Cuenca de Tremp a la de Pamplona.

Estos son sus principales rasgos geomorfológicos: 1.º La existencia de diversos niveles de

cantos rodados o angulosos envueltos en una matriz limo-arenosa ocre, horizontales o suavemente inclinados y sobrepuertos en discordancia a las margas, con cuyo colorido gris-azulado contrastan fuertemente; unos son terrazas fluviales del Irati o de alguno de sus afluentes, y en este caso hay gran heterogeneidad en la naturaleza litológica de las gravas, y otros, glaciares de erosión, los cuales ofrecen una mayor homogeneidad, dada su procedencia local y cercana. 2.º Los *badlands* son paisajes mucho más desarrollados en la Cuenca de Lumbier que en la de Pamplona; descajados los bosques para establecer en su lugar campos de cultivo o favorecer el desarrollo de los pastos, las aguas de escorrentía se cebaron en las margas y crearon una intrincada red de barrancos y barranquillos separados por «dorsos de elefante» infériles y de aspecto «lunar», como

vulgarmente acostumbran a ser calificados; en la fotografía sólo se ven, aquí y allí, algunos paisajes de malas tierras en formación. 3.º Las sierras que cierran la Cuenca por el E. (Idocorry, 1.061 m., a la izquierda, e Illón, 1.420 m., a la derecha) constituyen sendos segmentos del mismo accidente estructural y tectónico, la sierra de Navascués, cabalgante hacia el S., como la de Leyre, y constituida por calizas paleocenas y del Eoceno inferior. Tanto la de Lumbier como la de Pamplona son cuencas cerealistas (se cultiva ahora principalmente cebada de ciclo corto), pobladas por numerosos lugares de escasa y decadente población; bastantes han pasado estos últimos años a la categoría de concejos tutelados y unos cuantos a la de desolados.

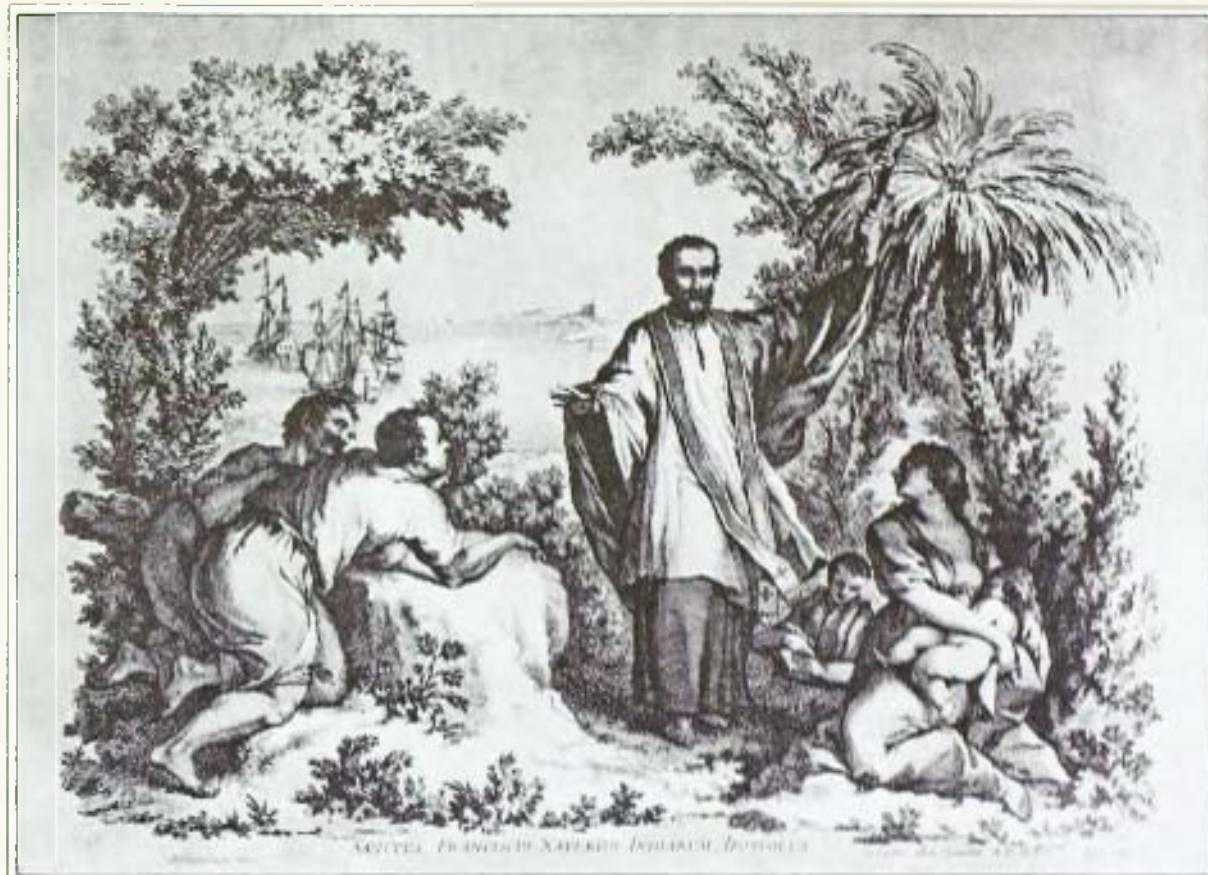
D

ecimos que Francisco de Jaso y Azpilcueta es el mejor y primero de los navarros, el hermano mayor de todos los hijos de esta tierra. Quizás sean expresiones literarias sin más. Lo cierto es que Francisco de Javier es la figura más universalmente conocida de cuantas en nuestro viejo reino vieron la luz. Patrono del movimiento misionero mundial y patrono principal de Navarra, hace de puente privilegiado a través del cual nuestras gentes y nuestras cosas son conocidas en los cinco continentes. Su cuna, Javier, y su lecho de muerte, Sancián, enmarcan (1506-1522) la trayectoria de una gesta gigantesca, que a la hora de ser contemplada, se desmenuza en palabras de Evangelio, pies empolvados en los caminos del mundo, manos de caridad, ojos de milagro, gesto y temple navarro transformado en alma y temple de apóstol, en seguimiento de un Cristo universal, a quien aprendió a amar ante la imagen entrañable del viejo castillo roqueño. Sus «cartas», escritas desde rincones orientales a la Europa convulsionada del siglo XVI, fueron tan famosas como las de Pablo, en púlpitos y universidades.

Javier es navarro y patrimonio del mundo. Su gesta bien pudo llamarse «javierada» entre sus contemporáneos. Quedó el nombre reservado, sin embargo, para que, a los siglos, sus paisanos expresáramos con él nuestra devoción aficionada al patrono.

Y así, y entre nosotros, llamamos Javierada a la visita de Navarra a su patrono en los días de la novena de la Gracia, cuando marzo se empeña en saludar la primavera despidiendo al invierno con frias langarras, ventiscas de nieve y viento azotador. Su voz aparece ya, por vez primera, en el poema del jesuita madrileño Bernardo de Monzón «Las Xavieradas», escrito en 1669. Pero realmente, la primera romería-javierada que se conoce es la del cólera de 1885, cuando más de 20.000 navarros agradecieron al Santo su protección ante la explanada del Castillo. En las horas republicanas de 1931 comienza a fraguarse la imagen de una marcha peregrina que tendrá su eclosión después de los años cuarenta. Su consagración definitiva, en módulos de andadura popular, será a partir de 1952, IV centenario de la muerte de Javier.

Desde entonces, la Javierada es algo tan sustancial a Navarra, que la Navarra toda se expresa en ella tal cual es. Hombres, mujeres, niños, enfermos, se sienten llamados a Javier, cuando marzo es gracia de novena, en singladura misionera de fe y de historia viva. Así, el fiel navarro, año tras año, siembra sus campos con miradas de fe, mientras sus pies, cansados que no cansinos, enfilan en dirección del castillo-palacio donde nació el menor y más grande de los Jasso.



«La Javierada».



*Lumbier.*

**L**umbier, villa asentada entre los ríos Irati y Salazar, que confluyen en su término antes de tajar la foz, es lugar de raíces históricas hondas. Da también nombre, como va dicho, a una de las cuencas centrales de Navarra, al pie de las estribaciones prepirenaicas y transversal a los valles acostados en la cordillera.

Esta cuenca, según se deduce de los documentos medievales, estuvo salpicada de aldeas. La extinción de lugares y su anexión a los inmediatos es fenómeno histórico de siglos y el propio Lumbier cuenta en su término actual siete despoblados.

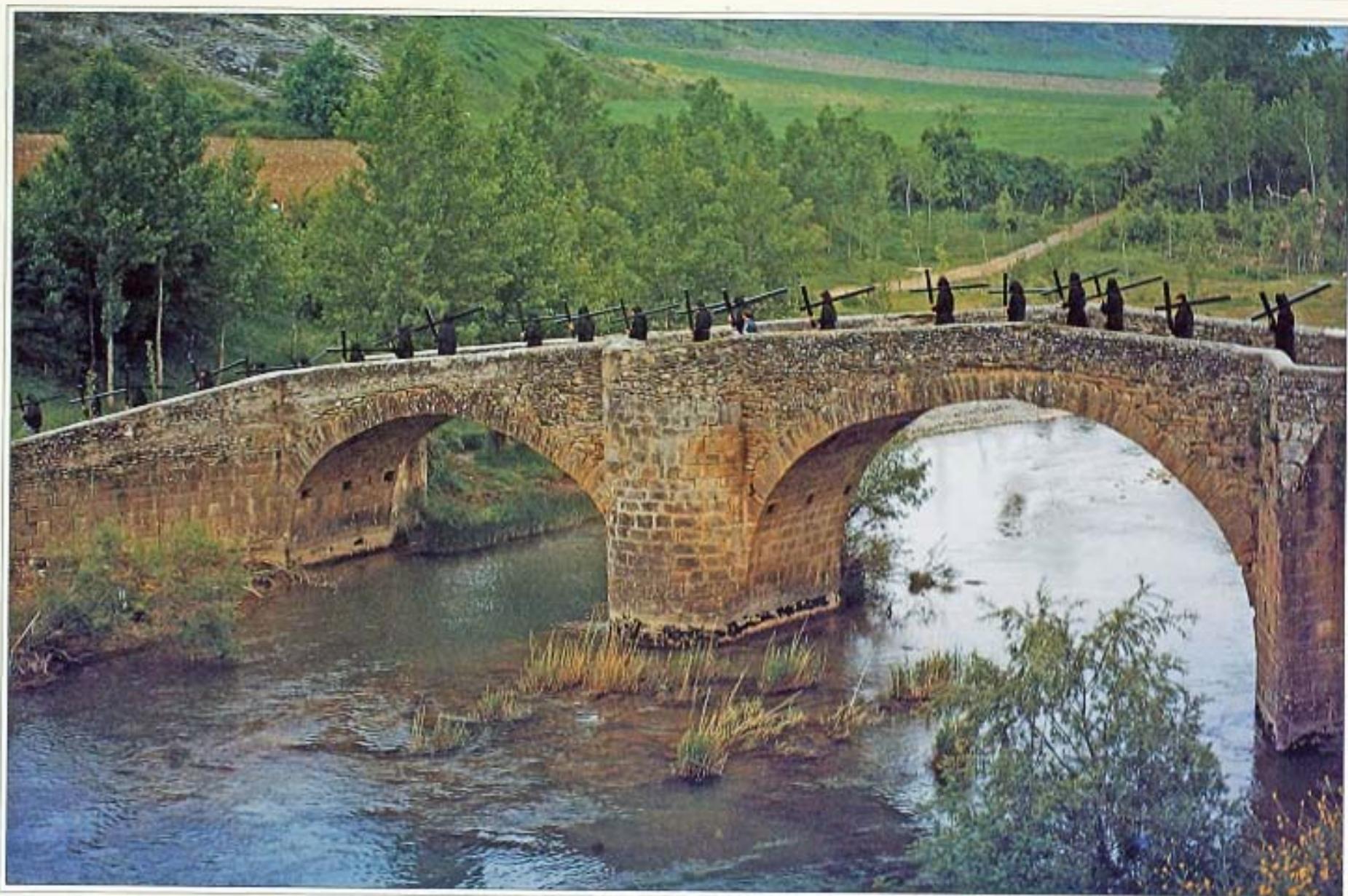
Plinio en el tercer libro de su «Naturalis Historia» cita a los iluberitani o ilumberitani entre los pueblos vascones estipendarios. El P. Moret, y

antes Oihenart, los identificaron con los lumbierinos, dando por cierto que los ilumberitani eran los habitantes de Ilumberri, o Irumberri. Lo cierto es que las grafías medievales dan Lomber, Lombier, Lombierr, Lomberri, Lumber, Lumberri y que Moret y Oihenart difieren en la etimología. Para éste se explica como Irun-berri, es decir ciudad nueva. La planta actual del pueblo recuerda, como ha señalado Caro Baroja, el croquis urbano romano, con un eje central —«cardo»—, la calle Mayor, otras más o menos en el mismo sentido y algunas que la cruzan. El Registro de Comptos de 1280 habla del mercado y en el tramo se abren dos plazas, en las que tenían cita los mercados de frutas y granos y de ganados.

Si se sitúan sobre el mapa de Navarra las fogueraciones del siglo XIV se ve que la merindad

de Sangüesa suma 343 núcleos de población, el censo más alto de todas, mientras que la de Tudela no cuenta más de 28. Pero en aquélla sólo Sangüesa y Lumbier superan los cien fuegos.

Perdidos o silenciosos los alfares tradicionales, ahogados hace décadas los mercados de antaño, Lumbier, encaramado en el cerro, abierto al Norte por el Portal del Cierzo, ha crecido en los últimos tiempos por las eras tendidas al Sur y la ladera occidental.



Romería a la Trinidad de Lumbier.

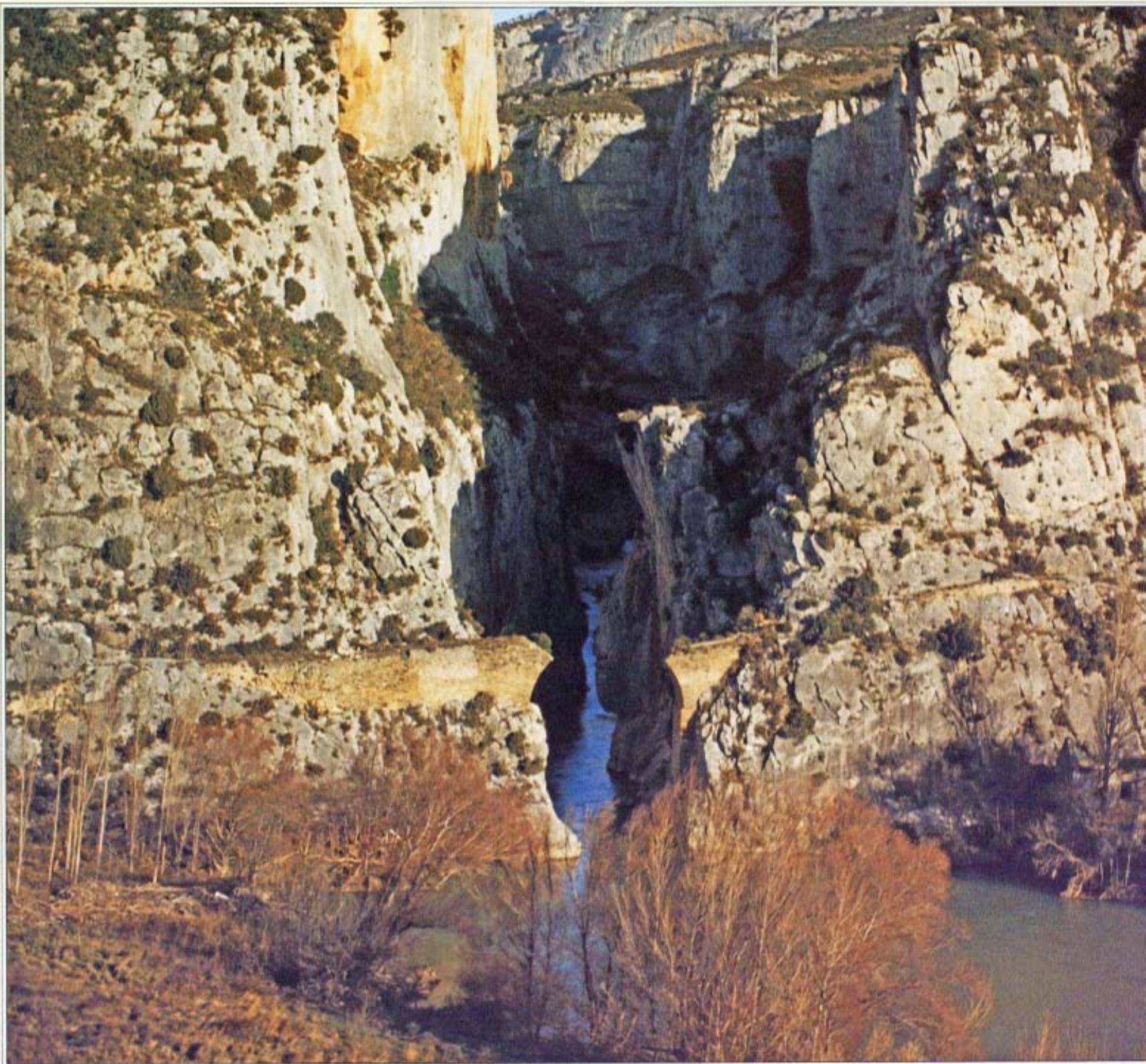
**L**a ermita de la Trinidad de Lumbier, blanca y conspicua en la sierra de Errando, sobre el acantilado SO., que vigila la foz, es una de las más conocidas de nuestra tierra. Ya observó Richard Ford hace siglo y medio que las gentes de este país son dadas a romerías a las cimas de los montes, donde usan el refrigerio con singular fervor y de las que descienden renovados por la «combinación de devoción y ejercicio físico».

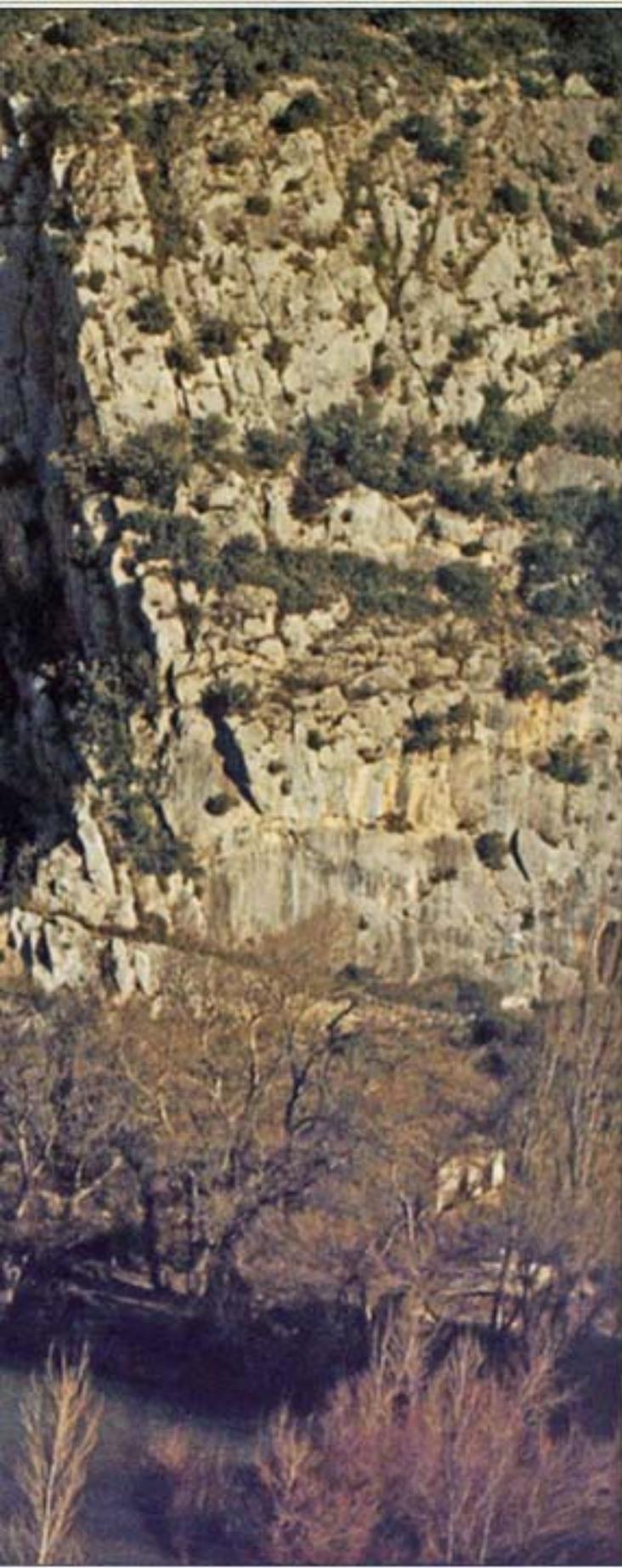
La Trinidad fue una de las sesenta ermitas navarras autorizadas a tener ermitaño cuando en 1585 obispo, virrey y Consejo Real decidieron, urgidos por Felipe II, sanear el estado en que se encontraba la institución: más que cuidadores devotos de los santuarios, los ermitaños eran pidiéneños ociosos y santeros erráticos. La reforma, incorporada en buena parte a las sinodales de

Pamplona cinco años después, se quedó a medio camino. En la Trinidad lumbierina hubo en el siglo XVII ermitaños derrochadores, poco edificantes —como el que en 1629 presumía de su violencia contra los monjes de Leyre— y un homicida, desterrado del reino en 1681 por asesinato y otros delitos.

La romería de la Trinidad, el domingo de la fiesta, es dura y bella. La retahila de entunicados, descalzos muchos de ellos, con la cruz al hombro o alzada sobre la cabeza, va precedida por la bandera negra de la cofradía de la Vera Cruz, que en el pueblo llaman de las Tribus o Atribus, cuidadora eficaz de la ermita. Hace dos siglos lo era la cofradía de los santos Justo y Pastor, insatisfecha con unas obras de cantería que acordó rehacer. La romería parte de la parroquia, con el son grave de la campana y la letanía de los santos, baja

hasta el Salazar, que salva por el Puente de las Cabras —nombre que recuerda la explotación caprina y comunal de la sierra— y gana en zigzag descarnado la altura. Es romeraje austero, sin colorines folkloristas, sin chucherías ni refrescos, con un programa elemental al aire libre, porque la ermita es demasiado chiquita para la concurrencia. En la casa del ermitaño vacía, la guisandera adereza el almuerzo cofradiero y de autoridades, mientras la campanica baila incansable.





Río Irati por la foz de Lumbier y tramo del Irati a su paso por la foz.

**E**n el agreste paisaje de la foz de Lumbier, todavía pueden verse dos túneles horadados en la roca viva, y una parte del trazado de lo que fue la vía del desaparecido ferrocarril de «El Irati». Aquel pintoresco trenecillo que unía Pamplona con Sangüesa, Lumbier y Aoiz, inició sus servicios el 23 de abril de 1911, entre manifestaciones de júbilo popular. Fue autor del proyecto el ingeniero donostiarra D. Carlos Laffitte, y la nueva línea fue de las pioneras de la tracción eléctrica en España. La corriente empleada era monofásica a 6.000 v. que se reducían a 600 en los puntos en que el trayecto coincidía con calles o carreteras. El presupuesto ascendió a 4.421.375 pesetas, con un recorrido total de 58 kilómetros. La Diputación subvencionó la construcción con 12.000 pesetas por kilómetro.

El material de tracción de la compañía, para vía estrecha de 1 metro, constaba de siete automotores grandes, de cuatro ejes, y dos automotores más pequeños, de dos ejes, carrozados en madera, con troles de pantógrafo y motores tipo *Latour y Winther-Eichberg*. Había también una pequeña locomotora de vapor, «la Vascongada», para servicios de maniobras. El material remolcado lo constituían 2 coches-jardinería, 8 coches-remolque, 4 furgones, 34 vagones cerrados de mercancías y 38 vagones abiertos para carga.

Hasta el año 1946, el pequeño ferrocarril realizaba también los servicios de tranvía en Pamplona. Se podía viajar a la estación del Norte, y a Burlada, Villava y Huarte. En el paseo de Sarasate estaba el andén de viajeros y en la Taconera, junto a San Lorenzo, el muelle y almacén de mer-

cancias. Las cocheras estuvieron situadas en la carretera de Francia, hoy avenida de la Baja Navarra. En 1950, el tren pasó a ocupar una nueva estación en la avenida de Conde Oliveto, junto con otro ferrocarril compañero de infarto: «El Plazaola», que unía Pamplona con San Sebastián, por Irurzun, Lecumberri y Leiza.

En el quinquenio 1941-45, «El Irati» transportó una media anual de 243.154 viajeros, con un producto de 569.198 pesetas; y de 46.144 toneladas de mercancías, con un producto de 736.453 pesetas. Por entonces el billete hasta Sangüesa costaba 8,25 y el viaje duraba 2 horas 15 minutos. La competencia del transporte por carretera poco a poco se fue haciendo insostenible, sobre todo en los últimos años.

En abril de 1955, la empresa solicitó de los ayuntamientos de los pueblos del trayecto alguna subvención, ya que las pérdidas anuales se acercaban al millón de pesetas. También se recurrió al Estado y a la Diputación, pero sin resultados. La tarde del 31 de diciembre de 1955, cesaron definitivamente los servicios.



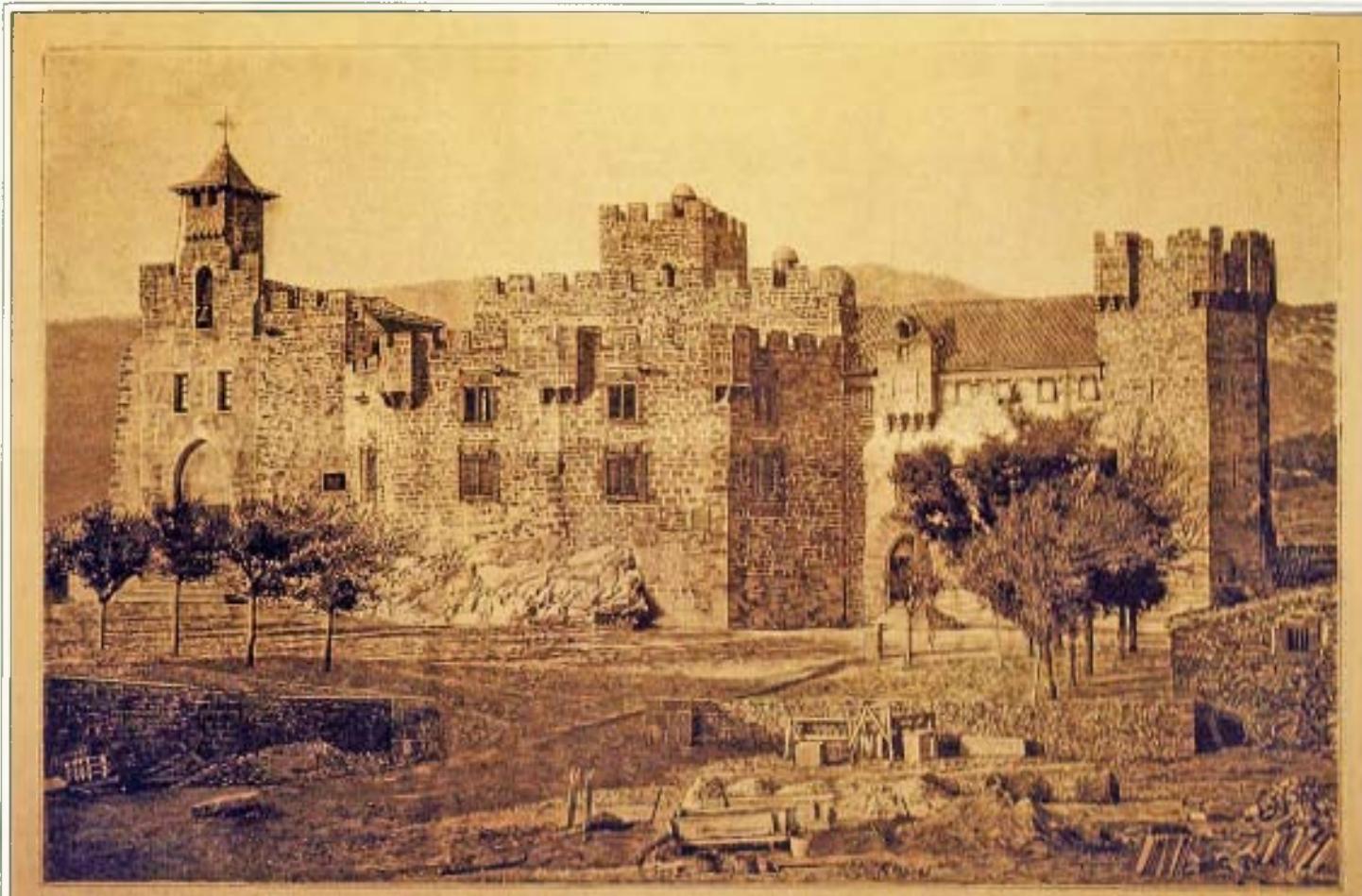
*Entrambasaguas en Sangüesa.*

**E**n el paraje de Sangüesa conocido con el expresivo nombre de Entrambasaguas confluyen los ríos Iratí y Aragón; podríamos hablar, en términos sabios y pedantes, de mesopotamia navarra, o tal vez y como se califica en otras partes de nuestra región y de España e Hispanoamérica a términos semejantes, de entrerrios o entre-dos-rios. Tanto el Iratí como el Aragón son dos cursos de agua pirenaicos muy caudalosos. Para cuando desemboca aquél en éste, ha visto engrosar su caudal, ya de por sí bastante elevado en la cabecera, con los aportes del Erro, Urrobi, Areta y Salazar; en definitiva, al Iratí van a parar las aguas del amplio abanico montañoso comprendido aproximadamente entre el Adi, al O., y el Orhi, al E.

En Liédena el Iratí tiene un módulo absoluto o caudal medio anual de 39 m<sup>3</sup>/s., parecido al del Aragón en Yesa. Viene este río desde el alto valle de Canfranc siguiendo el rumbo N-S., que cambia al entrar, junto a Jaca, en la Canal de Berdún; en esta depresión alargada, que recorre de E. a O., va recibiendo una serie de tributarios pirenaicos, como el Lubierre, Estarrún, Aragón Subordán, Veral y Esca. De modo que puede afirmarse que en Entrambasaguas se duplica el caudal del Aragón. De ahí lo conveniente que sería para la regulación de los caudales de este río y del mismo Ebro, para la puesta en riego de grandes extensiones de la Navarra Media y Ribera y para la producción de energía eléctrica la construcción en el Iratí de uno o más embalses. No han faltado proyectos, a este respecto, pero siempre han tropezado con la falta

de visión o de capacidad de iniciativa y decisión de los políticos.

Por lo demás, la fotografía puede ser tomada como modelo de vegetación ripícola. Las choperas son en muchas partes de la Navarra climática y geobotánicamente mediterránea las únicas o casi las únicas formaciones vegetales arbóreas espontáneas o semi-espontáneas. Paisajes como éste pueden contemplarse en bastantes sotos de la Zona Media y, sobre todo, de la Ribera.



NAVARRA.—CASTILLO DE JAVIER, DONDE NACIÓ SAN FRANCISCO JAVIER, PROPIEDAD DE LOS DUQUES DE VILLAHERMOSA, CONDÉS DE GUAQUI, Y POR ESTOS RESTAURADO EN 1892.

(De fotografía del Marqués de Villafuerte, actual Conde de Guajui)

(De «La Ilustración Española y Americana»).

**E**l origen del castillo de Javier hay que buscarlo en los siglos X y XI, en cuya época era una atalaya o torre aislada, concebida más para la vigilancia que para la defensa. En 1223 Sancho el Fuerte recibió en fianza esta fortaleza del infante de Aragón por 9.000 sueldos. La cantidad no fue restituida y el Castillo quedó para Navarra, como avanzada del Reino por aquella parte. Teobaldo I en 1236 lo encendió en homenaje al caballero Adán de Sada, y posteriormente en 1252 a don Martín Aznárez de Sada. En 1474 entró a poseerlo Martín de Azpilcueta, casado con doña Juana Aznárez de Sada; su hija doña María de Azpilcueta casó con Juan de Jaso y fueron padres de San Francisco Javier, Patrón de Navarra, nacido entre estos muros el año 1506.

En torno a la torre primitiva, llamada de San Miguel, fueron edificando a lo largo de la Edad Media distintos recintos defensivos que poco a poco conformaron la actual estructura del castillo. El llamado polígono delantero alojaba las estancias señoriales, mientras que el zaguero o trasero, al otro lado del patio de armas, se habilitó para bodegas, graneros y otros servicios. Ya en el siglo XV se añadió la torre poligonal llamada de Undués —a la derecha en la lámina— defendida por matacanes y saeteras. En el flanco opuesto, se alza la torre llamada del Cristo, que alberga en su interior la antigua capilla del castillo.

En 1516, por orden del Cardenal Cisneros, regente de Castilla, fueron arrasados los muros exteriores que rodeaban la fortaleza; las torres fueron desmochadas, cegados los fosos con la

piedra de las almenas, e inutilizados los matacanes y saeteras.

En 1892 el castillo sufrió una desacertada restauración, que vino a borrar todo lo que de auténtico quedaba en su recia y noble fábrica. Poco después se edificó, inadecuadamente pegada a los muros, una costosa capilla de estilo neogótico. A partir de 1952 se llevaron a cabo importantes obras de restauración, tratando de devolver al castillo parte de su perdida fisonomía guerrera. Al propio tiempo, una cuidadosa tarea de excavación dio como resultado la recuperación de los fosos y murallas del recinto exterior.

Aparte de su interés histórico, el castillo constituye uno de los más importantes focos de la espiritualidad en Navarra.



Aíbar



Ibar fue una posición clave en los inicios del reino de Pamplona. Juntoamente con Gallipienzo, Cáseda y la vieja Sangüesa –Rocaforte– cerraba el paso del Aragón, tradicional vía de penetración a Leire y a la capital navarra de la caballería musulmana. El pueblo, surgido al amparo de la fortaleza, conserva todavía un aire medieval y es rico en arte y arqueología.

Dio nombre y fue cabeza del valle, devastado e incendiado en el 882: «...fractus est castro Aibaria a Mohammad iben Lup et Mahel...». Protegidos por la fortaleza, en sus campos se levantan una serie de pequeños monasterios que en los siglos XI y XII se incorporan a Leire y a San Juan de la Peña. En esta misma época se produce una repoblación de la zona por gentes que vienen del norte. Está documentado el desplazamiento de hombres de Aézcoa que hacia 1056 bajan a San

Jago de Aíbar y se hacen siervos del cenobio pitianense.

Más tarde, hospitalarios y sanjuanistas se establecieron en el valle e influyeron en la arquitectura y construcción de las iglesias. Entre todas destaca la de San Pedro de Aíbar con sus naves románicas, sus dos Virgenes góticas y el gran Cristo milagroso del Amparo, del siglo XV, que goza de gran devoción y al que acuden en romería los pueblos del contorno. La iglesia de Santa María es también románica.

Carlos III, por la lealtad, penas y trabajos que los franceses de Aíbar sufrián en las guerras con Castilla y Aragón, hizo nobles a todos los hombres y mujeres del lugar, a sus hijos, y a todo el que fuese a vivir al pueblo. Al mismo tiempo les concede poder vender libremente el vino de su cosecha en los reinos de Aragón y Castilla.



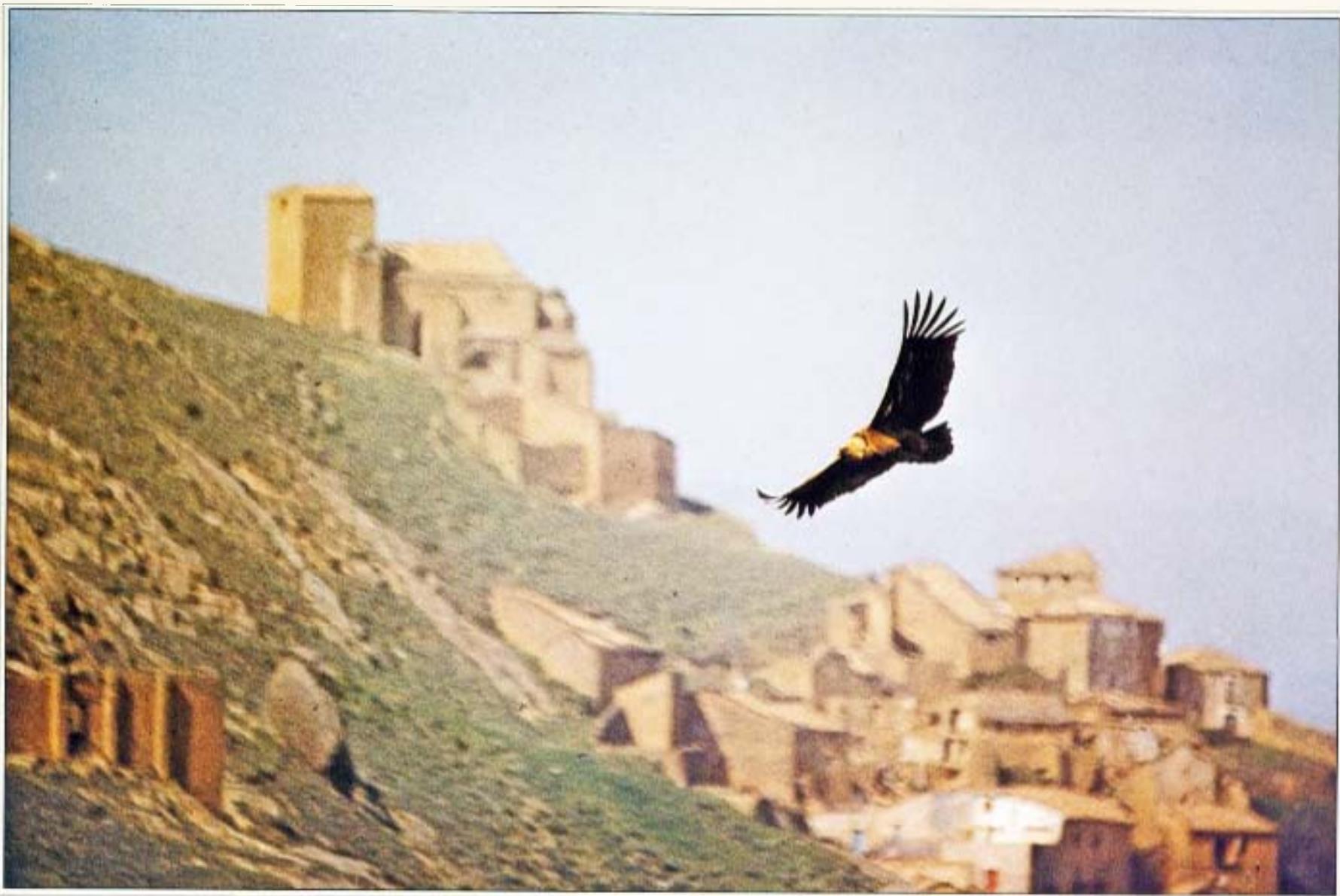
*Sada de Sangüesa*

**E**n el borde septentrional de la val de Aibar, lindando con las Vizcayas y sobre una pequeña elevación, está Sada (el nombre completo, Sada de Sangüesa, data de 1908). Su término es tierra de transición entre la aspera y pelada sierra de Leache y la llanura aluvial del Aragón. Al menos desde los tiempos de Roma, que colonizó intensamente el valle, se cultivan la vid y el olivo. Enfrente, la sierra de Peña es el único obstáculo para acceder a las tierras llanas del Ebro. El paisaje, abierto únicamente por el este a la Valdoncella, es típicamente mediterráneo.

En términos del pueblo está la ermita de Santa Eufemia, situada a distancia proporcionada de todo el valle. En ella se celebraban sus juntas, presididas por el alcalde de Aibar. Sin embargo, Sada escapaba a su autoridad desde que en 1425 Carlos III fundó el condado de Lerín para su hija

natural doña Juana y le incorporó los lugares de Sada y Eslava. Todavía a principios del pasado siglo el duque de Alba, señor de la villa, nombraba alcalde y el monasterio de Marcilla el vicario de la parroquia de San Vicente mártir.

El cereal y el viñedo, como ilustra la fotografía, con ligero predominio del primero, siguen siendo la base de la economía del pueblo, donde prácticamente todos son propietarios y la tierra está muy repartida.



*Buitre en Gallipienzo.*

**S**egún el censo de buitreras realizado en 1979, Navarra es la segunda provincia (la primera es Cádiz) por su población de buitres. En aquel año se contabilizaron 300 parejas con una evaluación de unas 340, en las colonias de los roquedos navarros.

Estos buitres viven a expensas, principalmente, de los cadáveres de ovejas, vacas y caballos que quedan abandonados en los campos y montes. También aprovechan cadáveres de animales silvestres, y si no que le pregunten a aquella cuadrilla de jabalineiros roncaleses que, tras realizar con éxito un resaque, guardaron la pieza abatida en un raso, y cuando volvieron de dar otra batida se encontraron que los buitres habían dejado en huesos y piel la primera res cobrada.

Las gentes de nuestros pueblos han respaldado habitualmente a los buitres, «para que matan-

los, si no se comen», que acudían con frecuencia a los muladeros, en las mismas afueras de los pueblos, a despachar los cadáveres de machos y caballos, muertos de viejos o de accidentes, tras una larga vida de trabajos.

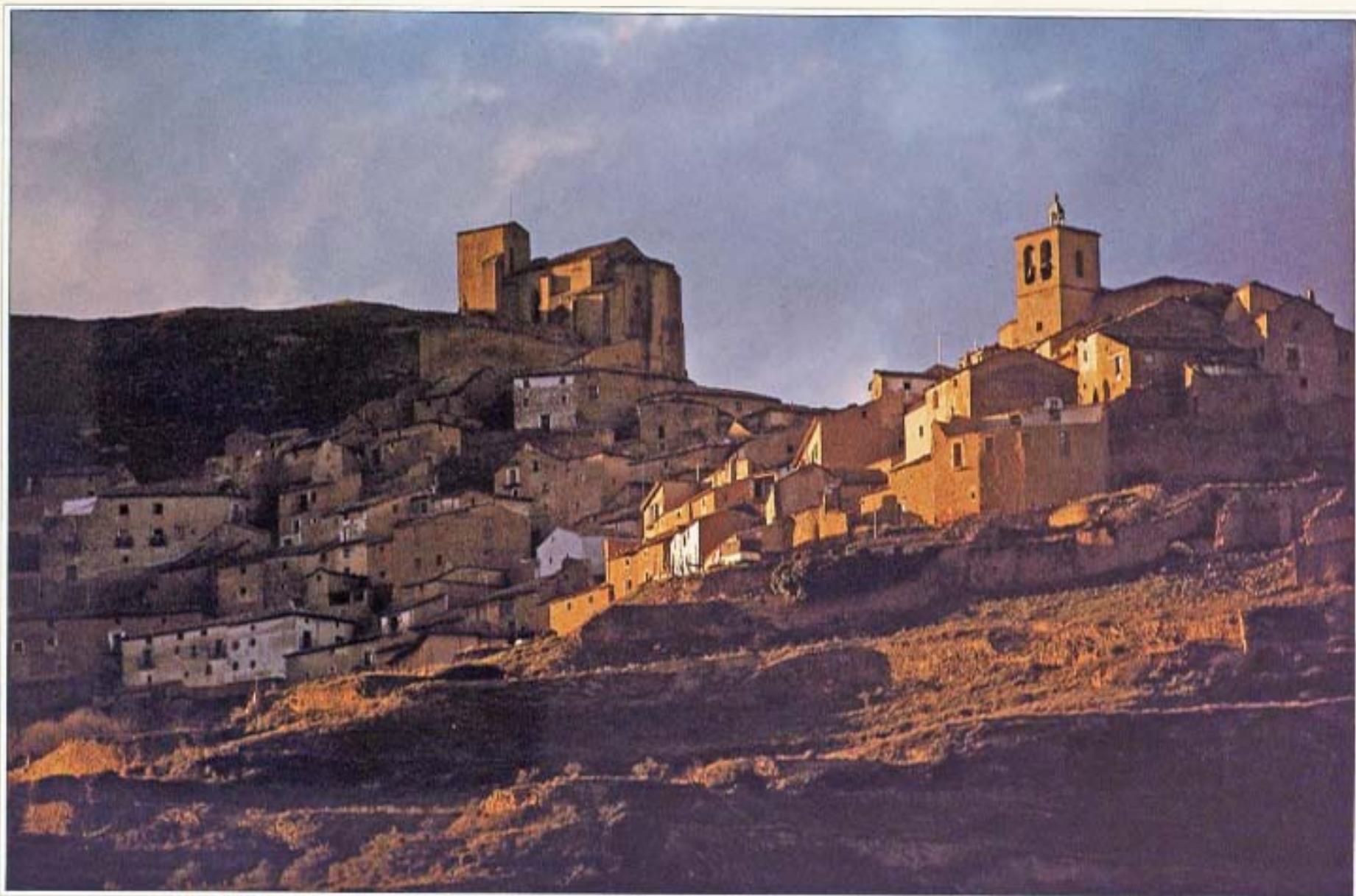
Así, no es raro observar a los buitres evolucionar pausadamente sobre los tejados de las casas, como éste de la foto, encima de Gallipienzo.

El buitre común es una de nuestras mayores especies voladoras, con una envergadura de 2,60 a 2,80 m. y un peso cercano a los 8 kg. Este respetable peso es menor del que puede parecer por su volumen y aspecto.

Con unas increíbles dotes para el vuelo planeado, permanece durante horas en el aire, sin mover apenas las alas y con un mínimo esfuerzo. Aprovecha las corrientes ascensionales de aire, corrientes térmicas o de pendiente, para elevarse y mantenerse. Desde gran altura y estratégica-

mente situados, los más de 300 buitres navarros escudriñan nuestro suelo, sin que nada escape a su vigilancia.

En contra de la creencia popular, no es el olfato lo que les guía, sino su extraordinaria vista, capaz de discernir si la oveja que ven allá abajo, a doscientos, trescientos o quinientos metros está muerta o simplemente dormida. En el primer caso tras unos giros de reconocimiento desciende rápido, indicando con su actitud a sus compañeros la presencia de la carroña. Un cuarto de hora es suficiente para que medio centenar de buitres reduzcan a un rosario de huesos el cadáver de una oveja.



### *Gallipienzo.*

**G**alla fortaleza importante del valle de Aíbar, colgada de un risco sobre el río Aragón, es Gallipienzo, que defiende el largo desfiladero por el que un 17 de julio del 924 se presentó Abd-al-Rahman III al frente de un nutrido ejército cordobés. Con Peña y Ujué fue frontera del reino durante más de dos siglos y no perdió valor estratégico hasta la conquista de Tudela.

Precisamente al mismo tiempo que la ciudad ribera, en 1117, Alfonso el Batallador otorgó a Gallipienzo el fuero de Sobrarbe. Mucho antes había sido asentamiento romano. Hace unos años fueron excavados «Los Castilletes de San Juan», cerca del pueblo; y también a dos kilómetros está Santa Criz, otra extensa ciudad romana, en términos de Eslava.

En el siglo XI, Gallipienzo, como otros lugares del valle, fluctuó entre los reinos de Aragón y

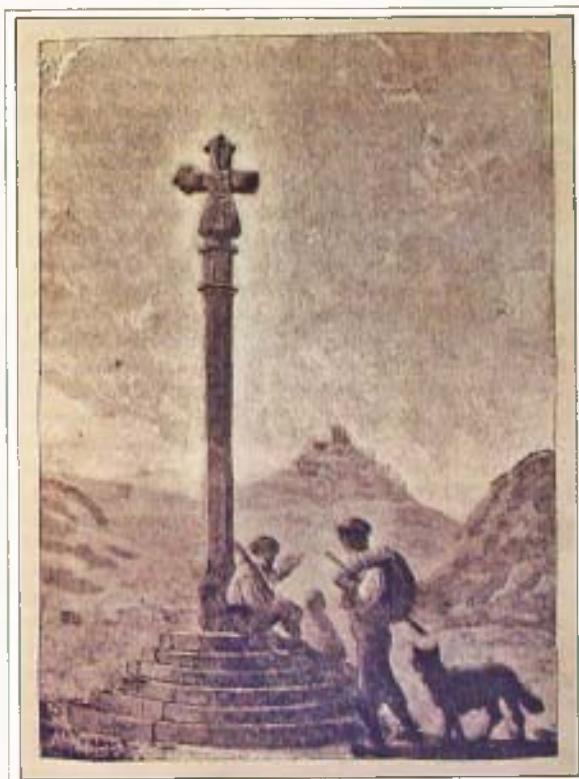
Navarra. Sancho el Mayor lo atribuye a su hijo el régulo Ramiro, aunque parece que nunca dejó de ser tenencia navarra.

Dos iglesias, el Salvador y San Pedro, ambas románicas en su origen, pero conservadas en su versión gótica, jalonan el barranco sobre el que se abre el caserío, bajo el castillo. El Salvador se decoraba con pinturas murales del XIV y XV, hoy en el museo de Navarra, y un estupendo retablo de comienzos del XVI, obra del llamado «maestro de Gallipienzo», en la actualidad desmontado y recogido en la parroquia de san Pedro.

Hace pocos años se abandonó el pueblo viejo y sus habitantes se trasladaron a un nuevo emplazamiento más cómodo, junto al río; pero, poco a poco, el núcleo medieval va repoblándose otra vez, al menos como residencia estacional de vecinos emigrantes y de forasteros que han adquirido las viejas viviendas en parte arruinadas.



*Ujué.*



*Ujué en 1886.  
(Según Cladraze).*



*Beso al Crucero  
de los romeros de Ujué.*



un kilómetro de Ujué, en la confluencia de los caminos que suben de San Martín de Unx y de los pueblos del Aragón y el Cidacos, se alza la Cruz del Saludo. Es el punto donde se encuentran y se besan las cruces romeras y se organizan las procesiones que entran cantando al santuario.

Esta cruz tiene su leyenda, que divulgó Madrazo como el más antiguo e importante milagro de la Virgen. Se cuenta que Gonzalo Gustios, padre de los Siete Infantes de Lara, llegó ciego a Ujué a pedir la intercesión de la Virgen. En este preciso lugar se apeó del caballo y ascendió de rodillas hasta la santa capilla. La Virgen de Ujué le devolvió la vista y don Gonzalo, agradecido, levantó la cruz. Un busto del caballero castellano recordaba en la iglesia, hasta hace pocos años, el milagro.

En realidad se trata de una cruz gótica de tiempo de Carlos III. Sobre cuatro gradas circulares se eleva el fuste octogonal decorado con escudos heráldicos. El remate de la cruz efigia por un lado al Crucificado y por otro a Nuestra Señora.

Madrazo la dibujó con unos pastorcillos en sus gradas y el pueblo al fondo. La estampa podemos verla repetida cualquier día. Desde allí la vista de Ujué, entre barrancos, con las casas apretadas contra la mole pétreas del templo-fortaleza, es fuerte y sugestiva.

Romería de Ujué.



El culto a Santa María de Ujué se desarrolla en el siglo XIV coincidiendo con la instalación en Navarra de la casa de Evreux. Expresión popular de la devoción a la Virgen son las romerías, que tienen su origen en la Edad Media y que se han conservado hasta nuestros días en el mismo ambiente y espíritu con que nacieron.

Tenemos documentos de Olite y Tafalla del siglo XV que acreditan esta devoción. Entonces eran obligatorias para los vecinos y debían acudir a ellas al menos uno por familia. Se hacia el recorrido en procesión. Desde el siglo XVIII se disuel-

ven en el trayecto. En esta época se fijó el día, domingo siguiente a San Marcos, para la romería de Tafalla, llamada romería grande; pero durante la Pascua peregrinan también, en distintos días, los pueblos circunvecinos.

Algunas romerías se han perdido en virtud de mandamientos episcopales, como la de Sangüesa, que sabemos se hacia en el siglo XVI. Sin embargo, en la actualidad, las romerías a Ujué no decaen ni en el número de entuñicados –aproximadamente los mismos que en el siglo pasado– ni en la fe en la Virgen.

Todos los que han contemplado y escrito so-

bre las romerías a Ujué destacan el carácter medieval y fuertemente penitencial. Así como medieval es el escenario en que se desarrolla: pueblo, templo y la Virgen románica a la que cantan, alaban y suplican.



Olite. Al fondo Ujué.

**E**n la sierra de Ujué, terminal pirenaico que separa y se asoma a las cuencas del Aragón y el Cidacos, se alza la fortaleza de Santa María como atalaya en los primeros siglos de la Reconquista. Abajo, en el piedemonte, Olite, que sabemos por San Isidoro fue reedificada por orden de Suintila y a manos de los vascones, posiblemente los mismos que poblaban estas sierras hacia el año 621.

Ujué es el castillo y el santuario y Olite, el palacio y el vergel. Ujué siempre fue cristiano y refugio de los pequeños poblados de la sierra en la primera frontera, y Olite ciudad romana, goda y musulmana sucesivamente hasta su conquista en el siglo X: *Erriberry*, tierra nueva.

Los reyes de la casa de Evreux dignificaron con el gótico los dos lugares, el áspero y el ameno, y los pusieron en contacto espiritual. De Olite subieron a Ujué repetidas veces, en devotas romerías, los reyes, príncipes e infantas, a postrarse a los pies de la Virgen para encomendarle su salud, sus intenciones personales y los arduos negocios del reino. También el pueblo, no sabemos si antes o después de los personajes reales, subía y sube sierra arriba.

Olite y Ujué. Dos paisajes cercanos y diferentes que contrastan y se complementan desde anti-

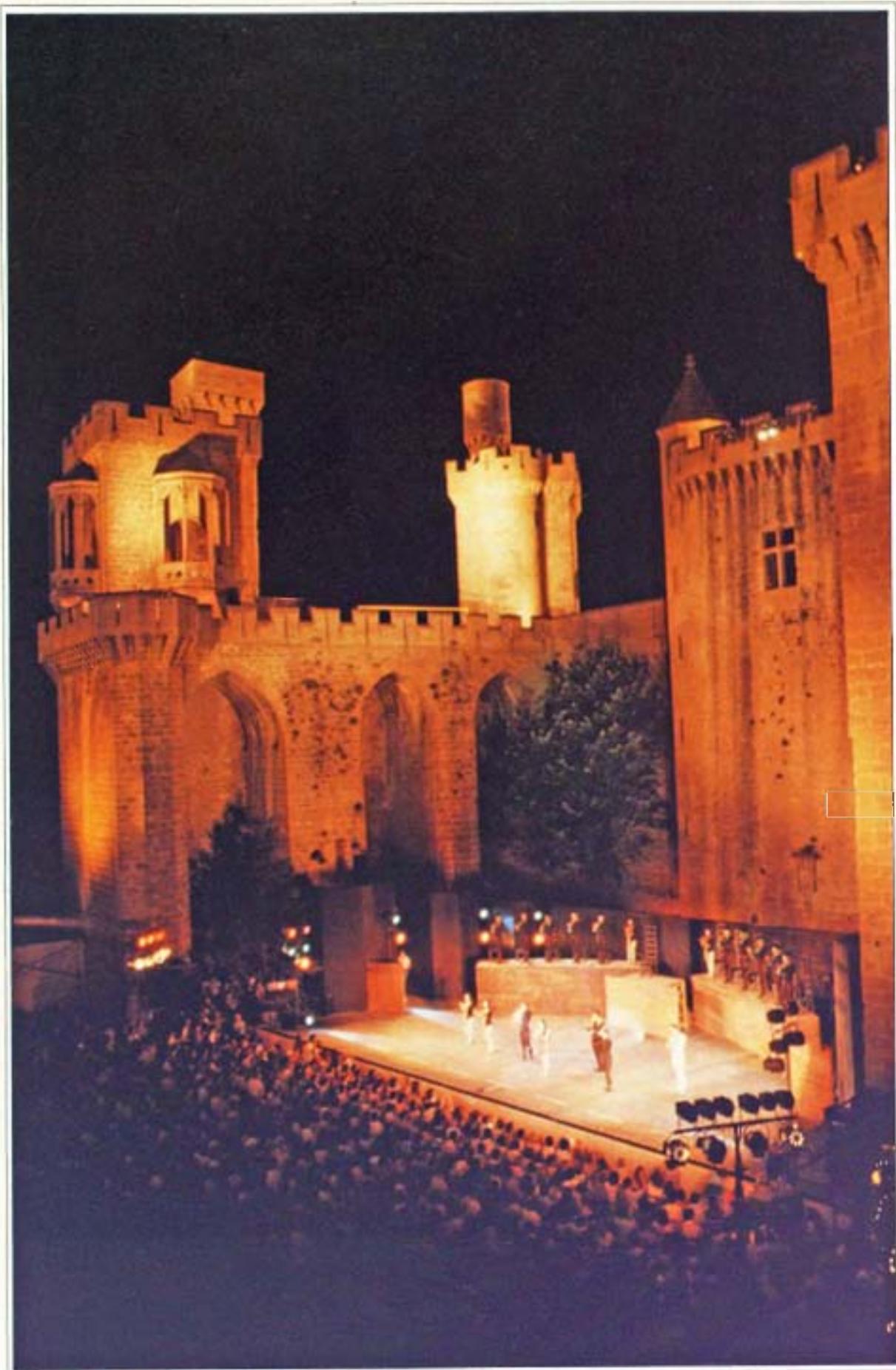
guo, también en lo económico. Ujué surtía de leña, carbón y «fusta» a las tierras llanas del Cidacos. Entre uno y otro, laderas y barrancos, olivos y viñas y pequeñas parcelas de cereal donde salta, brava, la perdiz.

**D**esde 1981 y durante todo el mes de agosto, es Olite escenario de unos animados festivales populares que, organizados por la Institución Príncipe de Viana de la Diputación Foral de Navarra, tomaron, en principio, el propio nombre de esta localidad para adoptar, posteriormente, el más amplio y ambicioso de «Festivales de Navarra».

Los espectáculos, audiciones y actividades culturales son numerosos y abarcan desde la simple conferencia hasta el gran ballet clásico. Las actividades menos multitudinarias tienen lugar, generalmente, o en la iglesia de Santa María –con el espléndido fondo de su retablo gótico–, o en las diversas dependencias del palacio, más adecuadas para exposiciones, cursillos y mesas redondas.

Pero lo que constituye, sin duda, el máximo atractivo de los festivales, son los espectáculos u audiciones que se desarrollan, por lo general, viernes, sábados y domingos, en el gran escenario montado al pie de la fachada oriental del castillo, en la plaza que allí forman sus altos muros de piedra y que era, precisamente, donde se corrían toros en los sin duda también espectaculares, pero diferentes, festejos palaciegos de antaño.

Junto a este escenario y dentro de las viejas torres se han instalado camerinos y, cerrando el espacio, un amplio y pendiente graderío con capacidad para más de 2.000 espectadores, desde el que, por precios también más que populares, se puede contemplar el casi increíble espectáculo del palacio iluminado y el no menos atractivo de un ballet blanco o folklórico, una tragedia griega o la interpretación del Requiem de Verdi o la novena sinfonía de Beethoven.



Festivales de Olite de 1982.

**E**

n contacto con los últimos pliegues pirenaicos y el piedemonte del Cidacos, San Martín de Unx fue una fortaleza de frontera en los primeros años del reino de Pamplona. Bajo el castillo y en la ladera sur de la colina se apiñó el pueblo con una urbanización de casas concéntricas muy parecida a la de Ujué, Aíbar, Sos y otros lugares que formaron la línea de defensa contra los musulmanes del Ebro y los califas de Córdoba.

La zona estaba poblada en tiempos de Roma. El nombre de Unx —«Unsi»—, homónimo de Ujué, aparece ya documentado en los siglos X y XI. A partir de Sancho el de Peñalén conocemos los nombres de los «tenentes» que tuvieron «en honor» la fortaleza.

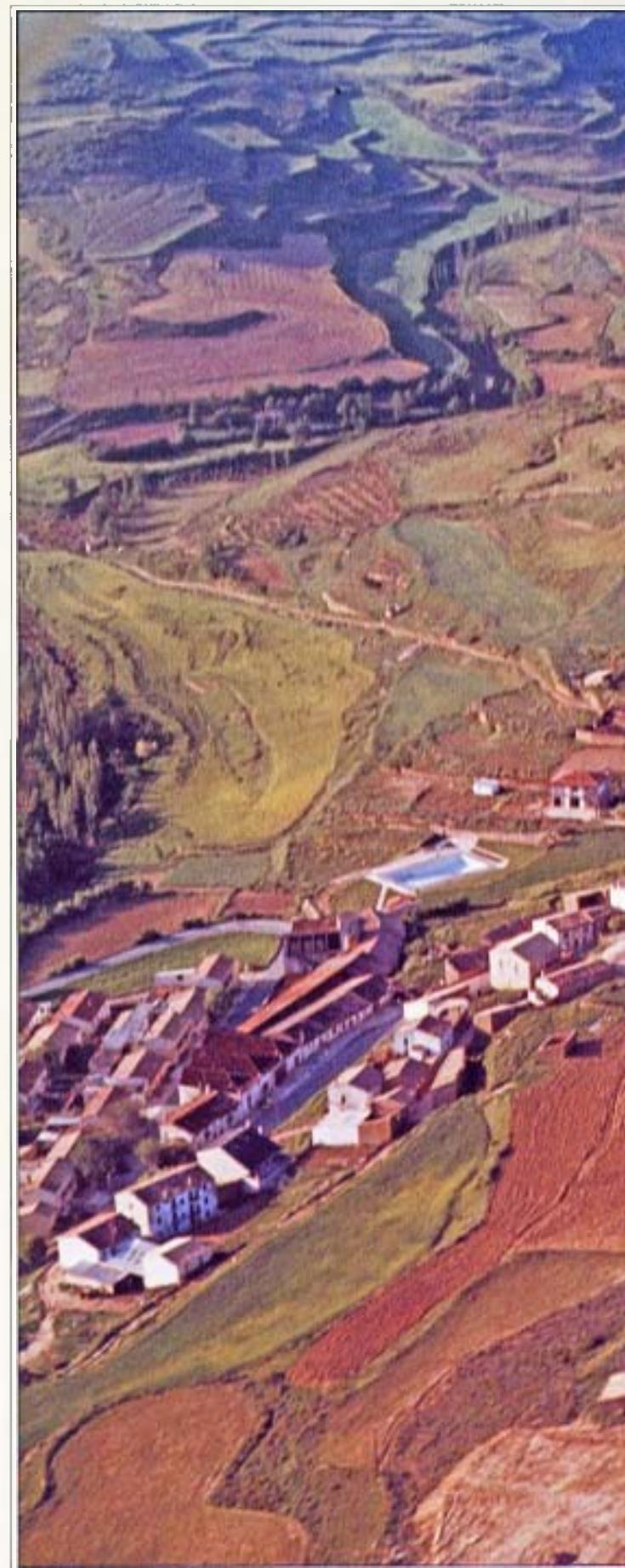
A finales del siglo XI, desplazada la frontera a la Bardena, tiene lugar una intensa repoblación en los valles del Cidacos y el Aragón. Las gentes, posiblemente refugiadas en los lugares altos durante la primera invasión musulmana, bajan a asentarse de nuevo en el llano. Se aforan una serie de lugares existentes —San Martín se cita en los fueros de Caparroso y Santacara— y se crean otros nuevos. Posiblemente en estos años San Martín se desdobra en una nueva población, Beire, que en principio sigue dentro del término munici-

pal y más tarde se independiza. Los calendarios de riegos de Olite, Tafalla y Caparroso, designan ocho días mensuales de agua del Cidacos a San Martín de Unx, cuando hoy sus términos no llegan al río. Por otro lado, las iglesias de ambos lugares figuran siempre unidas y juntas se incorporan al priorato de Velate. Todavía en 1511 pagaban en común sus pechas a la corona.

Sancho el Fuerte dio a San Martín tres privilegios sucesivos. Protege a sus labradores de los hombres de Olite que entraban los ganados en los campos y compraban fincas en el término. Al mismo tiempo les rebaja la pecha y les libera de las labores a que estaban obligados por su estatuto de villanía. Sin embargo, sabemos que más tarde —siglo XIV— iban a Olite a cavar y vendimiar las viñas del rey por un «pan de almut» como soldada.

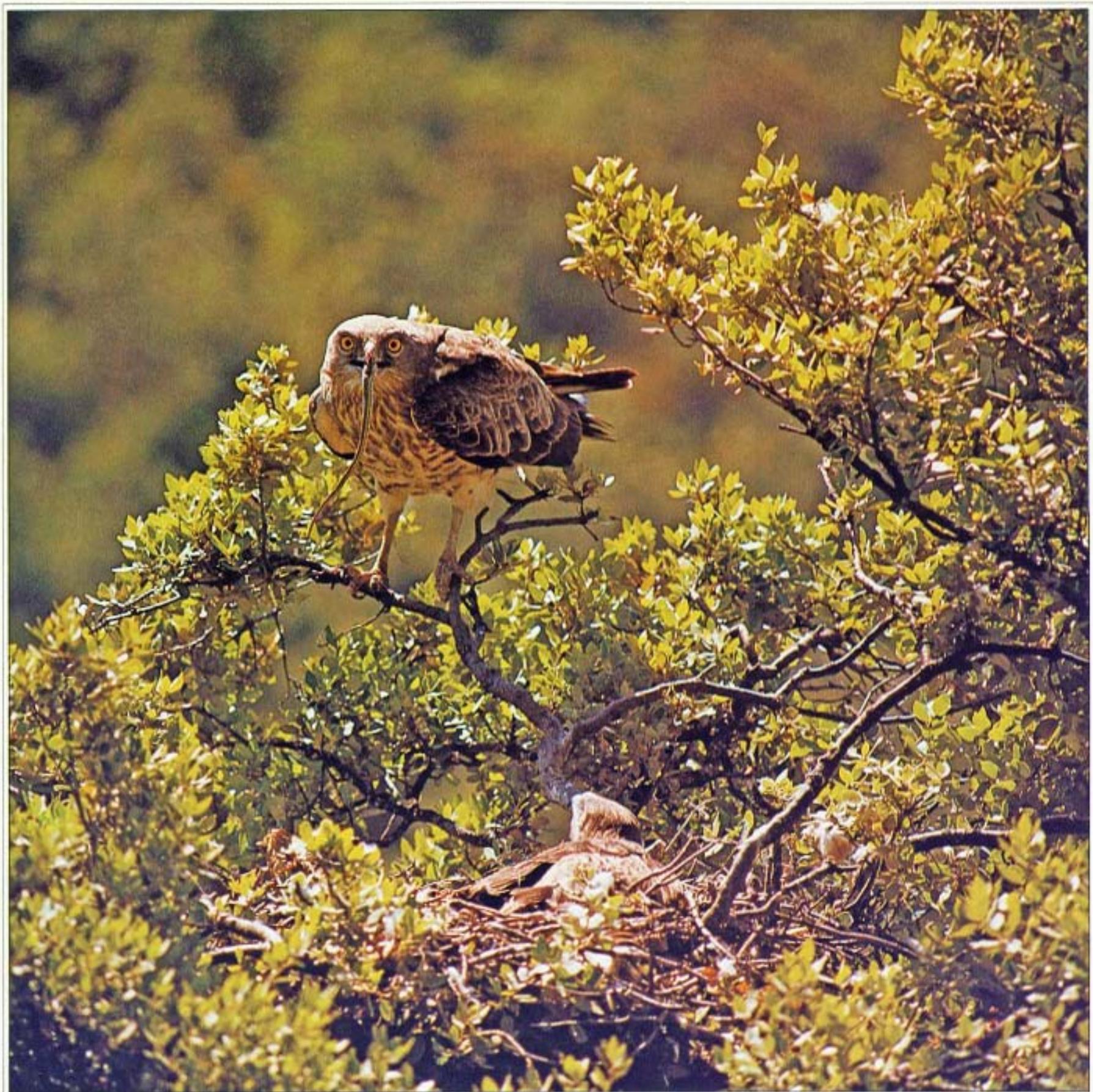
La población, que fue numerosa en el pasado siglo —1341 almas en 1857—, ha descendido notablemente en los últimos 30 años, al mismo tiempo que han dejado de cultivarse las ásperas laderas de su término y los cerros residuales, abandonados a la caza y el pastoreo.

La fama de San Martín se la han dado modernamente sus vinos, bien elaborados, que constituyen una importante base de su economía.



Vista aerea de San Martín de Unx





*Aquila fasciata.*

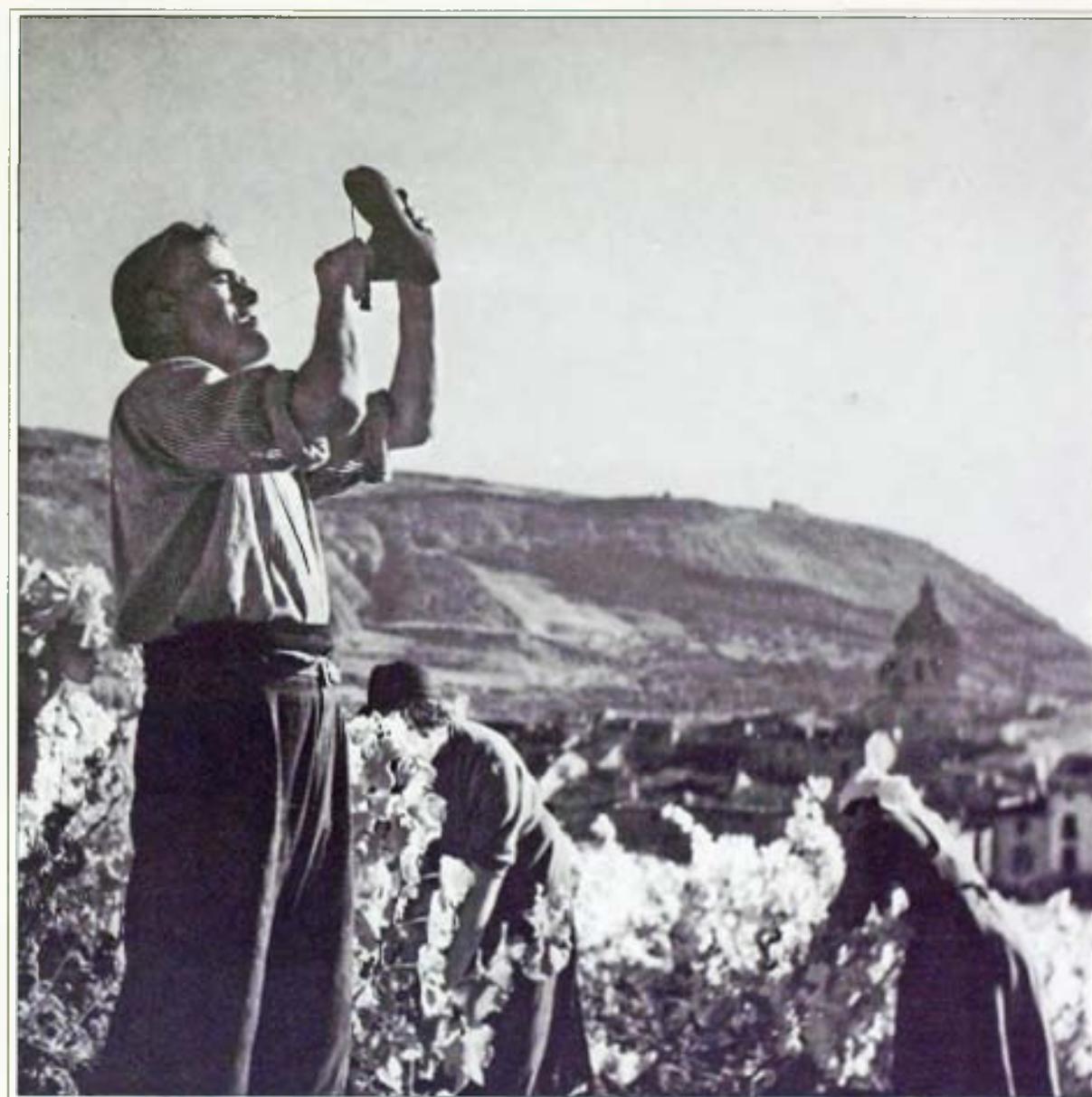
*S*obre una modesta carrasca de cierto bosquete de la Navarra media, la pareja de águilas culebreras ha construido su nido, humilde para el tamaño de los constructores; nido de ramas, renovado con hojas verdes a lo largo de la incubación y crianza del único pollo, que permanece pendiente de la llegada de sus padres durante más de dos meses.

Nos imaginamos a las rapaces como aves agresivas y audaces, que en rápidos picados o veloces persecuciones cazan todo tipo de mamíferos y aves, y el águila culebrera, con su corpulencia (1,80 m. de envergadura) se especializa en la captura de culebras, de las que se alimenta casi en exclusiva; con ellas cría a su pollo a base de pequeños trozos cuando es pequeño, y enteras, cuando ha crecido y es capaz de tragárlas.

### Tendimia en Uñam.

*E*l viñedo navarro se extiende sobre 27.374 Ha. de 148 términos municipales. Ocupa el 13º lugar entre las provincias españolas y supone cerca del 10% de las tierras cultivadas, siendo el segundo cultivo tras los cereales. Los orígenes de nuestra viticultura se pierden en la noche de los tiempos. Viejos documentos y algunos hallazgos arqueológicos, como los de Funes, Cáscale y «villa» de Liédena, parecen probar que el viñedo fue introducido por los romanos. Las invasiones musulmanas trastornaron su cultivo, aunque se reconstruyó en la Edad Media. Por documentos de esta época es fácil ver que el cultivo medieval de la viña perfila el actual.

El vino fue considerado entonces como alimento fundamental en la vida cotidiana. Teobaldo I introduce nuevas técnicas que mejoran la calidad y se consume el «verjus», hecho con racimos de uvas agraceas. Mucho debió prosperar el viñedo entre los siglos XVI y XVIII con el mercado



americano, pues las Cortes del Reino tratan repetidas veces de limitar su plantación. La crisis que acarrea la filoxera en Francia supone un incremento en nuestras exportaciones, con subida vertiginosa de precios; pero la aparición de la enfermedad en nuestras cepas cierra una época de oro. Tras la reposición de la viña con pie americano y ante la difícil situación económica, se crea en 1909 la primera cooperativa navarra, tercera en España. Tras serias dificultades, el movimiento cooperativo fue relanzado después de la guerra civil, para llegar a las 74 bodegas actuales. Hoy ser viticultor en Navarra conlleva estar metido en una de ellas, ya que el 80% del vino navarro está en manos cooperativas.

En 1945, a la Denominación «Rioja» se integraron seis municipios navarros, con 3.015 Ha. de viña. En 1958 se crea la Denominación de Origen «Navarra», quedando establecidas las siguientes zonas: Baja Montaña, Valdizarbe, Tierra Estella, Ribera Alta con las subcomarcas de Olite, Marcilla

y Lerin, y Ribera Baja, que suponen 27.275 Ha. De las 90 bodegas inscritas en la D. de O. «Navarra» sólo diez son de crianza.

Con marcos de plantación densos y poda corta, la producción media es de 815.000 Hl., con claro dominio de tintos, claretes y rosados, sobre moscateles y blancos, que proceden de las variedades Garnacha —que supone el 90% de los pies—, Monastel, Viura y Tempranillo, contamos en la actualidad con excelentes vinos tintos de crianza, reconocidos moscateles y sobre todo, con unos claretes y rosados que son los mejores del mundo, al decir de no pocos.



CONVENTO DE LA CONFESION . TAFA LL A.

London Pub'd by J. Murray, Gibemarle St<sup>t</sup> June 15. 1824  
Printed by C. Hallinan.

**T**afalla, por su situación geográfica, es importante encrucijada de caminos; es aquí donde la vía de comunicación que une la Navarra Media del Este (Sangüesa) con la del Oeste (Estella) cruza el eje del viejo Reino que enlaza a la Montaña con la Ribera. Esta circunstancia hace de esta población, Ciudad desde 1636 por concesión del Rey Felipe IV, un destacado centro de comercio, lugar de seculares ferias y plaza de interés estratégico militar, especialmente en las guerras del siglo XIX.

Tradicionalmente Tafalla se caracterizaba por su dedicación agraria, pero a partir de 1950 se ha producido un importante cambio social, siendo actualmente una ciudad industrial, con el 57% de

su fuerza laboral empleada en este sector, y solamente un 7% en la agricultura.

Cabe señalar como edificios de interés las parroquias de San Pedro y Santa María y también, aunque hoy desaparecidos, el convento de San Francisco, del siglo XV, y el Palacio, que solían usar los Reyes de Navarra alternándose con el próximo de Olite.

Possiblemente el rincón más conocido y representativo de Tafalla sea el conjunto, que aparece en el grabado, formado por el convento de las Concepcionistas Franciscanas, llamadas las Recoletas, y la casa solariega de los Mencos, que se hallan unidos por un arco que les da acceso por encima del viejo camino real. La casa fue comenzada a edificar a final del siglo XVI, fuera del

entonces recinto amurallado, y a lo largo de la historia ha sufrido varias ocupaciones como consecuencia de las guerras, habiendo sido cuartel de los franceses entre 1808-1813, de los liberales entre 1833-1839, Hospital de la Cruz Roja en la segunda guerra carlista y nuevamente cuartel en la civil de 1936. Sobre su puerta se ven las cadenas que recuerdan haber hospedado a S.M. el Rey Fernando VII, en junio de 1828.

El Convento es fundación de 1673, por el Almirante D. Martín Carlos de Mencos, quien legó su fortuna para esta obra y en él podemos contemplar la tumba de los fundadores y el precioso retablo, original del Monasterio de la Oliva, que sustituyó al que existía y que quedó destruido a raíz de la guerra de la Independencia.

Hórreo de Iracheta



**E**

n el corazón de la Valdorba y relacionado con monumentos prerrománicos asturianos, el hórreo de Iracheta es el más antiguo y el mejor conservado de Navarra. Al parecer, formaba parte de un conjunto arquitectónico perdido, en el que se integrarían la iglesia –en la actualidad muy adulterada– y un palacio.

Fechable a fines del siglo IX o en los primeros años del X, el monumento se documenta, como perteneciente a la Corona, en 1147. Más tarde pasó a la Orden de San Juan de Jerusalén, a poco de establecerse en Navarra, de la que Iracheta sería encomienda importante a lo largo del XIII.

Por tratarse de un edificio utilitario, carece de decoración. De planta rectangular, está apoyado sobre arcos de medio punto. La puerta fue agrandada en el siglo XVI y tuvo ante ella un puente móvil de madera para asegurar su aislamiento del

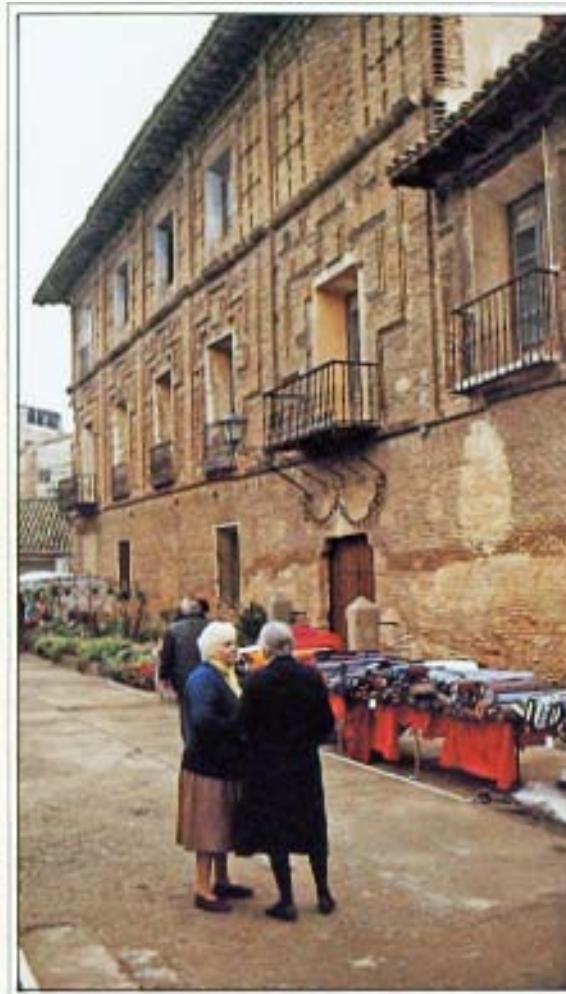
exterior. Tres saeteras le dan ventilación.

El hórreo ha sido restaurado hace pocos años y todavía cumple la misión para la que fue edificado. Con el palacio real de Estella, es el más importante testimonio de la arquitectura civil navarra que se ha conservado de la época prerrománica y románica.



*Fin*  
"La Zona Media. Tierras y Gentes"

*La Ribera*



*○ Mercado junto a la Casa de Las Cadenas,  
en Corella.*



Campos de Mendavia.

**E**sta llanura, parcelada como si fuera un damero, pertenece al municipio de Mendavia, situado en la Ribera occidental o estellesa. Se halla concretamente al NO de la villa, entre el regadio de la baja planicie aluvial del Ebro (izquierda de la fotografía) y el escarpe de yesos oligomiocénicos con que comienza el término municipal de Lazagurria (derecha de la fotografía). Predominan en ella los cultivos herbáceos de secano sobre los leñosos y es digno de ser subrayado el contraste de colorido existente entre las distintas parcelas (barbechos ocres, rastrojos amarillos, etc.).

Pero lo que importa más es destacar la regularidad geométrica del parcelario. Dos hipótesis se pueden plantear y sugerir, a este respecto: que se trate de la persistencia hasta nuestros días de la parcelación o catastración romana (centuriación)

que, como es bien sabido, se hacia en forma de cuadrados de unos 710 m. de lado con base en el *decumanus* y el *cardo*; o que estemos en presencia de una típica estructura parcelaria de roturación comunal y reparto de las parcelas o suertes entre los vecinos que tengan derecho a su usufructo. Las dos cosas se han dado en la Ribera y Zona Media de Navarra. La centuriación ha dejado pocas huellas, acaso por haber sido borradas o porque no se ha sabido leer, como si de un palimpsesto se tratase, en los paisajes superpuestos correspondientes a distintos estadios culturales. Las riberas del Ebro navarro-riojano fueron intensamente romanizadas, de modo que podría ser el de esta fotografía un paisaje agrario de centuriación hispano-romana; habría que estudiar, para afirmarlo, el trazado de las viejas vías de comunicación y de los caminos rurales y ver si su retícula concuerda con las medidas que se acaban de dar.

La roturación y el posterior sorteo de lotes o suertes comunales origina paisajes agrarios caracterizados por ser las parcelas de igual forma y tener el mismo tamaño; nada indica que no haya sido así, aunque ahora veamos campos de diversas extensiones; pudieron venderse en tiempos de apuro económico de los pueblos las suertes comunales y luego, por sucesivas compras y ventas, llegar a la desigualdad actual de tamaño.



INSURRECCIÓN CARLISTA EN ARAGÓN. — TALA, PRIMER AVANCE DE LA LINEA REBELDE EN SEPT. DE ESTE AÑO.

(De «La Ilustración Española y Americana»).



Carretera de Larraga a Lerín.



Campo, entre Los Arcos y Lodoso

endo de Estella hacia el S. por las carreteras cercanas al Ega, no se alcanza la Ribera hasta llegar a las cercanías de Lerín; el somontano de Allo es sólo su antesala, lo mismo que el de Tafalla-Olite en la Navarra Media oriental. Colinas de yeso inhóspitas, secanos cerealistas, cintas verdeantes de los regadios aledaños a los cursos de agua, pueblos grandes y con emplazamientos defensivos, horizontes dilatados, llanuras amplias y despejadas sin árboles, aridez: tales son algunos de los caracteres más distintivos de los paisajes geográficos de la Ribera.

Los secanos cerealistas –por ejemplo, los atravesados por las carreteras de Larraga a Lerín y de Los Arcos a Lodoso– se hallan divididos en grandes fincas llamadas corralizas. Hasta los siglos XVIII y XIX se dedicaban casi exclusivamente a pastos, los de unas reservados a los ganados

vecinales de los pueblos y los de otras arrendados en pública subasta al mejor postor, fuera o no vecino de la localidad donde radicaba la corraliza. Roturas y cultivo, leña, caza, piedra, etc. eran aprovechamientos comunales de importancia secundaria, salvo en coyunturas demográficas especiales, cuando aumentaba de modo inesperado la población y había que alimentar a un número creciente de bocas.

El empobrecimiento de los erarios municipales de algunos pueblos por causa de la guerra de la Independencia o de la primera de las Carlistas hizo que el Consejo Real o la Diputación, según la época, permitieron –a petición de los pueblos arruinados– la venta de algunas corralizas. Otras lo serían más tarde, a tenor de lo dispuesto en la Ley de 1 de mayo de 1855 (desamortización civil). Y bastantes siguieron conservando su carácter comunal. Unas y otras corralizas se roturaron en

la segunda mitad del s. XIX y primeros años del XX; las comunales se dividieron y repartieron, además, en suertes de cultivo agrario entre los vecinos que tuvieran derecho a su cultivo.

Los pueblos de la Ribera suelen estar cerca de la llanura de inundación fluvial, pero en posición dominante, sea en el reborde de una terraza alta, sea en la cumbre de una colina o de un cerro. Es el caso de la villa de Lerín, de plano regular, emplazada sobre una colina de yeso a la que rodean el Ega y dos de sus barrancos afluentes; el grabado no puede ser, en este orden de cosas, más expresivo.





*Pimientos en Lodosa y preparativos para embutarlos.*

**E**l pimiento, hoy día imprescindible en nuestra cocina, procede como el tomate y patata, de la América Central y del Sur. Aunque llegó a ser fuertemente comercializado por los árabes, es España el país donde más acogida tuvo en un principio, tardando, como todo lo exótico, bastante tiempo en aclimatarse. Lo prueba el hecho de no ser citado, ni como pimiento ni su derivado el pimentón, no sólo por Martínez Montiño en pleno siglo XVII, sino por ningún otro de nuestros clásicos de la cocina, siendo a finales del XIX cuando empieza a aparecer timidamente, como un ingrediente más. Tiene que superarse el primer tercio de nuestro siglo para que en nuestros libros de cocina den recetas de pimientos, a las que curiosamente se les da el nombre genérico de «a la navarra».

Habitualmente presente en nuestras mesas como alimento o condimento, es elemento controvertido, al que unos responsabilizan de sus malas noches y peores digestiones, mientras otros, curiosamente los enfermos de estómago, sueñan con su hartazgo. Dichos y frases proverbiales desprecian el nulo valor nutritivo de esta excelsa verdura, a la que habría que trabajar con azadilla de plata: «Visperas y pimiento, poco alimento». Sin embargo, ofrece gran riqueza de vitaminas, particularmente la C, y como planta medicinal es recomendada por su eficaz terapia tanto para los reumatismos, artritis y lumbagos, como para el alcoholismo o angina de pecho.

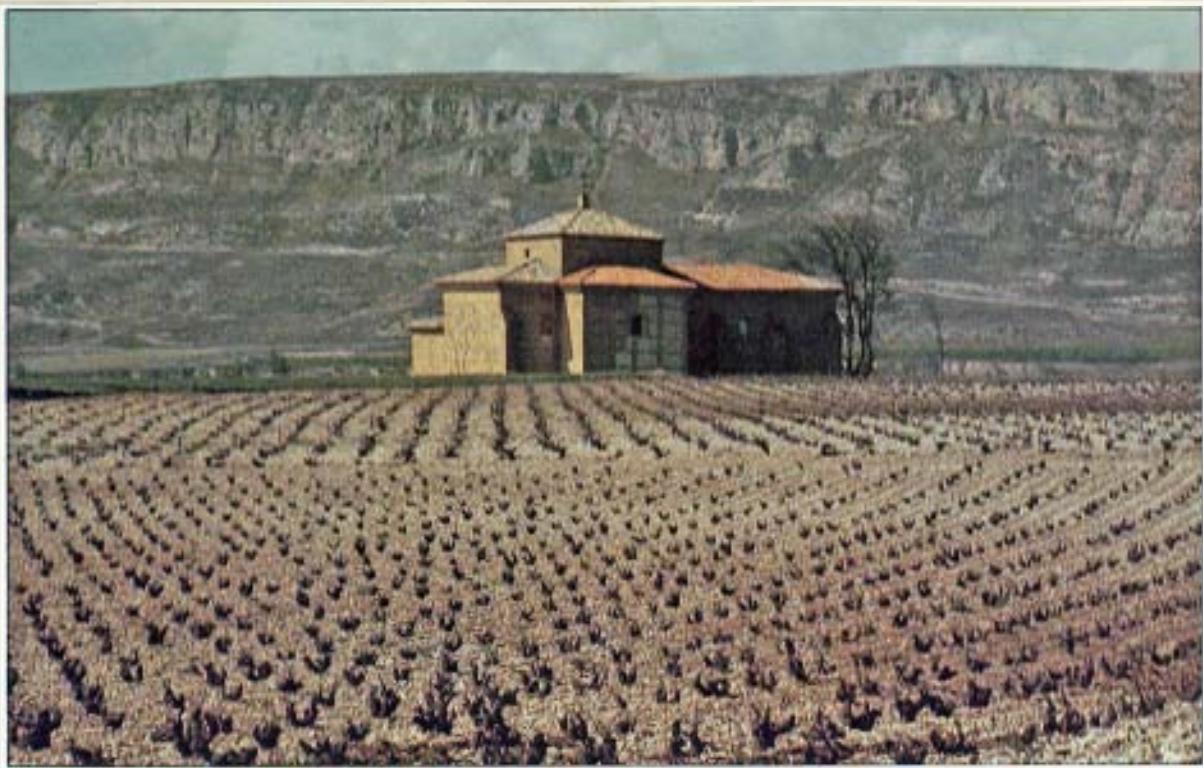
En su versión de pimentón, –frutos maduros, secados y pulverizados– pronto fue un artículo de

primera necesidad y supuso una verdadera revolución como elemento conservador de embutidos, adobos y embuchados, hasta entonces colmados de especias, transformando la chacinería española.

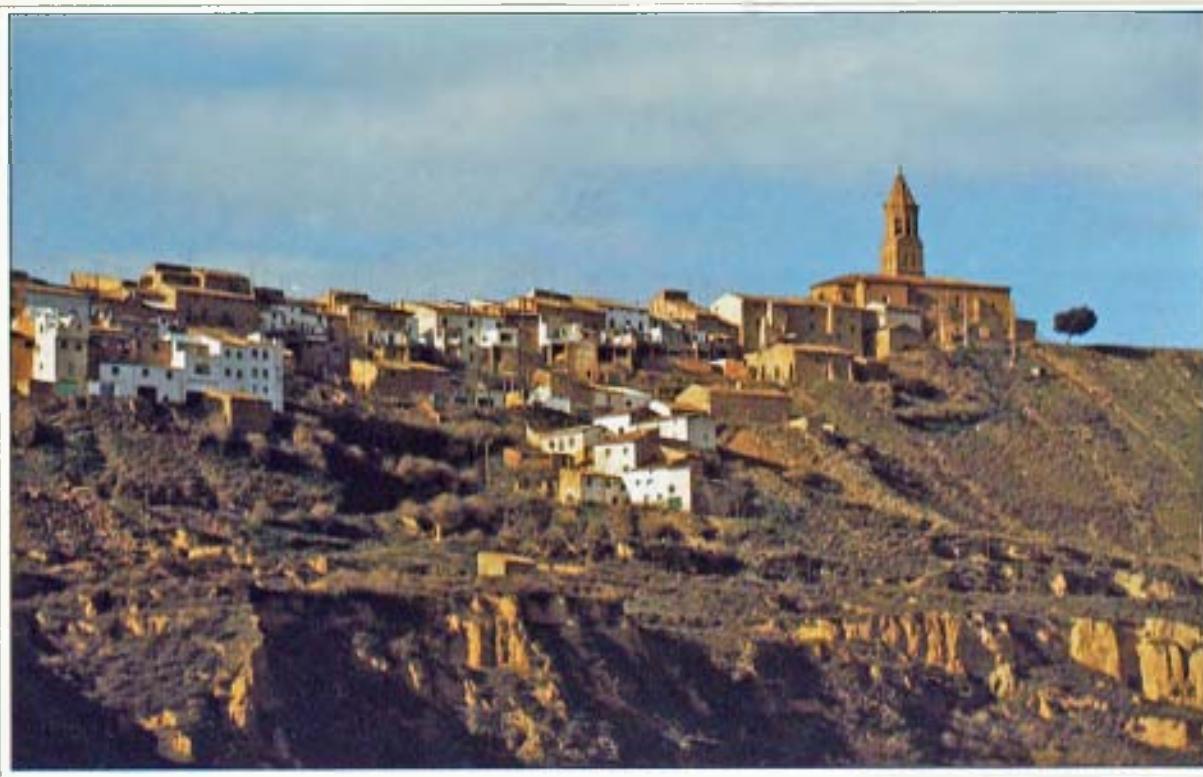
Se consumían en fresco, escabeche o desecados; fueron la base de la alimentación en ciertas épocas del año entre familias pobres campesinas y cena obligada «con una borrasca de aceite» en fechas de ayuno.

La formidable expansión actual se debe a la industria conservera, que asegura su continuidad en el mercado. Se conocen unas cincuenta variedades, destacando en Navarra la de «cuerno de cabra», que se ensarta y deseca al sol, y sobre todas las de «cristal» y «piquillo», de producción muy limitada y que Lodosa, por su excepcional calidad, los hace únicos, de tal manera que actualmente se está tratando de obtener para ellos el reconocimiento de Denominación de Origen. Su elaboración artesanal es sencilla: únicamente asar los pimientos en brasa de carbón vegetal –y no demasiado– y pelarlos a mano o con un trapo, pero «sin que el pimiento vea el agua», pues, si se mojan, pierden el gusto característico.

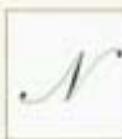
La nueva generación de maestros cocineros ha descubierto su calidad y preparaciones y los ha elevado a plato imprescindible de sus cartas, que ya pueden preguntar como el muete de Peralta: «Madre, ande no hay pimientos, ¿qué meriendan?».



*Ermita de Nuestra Señora de Gracia, en Cárcar.*



*Cárcar.*



uestra Señora de Gracia es una de las ermitas históricas de Cárcar y la única que ha llegado a nuestros días abierta al culto. La opinión común es que la de Gracia es la antigua Virgen del Regadio, de la que conocemos ermitaños y licencias episcopales de cuestación. La ermita barroca, del siglo XVII, está lejos del núcleo del pueblo, en área de cultivos y hacia Lerin. Su planta es de cruz latina y la nave se divide en tres tramos. El exterior, de ladrillo y mampostería, es una maceta de volúmenes cubicos. Se ha relacionado esta ermita con Gabas, o Cabase, lugar despoblado en el cerro que mantiene el topónimo.

Cárcar, sobre el Ega, busca un emplazamiento defensivo. El castillo de Cárcar nos es conocido desde fechas remotas y parece corroborar la etimología ibérica que la definiría como altura fortificada. Cárcar, como va dicho en otra página, perteneció al Condado de Lerin, aunque no tal como lo fundó Carlos III el Noble para Luis de Beaumont, su primo, cuando celebraron el compromiso matrimonial de éste con Juana de Navarra, hija natural del monarca.

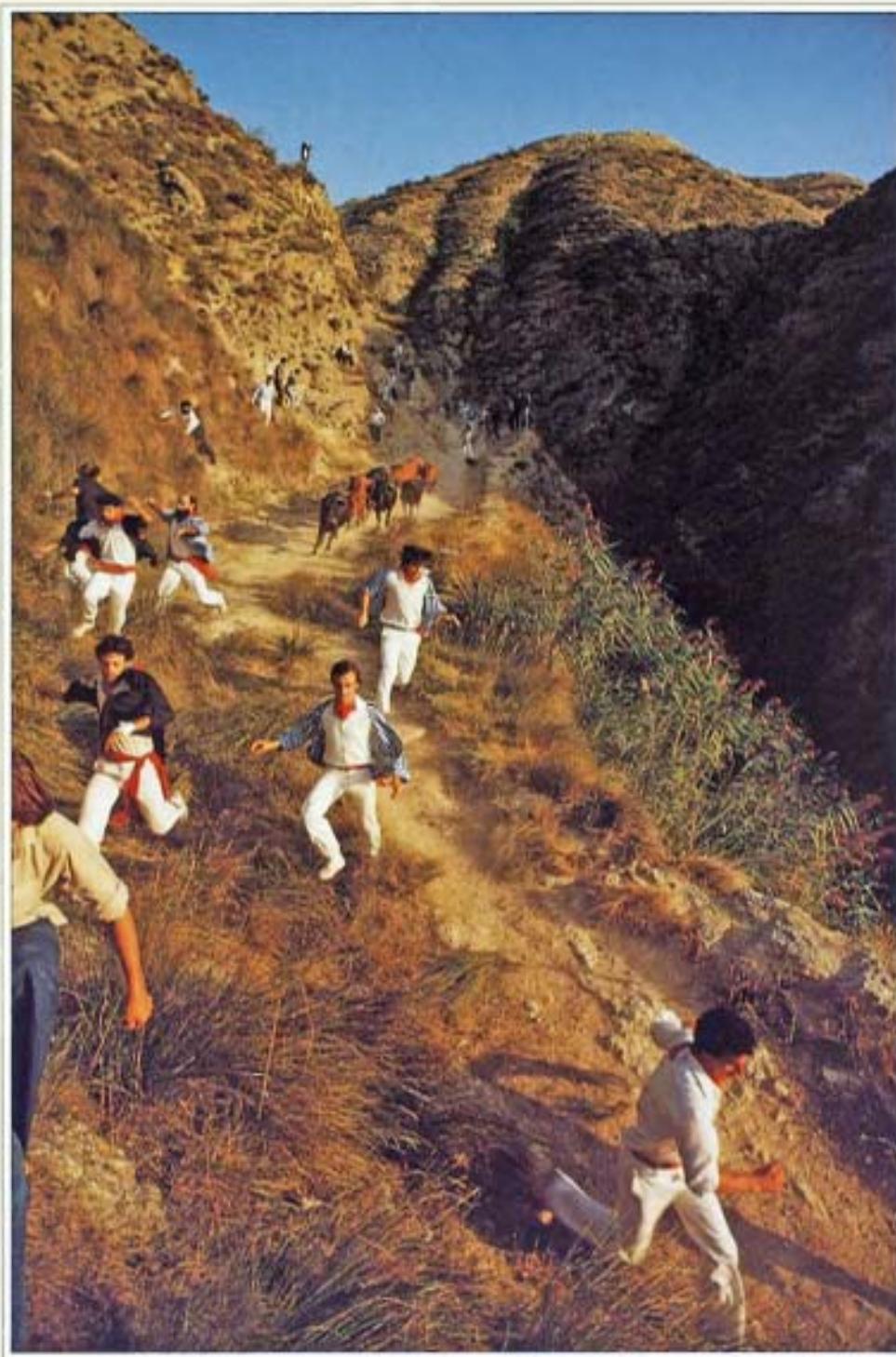
Como otros pueblos, éste se va desparramando por el llano, entre cuyos cultivos cabe destacar el viñedo y las hortalizas, materia trabajada por las fábricas de conservas vegetales, numerosas en las riberas históricas de Navarra.



a Ribera es la zona de los grandes regadios navarros. Las razones que lo explican son varias, pero principalmente éstas: que es aquí donde el clima exige, por la sequía estival, el riego, y donde más amplio abanico de posibilidades y diversidad de cultivo ofrece; que sólo en la Ribera se encuentran, aledañas a los ríos, extensas llanuras aluviales; y que aquí están los mayores y más caudalosos cursos de agua. Al primero de estos aspectos ya aludimos a propósito de Campollano (Puente la Reina). Las otras dos condiciones se relacionan estrechamente entre sí. En efecto, el Ebro a partir de Haro, el Ega desde Lerin, el Arga desde Mendigorría, el Cidacos desde Tafalla y el Aragón desde Carcastillo son ríos lo suficientemente caudalosos como para haber originado con sus desbordamientos en los períodos interglaciares del Cuaternario dilatadas llanuras de aluviones o terrazas. Las que sirvieron de asiento a los regadios han sido sobre todo las bajas llanuras; sólo con obras de ingeniería más tecnificadas han podido ser también regadas las terrazas más altas. La fotografía corresponde al tramo del Ebro comprendido entre Sartaguda y Azagra que, en este caso, sirve de rigurosa frontera Navarra-Rioja. El contraste regadio-secano suele estar en la Ribera subrayado y acentuado por un escarpe de yesos, como en el caso presente.



*Regadío de Zaragoza-Aragón.*



Encierro, en Falces.

E

l encierro, como va dicho al hablar del pamplonés, aprovecha el tramo final del viaje que las reses de lidia deben hacer desde las dehesas al coso. Ese viaje se hacia por las cañadas, hermanados los toros y acompañados por los pastores. De entonces quedan historias y leyendas que nimban el recuerdo de grandes mayoralas y sirven para entender el comportamiento de los bóvidos bravos en pleno campo, lejos del ruido hostil y la fiebre cruenta de la plaza.

Ese tramo final es, como parece obvio, urbano: las reses se adentran por las calles hasta llegar al corral definitivo, del que saldrán para no volver. Esto es así cuando se trata de toros, y en Pamplona se aplica con tal rigor lógico que los animales desechados en el reconocimiento veterinario no corren el encierro.

Una falsa imagen lleva a creer que en Navarra los encierros son siempre de toros. No. En esta tierra, muchos de cuyos pueblos, en especial de la Zona Media y Riberas, no comprenden las fiestas patronales sin encierros, sólo corren toros en Pamplona y Tafalla. Y así, en general, el encierro no es para los astados el trance penúltimo, el viaje al espectáculo final. El corral no es otra cosa que el descanso entre encierro y encierro, porque los navarros son muy dados a correr el ganado calle arriba y abajo durante horas diurnas y nocturnas, antes y después del baile, diana, aperitivo y pasatérde. Sería cosa de seguir a estas vacas escurridas, destortaladas y cornifeas durante su verano loco de pueblo en pueblo.

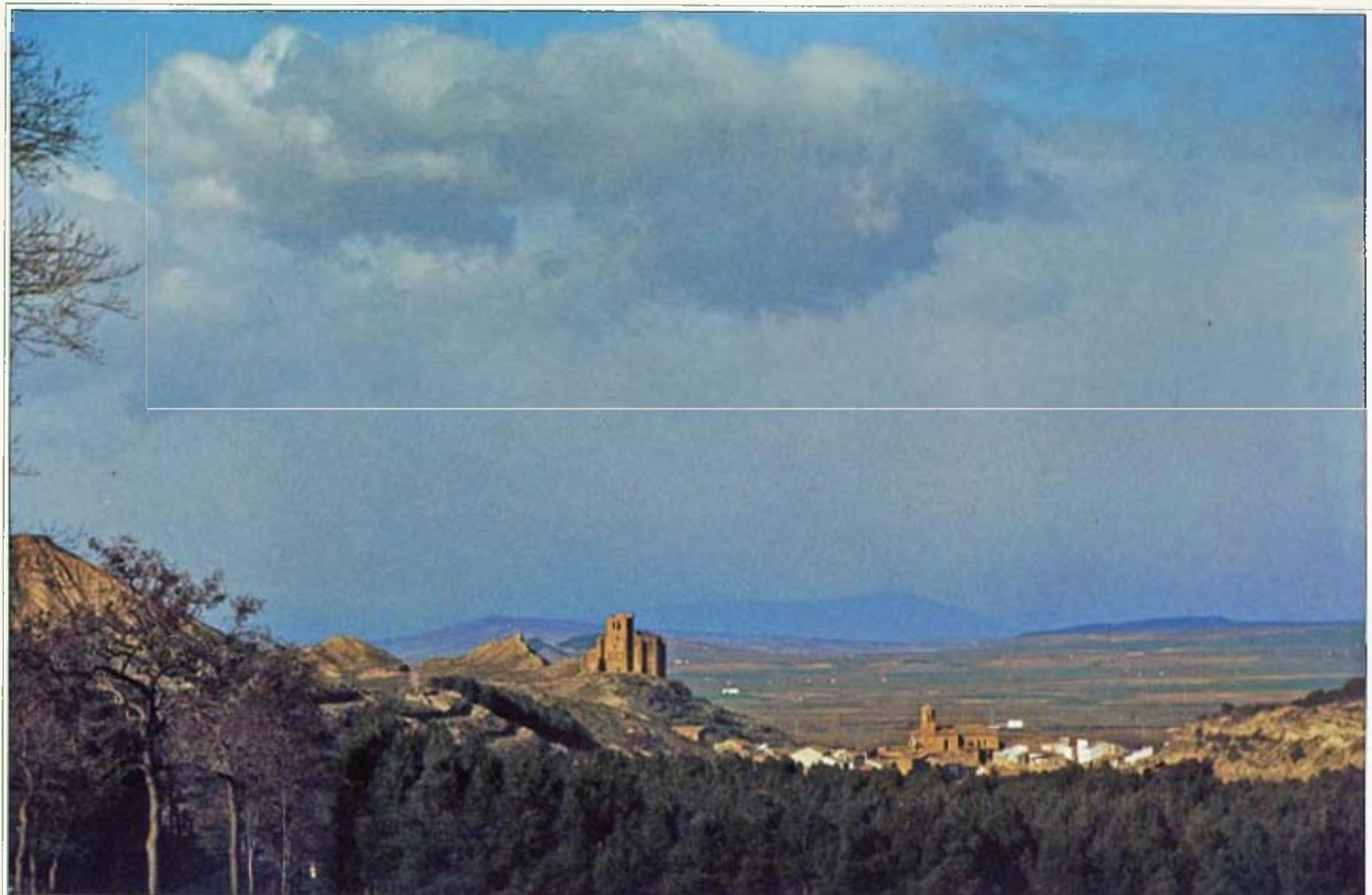
En Falces, pueblo a orillas del Arga, en la merindad de Olite, el encierro sigue el esquema descrito, pero es diferente. Se desarrolla sobre la última etapa que desde siglos las vacas cubrían al venir de ganaderías aledañas, entre el Corral del Monte y el pueblo; pero ese trayecto no va entre las casas, sino por la antigua cañada, fuerapuertas. A las nueve de la mañana, durante las fiestas agostinas, vacas y mozos protagonizan el «encierro del pilón». Pilón dicen que lo hubo, para que las bestias de tiro abrevasesen, al pie del camino que baja del monte. El camino, estrecho, incómodo y encajado en el desfiladero, va del pueblo al Corral del Monte, donde las reses reposan. Las vacas cuesta abajo no pueden correr mucho, pero el espectáculo es fugaz, emocionante y peligroso. La trocha abrupta no facilita la velocidad y el riesgo de los corredores es doble, atentos a las astas y al piso. Debe de haber más heridos de tobillo que de cuernos. Los falcesinos ocupan los puntos clave, cercanos y a salvo y respiran el alegre polvo reseco que levantan las pezuñas, quién sabe si asustadas.



*Tulipanes, en Udagro.*



Presa del río Aragón, en Caparroso.



*Caparroso.*

**E**l recuerdo que guardan de Caparroso quienes pasan con frecuencia por la carretera de Pamplona a Zaragoza se compone de varias imágenes que ofrecen contrastes muy violentos: un regadio rico, una serie de escarpadas colinas de yeso grisáceo cubiertas de romeros, aliagas, tomillos y otras plantas olorosas o repobladas a trechos con pinos carrascos, una iglesia-fortaleza en alto protegiendo a un pueblo viejo agazapado a sus pies y un pueblo nuevo que ha surgido en la parte baja, junto a la carretera, en condiciones más acomodadas a la nueva vida. Y también, como en toda la Ribera, el cierzo, importante protagonista de las actividades y del carácter de las gentes y de los paisajes.

Caparroso es una de las villas del bajo Aragón.

Se alza en posición defensiva sobre la ruta natural de comunicaciones que es el valle de este río, cercana —como la Rada histórica— a la desembocadura del Cidacos, que conduce, remontándolo hasta el Carrascal, hacia la Cuenca de Pamplona; desde Caparroso y desde Rada se ve Ujué. Hacia el S. parte la carretera que lleva a Tudela y Zaragoza; Caparroso ha sido siempre y es un pueblo bardenero.

Pero su mayor riqueza está en el regadio, de origen, al menos, medieval. Gran parte de la superficie que ocupa se halla en la margen derecha del río Aragón, que corre pegado al escarpe de yesos en el que se asienta el pueblo. Dos acequias lo fertilizan: la que arranca de la presa situada en Santacara, cerca de la muga con Murillo el Fruto, y riega también parte de este término y de

Murillo el Cuende (Traibuenas) y la de Marcilla, que nace en la presa construida en el Aragón unos 500 m. aguas arriba del puente viejo de Caparroso. A ésta última corresponde la fotografía. Hay, por último, tierras de Caparroso regadas con aguas del Cidacos y del Canal de las Bardenas; aquél es el regadio más viejo y éste el más moderno. A ocho días de riego mensuales tiene derecho Caparroso con agua del pequeño río tafallés desde que se lo otorgara Pedro I al concederle fuero en 1102. El poco regadio que hay en la margen izquierda del Aragón está fertilizado con aguas derivadas de la Acequia de Navarra (Canal de las Bardenas).



*Inundación del río Aragón en 1979 a su paso por Marcilla.*

os torrentes de nuestro Pirineo se hacen ríos importantes en la Ribera, antes de rendir su tributo al Ebro. El Aragón, representado en una de sus crecidas a su paso por término de Marcilla, allí donde lo cruzan la autopista de Navarra, el ferrocarril Pamplona-Castejón y la carretera de Marcilla-Villafranca, es el más caudaloso de todos los ríos navarros, salvado el Ebro. Recoge las aguas de una extensa cuenca que abarca el primitivo Condado de Aragón (el Pirineo jacetano) y gran parte de Navarra, si tenemos en cuenta que, poco antes de su desembocadura en el gran río ibérico, recibe al Arga, que es el río navarro por excelencia. En el tramo bajo de su curso el Aragón lleva rumbo NE-SO, perpendicular al que siguen los ejes de los pliegues de tipo halocinético de la

Ribera, concretamente el anticlinal de Caparroso y el sinclinal de Peralta. En el escarpe de erosión que hay al otro lado del río, en su orilla izquierda, se ve un paquete de estratos (yesos y margas del Oligoceno) buzando hacia la derecha, hacia el SO., pertenecientes al flanco S. del anticlinal y al N. del sinclinal mencionados.

Es una imagen muy «ribereña»: una llanura de aluviones que sirve de asiento a ricas huertas y, en contraste brutal, un escarpe de yesos coronados muchas veces por las ruinas de una fortaleza (el caso de Caparroso, p. ej., cercano a la fotografía), por los aluviones, deformados, de una terraza fluvial y por pequeños pinares de repoblación. El Aragón es uno de los ríos navarros que experimentan mayores crecidas: en la del 2 de enero de 1920, p. ej., la estación de Caparroso aforó 2.000

m<sup>3</sup>/s. de caudal instantáneo, crecida que sería superada un día de noviembre de 1966 (2.320 m<sup>3</sup>/s.). Si se tiene en cuenta que el módulo (caudal medio anual de un periodo de 30 años) ronda los 81 m<sup>3</sup>/seg. concluiremos que en las grandes crecidas el Aragón puede llevar entre 29 y 30 veces más agua. También padece estiajes acusados (hasta 0 m<sup>3</sup>/s. de agua medible en agosto de 1926), de suerte que, a pesar de estar bastante bien alimentado por agua de lluvia, subterránea y de fusión de nieve, el Aragón tiene, como la mayor parte de los ríos españoles, un cierto carácter torrencial. Su curva de variaciones mensuales de caudal es de tipo pluvio-nival. Hasta los años 40-50 fue un río almadiero.



*Vista aérea del Bajo Aragón.*

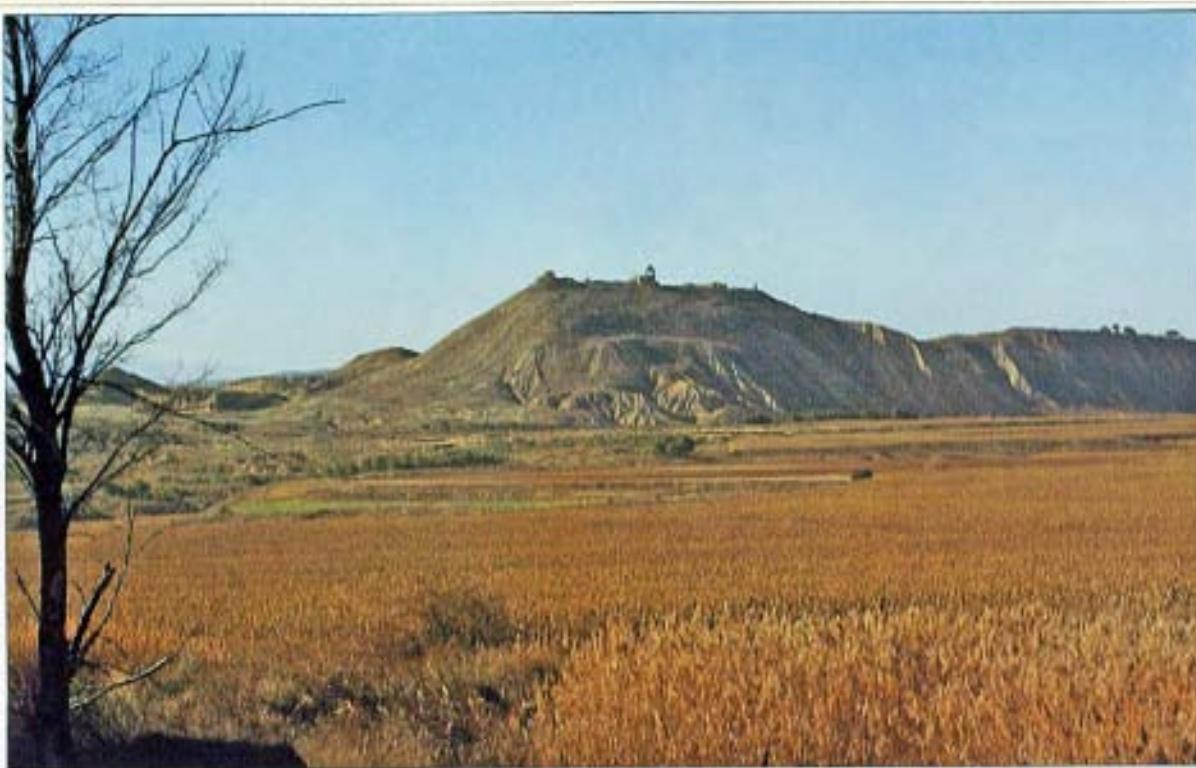
**E**ste caudaloso río navarro lleva a lo largo de su recorrido rumbos cambiantes que unas veces están de acuerdo con la estructura geológica y otras no. Por ejemplo, desde Gallipienzo hasta Carcastillo sigue un trazado N.-S., perpendicular a las alineaciones estructurales de la Navarra Media y, por consiguiente, discordante con ellas. Llegado a Carcastillo, cambia una vez más el rumbo, ensancha su valle, hasta entonces estrecho y encajonado, y se dirige casi de E. a O. hasta Caparroso y luego de NE. a SO. hasta la confluencia con el Arga.

Disminuida considerablemente la pendiente (340 m. en Carcastillo y 280 en su desembocadura) y, con ella, la velocidad de la corriente, el Aragón ribereño describe meandros libres o diva-

gantes y va acompañado, a una y otra orilla, por los escalones aluviales de las terrazas que elaborara con los cambios climáticos del Cuaternario. Hacia el N., en este caso la derecha de la fotografía, se ven las últimas estribaciones de la sierra tabular de Ujué, y hacia el S. (izquierda) las primeras crestas yesíferas de la Bardena plegada.

Este corredor aluvial por el que meandrea el río desde Carcastillo a Caparroso fue, sin duda, de temprana ocupación y poblamiento humano; a la orilla derecha del Aragón se hallan Murillo el Fruto, Santacara y Traibuenas y a la izquierda, Carcastillo, Mélida y el desolado de Rada. Carcastillo, Murillo y la Oliva se ven bien en primer plano, Santacara y Mélida con mucho menos detalle, y al fondo se advinian Traibuenas, Rada y Caparroso. Como los de casi toda la Ribera, se trata de asen-

tamientos humanos concentrados y de carácter defensivo: contra las inundaciones fluviales y contra los ejércitos musulmanes, aragoneses, castellanos y navarros (agramonteses y beamonteses) que tantas y tantas veces pasaron por esta vía natural de comunicaciones. El carácter concentrado del habitat rural se debe más al tipo de agricultura (el regadio exige fuertes lazos de solidaridad comunitaria) y a la inseguridad crónica que a la aridez climática. Esta vega del bajo Aragón se ha regado tradicionalmente con acequias derivadas de presas construidas en su cauce y, después de 1950, también con las derivadas de la Acequia de Navarra (canal de las Bardenas).



*Despoblado de Rada.*



*Vista desde el despoblado de Rada.*



ada comienza a sonar en la historia navarra a finales del siglo XI, cuando la frontera se establece en la Bardena y García Ramírez y Pedro I repueblan las tierras del Aragón y el Cidacos e instalan una serie de fortalezas cristianas frente a Tudela. Antes había sido fortaleza musulmana. Su iglesia, con otras muchas de la zona, entre ellas Ujué, pasó a depender, a fines del XI, de Montearagón.

Como importante bastión de la Corona, fue dado en señorío a ilustres familias, previo pacto de vasallaje con los reyes. El primer «teniente», Azenar Azenariz, lo documentamos en 1102. A mediados del XII miembros de la familia Rada ocupan cargos importantes no solamente en la milicia y la administración navarras, sino también fuera del reino.

El lugar fue ocupado por mosen Martín de Peralta en 1452, quien mandó derribar sus muros «porque dello quedase perpetua memoria». Se pretendió con ello castigar la rebeldía beamontesa. Unicamente se respetó la iglesia de San Nicolás, todavía en pie. En el momento de su destrucción tenía 25 fuegos.



os nuevos regadíos del canal de las Bardenas que afectan a un pequeño apéndice de Navarra, han transformado el paisaje estepario de los alrededores de Rada, permitiendo a la vez un nuevo asentamiento de población.

Son varios los intentos, desde el siglo XVIII, de repoblar la Bardena, pero el nuevo Rada es el único que ha cuajado al pie del cerro donde estuvo el lugar amurallado.

Tierra salitrosa, con pinares residuales y una gran charca que da paso al Plano por un lado; por otro, el viejo regadio del Aragón frente a Traibuenas con los sotos del río cada vez más reducidos por los cultivos. Sabemos que en este paraje había un molino en el siglo XV que mantenía un batán de paños.

Los cultivos, a pesar del riego, son todavía los clásicos de secano, excepto el maíz y la alfalfa. Será difícil llegar, hacen falta muchos años, a una agricultura intensiva.



Pinar de Carcastillo.

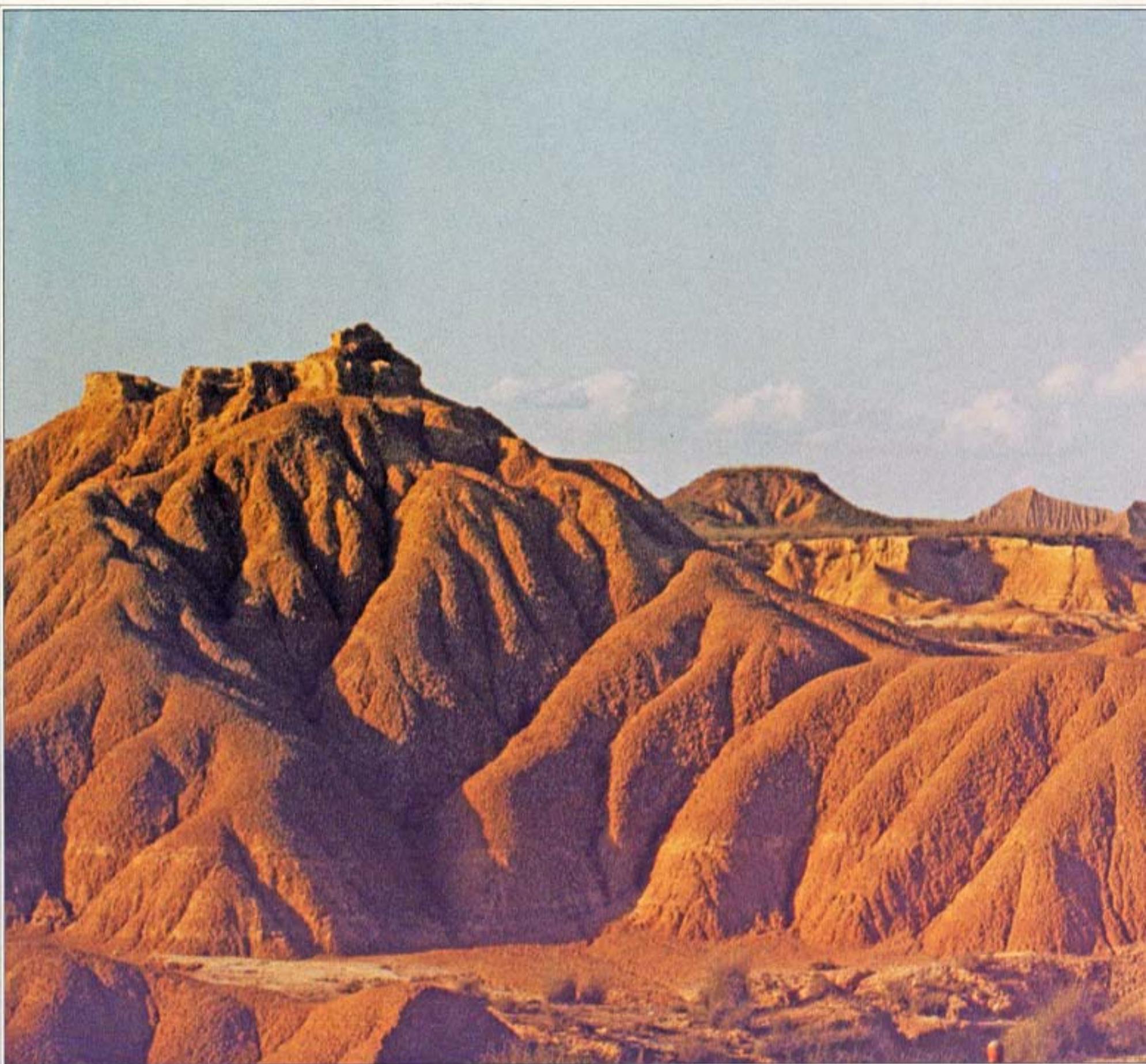
**L**a Ribera de Navarra, como toda la Depresión central del Ebro, a la que geográficamente pertenece, y la mayor parte del solar español bautizado tan acertadamente por Brunhes a principios de nuestro siglo como España o Iberia seca, apenas tiene otros bosques que los choperas de los sotos fluviales. Es tierra de meses, viñedos, olivares y huertas y de matorrales del tipo garriga allí donde no entró la reja del arado o donde la erosión posterior a la roturación o la excesiva pendiente hizo necesario el abandono del cultivo.

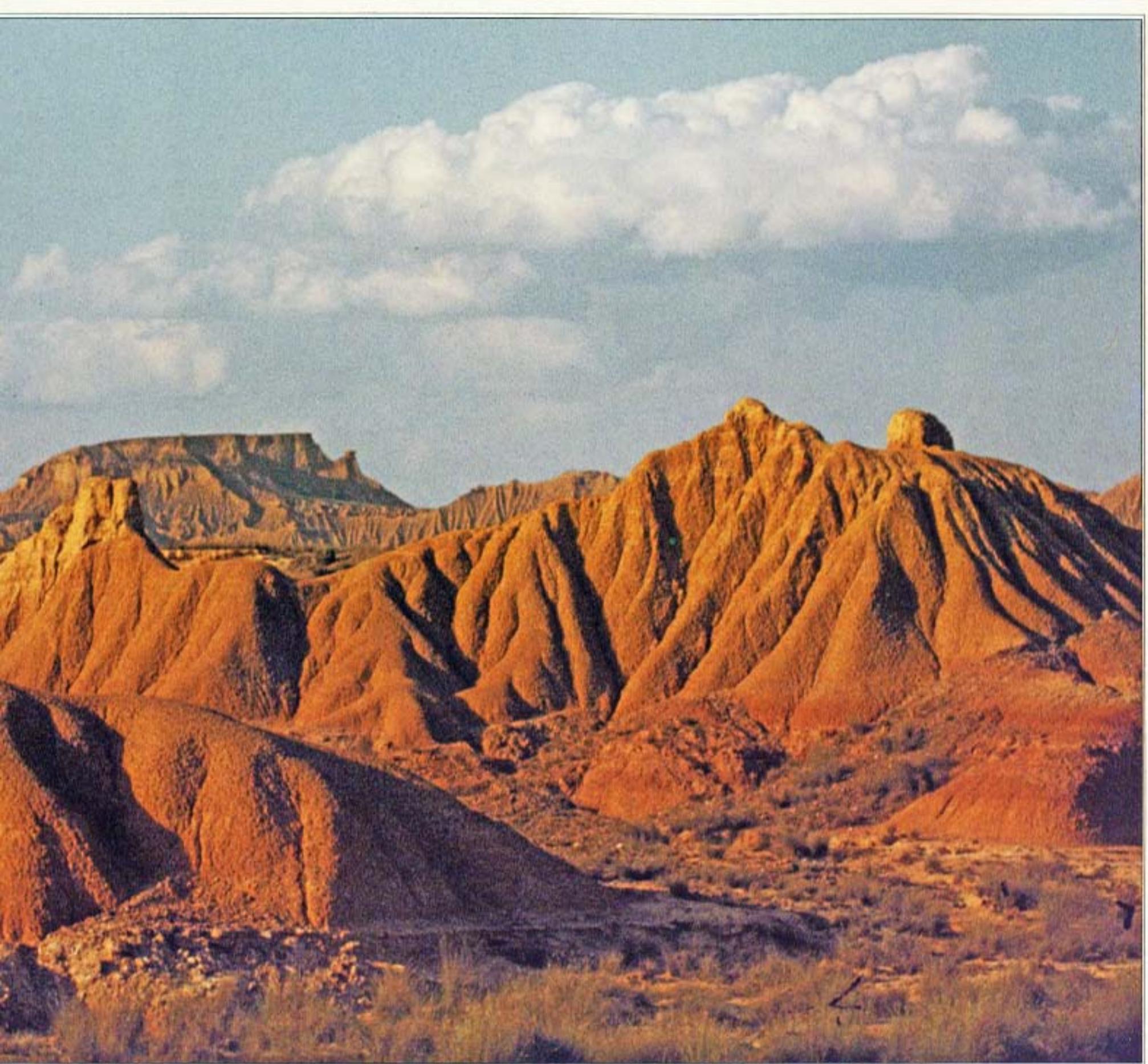
Hay, sin embargo, conciencia entre las gentes pretendidamente cultas de que en otro tiempo también Navarra formó parte de aquel inmenso bosque hispano que permitía ir a la ardilla legen-

daria desde el Pirineo a Gibraltar saltando de rama en rama y sin tocar el suelo; añádense, además, toda suerte de fantasías acerca de la destrucción de esos pretendidos bosques.

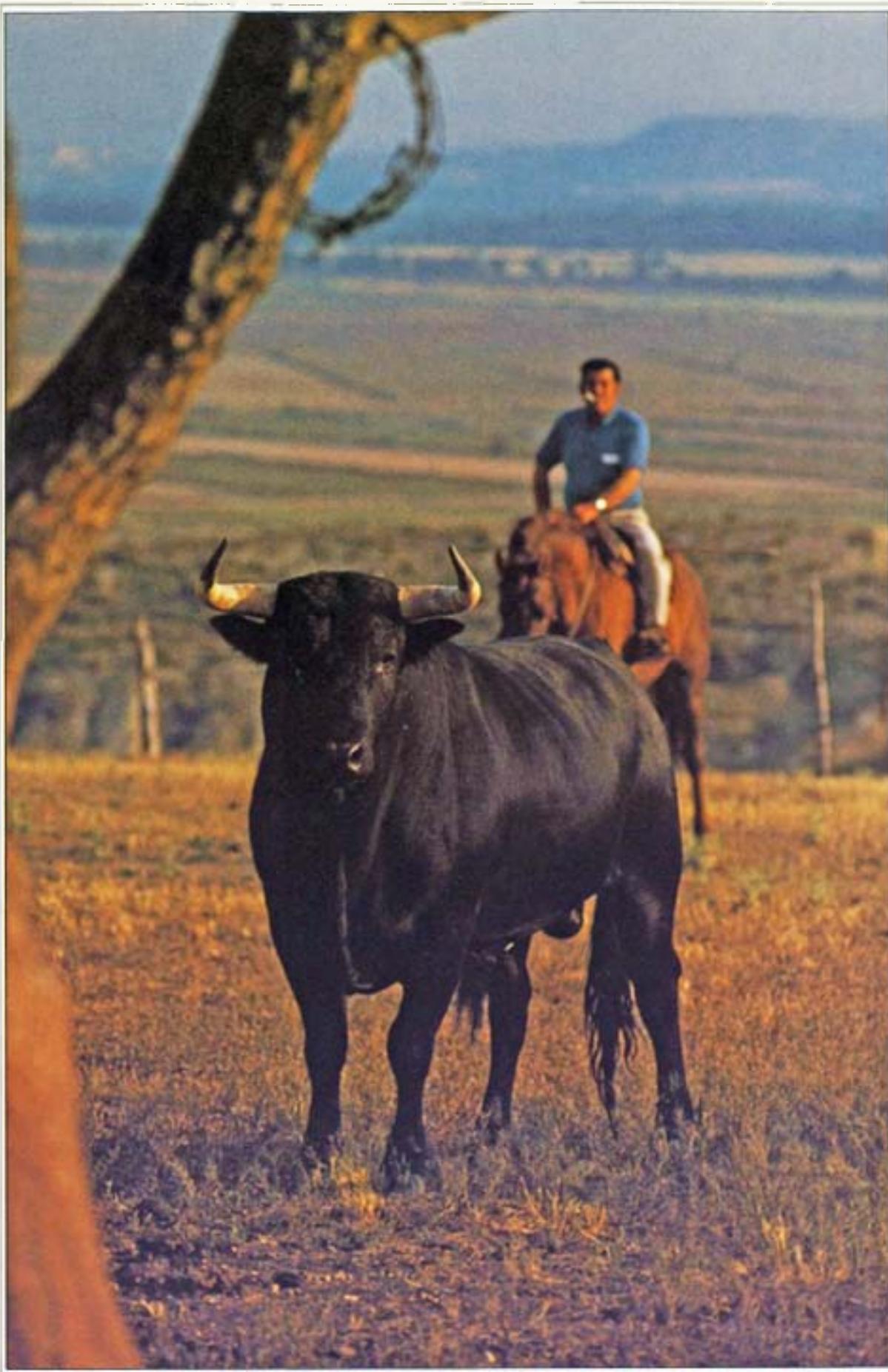
Que los hubo, no cabe la menor duda, pero habrá que hacer las siguientes precisiones: 1.º, que no cubrieron todas las tierras, y en particular las salino-salitrosas; 2.º, que allí donde los había eran bastante claros, con mezcla de especies vegetales leñosas de porte arbustivo, de suerte que se asemejaban más a una *maquia* mediterránea que a un verdadero bosque; 3.º, que es disparatado achacar las talas forestales a Felipe II y la Armada Invencible, que no parece razonable pensar tuvieran nunca necesidad de buscar –además, tan lejos– los troncos retorcidos y chaparros del pino carrasco (*Pinus halepensis*).

Este y la encina fueron los árboles de los bosques de la Ribera, que pertenece desde el punto de vista geobotánico a la región mediterránea. Hoy quedan pocos encinares y pinares espontáneos; entre los últimos hay que citar los de la Negra, el Vedado de Egurias, Rada, Carcastillo (al que pertenece la fotografía), Cáceda, etc. Con el pino carrasco conviven generalmente la coscoja (*Quercus coccifera*), el enebro (*Juniperus phoenicea*), escambrón (*Rhamnus lycioides*), romero (*Rosmarinus officinalis*), etc.





*Bardenas Reales*

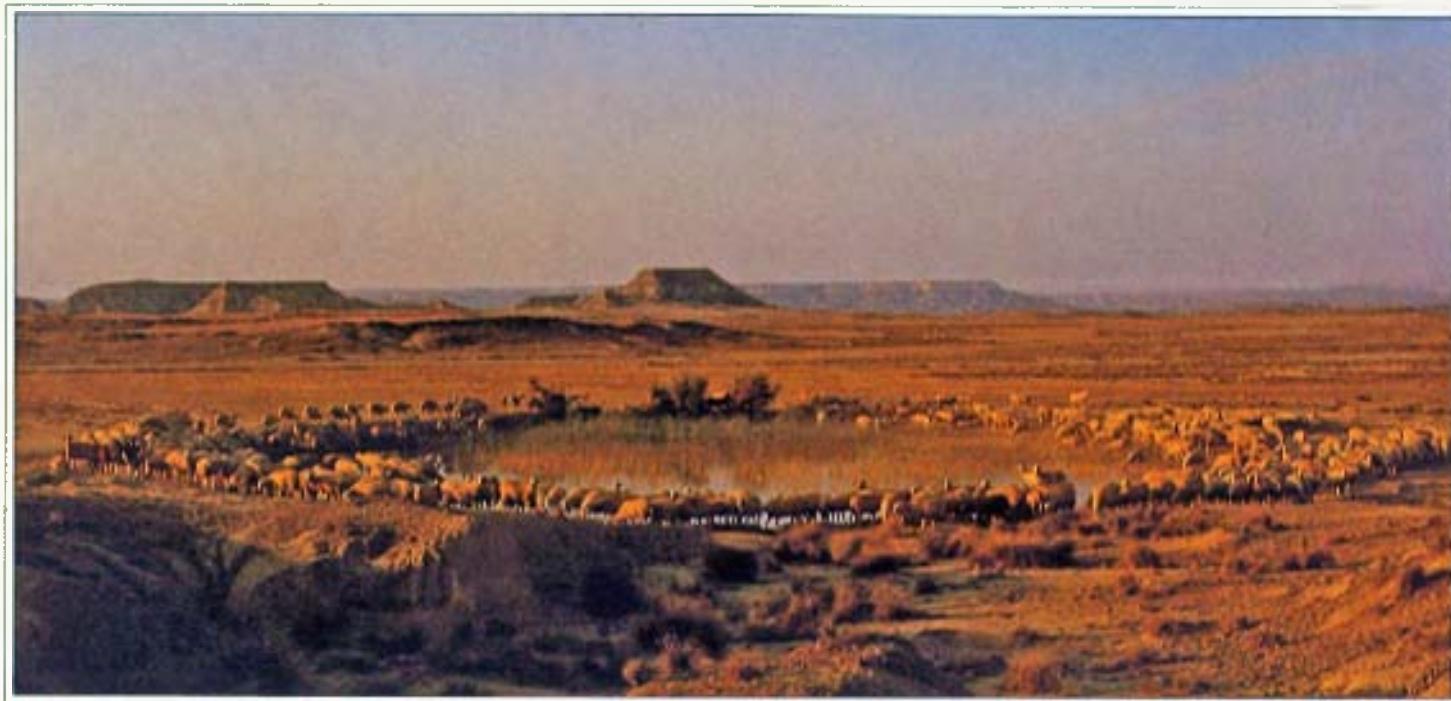


*Toro bravo en La Bardenilla.*

E

oro de preciosa lámina, negro zaino, capa lustrosa de azabache con empaque de nobleza, alzada regular, robusto en carnes, cabeza ni grande ni pequeña, testuz algo cóncavo, bien encorñado con simetría y elevación en las astas, regularidad y buen diseño de pitones, ligero moño y corto pelo, ojos normales y sin denotar deficiencias, orejas grandes e inapreciable señalización de corte, orificios nasales amplios y redondeados, ancas anchas y proporcionadas, euritmia en extremidades y tercios, dorso recto y no ensillado, vientre ligeramente galgueño y escroto parcialmente visible, cola sobrepasando los corvejones y poblada hasta la borla que llega al suelo, rabillargo. Ejemplar con trapío añorado por todo ganadero de reses bravas y a propósito para hacer triunfar a cualquier torero, con arte y agallas. Se encuentra en actitud expectante, con mirada fija y penetrante, pabellones auriculares movidos y horizontales, ollares ligeramente dilatados y quizá espiran con fuerza, patas asentadas con firmeza; son reflejos que denotan el encontrarse presto a encampanarse, si el estímulo que le alerta sigue molestándole o le zahiere, por lo que decidirá atacar con furiosa embestida, que es su innata forma de deshacerse del peligro. Es vigilado por el mayoral, jinete en bella montura, detrás y a corta distancia de los cuartos traseros del astado, asentando en predio limitado por estacas, con fondo donde se divisan feraces campos bardeneros.

Toro sin caracteres de raza autóctona navarra, cuyos rasgos predominantes fueron: tamaño chico, excesiva cabeza, astaje astifino, capa roja, marcada musculatura y ojo de perdiz. Es de casta importada, entrecruce de sangres diversas; demuestra la permanente capacidad de la tierra navarra para prohijar toros capaces de reverdecer viejos laureles. Los conseguidos por aquellos ejemplares, que enseñorearon los ruedos e inscribieron con sus nombres timbres de gloria en los anales taurinos. Los reproducidos milenariamente que abrieron estela de innata bravura en el devenir de los siglos con céntim en el XIX y eco perdurable asociado a la fama de los Zalduendo, Guenduláin, Carriquiri, Pérez de Laborda, Lizaso, Poyales, Díaz, Bermejo y Elorz, Espoz y Mina, Alaiza... Bandera navarra, que enarbolaron con orgullo y se arrió en las primeras décadas de nuestra centuria.



Charca en La Bardenas.



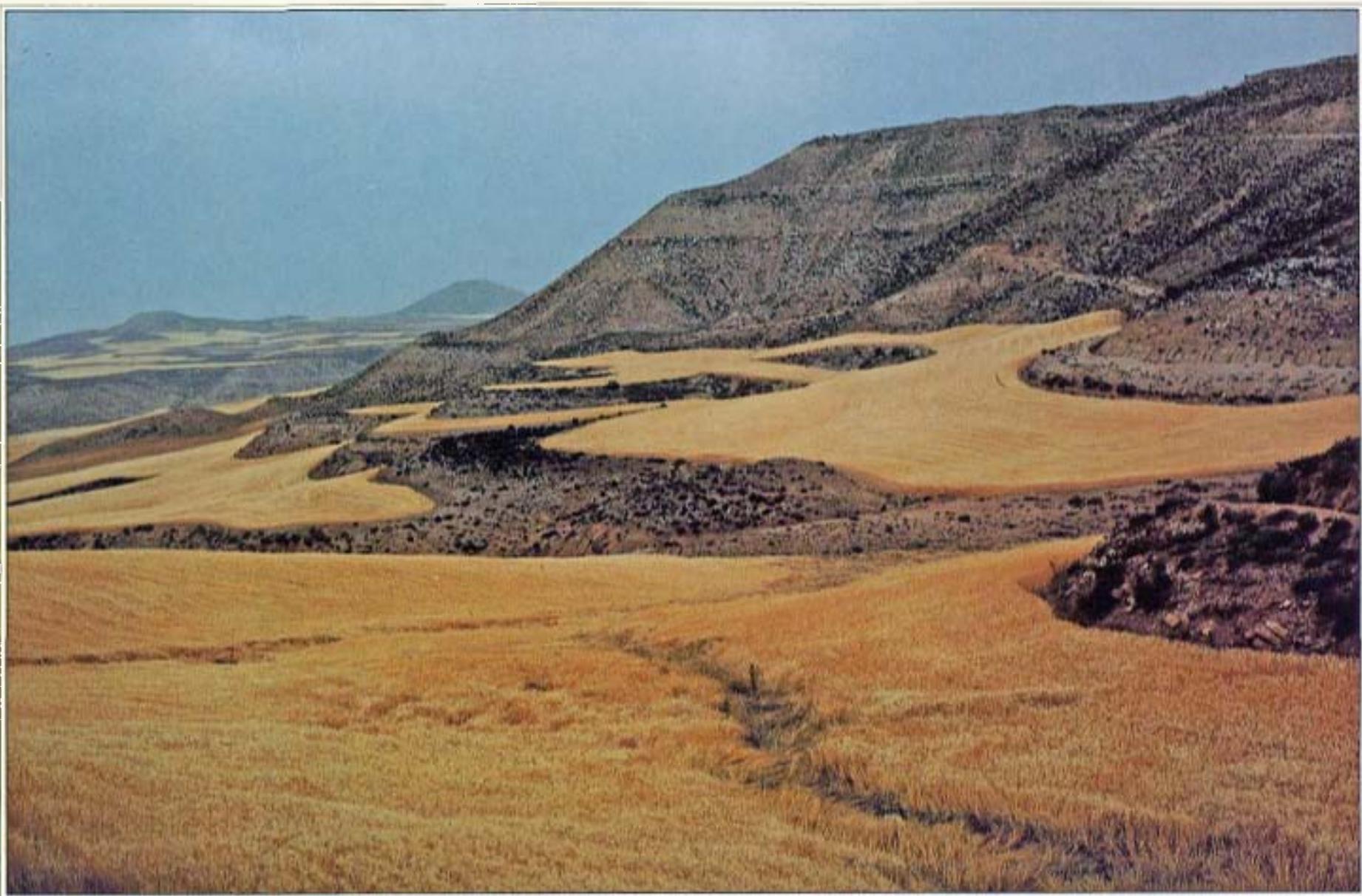
ntes que tierras cerealistas, las Bardenas Reales fueron área de invernada para los rebaños lanares de Roncal y Salazar y de diversos pueblos ribereños. El inmenso *saltus* silvopastoril existente entre el Aragón, el Ebro y el Arba de las Cinco Villas fue poco a poco conquistado para el cultivo, el pastoreo y la explotación de madera y leña desde los pueblos navarros y aragoneses instalados en las proximidades de dichos ríos. Con el tiempo, cada pueblo tuvo su término «conocido», y quedó en el corazón de dicho gran secano un territorio sin dueño que pasó a engrosar las pertenencias de la Corona de Navarra: se llamó y se llama con la expresión Bardenas Reales, esto último por la razón que se acaba de exponer; en cuanto al topónimo bardena, sigue y seguirá discutiéndose su etimología.

El caso es que los Reyes navarros fueron concediendo a diversas comunidades el derecho al disfrute de sus Bardenas: a unos como reconocimiento por la ayuda que les prestaron en las gue-

rras, a otros para favorecer su repoblación por cristianos, no demasiado apetecible cuando los musulmanes estaban todavía cerca (p. ej., Arguedas), a otros por las ayudas pecuniarias que les otorgaron y a Roncal y Salazar, más que por el discutible privilegio que invocan estos valles, como sanción de una costumbre acaso multisecular. Para Roncal y Salazar lo importante era el pastoreo invernal; para los pueblos de la Ribera congozantes de la Bardenas, también la leña y el derecho de rotura y cultivo.

Aunque se tiene noticia de que llegaron a pastar en las Bardenas otras clases de ganado, incluso vacuno trashumante, lo normal fue siempre, y sigue siéndolo —si bien cada vez con rebaños más menguados— el pastoreo del ganado menor y principalmente lanar. En invierno suele haber hierba y agua (balsas como la de la fotografía, barrancos); a fines de primavera se agosta aquélla y se agota ésta, los rebaños roncaleses y salacencos retoran al Pirineo y los ribereños a sus pueblos respectivos, hasta que de nuevo las primeras lluvias

otoñales permiten la apertura legal de las Bardenas al pastoreo. Las Bardenas Reales forman parte de las áreas de invernada próximas a las grandes cordilleras de los países que rodean al mar Mediterráneo.



*La Bardenas Negras.*

**L**as Bardenas Reales y las corralizas que las circundan forman parte del conjunto de comarcas cerealistas de secano que se extienden por los somontanos prepirenaicos y las tierras llanas o riberas del Ebro desde la Rioja a Cataluña. Durante siglos dichos secanos actualmente cerealistas fueron, según acabamos de ver, tierra de invernada para los rebaños –principalmente lanares– de los valles pirenaicos navarros, aragoneses y catalanes y espacio de escalios y presuras coyunturales para los labradores de los pueblos cercanos. En el caso concreto de las Bardenas Reales poco era lo que cultivaban los vecinos de los pueblos congozantes antes de la gran roturación que tuvo lugar en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX. Así, por ejemplo, el 92,3% de la superficie bardenera (unas 42.000 Ha) era

calificado de erial –pastos en el amillaramiento de 1888 y sólo el 49,7% en 1948, mientras que los cereales de secano pasan en las mismas fechas del 7,5% al 47,5%. Los pueblos congozantes que más roturaron fueron, como es lógico, los más cercanos a las Bardenas: Arguedas, Mélida, Fustiñana, Carcastillo, Cabanillas, Caparroso. Y los labradores-roturadores, gentes modestas con pocas tierras de regadio y muchas ganas de incrementar sus explotaciones agrícolas: sabido es que no se pierde el derecho a cultivo, que se transmite por herencia, mientras no deje de cultivarse el terreno roturado: es la presura y el escalio medievales. Las Bardenas Reales fueron para estas gentes como el Oeste americano para los europeos que llegaban a las costas atlánticas de Estados Unidos y Canadá.

Las Bardenas pertenecen a la Europa medite-

rranea donde rigió hasta no hace muchos años de modo riguroso el clásico sistema de cultivo de año y vez; por razones climáticas, en parte, y por exigencias del pastoreo, también.

La fotografía corresponde al área de las plataformas estructurales, que aquí se llaman planas, y de los cabezos –que son cerros testigos– de la Bardenas Negras. La reja del arado roturó todas las pendientes suaves y los fondos de los valles, sobre todo donde afloran las margas intercaladas entre las capas de calizas lacustres. El *saltus* es una garriga mediterránea de romero, tomillo, espiego, ontina, etc.



*Polygone de Tir, en Las Bardenas Reales.*

**E**l impresionante aspecto desértico que ofrece esta fotografía puede inducir a error a quienes no conocan las Bardenas Reales, que son, si no las únicas, las bardenas por antonomasia. La costumbre multisecular de llamar en plural al conjunto de este gran secano de la Ribera indica ya que hay varias bardenas, la Negra y la Blanca, la del Plano y Landazuri, la Ralla y el Rallón, etc. Las formas de relieve modeladas por la erosión son, en cada caso, distintas, porque distinta es la naturaleza de las rocas aflorantes y distinta la estructura que adoptan. Desde el punto de vista geológico las Bardenas Reales forman parte de la cuenca sedimentaria del Ebro. Predominan en ella los sedimentos continentales-lacustres depositados en los períodos Oligoceno y Mioceno de la era Terciaria; desde la periferia hasta el centro de la cubeta lacustre, se deposita-

ron sucesivamente diversas rocas detríticas y de precipitación química: areniscas, arcillas, yesos, margas, calizas. En el N. de las Bardenas dichos sedimentos fueron plegados —simultáneamente o poco después que los del Pirineo— mediante el mecanismo de la halocinesis; en el S., por el contrario, permanecieron prácticamente horizontales. Tanto en uno como en otro caso alternan los estratos blandos (margas, arcillas) con los duros (areniscas, calizas, yesos), de suerte que la erosión de los cursos de agua actúa diferencial o selectivamente y crea en la Bardenas plegada se-rezuelas de yeso alineadas de NO. a SE. y separadas por valles labradas en los afloramientos margosos (p. ej., junto a Caparroso) y en la Bardeña horizontal planas, mesas y cabezos.

En ambos casos el hombre (pastores, agricultores, leñadores) exacerbó la erosión de las aguas torrenciales ya de por sí grande, dada la

violencia de las lluvias, al descuajar la vegetación climax que cubría el terreno (bosque casi siempre, maquia y garriga en algunas partes). Allí donde los afloramientos blandos son de gran espesor y los duros se reducen a capas delgadas, la erosión por abarrancamiento produce el típico paisaje de *badlands* representado en esta fotografía, tanto en el primer plano como en las laderas de los cabezos del fondo. Por eso los geógrafos suelen hablar, en casos como éste, de erosión antrópica. Si la Bardenas parece un desierto, no se debe al clima, sino al hombre.



*Campos de Casas de Ves*



erenia y majestuosa aparece la torre de la Asunción, vista desde el Romero, punto de referencia éste, y de identidad para una ciudad que, atravesando muchas dificultades, desaparecidos los poblados circundantes de destacada importancia en el pasado, ha conseguido sobrevivir sobre los demás, afirmando su presencia incrementando su actividad.

Situada sobre un promontorio, al lado derecho de la carretera hacia Madrid, desarrolla su vida propia e independiente, manteniendo un aire recogido y aparentemente recoleto e imperceptible, aunque de intensa vida en su interior.

Al fondo, la firme silueta del Moncayo situado en la provincia limítrofe, cubierto de blanco más de medio año, cierra el paisaje, incidiendo directa-

mente en la vida de la ciudad.

A pesar de su clima seco, del escaso caudal del río Queiles, procedente del Moncayo, Casas de Ves es aún mayoritariamente agrícola, aunque haya tenido que desarrollar una vertiente industrial para sobrevivir.

Exceptuando el promontorio donde está asentada la ciudad, el entorno es una amplia llanura cuidada y mimada palmo a palmo casi artesanalmente, dedicada a un policultivo mixto, de huerta en su zona regable y de tipo continental en el resto. El olivo ha ido retirándose para dar paso a otros cultivos diferentes. La vid y el almendro ocupan buena parte de su término.

Desde sus oscuros orígenes, las culturas Romana, Musulmana y Cristiana han dejado la huella de su paso, marcando a la ciudad en múltiples

aspectos de estructura, lenguaje y costumbres, conservándose numerosos restos, especialmente romanos, aún por descubrir, testigos todos ellos de su activo pasado.

La triple concepción evolutiva de la época cristiana, de señorío, realengo y ciudad libre, ha contribuido a mantener las peculiaridades actuales de la ciudad, que en otro tiempo sufrió las consecuencias de su condición fronteriza.

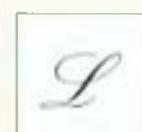
Hoy, aunque marcada y condicionada en su estructura por el pasado, libre ya de sus ataduras, evoluciona hacia unas formas más modernas y de futuro, manteniendo su hábitat y buscando nuevas condiciones de vida en diferentes formas de producción.



Laguna de Lor.



I paisaje que nos ofrece esta fotografía podriamos localizarlo en Grecia, Italia, el S. de Francia, el Bajo Aragón o las campiñas béticas, en cualquier rincón del mundo mediterráneo, esto es allí donde se dan las condiciones óptimas –pocas lluvias, heladas moderadas o nulas y mucho calor y sequía estivales– para el desarrollo del árbol de Minerva. Sólo se cultiva en tales ambientes bioclimáticos, de suerte que, trazada su frontera potencial en Navarra –la real se halla en pleno retroceso– tendriamos diferenciadas las dos porciones geográficamente más contrastadas de su territorio, las dos Navarras ecológicas, la mediterránea y la extramediterránea. Dentro de aquélla el área que más conviene al olivo es la Ribera, y particularmente la del Queiles, con centro en Cáscale.



a cascantina laguna de Lor (a la que también llaman balsa de Ablitas, por estar cerca de esta villa), cuyas aguas reflejan el azul del cielo, está ceñida por cultivos de viñas y olivos, en un ambiente de claro sabor agrícola.

Esto no ha de extrañar, pues Lor, como muchas otras lagunas riberas son en realidad balsas de riego, creadas para suministrar agua a las resecas tierras de esta cubeta del Ebro y convertirlas en feraces cultivos.

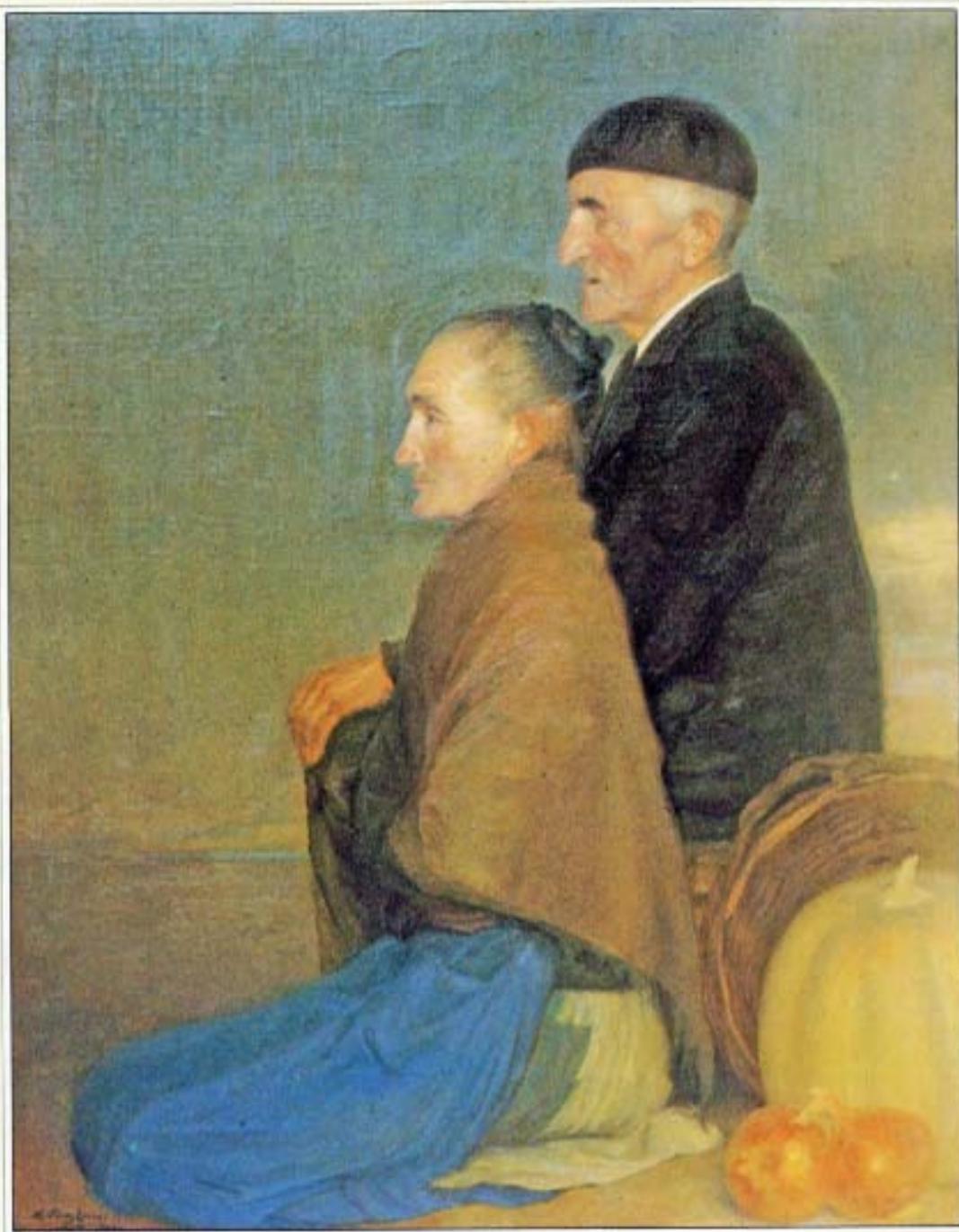
En algunos casos sobre la base de una pequeña laguna anterior, diques artificiales han retenido las aguas y formado las balsas-lagunas de Las Cañas, El Pulguer, Cardete, Valpertuna, Rada e incluso Pitillas.

Esta artificialidad no impide que se hayan convertido en enclave de enorme calidad paisajística, amén de lugares de concentración de fauna

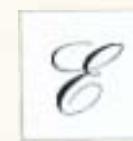
silvestre, que se mueve entre la vegetación palustre que crece de forma espontánea.

Junto con los sotos de los ríos, las lagunas son islotes donde bulle la vida silvestre, en medio de tierras desarboladas y cultivadas en gran medida, en las que la vida silvestre está muy disminuida.

Un reciente estudio de J.A. Goizueta sobre las aves de la laguna de Lor censa medio centenar de especies que pueblan sus aguas y su entorno inmediato. Lor y las otras lagunas riberas son hitos importantes en la migración e invernada de las aves más septentrionales.



Miguel Pérez Torres: Pareja de Riberos.  
(Ayuntamiento de Tudela).



sta pareja de riberos ancianos, retratados con respeto a la jerarquía que ha sido tradicional en Navarra, con un bodegón de hortalizas en primer término, es una de las pinturas características de Miguel Pérez Torres, pintor tudelano nacido en 1894 y muerto en Pamplona en 1951. No obstante haber sido discípulo de José Monguilló en Barcelona y de Francisco Alcántara en Madrid, recibió su verdadera formación en el Museo del Prado, estudiando las obras de los grandes pintores españoles y de Goya en particular. Su dedicación a la enseñanza en la Escuela de Artes y Oficios de Pamplona y una enfermedad crónica, que nunca le abandonaría, le impidieron desarrollar al máximo su pintura de tipos y escenas populares tudelanas. Caracterizó con ascetismo realista tanto a viejos hortelanos, como a ciertos arquetipos –*El Cristero, La Vendedora de Verduras*– y una serie de frailes capuchinos, entre lo mejor de su producción. Dio con hondura el modelo navarro meridional, de rostro curtido y cuerpo enjuto, que ve con delicadeza, sensibilidad y cierto humor.

L

a jota se llama jota porque la inventó Aben Jot, cuando de Valencia vino desterrado p'Aragón»

Braulio Foz, aragonés, rechazaba el siglo pasado esa atribución y decía que jota y fandango descendían del «gitano» y que la jota tuvo el nombre primero de «canario». Curt Sachs recogió esa relación canario-jota. Un arabista, Julián Ribera, vio jotas en las Cantigas de Alfonso el Sabio, por otra parte de notación indescifrable, según él mismo.

La cuarteta de Aben Jot no pasa de ser una ocurrencia –y no anónima–. La jota no es árabe ni por estructura, ni por cualquier otro elemento musical (melodía, armonía, ritmo) o coreográfico. Desde el punto de vista musical, la jota es moderna y no muestra nada de medieval ni renacentista.

El nombre de jota no aparece hasta fines del siglo XVII. No figura, por ejemplo, en tratados como el de aragonés Garpar Sanz, «Instrucción de música sobre la guitarra española» (1674), antología del folklore vivo en la época.

Aben Jot no fue nombre muy común entre los moros hispanos y no daría la «j». Los etimólogistas prefieren hoy otra raíz árabe, *satha*, que es danza, baile, a un posible origen romance, «sotar», del latín «saltare». Sotar aparece en las Glosas Silenses, del siglo X. (Se ha llegado a hurgar un posible étimo en el «zote» con que en Valcarlos se anima a los bolantes a saltar y que, según García de Diego, daría el verbo «zotar». Tal verbo no existe y «zote», según precisó J. M. Iribarren, es la pronunciación local del francés «sautez»).

En resumen, la jota, presente en el folklore de toda España, salvo la Lusitania interior, puede ser árabe en origen, pero el género folklórico tal como lo conocemos, no. El citado Iribarren lo dijo con un similitud: «A la jota le ocurre como a muchos castillos y puentes de España, que no tienen más de dos o tres siglos de existencia y la gente asegura que son obra de moros».

Hermilio de Olóriz afirmó que la jota vino a Navarra importada por los voluntarios de esta tierra combatientes a las órdenes de Palafox en Zaragoza. Si esto es cierto, y no hay opinión en contra, hay que añadir que la jota, hoy dominante en el área mediterránea, caló pronto en las gentes y se extendió con rapidez. Baste recordar que Eslava, nacido en 1807, ingresó como infante en la Capilla catedralicia irúnense porque el maestro, según se cuenta, le oyó cantar jotas.

Estas cobraron aquí formas y rasgos diferenciadores. Lucen melodías más preciosistas y bárocas que las aragonesas, frases menos angulosas, giros menos abruptos, pero más bravos, introducciones y variaciones instrumentales más vivas. La jota navarra rehuye el tono menor, pero no los dejes tristes y melancólicos. No une canto y baile. A diferencia de la aragonesa, suena sin castañuelas ni pasos de danza; las bailadas no se cantan.

Para algunos, la jota navarra no es sólo fruto



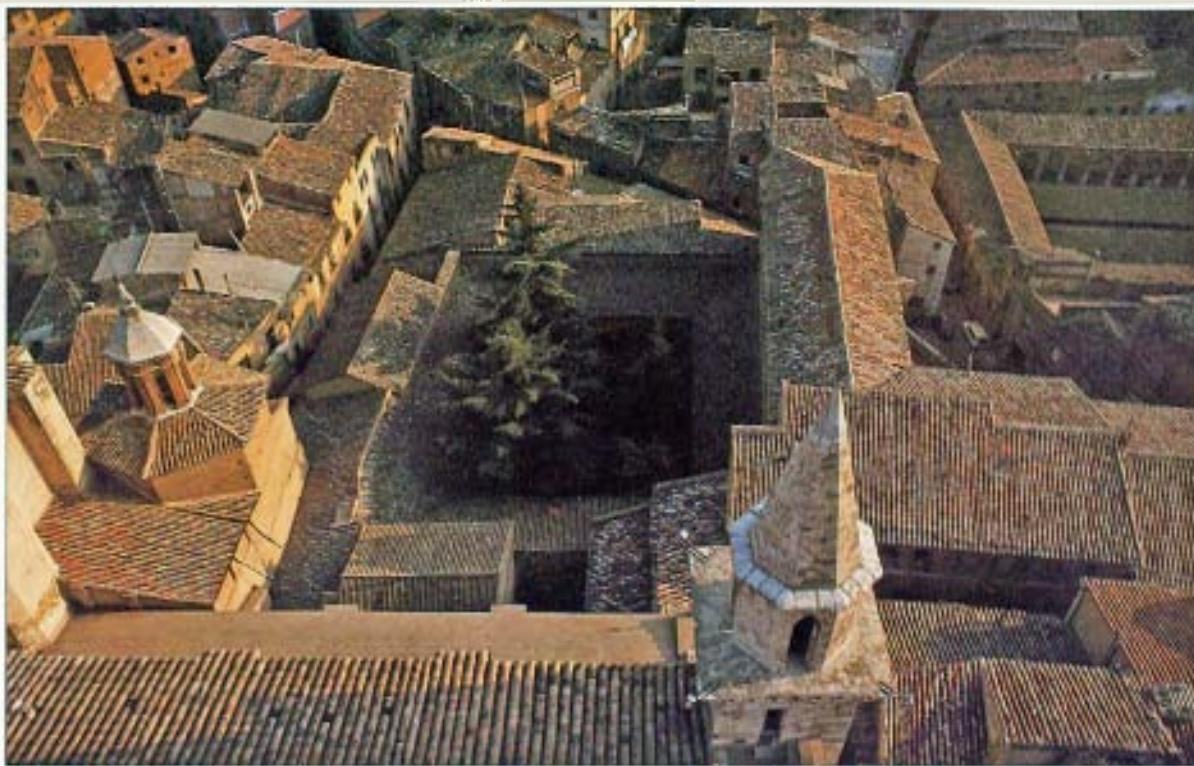
Joteros.

de adaptación, sino perfeccionamiento de la aragonesa, como sanciona una copla:

«La jota nació en Valencia  
y se crió en Aragón  
y en Navarra se le dio  
alma, vida y corazón».

Las jotas constan de siete frases musicales, repetidas de dos en dos y acopladas a cuatro versos. Las voces, más bien atenoradas de tesitura amplia. Las melodías navarras recopiladas no suman la mitad que las aragonesas. Cabe hablar de tres grandes áreas, la tudelana, la de Peralta y la centrada en Tafalla, con matices propios y nombres estelares. Porque si bien las coplas son anónimas –y a veces tránsfugas de un folklore regio-

nal a otro– en la memoria de las gentes quedan, por ejemplo, las figuras miticas de los Pajes tafallenses –los primeros que grabaron un disco, al doblar el primer cuarto de este siglo– y del gran innovador, Raimundo Lanas (Murillo el Fruto, 1908-Fuendejalón, 1939), que bruñió jotas viejas, dio de lado la jota de ronda, raida de línea melódica, y creó la actual jota navarra, más acorde a las cualidades vocales de esta tierra. Lanas poseía una tesitura muy alta y dominaba con limpieza los adornos más comprometidos. Marcó un hito solitario y mereció el alias de «El ruiseñor navarro», otorgado por aragoneses.



*Tejados de la Catedral de Tudela.*



*Cigüeña sobre tejados de Tudela.*



i observamos la ciudad desde el monte de Santa Bárbara, donde estuvo asentado el castillo de Sancho El Fuerte, veremos una clara línea divisoria entre el Tudela antiguo y el actual.

Desde allí se aprecia con nitidez la evolución de la ciudad a partir del recinto amurallado del Castillo, que ha ido creciendo, rebasando en diferentes épocas las barreras naturales de los ríos Mediavilla y Queiles. La estructura del Casco Histórico, aún ahora, es puramente medieval, siendo difícil definir con concreción su influencia cristiana, musulmana o judía.

Las calles son estrechas, tortuosas. Las casas, de reducida altura, se ensamblan en su interior como irregular rompecabezas, invadiéndose unas a otras en pugna por conquistar más espacio habitable en su interior, mientras al exterior mantienen la estructura de su pasado medieval; fachadas estrechas, desproporcionadas respecto a su altura. Generalmente están construidas en ladrillo, sobre un alto zócalo de piedra, arrancado de la muralla o del Castillo. Desde el siglo XVIII y XIX, muchas fachadas están recubiertas de yeso y animadas de muy variados colores.

La intervención puntual y cada vez más intensa de la Administración está evitando el deterioro y degradación progresiva de la zona, propiciando la restauración del conjunto histórico.

La vida en el Casco Antiguo parece llevar un ritmo más tranquilo. Sus habitantes se conocen y conviven con más intensidad, como si de una amplia familia se tratase. En las noches de verano, mientras la chiquillería juega, los mayores disponen en la calle la tertulia y comentan las tareas del día siguiente, improvisando una perezosa partida de cartas. Las cigüeñas, de febrero a julio, generación tras generación, sobrevuelan todos los años los tejados de las casas, extendiendo serenamente sus alas y posándose en los voluminosos y crecientes nidos de las torres más altas.

El primitivo emblema de la Ciudad incluye dos cigüeñas flanqueando las torres exteriores sobre un puente, como símbolo de vigilancia. Aún hoy, está comprobado, las que anidan en la espadaña del Ayuntamiento, denuncian, en el silencio de la noche, la entrada en la Plaza Vieja de cualquier ruidoso peatón, haciendo sonar sus largos picos.

(46)

Para la mejor inteligencia. El que representa este diseño, leere el folio 50 de este Libro.

Vista de la función del Angel, y procesión con el Santísimo Sacramento que se hace en la mañana del Domingo de Pascua de Resurrección.



El Volatin y la Bajada del Angel, en Tudela.

(Según J. A. Fernández en «Libro Nuevo de la Hermandad, o Cofradía del S. S...»)

**L**as tradiciones populares, que reflejan la idiosincrasia de un pueblo, han ido desapareciendo paulatinamente, otras han permanecido y otras han evolucionado.

En Tudela, son muy pocas las que han permanecido y el mundo moderno las ha adaptado a su tiempo, con visos de perderse. Por su significado tendriamos que clasificarlas en dos vertientes: religiosas y profanas. Entre las primeras, por ser más rituales, han mantenido su esencia y su contenido hasta el detalle, las Ceremonias del Angel y del Volatin. La «Bajada del Angel» se desarrolla el día de Pascua a pocas horas de la mañana. Consiste en deslizar por una maroma un niño vestido de Angel que, suspendido de una falsa nube, desciende desde el punto más alto hasta detenerse sobre la cabeza de una imagen que, portada procesionalmente, lleva la cara cubierta con un velo de luto, procediendo a quitárselo ante los aplausos de la concurrencia. A la procesión y acompañando al Santísimo, asisten en traje de gala los dos Cabildos de la Catedral y del Municipio.

El Volatin se celebra un día antes y representa a Judas desesperado por su traición, ahorcándose entre convulsiones ridículas. Se escenifica con un grotesco muñeco de madera, desdramatizando el acto y haciendo explotar en su boca un enorme puro explosivo, que celebra la chiquillería, recogiendo sus harapos de papel.

El historiador Juan A. Fernández, que vivió en el siglo XVIII, nos dibuja conjuntamente los dos actos que vienen realizándose ininterrumpida-

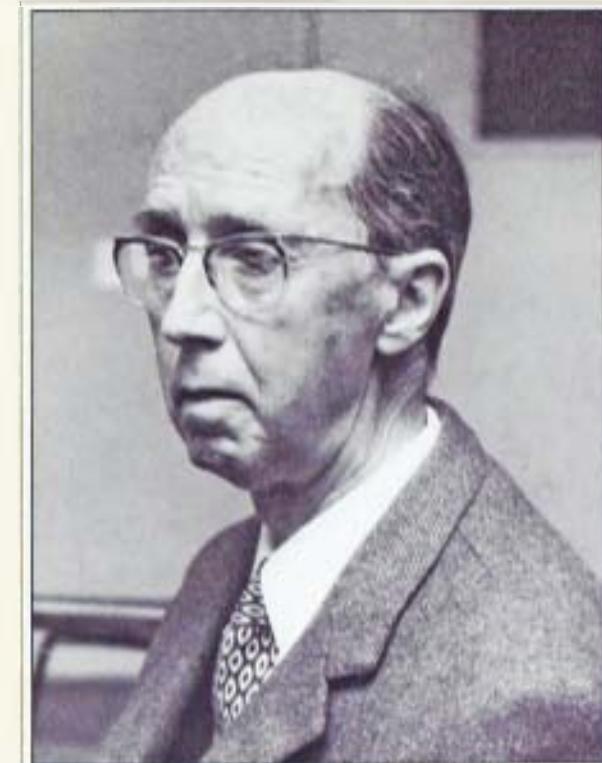
mente desde el siglo XIV o XVI.

Las tradiciones profanas han desaparecido en su mayor parte, después de evolucionar y adaptarse al momento. Eran Romerías, Ferias y Fiestas, celebradas en diferentes fechas del año, coincidentes con efemérides religiosas. Tan sólo han permanecido las Fiestas Patronales, celebradas bajo la advocación de Santa Ana y en su mayor parte han perdido su vinculación y soporte religioso.

Los festejos profanos que se organizaban, servían de vía de escape a un pueblo avezado a las tareas duras de la agricultura y se traducían en múltiples alardes de fuerza y de dominio, acompañado de pantagruélicas comidas para saciar y mantener los cuerpos fornidos de hombres y mujeres. Ambos aspectos nos han valido apelativos, con los que por ser gratuitos y anacrónicos no estamos en absoluto de acuerdo.

Comparados con festejos de otras regiones, son estos más dinámicos, activos, de mayor bullicio y de mayor participación popular.

Prácticamente han ido desapareciendo los más violentos, aquéllos que, como decíamos, servían tan sólo de desfogue al duro trabajo. La evolución se ha dado con el desarrollo de otros sectores económicos, el menor esfuerzo físico realizado y mayor cultura adquirida.



Fernando Remacha



ernando Remacha (Tudela 1898-Pamplona 1984) es el compositor navarro de este siglo más dotado e ilustre y al mismo tiempo víctima de silencio pertinaz. Remacha realizó estudios brillantes en su ciudad natal, en Pamplona y Madrid. Gano el Premio Roma y pasó a Italia, donde trabajó con Malipiero. Volvió, estudió solo la viola y sacó por oposición una plaza orquestal. Puso música a películas de Buñuel, dio a conocer las obras europeas del momento, ganó el Premio Nacional de Música de 1932 y se integró en el grupo hoy bautizado como del 31 o de la República, del que fue la voz más personal e interesante. La guerra civil acentuó aquel puñado. Todos buscaron el exilio, menos Remacha que prefirió el silencio. Se quedó en Tudela, ocupado en el negocio familiar de ferretería. En 1957 le buscaron para dirigir el recién creado Conservatorio de Pamplona, que pilotó hasta la jubilación en 1972. En 1981 volvió a recibir el Premio Nacional de Música. El catálogo de Remacha no es largo, pero si denso, con obras capitales en la música contemporánea española, como «Jesucristo en la Cruz», Premio de la Semana de Cuenca (1963), los dos cuartetos, las páginas corales, el motete instrumental «Quam pulchri sunt» (1925), las «Visperas de San Fermín» (1951) y las que deben su inspiración temática a motivos navarros como «Rapsodia de Estella», «Cartel de fiestas» y «La bajada del Angel», presentada en la catedral tudelana en 1979. Este fue su último estreno y su tributo a la ciudad natal, de la que era hijo predilecto desde 1975.



Cuando la potencia de una corriente fluvial es incapaz de acarrear la carga de aluviones que lleva en solución, suspensión y arrastre y se ve obligada a depositarla parcialmente, puede originarse por el proceso de anastomosis una subdivisión del cauce en dos o más ramales que más adelante se juntan, y dejan en medio islas de aluviones, que en la Ribera se llaman así, en castellano, o con la palabra árabe equivalente: mejana. Después de su formación, las mejanas irían cubriendose progresivamente de vegetación ripícola hasta convertir-

se en sotos interfluviales. A veces la evolución geomorfológica posterior del cauce deja seca una de las dos ramas del río, pero no es raro que sigan llamándose islas o mejanas aunque hayan dejado de serlo. La mayoría de las mejanas fueron y son comunales, y sus principales aprovechamientos consistían en la leña civil (tamarices) y el pasto para las dulas y vaquerías de los vecinos de los pueblos. Luego se vendieron unas y se roturaron bastantes. Por ejemplo, la Mejana de Tudela, representada en esta fotografía y que es la mejana por antonomasia, se vendió en diversos lotes y mediante subasta públi-

ca, en 1813 y 1814, para sufragar los gastos ocasionados por la Guerra de Independencia. El Ebro, la Mejana y el puente son tres imágenes que a cualquier conocedor de Tudela evoca el simple recuerdo de la capital ribereña. Las múltiples casas y casetas —unas de recreo y las más de cobijo temporal de los hortelanos—, las abundantes cercas de adobe y cañas, la cuadricula parcelaria perfecta, las infinitas gamas que ofrece el verde de las plantas, hablan por si solas del policultivo hortícola intensivo que caracteriza a la agricultura mejanera.



*La Mejana y el río Ebro, en Tudela.*



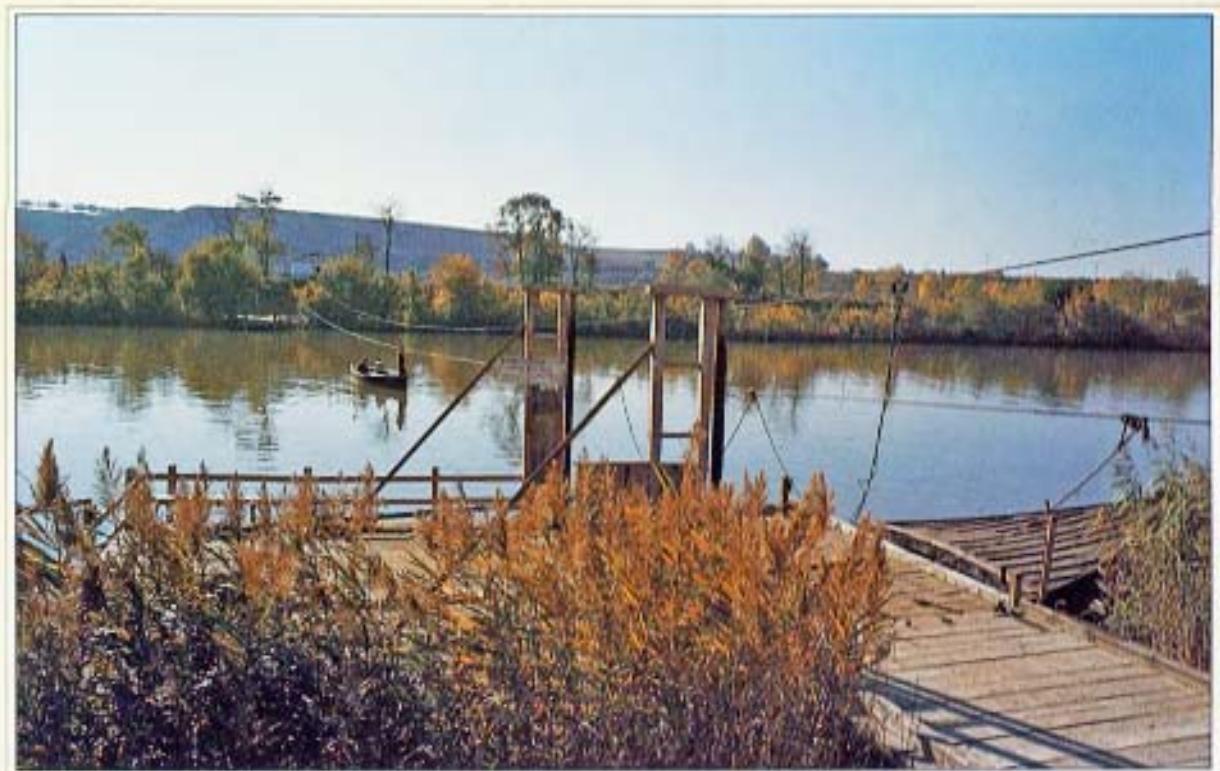
laco servicio hubiera hecho a nuestra gastronomía el ayuntamiento tudelano, cuando a principios del siglo XVI tomó medidas para arrasar la mejana que en las proximidades de la ermita de Santa Cruz –la Mejana por antonomasia– se había formado, por temer que su crecimiento dejaría el puente seco.

Parece ser que los romanos iniciaron nuestros

regados aunque fueran luego los árabes, excelentes hortelanos, los que en su larga dominación, los ampliaran y perfeccionaran, pues los nombres árabigos todavía en uso, y relativos a las aguas o días de agua, prueban que su gobierno y distribución existía ya en tiempos de moros.

Toda nuestra geografía está llena de huertas. Si exceptuamos el norte, de por sí húmedo, observamos conforme bajamos, que los pequeños huertos familiares se sitúan a lo largo de barrancos y regachos, entre chopos y junqueras. Ya en la Zona Media y hasta el Ebro, los pueblos ribere-

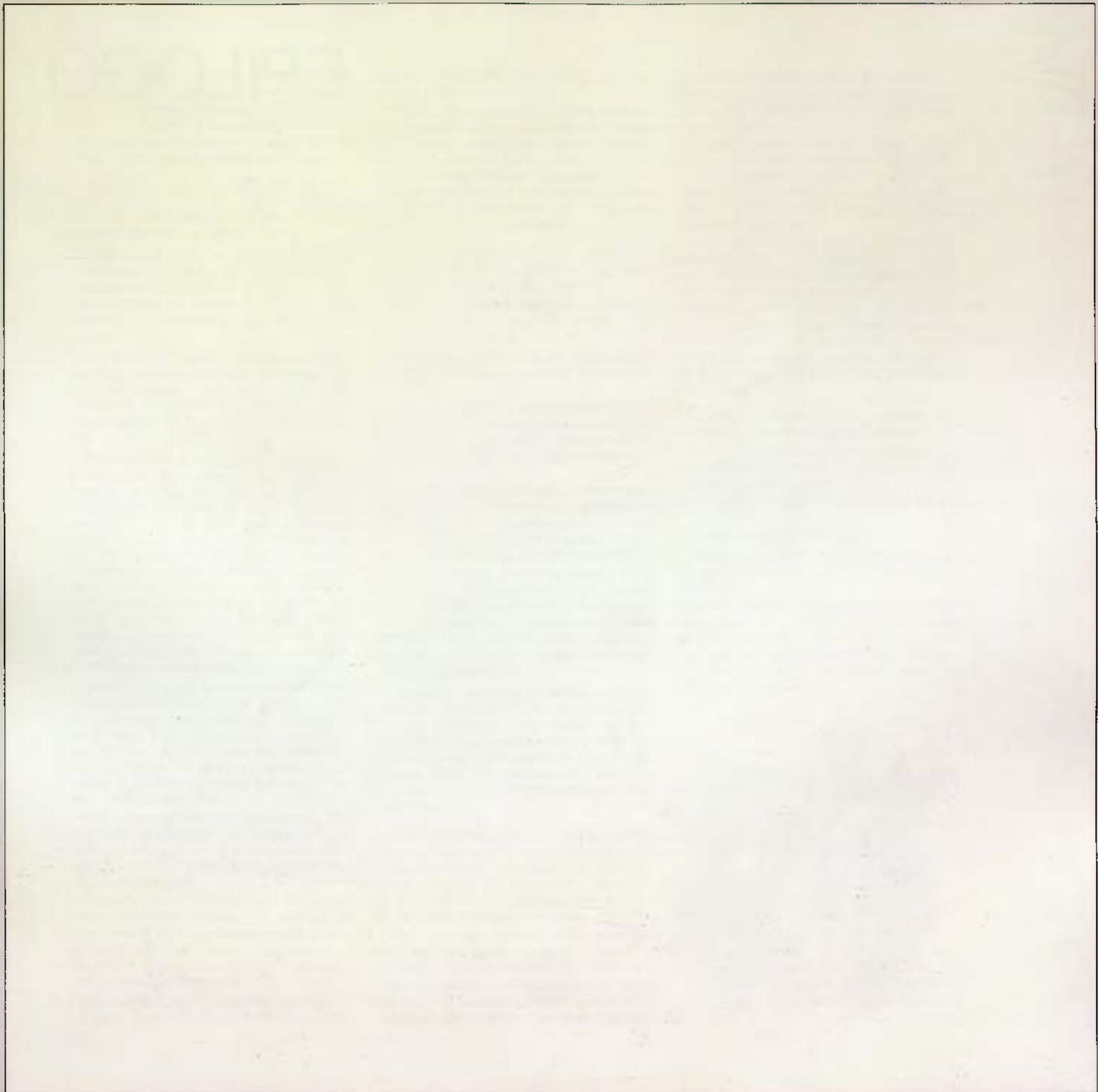
ños del Ega, Arga y Aragón, han aprovechado y convertido en feraces regados sus llanuras aluviales, a costa de secular lucha contra el río. Cuando en primavera coinciden las cuatro grandes verduras en una menestra tudelana, comprendemos que llegar a esa calidad no ha sido fácil y agradecemos a esas generaciones de hortelanos –dicen que hacen falta tres para saber regar– capaces de lograr este delicioso milagro.



*Fin de*  
*La Ribera, Tierras y Gentes*

# EPILOGO

# NAVARRA



**C**uántas veces, fuera de nuestras mugas, no hemos sabido qué dar a las autoridades, a los amigos, a los eruditos o a los curiosos, para que tuvieran una «idea», al menos aproximada, acerca de Navarra.

He aquí, por fin, un libro breve, bueno y hermoso, con muchas ideas y muchas imágenes sobre las tierras y gentes de nuestro Viejo Reyno.

Este es un libro, en primer lugar, de imágenes. Quienes las han captado y seleccionado, revelado e impreso, son especialistas en el arte de la luz y del espacio, y también en el arte de imprimir.

En segundo lugar, éste es un libro escrito por un puñado de expertos, que describen y comentan, lisa y llanamente, en torno a unas imágenes, unos trozos de su saber sobre Navarra.

No escriben como poetas pero tampoco como profesores austeros y estrictos. La fotografía, dibujo realista al fin y al cabo, muestra aquí en carne viva de color una clara y cercana realidad. El escritor, con su glosa al pie, la explica y completa. Sin pretender romper su encanto, sabiendo que no puede desentrañarla como él quisiera, intenta interpretarla de la manera que mejor sabe y puede. Pero al mismo tiempo, la muestra complacido, la proclama y la celebra. Por eso es también un libro lírico, socialmente festivo.

Imagen y texto cantan y celebran a Navarra. A toda Navarra, porque simbólicamente toda ella está representada. Hay, todo el mundo lo sabe, más dólmenes, más bosques, más retablos, más romerías, pero todo está aquí presente a través de algunos entre los más bellos ejemplares.

Los acontecimientos históricos son difíciles de plasmar, si no han merecido el artista que los haya «inmortalizado». Hemos elegido algunos de los más importantes.

También faltan muchos de los hombres llamados ilustres. La verdad es que pocos han quedado convertidos en lustre de escultura o de pintura, y de los más recientes hemos prescindido por razones obvias.

Es cierto que recogemos lo mejor. Lo peor también nos pertenece, pero

no nos complacemos en ello ni lo hacemos clave de porvenir.

Queda sin traer aquí toda la intensa y variopinta vida de la Navarra de hoy. La tenemos demasiado cerca y necesita otro tipo de tratamiento. Tal vez otro libro, más espeso que éste, podría acoger los trabajos que estudien detenidamente los puntos más vivos de nuestra realidad cotidiana.

Porque el quehacer más elemental de todo navarro es conocer y tener presente siempre toda Navarra.

Vivimos cercados por la actualidad y por los cortos espacios donde nos movemos y somos.

Cualquier suceso actual nos parece inmenso; cualquier límite ocasional, definitivo.

Nada más falso. Liberarse de tal empequeñecimiento es una condición indispensable para vivir no una vida grande, sino una vida plenamente humana.

Nuestro lugar concreto es una partecita del solar de nuestro planeta y aun de nuestro sistema solar, y nuestro tiempo es una breve gota de las largas nubes de la era del hombre.

Vivimos sobre el firme suelo de la historia que nos sostiene; de la historia que hicieron muchos millones de hombres que nos precedieron en este valle de lágrimas y en este jardín de delicias. Sin ellos, seríamos literalmente **intempestivos**.

Vivimos, asimismo, rodeados por un medio que es éste y no otro —aunque en continua interdependencia—, que modeló, en buena parte, a quienes vivieron antes que nosotros, y que nos modela día a día, menos intensamente tal vez, por muy independientes que queramos ser.

Si se ha dicho hartas veces que es imposible gobernar un pueblo sin conocer bien su geografía y su historia, también habrá que decir bien alto que no es posible vivir seriamente sin saber **dónde** y **cuándo** vivimos.

Por eso hay tantas vidas oscuras, tanta política ciega, tanto ir y venir de acá para allá atropellado e inútil.

Felices horas, miles de horas, vividas en el placer interior y superior de estudiar los mapas, los documentos,

los libros de geografía y de historia de esta pequeña —demasiado pequeña para tanta aventura— y entrañable patria nuestra.

Felices horas, miles de horas, recorriendo pueblos, cendeas, ciudades, valles y montes, cuencas y llanuras, bosques y praderas, conociendo soles, nubes, lunas, plantas, árboles, pájaros, animales, hombres.

En estas páginas hemos dejado todos un poco de este sencillo y cordial magisterio que nos da la edad, el estudio y, por encima de todo, el amor a lo **nuestro**. Que no se opone, qué locura, a ninguna dimensión universal, porque lo **nuestro** es todo aquello que conocemos y amamos. Otra cosa son ganas de presumir o de disimular evidentes carencias.

No hay aquí conclusión alguna. No es éste un libro de conclusiones.

Es un libro que nos ayuda a mirar en todas las direcciones de la rosa de los vientos, a leer dentro y lejos, a soñar desde aquí y desde ahora, desde antes y desde allí.

¿Qué Navarra queremos?

Antes hay que preguntarse: ¿qué Navarra tenemos? ¿qué Navarra tuvimos?

Sólo cuando sepamos respondernos, y este libro responde en cada una de sus páginas, podremos decir, sin que parezca mala propaganda electoral, que el futuro es nuevo, que el futuro es nuestro.



# NAVARRA

Se acabó de imprimir este volumen en los talleres de Gráficas Castuera a ocho días andados del noveno mes del año mil novecientos ochenta y cuatro, fiesta de la Virgen de septiembre.

«E tu, Navarra, no consentiendo que las otras naciones de España se igualen contigo en la antigüedad de la dignidad real, ni en el triunfo e merescimiento de fieles conquistas, ni en la antigua posesión de tu acostumbrada lealtat, ni en la original señoría de tus siempre naturales reyes e señores, por la justicia de los cuales, con muy grant esfuerzo, has sobrevenido muchos e grandes infortunios e daños».

Carlos, Príncipe de Viana, «*Crónica de los Reyes de Navarra*»